EL BLUES DEL HOMBRE INVISIBLE

DANIEL BAUTISTA

FINALISTA PREMIO

LA TRAMA

EL BLUES DEL HOMBRE INVISIBLE

Daniel Bautista Machín

DE BOOKS
EXCLUSIVAMENTE DIGITAL

1.ª edición: abril, 2015

© 2015 by Daniel Bautista Machín
© Ediciones B, S. A., 2015
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

Depósito Legal: B 9383-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-054-3

Maquetación ebook y diseño portada: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A Mariola Suárez, mi Watson en este caso abierto que es la vida

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
18
20
21

1

Yo era un hombre invisible, pero no uno como el de H.G.Wells, que en el fondo era más llamativo que cualquier otro. Nada pasa menos desapercibido que un siniestro hombre vendado como una momia. Alguien así alberga un misterio y despierta la curiosidad de quienes lo observan. No, un auténtico hombre invisible, como lo era yo, entraría en el pueblo de Iping y aún en la posada de *The Coach and Horses* sin que se reparase en él, porque ni tendría el rostro cubierto ni sus actos serían extraordinarios. Luego, abandonaría el lugar sin que nadie lo recordara. Yo era, según el detective Ramón Vidal, ese tipo de hombre invisible, uno de los auténticos, de los que no suponen un enigma para nadie ni guardan secretos.

Ningún hombre invisible, no obstante, lo es para todo el mundo todo el tiempo. Durante tres años yo había dejado de serlo para Andrea González, que era adicta a las películas de James Bond y debió de enamorarse del espía secreto que –según también Ramón– nunca fui porque no nací en la antigua Unión Soviética. Ahora, no obstante, comenzaba a desaparecer para ella.

A mí, Andrea me amó como a un acertijo; más que quererme quiso resolverme. Se enamoró de mí porque yo era detective privado y ella apenas una niña de diecisiete años. Desde entonces, me fue quitando lentamente los vendajes para solventar mi enigma, pero ese ejercicio había acabado por decepcionarla. Bajo mis vendas solo había una maraña de pelo oscuro, grandes ojos marrones y rasgos gruesos, nada propio de un agente secreto o de un detective de novela negra.

Andrea se había empeñado en pelarme como una cebolla, pero debajo de cada capa solo encontraba una nueva, y debajo de todas ellas no había nada, porque realmente yo no guardaba ningún secreto. Mientras ella lo descubría, yo deje de interesarle. Ahora pelaba una cebolla diferente, que era el policía Abraham Mayor.

Lo descubrí sin quererlo. Una semana antes la vi en el edificio de Abraham y no tardé en unir cabos, al fin y al cabo me dedicaba a eso. Pronto cuadraron sus ausencias, sus excusas y sus silencios con el modus operandi de quien cometía una infidelidad. Junto a Ramón había investigado innumerables casos similares.

Abraham había estudiado con ella. La pretendió desde el instituto y solo dejó de hacerlo cuando estuvo en la academia.

Nunca se le pasó por la cabeza que Andrea fuera a estar eternamente conmigo. A su regreso a la isla, volvió a probar suerte, y ahora que era policía se había convertido en un mejor aspirante a James Bond que yo.

–Voy a ver a Ramón –le dije a Andrea, dando por hecho que no me acompañaría.

Ella estaba estirada sobre el desvencijado sofá del piso que yo compartía con Arístides. Iba a la Clínica de San Roque, donde el detective Ramón Vidal yacía encamado a expensas de que un carcinoma lo borrara de la novela negra que había sido su vida.

–Espera, Juan –me frenó.

–Dime.

Me había detenido cuando sorteaba el sofá de camino a la puerta. Imaginaba que Andrea continuaría allí cuando volviera. El piso era el único refugio que tenía lejos de la casa de sus padres, que era donde vivía y donde no quería estar de ningún modo.

–Tenemos que hablar.

"Tenemos que hablar" forma parte de la banda sonora que hace invisibles a los hombres.

–¿Qué ocurre?

–No sé, no estoy demasiado bien con… contigo.

–¿Por qué? ¿Qué pasa?

–Nada, no pasa nada –mintió–. Es solo que necesito un tiempo para mí. Estoy cansada de lo nuestro, me hace falta un respiro. Supongo que te lo estoy diciendo demasiado de sopetón, pero no se me ocurre otra manera de hacerlo.

Esa parecía toda la sinceridad a la que estaba dispuesta. No quería sacar a escena al policía y, a decir verdad, a mí tampoco me apetecía. Sin embargo, insistí, porque supuse que eso era lo que se esperaba de mí:

–Pero… ¿Qué ha pasado?

–Ya te digo que nada. Quizás ese sea el problema, tal vez yo esperaba que después de tanto tiempo pasara algo más entre nosotros.

–¿Algo más?

–Sí, que avanzáramos en algo.

–¿Cómo en algo? ¿Qué querías? ¿Qué viviéramos juntos o algo así?

Tal vez quería un visado sin restricciones para mi piso. Eso sería lo que el policía podría darle, eso y tal vez esencia debajo de los vendajes.

–No lo sé... Igual soy yo, tal vez es solo que estoy pasando por una mala racha. Necesito un tiempo para aclararme.

"Necesito un tiempo" es una fórmula afortunada para romper, ahorra explicaciones y exculpa de responsabilidades. Sobre esa fórmula no pesa gravedad alguna, es como si se pronunciara un inocente "hasta luego" que deja una puerta abierta.

–No sé si me apetece la idea, pero si es lo que necesitas podríamos hablarlo –le concedí.

–Sí, estaría bien…

–No sé que decirte ahora. No me lo esperaba... Oye –dije mirando el reloj–, tengo que ir a ver a Ramón. Se hace tarde. Quizás podríamos hablarlo con calma luego – y no obstante, sabía que esa conversación no tendría un "luego".

–Sí, claro, Ramón tendrá ganas de verte. Pues no sé, ya nos llamamos, Juan.

–Sí, claro. Me has cogido fuera de juego... Yo también necesito aclararme.

Esa me pareció la forma más cómoda de marcharme, nos ahorraba la molestia de poner plazos o de continuar definiendo las condiciones de nuestra ruptura. Sabía que no tendría otra oportunidad con Andrea, los hombres invisibles nunca la tenemos. Una vez nos han quitado las vendas no albergamos misterio alguno, y es que, ciertamente, jamás hay nada detrás de nuestras grandes gafas de sol, ni bajo nuestro sombrero o dentro de los guantes. Carecemos de enigmas o secretos.

2

Ramón Vidal no era un hombre vulgar. No maldecía ni increpaba, jamás utilizaba un vocabulario altisonante o inadecuado y nunca nadie le había visto perder los nervios. Aunque había nacido en Gran Canaria y crecido en Nueva York, Ramón jamás había pisado el país al que tendría que haber pertenecido si el mundo estuviera ordenado como debiera. Él tendría que haber nacido en Inglaterra y ser el primogénito de una familia noble. Así sería un impecable lord inglés, que era a lo que estaba predestinado.

El detective chirriaba en la Vega de San José como unas uñas arañando una pizarra, como si ese no fuera el lugar al que pertenecía sino solo al que lo desterraron. Debería morir en un elegante dormitorio del siglo XVIII en una vieja mansión a las afueras de Londres. Allí sería atendido por su ama de llaves o su mayordomo y por una vieja y discreta enfermera, y no por las auxiliares de la Clínica de San Roque, donde fue a dar con sus huesos al cabo de un carcinoma y una vida deambulando por las calles de Nueva York y de Las Palmas sin encontrar jamás su lugar.

Mi jefe pagó desde que llegó a Canarias un seguro privado con el único fin de no morirse en una habitación del Hospital Insular acompañado de otros enfermos y abarrotada de los familiares de estos. No habría aguantado el bullicio de conversaciones ajenas ni la tos o los esputos de un desconocido. Deseaba fallecer en un silencio relativo y paladeando a gusto su soledad. No agradecía en exceso las visitas ni gustaba de cualquier compañía. Prefería leer en la cama mientras podía, primero el periódico por las mañanas y después novelas de detectives, con la serie de relatos de Sherlock Holmes a la cabeza.

Como el famoso personaje, Ramón había fumado toda su vida en una pipa que, ahora, todavía descansaba como un trofeo en su mesilla de noche.

Llevaba puesta una bata y se encontraba sobre las sábanas, destapado, conectado al oxígeno y a una vía, y monitorizado en los que eran sus últimos días. No obstante, su cabello se encontraba peinado y su barba arreglada. Una vez en semana iba su barbero de toda la vida para acicalarlo, tal como lo hizo todos los martes desde que Ramón Vidal volvió de Estados Unidos con casi treinta años. Probablemente “volver” ni siquiera fuera el

término adecuado, porque en Gran Canaria solo nació. Su padre se lo llevó a América con seis meses. Si volvió fue solo porque aquí le quedó la única herencia que su padre no dilapidó en alcohol. Se trataba del piso en el que nació Ramón, en el barrio de Triana. Allí fue donde el joven abrió su agencia de detectives cuando retornó a la isla.

–Hola, Watson. ¿Cómo estás? –me preguntó con la voz convertida en un murmullo asfixiado por una tos constante que yo había aprendido a ignorar para escucharlo.

–Tirando, Holmes. ¿Cómo estás tú?

Ramón me llamaba Watson desde que comencé a trabajar para él cuando tenía veinte años. Mi vecino necesitaba alguien que le hiciera accesible la tecnología de micrófonos y cámaras de última generación para sus pesquisas. Sus clientes, normalmente desconfiados incurables o traicionados evidentes, exigían todo tipo de pruebas para atestiguar una infidelidad, tal y como hacían en las películas americanas. Esa fue la razón por la que Ramón recurrió a mí, que estudiaba telecomunicaciones. Era a quien tenía más mano para esa labor, sobre todo teniendo en cuenta de que me crié en el piso de arriba.

–Nunca pensé que diría esto, pero aquí estoy: muriéndome lentamente.

Ramón poseía esa flema británica que lo hacía inmune a la desesperación o, al menos, a una expresión evidente de esta. Era un hombre frío y equilibrado. Había asumido el cáncer y su cercano final con una entereza que haría concluir a cualquiera que o bien carecía de sangre en las venas o ya le habían sobrado años de vida.

–¿Nunca pensaste que te ibas a morir?

–No, jamás imaginé que alguien pudiera considerar que se moría lentamente… Siempre pensé que la propia muerte nos resulta a todos demasiado inminente, independientemente de que nos llegue a los veinte o a los setenta… –tosió– Por fuerza, morir resulta inaudito e inapropiado, casi impropio, porque siempre hemos hecho lo contrario: vivir… Pero esto me está resultando demasiado largo, agotador.

Ramón hablaba lentamente, aprovisionándose como podía de oxígeno, y eso hacía que su diálogo fuera pausado. Junto con la lectura, hablar conmigo era el único placer que le quedaba, ahora que no lo dejaban fumar. A mí me sobraba paciencia para esperar a que él construyera su parte de la conversación.

–Cualquiera diría que ya te están entrando ganas de marcharte

–concluí.

El detective sonrió, como si lo hubiera cazado en un renuncio después de su largo deterioro.

–No, qué va. Solo me agota vivir así, pero no me apetece morir. Lo cierto, Juan, es que me preocupa el cielo.

–No te imaginaba creyente –confesé.

El detective se había ido reduciendo a su mínima expresión durante su padecimiento. El cáncer lo había cernido sobre la cama hasta que solo quedó la parte más depurada de Ramón, lo que lo caracterizaba, aquello eximio que aún lo hacía reconocible para sus allegados. Eso era su cuidada barba y su porte de lord, su conversación afable a juego con su mirada inteligente, y aquella pipa que dormía a su lado pero que ya no usaba. El resto de él se había filtrado a través de la sábana para desaparecer bajo la cama, en ese mundo donde se esconden los monstruos cuando somos pequeños. Ahí se habían ido al menos quince kilos de Ramón y también el rosado de sus mejillas y su energía.

–Justamente lo que me preocupa del cielo es equivocarme. Nunca he creído en él, y si al final existe El Más Allá, me temo que no me lo voy a pasar demasiado bien.

–¿Te da miedo que te manden de cabeza al infierno?

–No, eso no –sonrió–. A alguien que se ha pasado la vida investigando la verdad no le tendrán reservado el infierno, ¿no crees? –aprovechó para ganar aire al tiempo que sopesaba sus pensamientos; Ramón no solía mentir, pero a menudo se guardaba la verdad celosamente, o eso estaba a punto de comenzar a descubrir yo mismo –. En el fondo, no soy un mal tipo. Solo he cometido uno o dos pecados de los gordos, y hasta para eso tenía mis razones. Seguro que me los perdonan.

–¿Mataste a alguien? –bromeé.

–No... –sonrió él.

–Entonces no debes preocuparte, es casi seguro que tienes abiertas las puertas del paraíso.

–Eso es justo lo que me preocupa. Ya me contarás tú qué va a hacer un investigador privado en el cielo. Allí solo existe la verdad sin escondrijos, y todo el mundo es inocente o ya está perdonado. ¿Qué pinto yo en un sitio así?

–Podrías tocar el arpa o algo. A lo mejor te enseñan a tocar una guitarra, a ti que tanto te gusta el blues. Igual te conviertes en un *bluesman* en el paraíso.

–El cielo no es lugar adecuado para cantar blues… ¡Qué poco sabes! El blues retrata la tristeza –llevaba años intentando

adoctrinarme sobre aquel estilo–. Bien visto, Juan, a mí me apetecería más el infierno. Allí todo el mundo arrastra vergonzantes secretos que yo podría averiguar. Ese sí que es sitio para un detective, pero me temo que ya no me queda tiempo para malversar mi alma, si es que la tengo.

–Quizás puedas espiarnos a los vivos desde allá arriba. Eso sí estaría bien, ya no te haría falta yo con mis cachivaches.

–Por fin me libraría de tanta maquinita.

–Además, si fuera así, el cielo también sería un buen canal pornográfico. Te garantizaría entretenimiento para toda la eternidad.

–¡Por Dios, Juan, que hablamos del cielo! Tendrán censuradas las relaciones sexuales.

–Tal vez aparezcan con rombos, como las películas de antes. Bueno, si allí tienes televisión en abierto y te permiten alguna visita espectral a los vivos, podrías darte un salto para verificarme si Andrea ya se acostaba con Abraham antes de cortar conmigo… ¿Lo ves? Ya te ha salido trabajo en el otro mundo.

Ramón masticó con lentitud la confesión que acababa de hacerle.

–¿Entonces has acabado con esa chica? –quiso verificar.

–Sí. La conquistó un policía.

–Los detectives siempre tienen problemas con la policía. Eso no cambia –sentenció él–. Y los hombres y las mujeres siempre acaban teniendo problemas. Eso tampoco cambia.

–Tú siempre tan optimista con respecto a ese tema.

–¿Todavía no has aprendido la lección? Al final, casi siempre conseguimos las fotos de ese crimen, ¿no?

–Pero a veces no. ¿Verdad? En ocasiones funciona.

–No, solo hay que darles tiempo. Todos estamos condenados a vivir engañados… –el detective sonrió, como si se acabara de acordar de algo–. Supongo que a tu madre no le va a gustar que vayas solo a la cena de su cumpleaños.

–¡Su cumpleaños! – faltaba solo una semana –¡Ya me había olvidado!

–Me temo que este año no podré echar una mano.

Ramón se encargaba de la música en esas veladas. Subía desde su apartamento un tocadiscos en el que reproducía viejos vinilos de blues que había traído de Estados Unidos. No había logrado convencerlo de pasar su música a compactos o pistas de audio. El detective era uno de esos fanáticos del vinilo, que defendía no sé qué calidad de sonido que se perdía en otros medios. En realidad,

yo sospechaba que esa aversión de Ramón por actualizar su fonoteca no era sino una muestra más de la fobia que sentía por las nuevas tecnologías.

Ese tocadiscos estaba ahora en una cómoda enfrente de la cama, donde unas veces Ramón y otras alguna enfermera lo ponían en marcha. Curiosamente, el detective no había insistido en que le trajera demasiados discos. No llegaban ni a una decena, todos ellos de *blues*. Lo que escuchaba más a menudo era la voz suave de Lil Johnson, un single que se empeñaba en repetir hasta la saciedad.

Escuchar música y leer novelas negras era prácticamente a lo único a lo que se dedicaba durante su convalecencia. No recibía muchas visitas ni gustaba de ellas, y tampoco tenía familia alguna que nosotros le conociéramos. Mi madre, que estaba especializada en los asuntos de este mundo y era esencialmente pragmática, le insistió hasta agotarse para que le proporcionara las señas de algún familiar al que poder advertir de su enfermedad. No obstante, Ramón no tenía parientes conocidos. Era el hijo único de dos padres ya muertos y, si aún conservaba parientes en Las Palmas, nunca se preocupó de buscarlos cuando regresó de Nueva York. Aquel detective tan amigo de los asuntos ajenos sentía un desprecio absoluto por los propios. Tampoco encontró Lourdes forma alguna de que le aclarará qué debíamos hacer con sus restos mortales o con sus posesiones tras su fallecimiento. Según él, todo ya estaba arreglado.

Mi madre y yo éramos lo más parecido que el detective tenía a una familia. Este contrató a Lourdes cuando se mudó a nuestro edificio para que le cocinara y le limpiara aquel piso y el que poseía cerca de la calle de Triana, donde puso su oficina. Aparte de nosotros, tenía contactos, compinches y compañeros de partidas de cartas, pero ninguna familia. Todos ellos se habían ido pasando como a cuentagotas por la clínica para despedirse del detective, sin faltar a la cita, pero también sin repetirse demasiado, quizás conscientes de que su presencia disgustaba a Ramón más de lo que lo aliviaba. Solo Lourdes y yo íbamos con frecuencia. Ella porque se empeñaba en no dejarlo morir sufriendo por la comida de la clínica y yo porque debía darle noticias de cómo iba el trabajo por la agencia; o, al menos, esas eran las excusas por las que Ramón nos perdonaba la presencia, que a buen seguro eran mejores que la mera compasión.

Yo conocía de una u otra manera a cuantos lo visitaban después de llevar diez años enredado en sus asuntos, a todos salvo

al hombre que recibió esa noche. El extraño debía de provenir de un capítulo de su vida anterior a mi llegada a la agencia.

–Marcos… –susurró Ramón al verlo, como si contemplara una aparición que pertenecía más al mundo hacia el que se precipitaba que al que aún ocupaba.

El visitante no era uno de los numerosos confidentes de los que Ramón se valía en su trabajo, ni tampoco pertenecía a sus compinches en la policía ni a sus contactos en el Ayuntamiento de las Palmas. El detective había tejido a lo largo de su vida una telaraña de influencias en la ciudad a base de dar y cobrar favores, ocultar secretos y solucionar misterios para otros. En aquella red estaban atrapados deseándolo o sin quererlo camareros y limpiadoras que trabajaban en los hoteles y locales predilectos de los infieles, policías que indagaban en los archivos por una módica comisión, auxiliares de los juzgados que hojeaban expedientes antes de las vistas, funcionarios de Hacienda que investigaban el destino de quienes hacían magia con el dinero para que desapareciera, y también perros callejeros a los que poner a vigilar, un matón a sueldo dueño de un restaurante japonés y otro sinfín de personajes que yo solo pensé que podrían existir en las películas hasta que empecé a trabajar para el detective. A todos ellos los conocí mientras hacía de chico de los recados para Ramón. Primero me observaban con cierto recelo y, con el tiempo, asumieron que yo no era sino una sucursal de Ramón Vidal en el mundo. No existía diferencia alguna entre tratar conmigo y tratar con él.

Marcos, no obstante, jamás estuvo atrapado en la telaraña de Ramón. No solo estaba seguro de que jamás había hablado con él, sino que tampoco lo vi ocupando ese segundo plano en el que solían aguardar los secuaces de los amigos de Ramón, esperando a ascender un peldaño en la cadena alimentaria del submundo de la ciudad para poder tratar directamente con mi jefe y recibir el sobresueldo que esto suponía.

–¿Ramón? –pronunció el desconocido como si no estuviera seguro de su identidad.

–Cuánto tiempo... –dijo el detective

–No sabía… no me había enterado de que estabas… –se disculpó Marcos.

Yo me encontraba sentado en la otra cama, apoyado en el cabezal, cerca de la ventana, intentando descifrar el periódico del día con la exigua luz que provenía de la calle. Había aprendido a acompañar a Ramón en silencio tras una breve conversación,

dándole tiempo para que recuperara fuerzas antes de poder sostener otra. Tanto Ramón como el visitante me ignoraban.

–No aparezco en las páginas de sociedad de los periódicos. Es normal que no te enteraras.

–Lo siento… –proclamó el hombre.

Marcos rondaba los cincuenta. Medía cerca de metro ochenta, tenía el cabello canoso y lucía una perilla gris que acotaba una boca grande. Se mantenía a un metro de distancia de Ramón, como si lo temiera.

–¿Por qué, profesor? Ya no deberías sentir nada después de tantos años, ¿no crees?

–Y, sin embargo, todo aún se siente, como si fuera ayer, como si hubiera sido justo ayer.

–No, qué va, ha pasado demasiado tiempo.

–Hay cosas que no caducan… Siguen siendo importantes pase el tiempo que pase. Nunca se lo has dicho a ella, ¿verdad? ¿Quieres que se lo diga, que la haga venir?

–No, claro que no. No pienso ser uno de esos viejos patéticos que al final se arrepienten de cuanto han hecho y acaban confesando todos sus secretos en su lecho de muerte. Eso es una vulgaridad.

Yo continuaba con la vista fija en el diario y la respiración queda, esforzándome por ser invisible. Marcos, tal vez, se imaginó que era solo el enfermo de la cama de al lado; y puede que Ramón ni advirtiera que aún continuaba allí. Llevaba media hora dando cabezadas mientras procuraba domar su respiración para cabalgar hacia el sueño. Ahora su vista no se alejaba de Marcos. Intentaba descifrarlo en la penumbra, advertir los cambios que habría obrado el tiempo en él. Lo mismo procuraría hacer el extraño con Ramón. Sin embargo, ninguno de los dos encendía la luz, como si aquel fuera un encuentro prohibido entre dos viejos espías. Si yo me movía o fijaba mi vista en ellos, si no continuaba aparentando estar enfermo y distraído para Marcos y desparecido para Ramón, dejaría de ser invisible. Por suerte, ser invisible se me da bien, resulto inofensivo, inocuo, y esa es una buena virtud para obtener información; se es menos celoso con los secretos cuando no se advierte el peligro de pronunciarlos.

–¿Estás seguro de que no quieres que haga nada?

–Esa es mi decisión –tosió Ramón. Se había espabilado. Se encontraba tenso, como si tras tanto tiempo de prepararse para morir ya no esperara sentirse amenazado por nada–. Sigue siendo el guardián de mis secretos como yo lo he sido de los tuyos.

–Sin embargo, tu decisión afecta a otra persona. Deberías decírselo a ella antes de…

–¿Antes de que me muera?

–Sí… antes de que mueras.

–Eso no incumbe a nadie, Marcos, y desde luego la muerte de alguien no se debería tener en cuenta para decidir ese tipo de cosas. Es absurdo remover nada después de tanto tiempo.

–Pero es que es la verdad. Debería saberse.

Aunque no lo pude advertir por el rabillo del ojo, Ramón debió sonreír.

–Resulta gracioso que precisamente tú vengas a defender la transparencia de la verdad… Ya deberías saber que la verdad a veces no soluciona nada, en ocasiones solo complica las cosas, solo echa vidas a perder. Olvídate de todo. Una verdad que se olvida deja de existir.

–¿Y eso lo dice alguien que ha dedicado su vida a descubrir lo que ocultan los demás? Lo que resulta gracioso es que tú hayas dedicado tanto tiempo a descubrir la verdad únicamente para guardártela para ti, ¿no crees?

–Teacher, you should not complain about that –pronunció Ramón.

"*De eso, precisamente, no deberías quejarte tú, profesor",* me costó unos segundos traducir las palabras del detective. No solía escucharlo hablar en inglés.

–En eso tienes razón –respondió Marcos.

Ambos guardaron silencio. Marcos por fin se decidió a abandonar las proximidades de la puerta y se adentró en la habitación. Sobrepasó la cama del detective y se aproximó a la ventana junto a la que yo estaba. Me miró fijamente, como si por fin acabara de dejar de ser invisible para él. Ahora resultaría evidente que no era un enfermo; mi indumentaria no era la propia de uno, ni tampoco mi aspecto. Se interrogaría por mi relación con Ramón, pero no articuló pregunta alguna como tampoco lo hice yo.

Ramón había dado la conversación por terminada, ni siquiera perseguía con su mirada la travesía del extraño por la habitación. Este se giró tras asomarse por la ventana y se apoyó en su marco, como para adquirir una visión general del espacio en penumbra. Se fijó en el tocadiscos y se acercó hasta él con los pasos calmos. Esta vez el detective sí que lo observó, como si su visitante comenzara a convertirse en una amenaza o estuviera a punto de descubrir algo que él había escondido celosamente. No obstante,

no dijo nada.

Marcos tomó uno por uno los discos. Era imposible que pudiera leer sus títulos apenas sin luz. No obstante, el hombre se detuvo cuando llegó al más pequeño de ellos, el vinilo de Lil Johnson. Yo lo reconocí por ser el único de siete pulgadas que había en el dormitorio. El resto eran *LPs* de doce.

El hombre se aproximó a la luz de la ventana para verificar sus suposiciones. Leyó los créditos del disco y, luego, lentamente, volvió al lugar en el que estaba el rotor, insertándolo en él y poniendo en marcha el plato.

–¿Sabes, Ramón? Puede que al fin y al cabo haya sentimientos que no caduquen, ni siquiera después de veinticinco años –dijo al tiempo que ponía la aguja sobre el vinilo y comenzaba a sonar la voz de la cantante–... Siento lo de tu enfermedad –susurró mientras abandonaba la habitación y dejaba sonando el *single*.

El detective no pronunció palabra alguna.

Yo aguardé en silencio hasta que me convencí de que aquella salida tan teatral había sido una marcha efectiva. No acertaba a comprender cómo alguien podía haber ido a encontrarse con Ramón después de tantos años únicamente para hablar en clave y dejar sonando un viejo vinilo.

–De verdad que te los buscas raros, Sherlock. ¿Quién era este tipo?

–Perdona, Juan, pero estoy cansado. Necesito dormir –el cáncer le proporcionaba una excusa ideal para evitar mis preguntas.

–Está bien –le concedí–. Creo que me voy ya. Ha sido un día largo

La música acababa de dejar de sonar.

–... ¡Oye! Hazme el favor de volver a poner ese disco antes de irte.

–Claro.

Así lo hice. Encendí una pequeña lámpara que había junto al tocadiscos para ponerlo en marcha. No pude resistir la tentación de observar con detenimiento el vinilo que llamó la atención de Marcos.

Los créditos del disco estaban grabados en un modesto negro sobre blanco. Únicamente aparecía el nombre de la cantante y del tema, pero no había alusión alguna a la compañía discográfica, parecía más bien una maqueta. Lo dejé sonando.

3

Mi dormitorio en la casa de mi madre tenía vistas a la avenida marítima de la ciudad de Las Palmas. Justo enfrente, cruzando la autopista, se encontraba el viejo barrio de pescadores de San Cristóbal. Por la ventana solía entrar una brisa marina que empañaba los cristales y cubría las estanterías de polvo. Por ello, Lourdes casi nunca las abría. Mi madre era una mujer práctica, con contadas manías y escasas concesiones al pasado. Cerró a cal y canto mi cuarto cuando me fui a vivir fuera y solo lo limpiaba una vez al mes. Había terminado por usar mi armario y los bajos de mi cama como trastero para cuanto le sobraba en el resto del piso: viejas vajillas, ropa de fuera de temporada, figuras inútiles y lámparas añejas que había cambiado por otras, amén de mis apuntes de la carrera y libros que difícilmente volvería a leer pero que no me atrevía a tirar.

Permanecí asomado a la ventana mientras la claridad y la brisa invadían la estancia. El olor de la marisma me transportaba a mi infancia.

Era el cumpleaños de Lourdes y había ido a ayudarla con la cena. Solía ser el detective y no yo el que se ocupaba de eso. Ramón subía desde su piso a la siete de la tarde y echaba una mano hasta las nueve, que era cuando llegaban los comensales a una celebración que se alargaba hasta las once o las doce.

–A este paso no vas a ser de mucha ayuda –pronunció Elena desde el umbral de mi puerta.

A sus veintiún años, Elena exhibía todavía un físico propio de una adolescente. Su delgado cuerpo se dibujaba apenas sin accidentes en un metro sesenta de altura, conteniendo unos senos escuetos y unas caderas estrechas. Si cabía, su tez pálida y sobre todo su melena lacia, larga y clara contribuían a hacerla parecer aún más joven.

–Estaba aireando esto, huele a tumba.

–Es la tumba de tu pasado, amigo –pronunció la chica con voz de película de terror al tiempo que desplegaba una sonrisa–. Seguro que te has quedado en plan nostálgico recordando algo mientras mirabas por la ventana.

–No, en absoluto, solo estaba tomando un poco de aire.

–¡Qué raro! Siempre he pensando que las rupturas dan nostalgia. Se las pasa todo el mundo pensando en el pasado y en el

tiempo perdido.

–Yo soy menos dramático, ya ves.

Andrea se acercó para abrazarme a modo de saludo.

–¿Estás bien?

Me resultaba incómodo sentirme consolado por una amiga de Andrea.

–Claro que sí. Era algo que se veía venir.

–¿Te lo imaginabas?

Supuse que Elena conocía la relación de su mejor amiga con Abraham, estaría mejor informada que yo respecto a todo lo ocurrido.

–Claro, hacía tiempo que no cuadrábamos –confirmé imaginando que aquello bastaría para cerrar el tema. No deseaba hablar de Andrea–. ¿Qué haces por aquí? Pensé que caerías en la parte de Andrea en el reparto de bienes.

–¿Qué pensaste: que dejaría de hablarte porque ya no salías con mi amiga? Eso ya no está de moda. Si dejara de relacionarme con los "ex" de mis amigos cada vez que alguien rompe, ya no habría una persona en esta isla a la que podría dirigirle la palabra.

El sentido común de Elena estaba lleno de frescura. Aún navegaba en esa edad en la que las cosas todavía no pesan demasiado, donde aún nada es irrevocable ni nada se cierra definitivamente. Hacía poco que había terminado de estudiar y coqueteaba con sus primeros empleos.

–En eso tienes razón. Hay demasiado puterío como para andarse con remilgos y apuntarse a salvajes, ¿no?

–Justo.

–¿Qué haces aquí? ¿No me dirás que Lourdes te ha convencido para que vengas? No te imagino entre tanta urraca seca. A mí no me queda otro remedio, pero a ti…

–No tenía nada mejor que hacer. Además, me encanta ver cómo los mosqueteros despellejan a todo el mundo.

–Eso y la comida de la Lourdes. Vamos, ayúdame con esto ya que estás aquí.

–¿Qué buscas?

Me levanté y abrí el altillo del ropero empotrado de mi dormitorio.

–Espera –le rogué mientras me subía a una silla para coger una caja–. Esto es. Toma –le ordené al tiempo que le daba el bulto. Era la vajilla buena de mi madre.

–¿Cuándo llegan los mosqueteros?

–En una hora o así.

La mayor parte de las amigas de mi madre eran mujeres que pasaban de los cincuenta y llevaban más de una década separadas. Criadas para pasar toda su vida junto a sus maridos, el divorcio se convirtió para ellas en una religión. Eran mujeres de barrio, escasamente formadas, que habían naufragado de matrimonios terribles: algunas con maridos delincuentes o con problemas de drogadicción, otras siendo víctimas de agresiones y, las que menos, habían sido simplemente abandonadas, como le ocurrió a mi madre.

El mundo de Lourdes albergaba toda una legión de esas mujeres, que en ausencia de sus esposos se dedicaron a cuidar a sus hijos. Sin embargo, cuando el nido se les quedó vacío, quedaron huérfanas de objetivos. Solas, buscaban nuevos proyectos sin haberse parado a pensar nunca qué deseaban para ellas; ser madre divorciada y trabajadora en los ochenta y noventa era ya de por sí una tarea a tiempo completo.

Ahora Lourdes y sus amigas exploraban toda una casuística de remedios contra el aburrimiento: actividades deportivas y lúdicas, cursillos y encuentros sociales. Todo eso lo acometían unas acompañadas de las otras, con una camaradería a la que parecía obligarlas su situación. Yo me crié entre ellas, escuchando como vilipendiaban a los hombres y mitificaban el divorcio y la soledad como si fuera lo mejor que les hubiera pasado. Esa era la forma en la que se hacían fuertes unas junto a las otras, ahuyentando la terrible certeza de que no las criaron para envejecer solas, alejadas del sueño de una familia convencional.

–Dios, Juan, me da miedo acabar algún día como ellas –me confesó Elena sobre la cama sin venir a cuento.

–No te imagino de señora amargada. Son viejas resentidas, una plaga –me burlé–. Hay que tenerles miedo. Te lo digo yo, que me crié entre ellas.

–¿Cómo se acaba así?

–No saben estar solas, ni siquiera las dejaron imaginar que podrían estarlo. No sé cómo no buscaste una excusa para saltarte la cena, Lourdes lo habría entendido.

–No tenía nada mejor que hacer, de verdad. Pensé que Pedro iba a venir esta semana, pero le surgió algo.

Elena estaba atrapada en una relación complicada. La había engatusado a los dieciséis un ingeniero que ahora rondaba los cuarenta. Desde entonces, la tenía encerrada en un laberinto del que ella no lograba escapar por más que extendiese una jungla de cordeles para asegurarse su retirada. A su historia con Pedro le

habíamos diagnosticado todos una muerte clínica que nunca terminaba de hacerse efectiva.

–¿Todavía igual?

–Por favor, prefiero no hablar de eso. Pedro no es nada, es solo bobería.

–Pedro te llama a diario y, cuando él no lo hace, tú lo llamas a él.

–Ni siquiera está. Está en Londres, a un mundo de distancia.

–Y, sin embargo, lo esperabas esta semana y te ha jodido no verlo. Tú nada con Pedro a veces parece demasiado, ¿no crees?

–Solo es lo que hay hasta que aparezca algo mejor, créeme. Es una manera de no sentir que estoy perdiendo el tiempo. Ahora solo somos amigos

Elena confiaba en que si se repetía eso lo suficiente terminaría por creérselo.

Cuando conocí a Andrea, ya Elena estaba revolviéndose en la telaraña del ingeniero como si fuera una mosca. Millones de vueltas después continuaba justo en el mismo lugar, solo que más atrapada que entonces sí cabía.

Ambas habían entrado entonces en la agencia con gesto asustadizo. Andrea desesperada y Elena ejerciendo de mejor amiga en una aventura incierta dentro de una pintoresca agencia de detectives.

–¿Juan, puedes venir un minuto? –me había ordenado Ramón aquel día.

Las chicas habían aguardado un cuarto de hora en la antesala antes de que Ramón las atendiera.

La agencia estaba situada en el pequeño piso del barrio de Triana en el que nació Ramón Vidal. La vivienda constaba de un salón, un dormitorio, un baño y una cocina. Ramón había tirado la pared que separaba el salón del dormitorio y la había sustituido por una vidriera con puerta, similar a las de los despachos de los detectives en las películas policiacas antiguas. En la puerta, había hecho poner su nombre con serigrafía «D. Ramón Vidal. Detective». En el espacio que correspondía al salón, dispuso una antesala en la que se encontraban mi mesa y tres sillones grises para que esperaran los clientes. Las cámaras y el resto del material que usábamos se guardaban en la cocina.

Desde que las chicas entraron me llamaron la atención. Parecían hechas con el mismo molde. Vestían camisetas de asillas, que dejaban a la vista sus abdómenes hasta la parte baja de las caderas, coronados por un *piercing* en el ombligo; de plata el de

Andrea y el de Elena engarzado con una piedra azul. Por último, el conjunto se completaba con faldas de gasa, que desvelaban a contraluz la silueta de sus piernas, y sandalias de cuero.

Sus físicos acumulaban más diferencias que su ropa. Andrea era más robusta, lucía unos senos altaneros y unas caderas más pronunciadas que Elena, que parecía perderse en aquel eximio vestuario.

Ramón no solía encargarme las entrevistas con los clientes sino en raras ocasiones. El detective cerró la puerta tras de sí después de llamarme.

–Watson, ocúpate de estas chicas, tengo que salir.

–¿Qué quieres que haga? Parecen unas niñas.

El detective tenía prisa.

–No sé, mira a ver qué podemos hacer por ellas. Eso sí, cerciórate de que pueden pagarlo. Es algo de los padres de una, ya me contarás con detalle…

Volvió a abrir la puerta y se dirigió a las muchachas.

–Señoritas, las dejo con mi socio, él se ocupará de todo.

Las dos se despidieron con una amplia sonrisa.

Yo ocupé entonces la mesa de Ramón. Aquella era una de las pocas ocasiones en las que un hombre invisible se hacía evidente para alguien como Andrea. Debí comenzar a existir para ellas desde que el detective me calificó como su socio. Encendí el ordenador de Ramón, que él apenas usaba. El detective vivía anclado en el papel y se empeñaba en ignorar la base de datos que yo programé para organizar el caos de expedientes que se acumulaba en los archivadores metálicos del despacho.

–Esperen un segundo a que encienda esto–les dije–. Mi jefe es *Edadepiédrix*, los ordenadores no se hicieron para él –me quejé, harto de que Ramón obviase todos mis esfuerzos por modernizar su negocio.

–¿*Edadepiédrix?* –sonrió Andrea.

–Sí. ¿No has leído nunca los cómics de Asterix?

–Chacha, *Edadepiédrix* es el viejo de la aldea de los galos, el que va con el bastón –la adoctrinó Elena.

–Pues sí que se parece un poco con la barba.

–Y sobre todo se parece porque no enciende el ordenador ni por accidente –me quejé–. Bueno ¿Qué pasa? ¿En qué podemos ayudar?

–Verás, yo quería ver si podían investigar una cosa… –comenzó titubeante Andrea.

–¿De qué tipo de trabajo estamos hablando?

–Ella querría que investigaran si alguno de sus padres está poniéndoles los cuernos al otro –acertó a contestar Elena para ayudar a su amiga.

–¿Pueden hacerlo? –inquirió Andrea.

–Claro. ¿Pero sospechas que alguno de los dos pueda estar engañando al otro? Nos facilitaría el trabajo saber por dónde empezar.

–No, no lo sé seguro.

–Pero hay algo que te haga sospechar, ¿no?

–¡Uf! Se llevan fatal. Eso sí que hace sospechar –apuntó Elena, al tiempo que recogía una de sus piernas sobre el asiento y la disponía debajo de sus posaderas–. Es imposible que dos personas que se lleven tan mal no se estén engañando.

–.¿Sabes que esto puede salir un poco caro? Quiero asegurarme de que puedes costear nuestros servicios antes de que nos pongamos a trabajar. Y también debes contemplar la posibilidad de que a lo mejor lo que descubramos no sea lo que deseas. En ocasiones es mejor no saber, igual sí que descubrimos que tus padres se están engañando...

–No, si eso es lo que quiero que descubran –aseguró ella–. Y por el dinero no te preocupes, puedo pagarlo.

Era evidente que eran niñas bien. Quizás Andrea había apartado dinero de su último cumpleaños o de navidades para aquel fin.

–De acuerdo. Entonces me hacen falta algunos datos.

No me imaginaba qué razones llevaban a una adolescente a emprender esa investigación, sin embargo, no se lo pregunté entonces. Ramón aconsejaba no ser impulsivo cuando interrogaba. Con eso solo se lograba que la gente se pusiera a la defensiva y midiera cuidadosamente sus palabras. Si uno quería averiguar algo, lo mejor era dejar que las conversaciones fluyeran sin que nada en ellas pareciera demasiado relevante y, sobre todo, sin que uno se mostrara ansioso por saber.

Ni siquiera imaginé en aquel momento que una de esas muchachas ocuparía mi cama los próximos años y que la otra se encontraría después de ese tiempo en la celebración del cumpleaños de mi madre.

Elena me hizo un guiñó sentándose a mi lado. Había sido la última en ocupar su asiento a la mesa.

–Lourdes, cocinas como nadie –apuntó Arístides, mi compañero de piso, mientras le daba un primer bocado al plato que tenía

delante.

No era extraño que fuera el primero en hablar, él se encontraba en las antípodas de la invisibilidad. No solo lo hacía evidente su metro noventa y su constitución atlética, sino que allá donde fuera era quien primero tomaba la palabra y quien con más frecuencia hacía uso de ella, inmiscuyéndose en todas las conversaciones y ejerciendo de encantador de serpientes con quienes lo acompañaban.

–Gracias, Ari –le sonrió mi madre, que lo conocía desde que era un mocoso.

–Sí que debes cocinar bien, porque, si no, no se explica que un chico tan guapo como este venga un año tras otro. Seguro que siempre tiene señoritas esperándolo –apuntó Teresa, una urraca vieja que flanqueaba a mi madre y que regentaba una funeraria en la calle de *Los reyes católicos*.

–Este corta con quien sea por una cena gratis– denuncié yo con sorna.

–O corta con cualquiera con cualquier excusa –se quejó Elena.

–Siempre ha sido rompecorazones –dijo Isabel, la vecina de arriba.

–No, es solo mi fama, Isabel, en el fondo soy buen chico

–De esos creo que no los hay.

–Los caballeros se extinguieron hace tiempo –Adela era la última de los tres mosqueteros que acompañaban asiduamente a mi madre. Era auxiliar administrativa en los juzgados. Tenía unos años menos que Lourdes.

–¿Pero alguna vez los hubo?

–Oh, sí, claro que sí, Elena. Solo que en tu quinta ya se extinguieron del todo.

–Había pocos pero los había. El bueno de Ramón es uno de ellos. ¿Cómo está él? Se le echa de menos esta noche.

–Está bastante mal –confirmé yo–. Los médicos no le dan mucho tiempo.

–Pobre. Al final siempre se van antes los buenos.

–Ramón sí que es todo un caballero –apuntó Teresa–. Es tan educado y siempre tan solícito. Nunca le he escuchado una mala palabra o un desplante.

–Desde que llegó al bloque nunca ha dado problemas, jamás nadie ha tenido que hablar mal de él –continuó mi madre.

–Parece que tu jefe tiene una legión de admiradoras –señaló Arístides, que tal vez sentía su protagonismo amenazado por un hombre enfermo.

–Eso parece.

Elena no pudo evitar entrometerse en la conversación mientras se servía comida de una de las fuentes.

–¿Alguna vez alguna se sintió tentada por Ramón?

La muchacha sabía que no tenía sino que tirarle de la lengua a los tres mosqueteros para que comenzaran a hablar. Todas ellas transitaban ya la segunda mitad de sus vidas con poco equipaje y apenas reservas, así que se permitían el lujo de decir lo que quisieran, convencidas de que ya no tenían nada que perder ni nada que ganar.

–Bueno, no negaré que si se me hubiera puesto a tiro… –sonrió Teresa, que se esforzaba en ser más agresiva que sus amigas.

De las cuatro, era la que tenía una mejor posición social. Había hecho fortuna gracias al negocio de su ex marido y eso le permitía moverse en ambientes más selectos. Insistía en evidenciar que de todas era la que tenía más mundo, la más desenvuelta.

–Yo creo que el pobre Ramón no estaba para ninguna mujer –apuntó Isabel, que debía encontrarse combativa.

Aquel grupo de cincuentonas estaba lleno de rivalidades, unas denostaban a las otras en cuanto se ausentaban. Aderezaban su rutina con “dimes y diretes”, haciendo gala de una susceptibilidad a flor de piel.

–¡Qué dices! –se extrañó Lourdes.

–Pues eso, que Ramón no estaba para ninguna mujer. ¿Nunca lo habían pensado?

–¡Venga ya! ¿Está diciendo que tu jefe es gay? –sonrió Elena en un murmullo. Solía observar a los tres mosqueteros como si se encontraran al otro lado de las rejas de la jaula de un zoo.

–Eso parece. Pero primera noticia por mi parte, la verdad.

–Tú estás fatal, chica. Tienes que salir más, tanto respirar el aire viciado de tu piso te está enfermando –Teresa solía discutir con un tono inquisitivo, instalándose en la prepotencia y tachando de absurdas las opiniones de los demás.

–A ver: ¿alguien lo ha visto en ese plan con una mujer?

Nadie contestó, aunque yo me esforcé por recordarle una relación al detective. Crecí contemplándolo solo, era lo normal, ni siquiera solía plantearme si ansiaba otra cosa que resolver los casos que llegaban a su despacho

– ¿Ven? Nadie –sentenció la urraca.

–Sí, pero eso no es razón para afirmar que Ramón entienda –Arístides volvía a ingresar en la discusión después de tomarse un respiro para avanzar el abundante plato que se había servido–.

Desde luego no tiene pluma ninguna.

–Ay, chico –aclaró Adela–. Eso no tiene que ver. No todos los gays tienen pluma.

–¡Vaya! Eso convierte el mundo en un lugar todavía más peligroso –sentenció mi amigo.

–¡Mira que eres básico, tío, un macho de Cromañón! –lo acusó Elena, a la que hacía ya tiempo que no la seducían las artes del encantador de serpientes.

–Mira, Arístides, una cosa es segura: todos los que tienen pluma son homosexuales –el resto de los mosqueteros asintió al unísono como si aquello fuera una verdad universal–. Y de los que no la tienen, algunos lo son y otros no –y volvieron a asentir las divorciadas.

–Llevan toda su vida investigando sobre ello –le susurré a Elena–. Están a punto de presentar una tesis doctoral conjunta sobre el asunto.

Ella se me agarró al brazo y se acercó a mi oído para susurrarme:

–Es lo que tiene follar poco, que da para tesis doctorales.

Me giré para ser yo ahora quien le susurrara, ignorando la discusión en la que se encontraban inmersos los mosqueteros y Arístides.

–Si Ramón es gay por no conocerle mujeres, estas cuatro son mayormente bolleras desde que se separaron.

–Calla, calla… –me ordenó la joven dándome unas palmadas en las rodillas a modo de reprimenda.

–¿Qué murmuran por ahí? –nos interrogó mi madre, que solía ser las más observadora de los mosqueteros.

–Nada, nada –le mentí–. Oye, mamá, ¿tú qué opinas? Si alguien de esta mesa es una autoridad en Ramón esa eres tú. ¿Tú crees que vive dentro del armario?

–Ay, hijo, no lo sé. Nunca le he escuchado hablar de mujeres en ese aspecto. Pero, claro, él pasa mucho tiempo fuera del Polígono, y ya sabes que es muy reservado, quizás haya tenido aventuras fuera. Yo no creo que sea gay, la verdad. ¿Ha pasado a visitarlo por la clínica alguna mujer extraña?

–No, qué va. Pasa la mayor parte del día solo, ya lo sabes.

La única visita extraña de Ramón había sido Marcos. Tal vez Adela encontraría una explicación amorosa para ella, pero yo era incapaz de imaginármelo.

–Quizás lleva años formando parte de un triángulo amoroso –intervino Teresa añadiéndole un aire melodramático al asunto.

–Bueno, Ramón acaba de pasar de ser el caballero perfecto a un bellaco habitual. ¡Cómo caen los hombres en esta mesa! –observó Elena.

–Chica, los hombres siempre caen.

–Y se les caen…

Aristides se replegó de nuevo a su plato. No podía competir con la incontinencia verbal de los mosqueteros. A buen seguro saldría mal parado si se enfrentaba a ellas...

–Mátame si el año que viene vuelvo –dijo Elena a modo de conclusión, según cruzábamos la calle. Eran cerca de las doce de la madrugada y Arístides se había marchado media hora antes.

–Conozco un par de tíos a los que podría encargarle el trabajo.

–Tú siempre conoces un par de tipos para todo, ¿no?

–Es lo que tiene trabajar con Ramón.

Yo no había llevado el coche y, al parecer, Elena tampoco.

–¿Vas a volver andando? –la pregunta se impuso ahora que nos acercábamos a la parada de la guagua.

El trayecto hasta mi piso podría llevarme media hora a pie. Ella vivía en casa de sus padres en el barrio de Vegueta, a solo quince minutos.

–Sí, pero si quieres te hago compañía hasta que pase la guagua.

–¿Pero vas a ir andando por aquí a esta hora?

El Polígono era tabú para las jóvenes de Vegueta a esas horas de la madrugada. Era un barrio marginal.

–Es mi barrio, me conocen.

–Bueno, entonces prefiero acompañarte a pie. Me vendrá bien el paseo.

No hacía demasiado frío, aunque en la ciudad de Las Palmas casi nunca lo hace.

La Vega de San José era de noche una pequeña jungla de bloques llenos de pequeños pisos donde se apilaban decenas de familias. Era la puerta al cono sur de la ciudad, donde se encontraban algunos de los peores barrios de Las Palmas.

Comenzamos a andar en silencio. Supongo que ella pensando en el ingeniero Pedro y yo en el extraño que había visitado a Ramón en la clínica. Aquella escena se me venía una y otra vez a la cabeza.

–¿Pensando en Andrea? –se atrevió a pronunciar por fin Elena, probablemente para escapar de la retahíla de sus propios pensamientos.

–No, qué va.

–Mentiroso.

–No... Pensaba en Ramón.

–Lo siento, me imagino que debe ser como un padre para ti.

Yo sonreí, parecía que Elena aún no había terminado de salir de aquel mundo de telenovela en el que vivía cuando la conocí.

–No, nada de eso. Es solo que el otro día pasó algo raro.

–¿Qué?

Entonces le narré el encuentro del detective con Marcos.

–¿Y no tienes idea de qué hablaban? –quiso verificar la muchacha cuando terminé de contárselo.

Acabábamos de sentarnos en la plaza de Santo Domingo, cerca de su casa. La conversación se iba a alargar más que el trayecto. Estábamos sobre un banco de cemento con brazos en forma de espirales.

–Ni idea. Primero pensé que no notaban mi presencia, pero está claro que sí me tuvieron en cuenta y que se guardaron de no desvelar nada.

–¿Y no le preguntaste a Ramón de qué iba aquello?

–Le pregunté quién era el tipo, pero no quiso decírmelo.

–¿Y no has intentado volver a preguntárselo? A mí me podría la curiosidad.

–¿Crees que el detective me contaría algo así? Lo que quiera que fuera pasaría hace mucho, y si Ramón ha guardado el secreto tanto tiempo, seguro que no me lo va a contar ahora.

–Será algo importante, ¿no crees? Tiene que serlo para que ese hombre decidiera reencontrarse con Ramón ahora que se está muriendo.

–Seguramente sea solo algo personal. No sé, un asunto familiar o algo así.

–¿Pero Ramón tiene familia?

–Que yo sepa no, o por lo menos no allegada, pero vete a saber. También se puede tratar de algo que descubriera en su trabajo y que no comunicó a quien debía, quizás sea un cabo suelto o algo así, aunque me cuesta imaginármelo.

–¿Te refieres a que Ramón puede estar encubriendo a alguien?

–No sé, tal vez se trate de un marido infiel al que no delatara por alguna razón, o puede ser algún asunto de dinero que no sacara a la luz a saber por qué. Esas suelen ser las cosas que investigamos, tampoco somos la KGB ni la CIA –era cuanto se me podía ocurrir.

–¿Y por qué haría eso? ¿Por qué encubriría a alguien?

–Eso es fácil de adivinar. Ramón ocultaría la verdad solo por

dos razones: porque podría salir perdiendo algo con ello o porque podría salir ganando algo con ello.

»Puede que el culpable tuviera algo con lo que coaccionar a Ramón, o puede que él consiguiera algo a cambio de no hablar. Tiene a mucha gente atada gracias a sus secretos, gente que nos echa una mano a cambio de que Ramón no desvele lo que sabe de ellos.

–Desde luego ha sabido sacarle rentabilidad a los cuernos ajenos, ¿no? –puntualizó Elena.

Yo sonreí, ella tenía razón.

–Ha vivido de eso toda la vida. Y supongo que de habérselo tomado más en serio, hasta podría haber hecho fortuna.

La agencia no era un negocio muy rentable. El detective era solícito con sus clientes y exigente con su trabajo. Invertía mucho tiempo y recursos en satisfacer a quienes lo contrataban y les cobraba poco a cambio. Había investigaciones en las que claramente perdía más dinero en sobornos y micrófonos extraviados que lo que ganaba resolviendo el caso.

–¿Entonces no vas a intentar enterarte de cuál es ese secreto que oculta? –quiso verificar Elena antes de entrar en su casa.

Habíamos abandonado la plaza unos minutos antes y nos disponíamos a despedirnos.

–Supongo que no, no es asunto mío.

–A mí me podría la curiosidad.

–Lo supongo, pero me imagino que no me quedará otra que respetar su intimidad –sentencié antes de darle las buenas noches a Elena y continuar mi camino hasta la buhardilla que compartía con Arístides.

4

El detective Ramón Vidal falleció a principios de marzo, de madrugada y solo, probablemente con un disco de blues sonando bien bajo para no molestar a los pacientes de las habitaciones contiguas.

Lo visité por la tarde para escuchar la última sonata de sus pulmones. Estaba bastante sedado y solo insistía en escuchar música, me imagino que porque ya estaba demasiado cansado como para continuar leyendo novelas negras o repasar algún episodio de las aventuras de Sherlock Holmes. Apenas hablamos y, por supuesto, Ramón no insistió en que me quedara ni en que me relevara nadie, aunque sabía que se le apagaba la vida.

Como era su costumbre, no dejó ningún cabo suelto. Dejó organizado todo cuanto afectaba a sus restos mortales y a sus posesiones. Me encomendó avisar al abogado Abel González, que era quien se encargaba de los asuntos legales de Ramón.

Deseaba ser incinerado lo antes posible. A Lourdes apenas le dio tiempo a poner una esquela en el periódico del día siguiente, el mismo en el que se iba a proceder a la cremación. Lourdes y los tres mosqueteros lo velarían hasta ese momento, suspirando a ratos y a ratos recordando lo poco que sabían de él.

También en contra de lo que deseaba mi madre, en el velatorio el ataúd estaba cerrado al otro lado de una vidriera, circundado por unas pocas coronas de flores.

–No ha venido ese hombre, ¿no? –me preguntó Elena al principio de la tarde, unas horas antes de la incineración.

Abel me pidió que estuviera, el detective quería que me hiciera cargo de sus cenizas y que las arrojase al mar en el barrio San Cristóbal. Ramón parecía decidido a borrarse prontamente del mundo, sin dejar siquiera un lugar donde recordarlo.

–¿Qué hombre? –simulé que no sabía a quién se refería.

–Ese tal Marcos del que me hablaste.

Elena parecía tan poco dispuesta como yo a olvidarse del asunto. No obstante, ese comportamiento era más extraño en mí que en ella. A pesar de mi trabajo, no solían atraerme los secretos.

–No, no lo he visto.

–¿Le has preguntado a tu madre?

–Sí.

–¿Entonces por qué has puesto cara de que no sabías de qué te

estaba hablando cuando te pregunté por él? ¿Querías quedarte conmigo?

–Un poco sí –sonreí.

Los hombres invisibles son buenos espías, también por eso me había contratado Ramón. En contra de lo que suele pensarse, nadie encarna más la antítesis de una espía que los que protagonizan las películas del género. Sean Connery, Roger Moore o Pierce Brosnan jamás entrarían al servicio de su Majestad en el MI6. Resultan personajes demasiado sólidos y llamativos. No existe nada menos sutil que pasarte la mitad de la misión acostándote con el enemigo al tiempo que exhibes una curiosidad desmesurada. Un espía resulta más eficiente cuando se mueve en los márgenes como una figura transparente. Jamás debe claudicar a la curiosidad, nada evidencia más tu presencia que las preguntas constantes e injustificadas. Eso, prontamente, te marca como sospechoso.

Yo sabía habitar en esos márgenes. Nadie me recordaba ni se fijaba en mí, y, aún cuando lo hacía, resultaba inofensivo. No soy guapo, pero difícilmente se me intuye la maldad. En el colegio solía ser el último de quien sospechaban los maestros y mi madre nunca recibió una queja de mí. Aunque acostumbraba a tratar con malas compañías, era impermeable a los prejuicios que estas despertaban en otros. Nunca fui un sospechoso habitual a pesar de frecuentar a muchos de ellos.

Trabajando para Ramón, podía estar un mes vigilando a alguien sin que este me advirtiera. No me reconocía ni sospechaba aunque durante semanas me sentara a su lado en la guagua, comiera en los mismos sitios que él o estuviera aparcado con el mismo coche delante de cada hotel del que salía. No soy lo suficientemente feo, guapo, alto, bajo, gordo o delgado como para ser llamativo. El detective solía decir que si hubiera nacido en la antigua Unión Soviética no habría llegado a la pubertad sin que me reclutara la KGB.

Ramón, en cambio, era un espía mediocre. Resultaba demasiado llamativo con su barba gris cuidadosamente arreglada y con su acento de hispano de Nueva York, más afectado por la comunidad portorriqueña que por su padre canario. Era un hombre fácil de recordar con esos ojos vivos que tenía, que parecían la mira de un francotirador dispuesto a disparar preguntas en todo momento. Era capaz de sonsacarle secretos a cualquiera a base de insistencia y coacciones; yo, en cambio, me enteraba de ellos porque nadie me consideraba peligroso para contarlos ante mí.

Ramón se había entrenado durante años para espiar a otros y, sin embargo, le costaba un gran esfuerzo pasar desapercibido. Antes de que yo trabajara con él, solía contratar a estudiantes de la escuela de actores para que sacaran fotos en tal o cual restaurante, o para que grabaran la conversación de tal pareja en una cafetería, porque a menudo alertaba con su mera presencia a quienes escrutaba.

Mi falta de curiosidad resultaba extraña para la gente como Ramón o Elena. Mi padre se marchó con cuatro años y yo jamás sentí interés por saber qué fue de él. Lourdes era incapaz de comprender mi desidia y se esforzaba en darme explicaciones que yo no le pedía. Ramón o Elena habrían hecho lo imposible para descubrir el paradero de David Hernández, que llevaba veintiséis años perdido en Uruguay sin dar noticia alguna de su existencia. A ellos dos les seducían las siluetas detrás de las cortinas, las cartas sin abrir y los susurros detrás de una puerta. No así a mí. De hecho, el interés que sentía por la conversación de Marcos y Ramón me sorprendía. Por más que me repetía que aquello no era asunto mío, me descubría una y otra vez elucubrando hipótesis sobre lo sucedido.

Quizás los secretos de Ramón sí se habían convertido en algo que me afectara. Puede que temiera acabar solo como él, sin que nada de lo ocurrido en mi vida resultara lo bastante importante como para justificarla. Era eso lo que buscaba: algo que explicara al detective, que lo dotara de sentido, y Marcos era la única pista que tenía.

–¿La conoces? –me preguntó Elena mirando hacia la puerta de la sala.

Acababa de entrar una mujer de color, completamente vestida de negro, de unos cuarenta y tantos años largos. Llevaba unas grandes gafas oscuras que le ocultaban la mayor parte del rostro.

–No, no sé quién es.

–¡Guau, la ropa! –se sorprendió Elena mientras le clavaba la mirada.

La desconocida se había parado delante del panel de cristal que custodiaba el ataúd cerrado de Ramón. Lo miraba esforzándose como si pudiera contemplar su interior a través de rayos X. Ahora se sostenía las gafas por debajo de la nariz, como si de ese modo tuviera más posibilidades de dilucidar el contenido de la caja.

–¿Qué ocurre con la ropa?

–Los zapatos de *Icone* y las gafas de *Prada*. Esa señora lleva una fortuna encima, Juan. Ramón conocía a gente muy importante.

–Espera aquí –le ordené levantándome.

Me acerqué a la mujer. Probablemente leería la esquela en el periódico y querría comprobar que aquel Ramón Vidal era el Ramón Vidal que ella conocía. Lourdes no puso fotografía en la esquela ni tampoco ningún dato que facilitara pistas sobre la identidad del detective. Ni siquiera conocía la fecha exacta de su nacimiento, lo que le impidió calcular su edad. Luego, en el velatorio, Abel se negó a que se expusiera foto alguna, siguiendo los deseos de Ramón. Si la desconocida deseaba confrontar una imagen de Ramón con sus recuerdos, carecía de medio alguno para hacerlo.

Aguardé a su lado un minuto, sin hablar. Ella querría averiguar algo sin delatarse en exceso. De otro modo ya se habría ido o habría acometido los rituales propios de un velatorio: le habría dado el pésame a quienes aparentaban estar más dolientes y se habría marchado, o quizás hubiera tomado asiento y habría rezado por su alma. Pero no hizo nada de eso. Aguardaba de pie como si quisiera marcharse rápido, pero la incógnita de la caja cerrada no la dejaba. Recorría la sala con la mirada y volvía de nuevo a fijarse en el ataúd.

–Era un buen hombre –pronuncié por fin.

–Sí que lo era –sentenció–. ¿De qué lo conocías?

–Era mi vecino cuando yo vivía en La Vega de San José –supuse que indicándole la dirección de Ramón ella podría confirmar su identidad.

No quise, sin embargo, decirle que trabajaba con él en la agencia; nada alarma más a quien tiene algo que ocultar que la presencia de un detective.

–Ajá –asintió, como si se quitara un peso de encima al verificar sus sospechas–. Se mudó allí cuando llegó de Nueva York, yo nunca lo entendí. Yo habría preferido vivir en Triana, donde tenía la agencia –ahora era ella la que regalaba información–. Aunque no es que tenga nada en contra de tu barrio –añadió como si la obviedad anterior pudiera ofenderme.

–No se preocupe, cualquiera preferiría vivir en Triana antes que en el Polígono.

–Cualquiera menos Ramón, ¿no?

–Pasaba tanto tiempo en la agencia que se podría decir que vivía allí. Al piso iba solo a dormir.

–Sí, es cierto.

La mujer necesitaba hablar, solo bastaba ser lo suficientemente invisible como para aprovecharse de esa circunstancia.

–¿Y usted de qué lo conocía?

Me observó un instante como si evaluara el grado de peligro que implicaba yo. Luego, contestó tras un segundo; ese era el segundo en el que se urdían los engaños, el que se tomaba uno para mentir a medias, para ocultar la verdad debajo de una alfombra.

–¡Uff! –sonrió– Fue hace mucho... Me dio clases de inglés cuando era joven. Vi su esquela en el periódico, y como iba a pasar por aquí, me apeteció venir a darle el último adiós.

–No sabía que diera clases de inglés.

–Sí, al principio lo hizo, tras volver de Nueva York. Era un buen profesor, seguramente le habría ido mejor con eso que con su agencia de detectives.

–Me imagino... Yo soy Juan Hernández...

Deduje por sus gestos que ya se iba ahora que había confirmado la identidad de Ramón, solo disponía de ese momento para averiguar su nombre.

–… –otro segundo para las dudas–. Elvira, mi nombre es Elvira, encantada –un nombre sin apellidos, no deseaba darse a conocer.

Me volví para regresar junto a Elena, pero agucé el oído para espiar los últimos movimientos de Elvira.

–Adiós, detective, buen viaje y gracias por todo –susurró la extraña antes de marcharse.

–¿Qué ha hecho? –le pregunté a Elena, que fue quien pudo verla después de que yo me volviera.

–Ha tocado el cristal con la palma de la mano, ha dicho algo en bajo y se ha ido. ¿Qué ha dicho? ¿La has oído?

Reproduje las palabras que acababa de escuchar.

–¿Quién era? –quiso saber Elena.

–Una…

–¡Juan, déjate de cháchara, que esto es un velatorio! –me increpó Lourdes como si yo fuera aún un crío. Se había acercado con discreción para hacernos callar.

–Lo siento –pronuncié, sabiendo que era inútil discutir con ella.

–Perdón, Lourdes –se disculpó también Elena.

Decidimos abandonar el tanatorio para continuar hablando. Había una cafetería enfrente. Entramos sin que ninguno de los dos viera a Elvira por los alrededores. Yo le había pedido a Elena que aguardara a que llegáramos a la cafetería para hablar.

–¿Quién era? –volvió a interrogarme desde que tomó asiento.

–Se llama Elvira, al parecer Ramón le dio clases de inglés. Vio la esquela en el periódico y se pasó a presentar sus respetos.

–No sé tú, pero a mí no se me ocurriría pasarme por el velatorio de un profesor de inglés mío. Seguro que tuvo alguna relación más con él.

–Es probable. Seguramente sería una de esas novias que mi madre y sus amigas nunca le conocieron al detective. Hasta es probable que estuviera casada y Ramón fuera solo su amante.

–¡Vaya, acabas de montar un serial en un momento! Y eso sin pruebas ni nada. Luego te quejas de que soy yo la que se lanza a las conjeturas.

–Habrá sido algo así, un lío de faldas y poco más. Tampoco esta ciudad da para mucho más, no creo que haya operaciones secretas de la CIA ni nada por el estilo –me burlé.

–Sí, tal vez a Ramón le gustaran casadas y por eso era tan celoso de su intimidad. Al final, el caballero perfecto de tu madre y sus amigas puede que no lo fuera tanto.

–Está visto que nadie lo es.

El camarero nos interrumpió para tomarnos la comanda.

–Por cierto, Andrea me pidió que te diera el pésame de su parte. No se va a poder pasar, está trabajando de corrido en el hotel y como ha sido de un día para otro...

–Parece que todavía no nos dan los ánimos ni para las llamadas –observé.

Elena prefirió reservarse su opinión. Parecía que pasaban menos tiempo juntas desde que Andrea comenzó a salir con el policía, últimamente me rondaba más a mí que a ella. Algunas mañanas me visitaba en la agencia. Elena llevaba meses buscando empleo. Había tenido menos suerte que Andrea, que se colocó en la recepción de un hotel en el sur de la isla, donde se encargaba de facilitar la intendencia a los extranjeros. Mi ex pareja era bastante más resuelta que Elena y gozaba de más recursos para alcanzar sus objetivos, se trataba de una de las cosas que más me llamó la atención de alguien tan joven. Le costó poco abordarme después de contratar los servicios de la agencia.

Ramón y yo llevábamos algo más de un mes espiando a los padres de Andrea cuando esta se introdujo de improviso en el viejo *fiat*. Yo estaba apostado a la salida del gimnasio *Liberty*, en la Avenida Marítima, donde su padre acudía tres veces por semana a hacer ejercicio. Aquellas sesiones suponían una buena oportunidad para que Carlos engañara a su esposa, por lo que el detective y yo nos turnábamos para vigilarlo a media tarde. Sería relativamente sencillo para el abogado alquilar una habitación allí cerca, en el hotel Iberia, y ausentarse del gimnasio para apurarle las horas a

una amante. No obstante, todavía no teníamos ninguna pista de que los padres de Andrea se fueran infieles.

–¿Mi viejo está ahí? –preguntó cerrando la puerta del auto y señalando el *Liberty* con la mirada.

Llevaba puesta unas mallas y un pantalón de chándal, y portaba una bolsa de deporte.

–Sí, claro.

–Mierda, ya no me acordaba –se quejó.

–¿De qué tu padre está en el gimnasio los mismos días de la semana siempre a la misma hora? Pues vaya memoria –me burlé.

–Es que acabo de terminar los parciales y no me acuerdo ni de en qué día vivo –me sonrió–. Venía a sudar un poco.

–Pues nada, ahí tienes el gimnasio –le dije, sin dejar de observar la salida del Liberty.

Carlos había entrado hacía tan solo media hora, así que aún me quedaba al menos una de espera. Había apostado el coche a una distancia considerable, lo suficientemente lejos como para que mi objetivo no me distinguiera con claridad. Supuse que tampoco vislumbraría a su hija allí dentro, con un desconocido diez años mayor que ella.

–No, qué va, no me apetece encontrármelo ahí dentro. Me preguntará cómo me fue el examen de esta mañana y a mí me van a dar ganas de morirme. Me apetece desconectar.

–Entonces mejor no te pregunto por los exámenes –concluí.

–Efectivamente. ¿Para quién se cuidará tanto? Hace ejercicio tres o cuatro veces en semana desde que tengo memoria.

–Por lo que sabemos debe cuidarse para tu madre. Y ella para él.

–¡Ay, no, eso no! Se cuidará para él o para otra, pero no para mi madre. Hasta me cuadra más que venga tanto al gimnasio precisamente para no verla a ella.

–Te aseguro que hay formas muy extrañas de quererse –esas eran palabras de Ramón.

–¡Qué va! Esos dos no se quieren, de eso estoy convencida... ¡Qué mala gana! –suspiró– ¿Y yo que hago ahora?

Arranqué el motor.

–Vamos a tomar algo, a ver si conseguimos que te olvides de los parciales.

–¿No se mosqueará tu jefe si te escaqueas del trabajo? –me sonrió desde el sillón de al lado, sabiéndose deseada y gustándose por ello.

–Ahora mismo la jefa está sentada a mi lado.

–Entonces está bien –pronunció mientras el coche se incorporaba a la circulación en dirección al barrio de Vegueta.

La muchacha tuvo tiempo de interrogarme de forma compulsiva en el coche antes de que nos sentáramos en una terraza enfrente de la Biblioteca Insular, en la plaza de Cairasco de Figueroa. Andrea aderezaba cada pregunta con una sonrisa ingenua, y de esa manera iba recopilando cada vez más información sobre mí con la que adornar lo que le contaría a sus compañeras de clase al día siguiente.

En ese corto periodo de tiempo se había enterado de que yo era ingeniero técnico en Telecomunicaciones y de que me había criado en un mal barrio y estudiado en uno de los peores institutos de la isla. Todo ello la fascinó por oposición: ella estudiaba en un instituto bilingüe con la flor y nata de la ciudad.

–Bueno, Andrea, confiesa –le ordené cuando me tocó mi turno en el interrogatorio–: ¿Qué hace una chica tan maja como tú tan preocupada por los cuernos de sus padres? ¿Eres una especie de paladín de la fidelidad o qué?

Yo pedí una cerveza y ella me acompañó.

–Pensarás que estoy loca –tenía las piernas recogidas sobre el asiento, casi hecha un ovillo.

–No seré yo quien te tache de loca, pero seguro que tienes mejores cosas que hacer que obsesionarte con eso.

–Es solo que no lo comprendo. Llevo toda la vida sin entender por qué están juntos… No sé por qué mí padres se casaron, ni sé por qué se enamoraron, y tampoco sé por qué siguen juntos.

–¿Y pensaste que un detective privado podría darte un respuesta?

–No, supuse que si descubría que uno de los dos engañaba al otro, esa sería una buena razón para que se separaran. Creo que es lo único que aún no se han perdonado, del resto ya se han hecho de todo. Además, quizás un amante explicaría también cómo han aguantado tanto juntos. Así, al menos, tendrían alguien que los haría sentirse queridos.

–O sea, que quieres que tus padres rompan. Es justo lo contrario de lo que desea cualquier hijo, ¿no?

–De eso no estoy tan segura. Yo lo tuve claro bien pronto: mis padres estarían mejor separados. Llegué a esa conclusión cuando tenía diez años o menos.

–Cuesta creer que una niña tan pequeña desee eso.

–Seguro que soy la peor hija del mundo.

–No, uno debe pasarlo fatal atrapado en el fuego cruzado de

dos personas que no se hacen felices pero que se empeñan en seguir juntas –supuse.

–Es algo así como tener una pequeña sucursal del infierno en tu propia casa. Allí no te sientes nunca segura, corres el peligro de que en cualquier momento comiencen los gritos. Ni siquiera intentan disimular delante de mí, se dicen de todo a cualquier hora. Ambos tienen muy mal carácter. En ocasiones hasta llegan a las manos.

–¿Tu padre le pegaba a tu madre?

–Digamos que se pegaban a secas. Mi madre no es floja, va sobrada de carácter y tampoco le falta fuerza. Ya la has visto, es un "mujerón". Desconozco quién es el malo y el bueno de la película. Puede que hasta lo hubiera al principio, pero ya hace tiempo que solo son dos personas que se pasan la vida a la gresca. Yo ya ni sé quién tiene la razón cada vez. Además, tampoco serviría de nada, cuando pelean es como si no estuviera allí, es como si me hiciera invisible.

Andrea habría contado aquello hasta la saciedad, habida cuenta de la naturalidad con la que lo hacía. Llevaba tanto tiempo buscando una solución al conflicto de su hogar que no había dudado en buscar ayuda en cualquier confidente que estuviera a su alcance. Antes de acabar en la agencia, le narró las discusiones de sus progenitores a sus abuelos y tíos, a sus compañeros de clase, a sus tutores y al orientador del instituto. Había superado el considerable escollo de su vergüenza adolescente para solicitar ayuda y, sin embargo, se encontró todas las puertas cerradas. Nadie hizo nada más que consolarla.

–¿Y a estas alturas tú crees que merece la pena continuar metida en esta batalla? –le pregunté después de que llevara un rato dándome pormenores de los episodios de la relación de sus padres –. En unos años estarás fuera. Allá ellos si quieren pasarse lo que les queda de vida en guerra.

–Eso mismo me dice Elena, pero me cuesta pasar de esto. No voy a poder estar tranquila hasta que lo comprenda, ¿sabes? Me da miedo.

–¿Qué te da miedo? ¿Por qué? Cada vez te afectará menos lo que pase entre ellos.

–Lo que me aterroriza es que me pueda pasar lo mismo. Mira a mi madre. ¡Joder! No es la típica ama de casa dependiente de su marido. Es una tía lista, independiente y con estudios. Trabaja para una multinacional y la gente la respeta. Bueno, ya la has visto, además es una mujer atractiva. Lo tiene todo para comerse

el mundo, para tenerlo todo. Sin embargo, lleva toda la vida atada a mi padre.

»Eso es lo que me da miedo, Juan. Una tiende a creer que algo así no le puede pasar a mi madre. Ella tiene todos los boletos para evitar ser infeliz atada a un hombre, sin embargo, es lo que ha pasado. Yo no sé por qué continúan juntos. Siempre me han dicho que no tuvieron más hijos porque temieron que su relación no fuera a durar, sin embargo, ahí los tienes después de veintidós años. Querría descubrir que les ha pasado, quizás de esa forma yo pudiera evitarlo.

–No deberías preocuparte por eso. Lo de ellos no tiene nada que ver contigo. Todos funcionamos de manera diferente cuando andamos liados con alguien, y a menudo de las formas más extrañas que te puedas imaginar. Puede pasar de todo entre dos personas, y a veces ni siquiera ellos mismos lo comprenden.

Yo intentaba sacar conclusiones acerca de cuanto había visto junto a Ramón, sin embargo, costaba organizar tal maremagno de despropósitos como el que contemplábamos a diario el detective y yo mismo.

–¿Pero entonces de qué te fías? ¿En qué basas tus decisiones cuando te encuentras enredada en una historia así? En algo tendrás que hacerlo.

–No lo sé, eso es lo que me maravilla del asunto. Hay quien es capaz de comprender que ya no pinta nada junto a alguien, o que detesta la forma en la que está actuando, o que sabe que anda montado en una historia autodestructiva y, sin embargo, continua en ello. A saber por qué, ni idea.

»Tenemos una cliente… y si Ramón se entera de que te estoy contando esto me despide… –le sonreí.

–No te preocupes, yo me estoy calladita.

–Pues lo que te decía… –miré alrededor por puro instinto, quizás temiendo que aquella mujer hubiera decidido ir a tomarse algo allí esa tarde–. Fue uno de los primeros trabajos que hice para Ramón, todavía estaba estudiando la carrera. Tuvimos una cliente que nos contrató por lo típico…

–Porque pensaba que la estaban engañando.

–Sí, justo. Era una tipa de unos treinta y tantos, medía metro setenta y era bastante atractiva, muy agradable.

–Vamos, que te enamoraste –me interrumpió la chica, actuando como una novia celosa.

–¡Qué me voy a enamorar! Solo te la describo para que comprendas mejor lo que te voy a explicar. Deja de interrumpirme

–le supliqué apretándole el muslo–. Debes de ser un coñazo en clase.

–Perdón, perdón, ya no te interrumpo más –se disculpó con una amplia sonrisa que pedía clemencia.

–Bueno, a lo que iba: Ramón se pone a investigar y en unas semanas tiene unas fotos comprometedoras del tipo con otra mujer. Se ve al marido frente a una ventana con las cortinas descorridas. Él está allí, con la polla al aire después de haberse tirado a una tipa bastante más fea que su mujer. La amante, mientras, anda por el fondo en bolas, a la busca y captura de sus bragas.

–Pobre mujer, no me lo quiero ni imaginar –quizás Andrea no se daba cuenta de que era justamente aquello lo que nos estaba pidiendo para su madre.

–Pues nada, nos reunimos con la esposa y le decimos que tenemos pruebas de que la engaña. Ramón le enseña la foto de su marido entrando en el edificio con la tipa y le dice que tiene otras más evidentes pero que a lo mejor prefiere no verlas. La advierte de que le pueden sentar bastante mal.

–Pero ella quiere verlas –se adelantó Andrea.

–Justo, claro, siempre quieren verlas. Yo no sé ni por qué lo preguntamos. Parece que eso no sea real del todo hasta que por fin lo ven, por más que lo indicios estén claros o aunque resulte evidente desde un principio. Pues, bueno, el caso es que cuando las ve… ¿Qué crees que hace?

–Pues yo me hubiera llevado las fotos y le habría montado un espectáculo al tío antes de mandarlo a la mierda. O me habría ido a casa a romperle sus cosas y a tirárselas por la ventana. ¿No es eso lo que hacen las mujeres despechadas en las películas?

–Sí, eso hacen, pero esta no hizo nada de eso. Simplemente se empeñó en saber quién era la chica, adónde iba con ella y exactamente qué hacían.

–Querría conocer más detalles, pero luego le montaría la de Dios, ¿no?

–No, nada de eso. Eso pensamos, pero no hizo nada, no le dijo a su marido ni “mu” de lo que había averiguado. Y sigue igual…

–¿Cómo que sigue igual?

–Pues eso, que sigue yendo a la agencia una vez al año y le pide a Ramón que vuelva a investigar la situación de su marido. Y sobre todo pone énfasis en ver cuánto más mejor…

–¿Cómo que en ver cuánto más mejor?

–Lo que te digo: que lo que la obsesiona es tener fotos de su

marido acostándose con otra, y hasta vídeos. Ahora suele llevarlas a un apartamento que tiene cerca de la playa de las Alcaravaneras. Ya hasta tenemos allí una cámara en el dormitorio, para que la señora tenga toda una filmografía pornográfica de su cónyuge… Lo debe haber visto haciendo de todo, pero aún así no lo ha dejado, y ya han pasado varios años desde que le enseñamos las primeras pruebas.

–¿Qué le pasa? A lo mejor le pone ver a su marido haciéndoselo con otras.

–Ni idea, de repente sí. A cada cuál le gusta lo que le gusta. Pero es lo que te digo con respecto a lo de tus padres: vete a saber por qué siguen juntos, puede que ni siquiera lo vayas a comprender en la vida. El cableado de la cabeza de alguien necesariamente no tiene por qué tener nada que ver con el de otra persona, no tiene por fuerza que ver contigo o con lo que hagas. No tienes por qué tenerle miedo a acabar igual.

–Si yo pensaba que lo de mis padres era extraño, lo de esta señora se lleva la palma.

–Seguramente ni eso. Si Ramón se pone a ello, sería capaz de contarte algún caso todavía más extravagante.

Después de un par de cervezas nos fuimos a una sesión del Multicines Monopol y luego paseamos por la calle de Triana. Andrea había llamado a Elena para urdir una excusa que explicara su ausencia de esa tarde. Su amiga le serviría de coartada. Luego telefoneó a su casa y le explicó al contestador automático que saldría a algún pub con unos amigos desde casa de Elena para celebrar el final de los exámenes. Era viernes y la noche se prestaba para el plan. “Prefiero dormir en casa de Elena”, me comentó tras colgar. Supuse que era la forma en la que se excusaba por haber tramado aquel subterfugio para no tener que ir a dormir a casa cuando llevaba toda la tarde conmigo.

–Oye, aquí está tu agencia –observó cuando nos encontrábamos frente a la fachada del edificio. Las persianas estaban abiertas. El detective estaría poniendo al día alguno de los expedientes.

–También vivo aquí –le expliqué–, justo encima de la agencia, en la buhardilla –le señalé la azotea. Desde esa parte del edificio solo se podía ver la terraza a la que se accedía desde el salón y mi dormitorio–. ¿Te apetece subir o ya te aburriste de mí?

–Vamos.

–Shsss –le advertí en el tramo de escaleras del tercer piso–. Ramón nos puede oír.

Ella sonrió al sentirse furtiva, en Andrea aún quedaban

resabios de la niña traviesa que había sido unos años antes. La buhardilla estaba vacía. Arístides trabajaba esa noche y ya había empezado su turno.

–¿Tienes miedo de que Ramón te mate si se entera de que andas conmigo? –me preguntó tomando asiento en la sala de estar.

–Con quien ande no suele preocuparle, pero sí que haya dejado de trabajar esta tarde para estar por ahí.

Le enseñé el piso, que aparte de la sala de estar contaba con una cocina, dos dormitorios minúsculos y un baño. A todas las estancias se accedía desde el salón, que se encontraba flanqueado por cuatro puertas. La de la cocina y la del baño estaban a la izquierda y las de los dormitorios a la derecha.

–Esa es la habitación de Arístides –le expliqué mientras la oteaba desde el umbral de su puerta–. Yo me quedé con la que tenía acceso a la terraza. Ari es un amigo de la infancia.

–Ya quisiera yo poder vivir sola.

–El piso es de Ramón. Dejarme vivir aquí es parte de mi sueldo, aunque no estaba arreglado cuando entramos a vivir. Era prácticamente un trastero. Arístides y yo nos encargamos de las chapuzas –fui a la cocina a buscar unas cervezas y seguí hablando desde allí–. Nunca entendí por qué Ramón no prefirió vivir aquí. El piso que tiene en La Vega de San José es de alquiler. Según él, no le gusta vivir en el mismo sitio en que trabaja, pero a mí me parece una tontería.

–La zona es fantástica –observó Andrea–. ¿Y tu compañero?

–Paga algo de alquiler, un poco. Le tengo alquilada la habitación, así saco algo de dinero extra. Con Ramón no me voy a hacer rico.

–¡No, hombre! Te preguntaba que dónde estaba ahora.

–¡Ah, eso! Trabajando, es camarero en un restaurante. De allí manga a veces la cerveza. No lo puede evitar, es del Chaparral –el Chaparral era la zona del Polígono en la que nos criamos, una de las que peor fama tenían–. ¿Quieres una? –le ofrecí alcanzándole una lata.

Ella la aceptó. Me senté a su lado y dejé la lata sobre la mesa del salón. Ella continuaba sosteniendo la suya con la mano derecha. Estaba sentada de lado y tenía ese brazo sobre el respaldo del sofá. Ambos nos quedamos mudos. Llevábamos toda la tarde hablando, aderezando el deseo con palabras únicamente para justificar aquel momento, que quizás era el único fin que nos había vinculado todo ese tiempo.

Lleve la palma de mi mano a su rostro, rodeándole la oreja con

el pulgar y el índice, posándose el primero en la mejilla y el resto de los dedos enredándose en el cabello que le cubría la nunca. La atraje hacia mí al tiempo que me inclinaba para besarla.

Continué besándola mientras mi lengua le sondeaba el interior de los labios, pidiéndole permiso para entrar. Al fin, claudicaron sus dientes y abrieron el acceso. Las manos de Andrea habían ido a parar alrededor de mi cuello después de despojarse de la lata en un movimiento que yo no había advertido, ocupado como estaba con sus labios finos.

Abandoné la cuna de sus labios para recorrer con los míos el lóbulo de la oreja. Ella ahogó un gemido en su boca recién recuperada. Me acariciaba el costado, como si no supiera exactamente qué fronteras podría transgredir esa velada. Le besé el cuello y le acaricié los senos sobre la malla; había llevado sobre ella una chaqueta de chándal que se había quitado al entrar en el piso. La licra le contenía los pechos apretados dentro de un sostén deportivo. Sentí sus pezones grabándose bajo la malla, evidenciando su excitación. Su mano se posó sobre mi entrepierna para palparme el sexo duro.

La tumbé mientras continuaba besándola y sus manos buscaron otra vez mi entrepierna, como si todavía no le hubiera dado tiempo de aprender su misterio. Entonces fui yo quien le palpó el pubis sobre su pantalón. Ella recogió los cabos de sus brazos para concentrarse en mi tacto sobre su sexo, apretando los muslos para invitarme.

La introduje la mano por la cintura del chándal y le palpé ya la piel de los muslos al tiempo que bordeaba las fronteras de la malla con mis dedos entre los muslos. Aparté la licra a un lado para acceder a su pelvis y al sexo que salvaguardaba.

Con los dedos índice y corazón, sondeé su sexo, al tiempo que ella apoyaba una de sus manos encima de la mía, presionándola para que continuara pulsándola. La masturbé hasta que su cuerpo sucumbió al temblor de un orgasmo.

–¡Ah! –intentó recuperar el aliento mientras presionaba con sus dos manos la mía para que no continuara moviéndose.

–Espera aquí un momento, vuelvo enseguida –le susurré levantándome–. Quédate justo así.

–Sí, claro –aceptó sumisa, cediéndome el mando de la situación.

Fui a mi dormitorio en busca de un preservativo y regresé al tiempo que me quitaba la camiseta. Dejé el condón sobre la mesa, mientras ella lo seguía con la mirada. Continuaba acostada, con

los brazos cruzados detrás de la nuca y las piernas levemente abiertas. Me senté a su lado.

–¿Cómo vas? –le pregunté.

Ella se irguió un poco apoyando los codos para besarme.

–Bien.

Seguí prendido de sus labios mientras volvía a recostarse.

Tiré de sus pantalones por la cintura para quitárselos. Ella elevó los glúteos para facilitarme la tarea. Le acaricié las piernas suaves al tiempo que la desvestía, arrastrando por el camino sus calcetines. Quedó tumbada con la malla. Me quité yo mismo mis pantalones quedándome en ropa interior. Ella volvió a acariciarme sobre ellos.

"Ahora esto", susurré besándole el cuello y agarrándole de las tiras de las mallas con ambas manos. Liberó primeros sus brazos y luego le saqué la prenda lentamente por las piernas. Amaneció entonces al desnudo su vientre escaso y su sexo, contenido en los límites de un vello escrupulosamente perfilado para desaparecer bajo un bikini exiguo. Únicamente los senos aguardaban ocultos en un sujetador deportivo. Se lo quité, liberándole sus pechos medianos de pezones sonrosados. Circundé uno de ellos con mi lengua y luego lo introduje en mi boca. Ella cooperaba concesiva, dejándose llevar.

Se me antojó la visión de su espalda, como si no quisiera dejar nada por descubrir, y la conduje a darse la vuelta. Recorrí sus costados con las palmas de mis manos y ella estiró sus brazos sobre la cabeza. Mis labios inspeccionaron su nuca y la senda de su columna que descendía hasta sus glúteos prietos y blancos. Al tiempo, su respiración se estrellaba con uno de los cojines del sofá. Me deshice de mis boxer y me tumbé sobre su cuerpo, descansando mi sexo en la cuna de sus nalgas hospitalarias. Imprimí mi peso sobre ella una y otra vez al tiempo que saboreaba sus orejas.

–Date le vuelta –le susurré, separándome levemente para permitirle la maniobra.

Se giró abriendo sus piernas para que pudiera ocuparla. Me coloqué el preservativo y la penetré primero lentamente mientras ella abría la boca y se aferraba a mis caderas, como si eso le garantizara afectar el ritmo de mi sexo invadiéndola. Erguí mi tronco sobre el soporte de mis brazos al tiempo que aceleraba el ritmo de mi deseo en sus adentros. Desde esa posición, podía contemplar sus senos, que me hipnotizaban sincronizándose con el movimiento que el coito le imprimía a nuestros cuerpos. Andrea

cerraba los ojos, secuestrada por el placer, y apretaba sus manos contra mis nalgas. Yo grababa la expresión de su excitación desbordándose por su boca entreabierta y la geografía de su desnudo, que abarcaba desde su torso hasta el horizonte de mi mirada, que concluía allí donde bailaban nuestros sexos. Su epidermis era fina, límpida e incorrupta. Aún nada la erosionaba. Todavía no guardaba memoria del tiempo ni registraba en arrugas o marcas de expresión sus gestos más frecuentes. Supuse que esa noche ni siquiera importaba aún para Andrea. Todavía contaba una edad tan inmune al recuerdo como su piel. Aún nada era irrevocable o suponía una equivocación porque aún nada pesaba en su vida. A los diecisiete todavía anda uno bocetando su existencia, no se encuentra uno ni siquiera en un ensayo general sino tan solo en una audición, donde aún se estudia la elección de los actores que protagonizaran su vida. Yo estaría condenado a ser solo eso, una de sus primeras experiencias con un alguien mayor, en una edad en la que aún no podría ni arrepentirse de ello. Ella para mí, en cambio, era un antojo, un lujo, un regalo.

Gemí al alcanzar el clímax y la embestí con fuerza por última vez, desatando también una interjección por su parte. Luego me tumbé sobre ella, todavía invadiéndola, asentándome en sus adentros como si alargara mi única oportunidad de estar allí.

Mis manos rodeaban su rostro y mi nariz se apoyaba en la suya. Ella me miraba mientras todavía se acompasaban los ritmos de nuestra respiraciones, quizás ella se preguntaba aún qué palabras corresponden tras el coito. La besé en los labios.

–Eres muy linda, ¿lo sabes? –le susurré con una sonrisa, y, como casi todo lo que se dice después del primer sexo con alguien, me resultó estúpido.

Ella no contestó. Por fin me retiré y me tumbé de costado a su lado, con mi cabeza apoyada en un brazo y el otro aún sosteniendo el tacto sobre su pecho, con los dedos estudiando su suavidad.

–No pensaba hacer yo este trabajo para ti hoy –probé con una invitación más cómica a la conversación, así quizás le resultaría más sencillo.

–A mí me parece una estupenda manera de celebrar el final de los exámenes.

Un rato después nos trasladamos a la cama de mi habitación, por si Arístides llegaba de improviso. Estábamos aún desnudos, aunque ella se cubría el sexo con una sábana.

Se oía de fondo el tocadiscos del detective, mi habitación

estaba justo sobre su despacho.

–¿Quieres quedarte a dormir? –se hacía tarde y parecía no tener intención de marcharse.

–No lo sé –se hizo de rogar, aunque aquello no era sino parte de un ritual para pasar la noche que se consolidaría en nuestra relación.

Yo concedí entrar en ese juego:

–Tus padres piensan que te quedas en casa de Elena, ¿no? Así que no hay problema. Por la mañana, desayunas aquí y luego te alcanzo a tu casa.

–Estaría bien. Me encantan estos pisos viejos con sus tejados a dos aguas. Me parecen muy acogedores –el techo de mi dormitorio descendía levemente hasta la salida a la terraza en listones horizontales.

–Entonces no hay problema.

–¿Tienes algo que me pueda servir de pijama? ¿Una camiseta o lo que sea?

Yo le destapé las piernas contemplando otra vez su desnudo.

–No, las estoy lavando todas –le sonreí–. Creo que tendrás que dormir justo así.

–Desnuda, ¿no?

–Efectivamente –insistí.

–¡Cómo eres! –se quejó, y luego me besó otra vez.

Guardamos silencio y el sonido del tocadiscos de Ramón ganó fuerza, quizás el detective lo elevó para advertirnos de que se nos escuchaba en el piso inferior.

–¿Qué es eso? ¿Qué se oye? –preguntó Andrea aguzando el oído.

–Es Ramón escuchando música, su despacho está justo debajo, y por ahí sube un respiradero que va a dar a la terraza –le expliqué, pero Andrea ya se había concentrado en el lento ritmo de blues que se colaba en la habitación.

I want a man I can love every day.

–Quiero un hombre al que pueda amar cada día –pronunció.

–¿Cómo?

–Es lo que ha dicho: *quiero un hombre al que pueda amar cada día.*

–¿Te da tu inglés para traducir eso escuchándose así de bajito?

La canción cesó.

–El colegio bilingüe y un buen oído –sonrió.

Los pasos de Ramón se acercaron de nuevo al tocadiscos. Volvió a sonar la melodía.

–La ha vuelto a poner.

–Shss, calla –y tradujo entre susurros para no dejar de escuchar –: *Mi hombre es tan malvado, me trata tan mal; Mi hombre es tan malvado, me trata tan mal; Intento amarlo pero mi mente no puede; Tan segura como estoy de que las estrellas brillan arriba en el cielo;* repite otra vez lo mismo; *La vida no merece la pena vivirse si no es con aquel que amas…*

»Quiero un hombre al que pueda amar cada día; Lo repite otra vez: *quiero un hombre… Uno que me haga olvidar mi blues, cuando esté preocupada.* –ahora la cantante simplemente hablaba:– ¡*Tómatelo con calma, encanto!, ¡Te queda mucho camino por recorrer!*

"Cada día, papi, estás en mi cabeza; Cada día, papi, estás en mi cabeza; Eres tan malvado que nunca cambiarás".

La melodía cesó de nuevo un instante después, y luego volvimos a escucharla. Se trataba de la misma canción que años más tarde aderezaría el tránsito hacia la muerte del detective en su habitación de la Clínica de San Roque.

–¡Vaya! Parece que a tu jefe le gusta mucho –observó la chica al escucharla otra vez–. Suena muy triste, ¿verdad?

–Por eso se llaman *blues,* ¿no? Significa "tristeza" –razoné.

–Es algo muy común lo que canta. Está casada con el malo de la película, pero no lo quiere.

–¿Tú crees que no lo quiere?

–¿No lo has oído? Dice que la trata mal, que es un hombre malvado.

–Yo no estoy tan seguro. Dice: "*Intento amarlo, pero mi mente no puede".* Me ha gustado ese verso por lo que calla.

–¿Por lo que calla? ¿Qué calla?

–A veces, es más significativo lo que uno se calla que lo que pronuncia, ¿no crees?

–No te entiendo.

–Según tú lo has traducido, has dicho "*Intento amarlo, pero mi mente no puede"*, cuando lo normal habría sido: *"Intento amarlo, pero mi corazón no puede".* Se quiere con el corazón no con la cabeza, sin embargo, nunca dice que no lo quiera con el corazón. Dice solo que intenta quererlo con la mente pero no puede.

–No me había fijado en eso.

–Más que estar casada con el malo de la película y no quererlo, creo que lo quiere pero sabe que no le conviene. Si intenta quererlo con la cabeza será por algo, ¿no? Dice que siempre lo tiene en la cabeza. Eso es que se obstina en intentar quererlo con la mente. Si lo hace es porque ya lo debe querer con el corazón.

–Ese es otro clásico: enamorarte del hombre indebido, del que te trata mal. Por más que sepas que no te conviene, sigues enganchada a él.

–Creo que de eso va ese blues. Parece que la cantante ha descubierto que a alguien no se lo puede querer solo con el corazón sino también con la cabeza.

–¡Ah! Eso resulta poco romántico, ¿verdad?

–Seguramente, pero a la larga es bastante útil. De hecho, es lo que ella quiere, alguien que sea práctico de mar, al que quiera no solo con el corazón sino también con la cabeza. Fíjate que habla de un hombre al que pueda querer día a día, que la consuele cuando está preocupada.

–Es una visión bastante pragmática del amor. No pide un hombre que le haga sentir mariposas en el estómago ni que la haga sentir que se vaya a acabar el mundo cuando la besa, pide más bien un tipo "apañado" –sonrió–, que pase por casa y le seque las lágrimas.

–Supongo que eso no es malo: lo de querer también con la cabeza. Porque, si no, uno puede acabar casado con alguien malvado, que te trate muy mal aunque estés enamoradísima de él.

–Puede que eso sea lo que le ocurre a mis padres, que no se quieran con la cabeza, que solo se quieran con el corazón, que no aguanten estar el uno al lado del otro pero que tampoco se conciban sin el otro.

–Podría ser.

–¿Y tú qué tipo de hombre vas a hacer conmigo? –me preguntó subiéndose a horcajadas sobre mis muslos, invitando de nuevo con su sexo al mío.

–Un *evil man*, por supuesto, alguien del Chaparral no puede ser otra cosa.

–¿Un hombre malvado que me va a tratar muy mal? –me besó.

–Probablemente. Deberías buscarte a alguien al que pudieras querer con la cabeza.

–No tienes cara de hombre malvado…

–Pues lo soy–le sonreí.

–Uff, resulta tan difícil sacarte de mi cabeza.

–*Tómatelo con calma, encanto. Te queda mucho camino por recorrer* –Andrea había recorrido aún tan poco que todavía ni se le grababa en la piel. La besé.

5

–¡Uf! Papel, soy alérgico –le confesé a Elena mientras abría uno de los archivadores de Ramón.

–Tú eres de microchips y circuitos –me recriminó.

–Sí, lo del papel es como ir al trabajo montado en pterodáctilo. No me dirás que tú le escribes a Pedro cartas en papel, ¿no?

–No, claro que no. Vivo del e-mail y del *Messenger*, pero porque no me queda otro remedio. No soy como tú, no sufro de "telefilia". Pagaría por vivir sin tanto aparatito de por medio.

–Mejor para ti, porque te va a tocar ponerle orden a todo esto.

–¡Vaya! Está por ver que me vayas a pagar bien.

–Haz lo que puedas, Elena, sobre todo se trata de localizar documentos importantes. No sé qué tendrá Ramón por ahí. Puedes curiosear a placer e ir recolectando lo que creas que pueda ser útil.

Elena avanzó hasta el archivador y tomó una de las carpetas para empezar a familiarizarse con los expedientes. Ya hacía calor en marzo y la muchacha llevaba unas sandalias planas de cuero y un vestido fino de lino.

–¿Qué vas hacer con el negocio?

Para mi sorpresa, Ramón me había legado la agencia y la buhardilla.

–No lo sé.

–Pero la has mantenido abierta, y parece que vas a continuar así, ¿no?

Era incapaz de sustraerme a la rutina de bajar de mi piso a la agencia a diario. La abría unas horas mientras albergaba la determinación de ir cerrando los casos a medias para acabar con la actividad del negocio. Llevaba trabajando solo desde que se agravó la enfermedad del detective, pero solía valerme de su inteligencia aún cuando estaba postrado en una cama. Ahora, resultaba difícil imaginar que Watson fuera capaz de solventar nada sin el auxilio de Holmes. El doctor únicamente estaba encargado de dar la réplica para que su jefe continuara razonando. Su labor era mecánica y minuciosa, pero insulsa, falta de talento e ingenio. Sin Ramón, yo me sentía incapaz de seguir con aquel trabajo, yo era ingeniero y no detective.

–Mientras decido qué hacer, tengo que ganarme la vida. Todavía quedan algunos asuntos pendientes aquí –le expliqué a Elena, que continuaba revolviendo en el mobiliario del despacho;

además de los archivos estaba el escritorio de Ramón y una librerías detrás de su mesa.

–Debías significar mucho para él si te dejo todo esto.

–Yo fui el primer sorprendido. Nunca imaginé lo qué pasaría con todo cuando él faltara. Supuse que acabaría en manos de algún pariente lejano o algo. No habría dicho que Ramón fuera un hombre que dejara testamento.

–¿No? A mí me parecía un hombre meticuloso, uno de esos tipos fríos y duros de las películas que nunca deja un cabo suelto.

–No digo que no lo fuera, lo que pasa es que nunca pensé que le preocupara lo que sería de sus posesiones cuando se fuera al otro barrio. Ramón no pensaba en ese tipo de cosas, se conformaba con vivir al día. Su único vicio era descubrir los secretos ajenos.

»Yo habría jurado que dejaría todos sus asuntos hechos un lío. Suponía que tenía el piso hipotecado y una cola de acreedores persiguiéndole, pero al parecer no es así. No tenía una fortuna, pero por lo menos ha dejado la agencia libre de cargas. Igual me lo dejó todo solo porque trabajaba aquí, o porque no se le ocurrió nadie mejor…

–Oh, venga ya, él era Holmes y tú eras Watson. Se llevaban bien, cielo, eso se notaba al verlos. Creo que le importabas mucho, seguramente fueras la persona que mejor lo conocía, al menos en sus últimos años.

–Puede ser... En cualquier caso no pienso quejarme, me tomaré esto como la única herencia que voy a recibir en mi vida. Mi madre no tiene nada y de mi padre no hay noticias… pero no sé qué hacer. Arístides dice que lo lógico sería que me quedara con la buhardilla y que vendiera la agencia para sacar dinero.

Había acordado pagarle a Elena para que me ayudara a organizar el despacho con el fin de recolectar de aquel mare magnum de papeles los documentos que fueran relevantes. Elena, que estaba en paro y aceptó el trabajo encantada.

–¿Y no te saldría más rentable mantenerla? Si a Ramón no le dejó pérdidas no debe ser un mal negocio.

–Tampoco se puede decir que le reportara muchos beneficios. Todo esto lo heredó, y tampoco hizo mucha más fortuna el resto de su vida.

–Por lo menos le dio para vivir, que ya es bastante.

–Eso sí, y también es cierto que no era precisamente un buen empresario. Le podría haber sacado mucho más partido a esto.

–Entonces deberías ponerte a ello. Siempre dices que no hay

demasiados trabajos decentes para “telecos” en la isla. Igual te sale más rentable continuar con la agencia.

–Es un poco triste que hagan más falta detectives de cuernos que ingenieros en Telecomunicaciones, así nos va…

–Es triste pero es lo cierto, seguro que te vas a ganar mejor la vida haciendo de Sherlock Holmes que de ingeniero.

–Holmes era Ramón, yo era Watson –le recordé.

–Ahora que él no está, tú puedes ser Holmes y yo Watson. Imagínate que te han ascendido.

–No estoy seguro de valer para eso. Creo que solo valgo para Watson, soy un secundario de tomo y lomo.

–Si tú eres Watson, ¿quién voy a ser yo?

–Creo que solo queda libre el puesto de la señora Hudson.

–¿Esa quien era?

–El ama de llaves de Sherlock Holmes, la que les alquilaba la habitación en el 221b de Baker Street. Se encargaba de la comida y demás.

–O sea, que era la chacha de Holmes ¡Qué machista, tío! No nos suponen a las mujeres de otra manera. Ese puesto no me gusta… Oye, ¿qué esto?

Elena curioseaba en uno de los estantes de las librerías, que estaban empotradas en la pared que presidía la mesa de caoba del detective. Al mover algunas carpetas había descubierto la caja de caudales, inserta en el tabique tras las librerías.

–Es la caja fuerte de Ramón.

–Pues no sé para qué me has contratado. Si hay papeles importantes aquí, estarán en esta caja, ¿no?

–No lo sé, conociendo a Ramón dudo que estén solo hay. Tú dedícate a buscar por ahí, que más tarde viene un amigo a abrir eso.

–¿Un amigo? ¿Ramón no te dejó el código?

–No, ya ves que no era tan minucioso como te imaginabas. Pero no hay problema, seguro que Majete es capaz de abrirla.

Yo había tomado asiento en la mesa y encendí el ordenador. Allí archivábamos las fotos y las grabaciones que hacíamos desde que yo me incorporé a la agencia. Las anteriores a mí eran fundamentalmente negativos sueltos dentro de las carpetas de cartón de los expedientes.

–¿Majete? Vaya nombre.

–Majete era un ladrón, es uno de los contactos de Ramón. Creo que pasó años entrando y saliendo de la cárcel. Ahora es el dueño de un taller de mecánica en el Salto del Negro –que era otro de los

barrios del cono sur de la ciudad.

Elena se sentó con algunos expedientes sobre las faldas. Yo revisaba el correo electrónico.

–*El delicado secreto de Antonio García* –leyó–. ¿Esto qué es, Juan?

–Ya te lo he dicho –contesté reprimiendo algo de desesperación–: los expedientes de los casos de Ramón. Se empeñaba en hacerlos en papel. Aunque le creé una base de datos para eso, ni encendía el ordenador.

Ella calló unos segundos concentrada en el documento.

–Esto parece más una novela negra que un expediente. Ramón va narrando todo lo que hacía en la investigación, y además le ha puesto título, como si fuera un relato.

–Ya sabes que estaba obsesionado con Sherlock Holmes. Dedicaba tardes enteras a poner al día los informes de las investigaciones, total para nada, solo para sí mismo, porque a los clientes les daba solo las pruebas y un informe oral. Era él quien se quedaba con los expedientes.

»Yo intenté convencerlo de hacer algo más práctico, una pequeña ficha por cada cliente, que es lo que hago yo, pero él insistía en relatarlo todo. Era un hombre muy excéntrico.

–Y tanto, es como si hubiera redactado un gran diario de asuntos ajenos.

–Échales un vistazo por encima. Busca solo aquellas cosas que tengan pinta de ser documentos oficiales, si no, te vas a volver loca.

–¿Nunca te dio por curiosear por aquí en horas de trabajo? –me preguntó.

–¿Por los expedientes? No, qué va. Prefiero internet a los expedientes.

–¡Andrea tiene razón! Eres una de las personas menos curiosas que conozco. Yo no habría podido evitar meter las narices en todo esto.

–Siempre supuse que todo sería igual de aburrido: cuernos, empleados que roban en las tiendas en las que trabajan y algún que otro tipo que quiso desaparecer y al que Ramón encontró. Al final la mayor parte de los casos se parecen.

–¿No has pensando que en alguno ellos podría hablar del tal Marcos?

–Ya te digo que no tengo madera de Holmes, ni siquiera se me había ocurrido. Además, sería imposible encontrar algo así en el archivo.

–¿Los expedientes no están ordenadas por fecha? Así podríamos descartar de un plumazo las del tiempo que trabajaste con Ramón, porque entonces nunca viste a Marcos, ¿no?

–Claro que no, pero las carpetas no tienen fechas. Todas son así, más relatos novelescos que un sistema eficiente para ordenar la información. Ramón solo les ponía un título y un número de registro. Si hubiera usado la base de datos, con teclear "Marcos" saldría todo lo referente al tipo, pero claro, no podía ser tan fácil.

–Eso lo complica todo.

–Sería como buscar una aguja en un pajar. Además, si Ramón quiso guardar algún secreto sobre ese tipo, se desharía del expediente.

–¡A lo mejor lo tiene en la caja fuerte! –se animó de nuevo.

–Puede ser. Lo sabremos dentro de un rato, si es que Majete se acuerda de venir esta mañana –el mecánico tenía ya setenta años y comenzaba a perder la memoria.

–A ver si hay suerte, Watson.

–A ver… pero no albergue demasiadas esperanzas, señora Hudson, ya le dije que Holmes es más bien imprevisible.

Majete era un hombre delgado y anormalmente ágil para su avanzada edad. Andaba encorvado y no sobrepasaba el metro sesenta. Tenía la apariencia de un gato de ojos grandes y azules, y se rumoreaba que había tenido su misma habilidad para saltar por balcones o colarse por las ventanas.

–Aquí estoy, patrón –se presentó desde el recibidor de la agencia, ataviado con una gorra roja de los *Chicago Bulls*, impropia para un anciano. Llevaba un cigarrillo perenne en los labios y probablemente no recordaría ni cómo hablar sin él, pues consumía uno detrás de otro sin dar tregua a sus pulmones– ¿Qué hay que hacer?

Elena levantó la mirada de uno de los expedientes y lo miró como si no perteneciera a este mundo, como si aquel personaje acabara de escapar de una pretérita película de *gángsters* en blanco y negro.

–Este es Majete. Ella es mi amiga Elena –los presenté, y el mecánico se acercó para darle la mano.

–Señorita…

–Encantada.

–Ven, te lo enseño –le indiqué al ex convicto.

Él llevó su caja de herramientas detrás de la mesa y la dejó allí mientras yo abría el mueble y le mostraba la caja fuerte de rueda

del detective.

–¡Dios! Es lo primero que veo en mucho tiempo que es más viejo que yo –observó.

–¿Puedes abrirla sin reventarla? –quise saber.

–Supongo que sí, lo viejo se entiende con lo viejo. No sería capaz de desconectar una de esas alarmas electrónicas de ahora, pero esta caja es prehistórica, como yo. Aparta, me hace falta silencio y me llevará un rato.

Se agachó y empezó a vaciar el compartimento del mueble para poder trabajar con comodidad.

–¿Esperamos fuera tomando un café? –le propuse a Elena.

Ella asintió mientras observaba con incredulidad al excéntrico mecánico echándose en el suelo boca arriba para manipular la rueda de la caja de caudales ataviado con un estetoscopio.

Elena cerró la puerta del despacho detrás de ella y luego me agarró por lo hombros desde la espalda.

–¡Venga ya! –sonrió– ¿Va en serio? ¿Ese ancianito adorable que parece un *hobbit* era un atracador?

–Eso dicen. Aunque yo lo conozco más bien porque es el que le cambia el aceite al *fiat* –le expliqué.

–Pero si está para comérselo –me explicó ya sentada en la mesa de la cocina–. Es como un gatito.

–Lo tuyo por los hombres mayores está empeorando. Deberías hacer que te lo miraran –me burlé mientras cargaba la cafetera.

A Elena se le contagiaba con facilidad el buen humor.

–No, hombre, no es nada sexual. Es más bien ese cariño tipo peluche, parece un hombrecillo muy tierno.

–Ramón me dijo que una vez lo vio abatir a tres tíos como castillos con una llave inglesa. Eso sí que es ternura.

–¿Ese hombrecillo?

–Eso me contó Ramón, aunque puede que se estuviera quedando conmigo.

–Pues, chico, de verdad que no lo entiendo.

–¿El qué?

–Que te estés planteando cerrar esto. ¿En qué trabajo vas a conocer a tíos tan pintorescos como Majete? Te aseguro que trabajando de ingeniero no vas a codearte con un atracador profesional.

–Tampoco era ese mi objetivo cuando estudié la carrera. Puede que no sea tu caso después de verlo, pero creo que puedo vivir perfectamente sin volver a ver a un tío como Majete en mi vida.

–¡Qué aburrido eres, de verdad! ¿Te vas a dedicar a trabajar en

una empresa de telefonía móvil cuando puedes ir por la vida de detective privado? Los "telecos" son aburridos y medio frikis. Ya he conocido a unos cuantos. Son cerebritos enclenques y con gafitas redondas –se quejó–. Los detectives tienen más *sex-appeal* que los ingenieros.

Me había sentado enfrente de ella tras dejar el café al fuego.

–Parece mentira que tú digas eso. Llevas desde el paleolítico colgada de tu ingeniero. ¿Él no es un "cerebrín" que anda contratado en Londres por una constructora?

–No, claro que no, Pedro no es un "cerebrín". Es de *Industrial,* eso es más de la tierra. No como los telecos, que son de chips y ordenadores, marcianitos en cuartos sombríos. Además yo no llevo años colgada de él. Nosotros terminamos poco después de que él se fuera a Inglaterra, y de eso ya hace mucho.

–¡Ay, Elena! No sé cuántas veces hemos tenido esta conversación…–le recriminé.

–Pues si la repetimos será porque tú te empeñas en no querer hacerme caso cuando te digo que ya eso se acabó.

Me levanté para servir el café que ya había salido y colmaba el ambiente con su aroma.

–Te recuerdo, guapa, que me acostaba con tu mejor amiga –le dije apuntándole a la frente con el índice.

–¿Y eso que tiene que ver?

Guardé silencio mientras servía las tazas.

–Pues tiene que ver con que normalmente no le guardamos demasiados secretos a la persona con la que compartimos el catre.

–¿Qué te ha contado Andrea? –Elena acababa de morder el anzuelo. Era incapaz de no querer saber, de despreocuparse de algo que sabía que ignoraba. Padecía de la misma curiosidad que llevaba a Sherlock Holmes a meter la cabeza una y otra vez en asuntos que no le competían.

–Nada, nada…–jugué, resultaba placentero tentar su desesperación y contemplar como su cuerpo leve explotaba en inquietud ansiando la hazaña de un nuevo descubrimiento.

–¿Cómo que nada? Dime. No puedes decirme eso y luego dejarme con las ganas. Eso es un *coitus interruptus* en toda regla.

–Nada, eso, que algo me iba contando Andrea de tu historia con Pedro –bebí un sorbo de café a modo de tiempo muerto.

Ella lo aprovechó para embestir de nuevo con sus preguntas, no era capaz de concederme ni aquel receso.

–¿Pero qué te contó exactamente? –insistió.

–Pues mira, más o menos una historia en cien capítulos de

cómo te iba con Pedro y de lo que hacías con él. Aunque lo cierto es que no soy muy capaz de tener ahora mismo una idea muy clara de cómo ha sido todo entre ustedes. Son un tanto pesados Pedro y tú con eso de ir y venir. Que si no estamos juntos pero nos seguimos buscando, o si ahora sí lo estamos y nos alejamos… Así que no me vengas con eso de que todo acabó entre ustedes.

–Sí, todo acabó y volvió a empezar, y luego volvió a acabar y volvió a empezar, y luego otra vez lo mismo–reconoció con estoicismo–. Y ya no sé si andamos por el acabado o por el "empezando". Creo que hace tiempo que esos dos conceptos dejaron de tener significado para nosotros. ¿De verdad Andrea andaba por ahí pregonando mis secretos?

–Me temo que sí.

–¡Será puta! –se quejó– ¿A saber qué demonios te habrá contado?

–Pues solo todos tus tórridos episodios con Pedro con todo lujo de detalles posibles.

–No seas cabrón –se quejó–, no me hagas sentir avergonzada. Mira que a mí también me hablaba de lo que hacía contigo, guapo.

En torno a la pequeña mesa estábamos sentados los confidentes más fieles que Andrea había tenido en los últimos años: su pareja y su mejor amiga. Probablemente entre los dos conoceríamos todos sus secretos. Podríamos trazar juntos el mapa de sus adentros, marcando con cruces la situación de sus temores, esperanzas y secretos.

–Ya eso me lo imaginaba –admití–, Andrea es de esa gente que necesita contárselo todo a alguien.

Puede que todos pertenezcamos a ese género de personas. Contar es connatural al ser humano, es la única manera de fijar la realidad y no acabar desapareciendo del todo por obra y gracia de la fórmula de Griffin. Nada existe si no se cuenta, nada adquiere verdadera sustancia si no se fija en la memoria de otros.

–Pues entonces seguro que yo tengo también mis recursos para hacerte enrojecer –atacó con ganas de revancha–. Sé todo lo que haces en una cama y del tamaño que la tienes.

–Bueno, y yo sé lo que haces delante de una *webcam*.

Ella enrojeció de nuevo.

–¡Cabrona! ¡No me puedo creer que también te haya contado eso! –se quejó saltando sobre su asiento y tapándose el rostro con las manos para disimular el ardor de sus mejillas–. La mato, te juro que la mato. ¡Qué vergüenza!

–Tranquila –le dije separándole los dedos con los que se cubría

el rostro–. Yo ya no me asusto de casi nada.

–¡Joder, Juan! Lo que son los cuelgues. Al final te ves haciendo la idiota para que un tío de estos no se te despegue.

–Cada uno disfruta con lo que disfruta.

–Pues, chico, enseñarle las tetas a una webcam para que él se la menee a distancia puede que a él le encante, pero a mí me deja bastante descontenta. No me excitan los documentales de su polla.

–¿Entonces? ¿Qué haces todavía colgada de él? No te puedes pasar la vida esperándolo, ¿no?

–Es complicado. Pedro y yo nos conocemos al dedillo, y cuando estamos juntos estamos bien. Resulta cómodo estar con alguien que mirándote a la cara ya se imagina dónde te duele, y que también sabe dónde no hay que tocar para que no te sientas… ¿Y si no vuelvo a encontrar eso con alguien?

–¿Y no te planteas irte con él ahora que has terminado de estudiar?

–Lo mejor de todo es que nunca me lo ha pedido. El tipo es capaz de llamarme cinco veces al día, de despertarme a las tres de la madrugada porque necesita contarme lo mal que le ha ido hoy, pero nunca me ha dicho que me vaya con él.

–Igual no quiere forzarte a tomar una decisión.

–A él lo de presionarme nunca le supuso un problema. Él tira y afloja, sugiere e insinúa hasta que por fin terminas haciendo lo que desea. Es de esos tíos que lo quieren todo y que además están convencidos de merecérselo. Así que si quisiera que estuviera con él en Londres, ya lo estaría.

»Creo que no lo quiere. Le gusta estar a su aire, liado con su trabajo y sus proyectos pero teniéndome ahí cuando desea. Siempre fue así, creo que le vengo de maravilla. Tiendo a entregarme, ¿sabes?, a conceder.

Elena jugaba con mis falanges mientras hablaba. Yo tenía las palmas bocabajo sobre la mesa. Ella levantaba mis dedos con los suyos uno a uno, como si eso le ayudara a ordenar la secuencia de sus pensamientos.

–Pero tú también tendrás derecho a querer cosas en esa relación.

–¿Qué relación, Juan? Eso fue lo primero que hizo cuando se fue. Cuando llevaba dos meses fuera se encargó de cortar conmigo –todo aquello me lo había narrado ya Andrea, pero Elena necesitaba contarlo de nuevo. Apenas tirabas del hilo de Pedro, la chica empezaba a desenredar la madeja de su historia una y otra vez, como si a fuerza de repasarla estuviera más cerca de

comprenderla–. Me dijo que no quería tenerme pendiente de él, que no sabía cuándo iba a volver y que no deseaba sentirse atado a nada. Me dijo que sería hacerme una putada tenerme esperando cuando no tenía claro que quisiera comprometerse con nadie.

–Por lo menos fue claro.

–No, creo que me lo dijo solo para no sentirse culpable. Si lo quería era dejarme marchar no se le ha dado nada bien. Ya te digo, continúa llamando, y cuando vuelve a la isla acaba siempre en mi cama, como si se saliera a allí directamente desde el aeropuerto. Me tiene sin tener la responsabilidad de tenerme. Soy un chollo, ofrezco todos los lujos al ridículo precio de no pedir nada a cambio.

–Y pese a tenerlo tan claro continúas con él.

–Supongo que no atiendo a razones… Ni idea, me digo que estoy en algo diferente, que estoy abierta a que ocurra algo nuevo con otro y que solo continuo con Pedro hasta que aparezca otra cosa. Mientras tanto, es mejor eso que nada. Pero lo cierto es que arranco para Londres en cuanto puedo, y que cuando reúno la fuerza suficiente como para no llamarlo en dos días o no encender el Messenger, es él quien lo hace o se paga un pasaje de avión para presentarse aquí y contarme que me echa de menos.

–Es como una de esas coplas: *Ni contigo ni sin ti tienen mis males remedios*.

–Algo así, y lo peor es que no se me da bien no albergar esperanzas. A veces pienso que igual llega un momento en que se aburre de dar tumbos por ahí o se da cuenta de que se está perdiendo algo importante aquí y vuelve, y puede que entonces todo cuadre por fin. A veces, cuando más decidida estoy por fin a cortar, él hasta sugiere que eso podría ocurrir en cualquier momento. No promete nada ni lo dice abiertamente, pero comienza a insinuar que está cansado de su trabajo allí, que no asciende al ritmo que desea y que igual termina cansándose y volviendo a la isla.

»¡Qué dos! –se quejó– Él no quiere que vaya a su lado pero tampoco desea que me aleje; desea dejarme libre pero es incapaz de permitírmelo. Yo quisiera acercarme pero no me deja, y tampoco sé irme, y no parece que nada sea capaz de acabar con esta situación. Cada vez que me pongo un límite y me digo que si él hace esto o aquello por fin se acaba del todo, él transgrede ese margen y yo hago correr la frontera un poco más allá para que me siga cabiendo en la vida.

–¡Patrón, ya esto casi está! –nos interrumpió Majete a voz en

grito.

–Vamos –dijo ella de inmediato, dispuesta a que los secretos de Ramón la ayudaran a olvidarse de Pedro por un rato.

–Ha costado un poco –concluyó Majete sacando su cuerpo de gato viejo del interior del mueble–. Ya no tengo el oído de antes –se explicó–. Esta es la combinación, para cuando quieras abrirla de nuevo.

Me pasó una pequeña nota donde escribió la clave.

–Buen trabajo –le felicité, al tiempo que saqué un sobre cerrado del cajón del escritorio y se lo di.

Ramón se ganaba la lealtad de sus secuaces tratándolos con generosidad. Decía que la única lealtad que entendían los hombres era la que les salía rentable. Jamás intentarían jugársela si eso implicaba que podrían perder a un buen pagador.

–A mandar, amigo. Tengo que volver al taller, como mi mujer se entere de lo que he hecho esta tarde me mata –Majete solía cerrar sus trabajos para nosotros con aquella afirmación.

Se despidió de Elena y luego abandonó la agencia sin dar muestra alguna de sentir la menor curiosidad por lo que albergaba la caja de caudales.

–¿A qué esperas? Ábrela –insistió Elena en cuanto el mecánico se fue.

La abrí mientras Elena intentaba sortear mi espalda para descubrir lo que había allí al mismo tiempo que yo.

–¿Qué es eso?

La caja de caudales de Ramón solo contenía un pequeño fichero de tarjetas y unos vinilos de siete pulgadas dispuestos en una columna. Reconocí ambos objetos al instante.

–Es el fichero donde Ramón guardaba las señas y los teléfonos de sus contactos –le expliqué a Elena al tiempo que se lo pasaba–. Y estos son vinilos, quizás valgan una fortuna para un coleccionista.

Extraje los discos y cerré la caja tras de mí.

–¿Los contactos de Ramón? ¿Qué contactos? –quiso saber Elena, que había cogido una de las tarjetas del fichero para observarla.

–Los de la gente que nos ayuda en las investigaciones, gente como Majete que nos hace trabajillos cuando nos hace falta.

–Pone la profesión, el nombre, los apellidos, el teléfono, la dirección y luego otro número. ¿A qué se refiere ese último número?

Me pasó una tarjeta y no supe averiguar a qué correspondía la

última anotación. Era Ramón quien usaba y guardaba celosamente aquel fichero.

–No lo sé. Serán cosas de Ramón, yo no tenía acceso a eso.

–¡Joder! Aquí, por lo que se ve, hay jueces, médicos, periodistas, políticos… –enumeraba Elena mientras pasaba las tarjetas y leía la notación referida al empleo–. Ramón conocía a gente, ¿eh?

–Pasarte la vida espiando tienen sus compensaciones.

Yo no conocía ni a una cuarta parte de los nombres de las tarjetas. El detective hacía uso de sus contactos más importantes con la mayor discreción posible. A mí solo me permitía tratar con la casta de malandrines y buscavidas que nos facilitaban las tareas más ordinarias, como el propio Majete.

–¿Y esos discos? ¿Vamos a hacer una fortuna vendiéndolos en *e-bay*? –quiso saber Elena– Igual no es que Ramón no tuviera dinero, sino que lo tenía invertido ahí.

Comencé a pasar un disco tras otro encontrándome con idéntico resultado en cada uno de ellos.

–Creo que no. Son todo copias del mismo. Espera… –dije para contener una nueva pregunta de la muchacha.

–¿Qué ocurre?

Un ademán de mi mano la hizo callar. Todas las copias contenían el mismo *single* de *blues* que Ramón escuchaba hasta la saciedad en la clínica, y no solo allí, sino también en su despacho, al finalizar el día. Los créditos anunciaban *Evil man blues* de Lil Johnson, la canción que tradujo Andrea para mí la primera noche que nos acostamos juntos.

–Esta canción… –pronuncié por fin para Elena.– Ramón lleva escuchándola una y otra vez desde que lo conozco.

–Parece absurdo que alguien guarde tantas copias del mismo vinilo, ¿no? Hay como cincuenta discos ahí.

–Y todavía es más absurdo que las guarde en una caja fuerte.

–¿Quién es la artista?

–Lil Johnson, pero no tengo ni idea de quién es. Es un disco de *blues*, eso seguro, pero no estoy familiarizado con ese género.

–*Blues del hombre malvado* –tradujo Elena, mientras analizaba con detenimiento una de las copias.

Yo activé el pc. Abrí un buscador y escribí el nombre de la artista. Así accedí a algunos artículos en inglés sobre ella. Traduje el contenido de la página como pude con mi inglés de Bachillerato.

–Lo que te decía, es una cantante afroamericana de blues. Por

aquí comentan que se caracterizó por el contenido sexual de sus canciones y que tuvo que luchar contra la censura por ello. Estuvo sobre todo activa a finales de los años veinte.

Elena se acercó al tocadiscos en el que había sonado cientos de veces aquel mismo tema y lo pinchó para escuchar la misma letra que atrajo la atención de su mejor amiga años antes.

La escuchó y luego volvió a reproducirla, como si acabara de ser víctima del mismo sortilegio que hacía que el detective escuchara una y otra vez el *single*.

–¿Qué ocurre? –pregunté.

–Tiene una voz preciosa, rota, pero si esa mujer es estadounidense yo soy la reina de Inglaterra, Juan.

–¿A qué te refieres?

–Al acento, ¿no lo notas? No es una hablante nativa, eso canta por soleares.

–Joder, Elena, yo estudié en el instituto de San Cristóbal, le escupíamos a la profesora cada vez que intentaba hablarnos en inglés, y le robábamos el casete cuando intentaba pasarnos los *listening*.

–Pues yo soy de colegio bilingüe. Me harté de que me dieran clases ingleses y americanos, y te juro que esta tía no es nativa. La pronunciación no es mala y el acento es cuidado, pero aún así es evidente que no es inglesa ni estadounidense.

–Andrea escuchó la canción hace tiempo y no notó nada.

–Tu ex tiene un oído nefasto para los idiomas. Con trabajo aprendió a traducir lo que fuera y a hablar más o menos bien, pero lo de reconocer un acento ya era pedirle demasiado.

–Vale, espera un minuto.

Entré en mi cuenta de *iTunes* y me descargué en unos segundos el tema que acabábamos de escuchar cantado por Lil Johnson.

–Atiende, a ver si es la misma mujer–le ordené a Elena mientras reproducía la canción.

Pero ni siquiera hacía falta tener el oído de Elena para distinguir que la Lil Johnson de *iTunes* no era la misma que la de Ramón. La del detective tenía una voz aún más rota y sobre todo con mucha más fuerza que la de la artista afroamericana.

–¿Notas la diferencia?

–Sí, claro, no es la misma persona.

Elena se apoyaba en mis hombros para observar la pantalla del ordenador. Busqué de nuevo en la red algo que hiciera referencia a una imitadora española de Lil Johnson. Tras media hora nos dimos por vencidos, aquella mujer no se contemplaba en ninguna página

dedicada al *blues*.

–No hay nada –concluí tras revisar decenas de *webs* a toda velocidad.

Elena sostenía en la mano el vinilo y lo volvió a observar como si alguna pista fuera a aparecer por arte de magia en su superficie.

–¿Quién eres? ¿Y qué demonios hacías en la caja fuerte de Ramón? –enunció la muchacha, y yo me imaginé que aquel interrogante le mordería la curiosidad de la misma forma en que los acertijos y los misterios obsesionaban a Sherlock Holmes.

6

Al contrario que el señor Griffin, los auténticos hombres invisibles se colman de paciencia. Nada hace más evidente a una persona que el desasosiego o la intranquilidad. Esos sentimientos nos convierten en una bomba a punto de explotar que causa la alarma de quienes nos rodean. En las largas colas son más evidentes quienes más desesperan, quienes se muestran inquietos, bufan y miran el reloj con insistencia. Los que rodean a estos los observan alarmados, temiendo el momento en el que quien espera por fin reviente en gritos e insultos por la ineficacia de quienes deben atenderle.

Los hombres invisibles, en cambio, son inmunes a la premura e impermeables a la desesperación. Ocupan el espacio del mundo con humildad, sin pretensiones de acelerar su ritmo, y de ese modo las cosas simplemente los alcanzan porque aparentan ser inofensivos. Esa era una de las razones por las que los auténticos hombres invisibles eran los mejores espías de la KGB. Los secretos se ocultan a quienes pueden aprovecharse de ellos o a los que amenazan con extenderlos y compartirlos impulsados por la necesidad de sobresalir atrayendo la atención sobre sí mismos. No obstante, los hombres invisibles están acostumbrados a su escasa relevancia y no albergan intención alguna de medrar. Los secretos no les interesan y por eso mismo se les transmiten. Las confidencias más trascendentales encuentran su mejor cobijo en los oídos de aquellos que nada ganan con ellas, que no tienen ningún interés en conocerlas o usarlas para su propio provecho.

Yo pertenecía a esa especie de hombres invisibles que hacen sus descubrimientos colmándose de paciencia, observando cómo se mueve el mundo desde los márgenes, apresándolo todo con la memoria para cernir de ello lo interesante. Yo habría sido un gran espía. Elena, en cambio, tenía las cualidades de un excelente detective. Su curiosidad la obsesionaba hasta tal punto que era incapaz de armarse de paciencia en la búsqueda de la verdad.

Probablemente, con el paso del tiempo, alguien me habría hablado de Lil Johnson o de Marcos. No habría sido extraño en una isla en la que todo el mundo acaba conociéndose. Justo en ese momento yo empezaría a deshacer la madeja que me llevaría a explicar la relación de aquel hombre con Ramón. Sin embargo, Elena carecía de ese sosiego. Los detectives son más agresivos que

los espías, y si no son más eficientes –nada dura menos en territorio hostil que un investigador que acribille a preguntas a los enemigos– sí que resultan más veloces en sus pesquisas.

Elena acometió la búsqueda de algún indicio de Marcos o de la verdadera identidad de Lil Johnson como si lo que estuviera destinada a encontrar con ello fuera la revelación que aclarara su situación con el ingeniero Pedro. Sus pesquisas parecían aliviarle la desazón de vivir pendiente de un hombre que existía en otro país y que no parecía dispuesto a deshacer el anzuelo con el que la había sujetado desde su adolescencia.

Los expedientes de los casos del detective, más cercanos a una novela policiaca que a una base de datos, supusieron un material esperanzador para la muchacha.

–Quizás encuentre aquí algo sobre ese Marcos –me comentó unos días después de que Majete abriera la caja fuerte.

Mientras organizaba el despacho se había animado a leer varios informes y eso la hizo albergar esperanzas de que Marcos hubiera quedado registrado en alguno de ellos.

–¡Joder, Elena! ¿Sabes la cantidad de papel que es eso para leer?

–Entre dos toca a la mitad –me invitó.

–Conmigo no cuentes. Lo único que me faltaba es tener que ponerme a revisar todo ese papeleo, tengo mejores cosas que hacer.

–Bueno, pero puedo buscarlo yo. ¿Me das permiso? –insistió.

–Tú busca lo que quieras, pero no en las horas que te pago para que ordenes.

–No, claro, solo quiero quedarme para curiosear un poco cada día. O podría llevármelos a casa...

Le di permiso para ello y las últimas semanas Elena había salido con varias carpetas bajo el brazo cada día. Se pasaba las tardes revisándolas.

Ramón jamás supondría que se convertiría en un improvisado autor para una chica de poco más de veinte años. El interés de mi compañera no hizo sino acrecentarse desde que empezó a leer. Parecía que tantas novelas negras convirtieron a Ramón en un narrador aceptable y hasta ameno. Según pasaban los días, crecía el número de expedientes que Elena se llevaba, sin embargo, ninguno de ellos había arrojado luz alguna sobre Marcos.

En cuanto a mí, había vuelto a la rutina. Cada vez me resultaba más incómodo cerrar la agencia, vender el local y buscar otro trabajo. Si el papeleo que implicó aceptar la herencia ya me

resultó fatigoso, los trámites que me conllevaría deshacerme de ella acabaron por antojárseme imposibles. En breve, más por comodidad que por vocación, decidí mantenerla abierta y comprobar si Watson tenía un futuro sin Holmes.

Elena aceptó embarcarse conmigo en esa aventura incierta, y si en un principio la había contratado eventualmente, ahora se ocupaba de cubrir todo el horario de mañana en la oficina, para recibir a los nuevos clientes e informar a los viejos del desarrollo de nuestras investigaciones. Le apetecía más esa labor que seguir probando suerte en el mundo del turismo; y quizás lo que leía en los expedientes contribuía a ello.

Regresé a la agencia a primera hora de la tarde después de estar toda la mañana deambulando con el *fiat* por la ciudad, espiando a un ama de casa añeja y desocupada de la que su marido sospechaba. Él era un hombre de negocios que viajaba con frecuencia a Marruecos y temía que su mujer se estuviera consolando con otro.

Elena ya se había marchado y me dispuse a vaciar la tarjeta de fotos de la cámara. A veces sacaba fotos al azar y luego comparaba las imágenes buscando que alguien se repitiera en exceso. Si un rostro aparecía con frecuencia se convertía en un sospechoso. Si nuestro objetivo mantenía en secreto la asiduidad de esa compañía, nos hallábamos camino de descubrir algo.

Me encontré con una nota de Elena y un expediente sobre el teclado cuando fui a encender el ordenador.

«Estimado doctor Watson, ya he encontrado mi pista sobre Marcos. Necesito que confirmes que es el mismo hombre». La nota la firmaba la señora Hudson.

Bajo ella, en una carpeta de cartón, se anunciaba un caso que Ramón denominó «Aspirante a Cupido». Al título le seguía un número de registro. Dentro, como en el resto de los expedientes, no encontré ninguna fecha. Tomé la carpeta y me senté a leerla:

«Cuanta más gente conozco menos entiendo la forma en la que funcionamos, los hilos que nos mueven, y me imagino que mi empleo tampoco contribuye a normalizar la percepción que tengo de las personas. En Canarias no abundan los detectives, el mío es un empleo que aquí no está tan normalizado como lo estaba en la Gran Manzana, y eso parece implicar que quienes se atreven a requerir mis servicios son más bien personajes excéntricos cuando no absolutamente desquiciados; muchos ni siquiera saben qué servicios esperar de alguien como yo.

Si bien es cierto que en mi trabajo abundan las peticiones

extrañas y los asuntos turbios, de tarde en tarde llega a la agencia alguien con una solicitud que solo puede tildarse de ser una auténtica locura. Ese era el caso de Narciso Olivares, que había aterrizado en el despacho dos semanas antes.

Iba ataviado con una chaqueta de pana con parches en los codos, lucía un corte de pelo recto y un tupido bigote negro. Mordía las patas de unas gafas pequeñas mientras esperaba. Lo hice aguardar unos minutos por aparentar yo que era un hombre ocupado y que el negocio me iba bien. Descolgué mi teléfono en cuanto entró y permanecí cinco sendos minutos escuchando la línea desocupada mientras le daba la espalda al cliente. He aprendido que te suelen suponer más eficiente cuanto más trabajo acumules, aunque esto resulte una máxima un tanto ridícula.

–Pase usted –lo invité levantándome y abriéndole la puerta.

Le estreché la mano.

–Ramón Vidal –me presenté.

–Narciso Olivares.

Intercambiamos nuestros nombres con cierta soberbia y luego ocupamos lugares opuestos en la mesa.

–¿En qué puedo ayudarle? –le pregunté.

–Verá: ¿Es usted detective?

Estuve a punto de preguntar si eso no lo evidenciaba la placa de la entrada, pero esa no sería la forma de granjearme su confianza. La gente suele insistir sobre lo evidente y este es un hábito que deploro, pero tengo que soportarlo si quiero ganarme el pan. Por desgracia la gente huye de quienes hacen patentes sus defectos.

–Efectivamente, soy investigador privado. ¿Qué es lo que desea?

–¿Usted podría encargarse de buscar a alguien?

–Esa es una de las cosas a las que nos dedicamos aquí.

Narciso se mostraba nervioso, esquivaba mi mirada y su saludo había sido titubeante. Tal vez sus preguntas solo estaban destinadas a ganar tiempo mientras reunía el valor suficiente para expresarse.

–Entonces quizás pueda ayudarme a encontrar a alguien, porque yo no soy capaz –se rió con nerviosismo.

–Haré lo que pueda, pero si le parece antes tomaré sus datos.

–Claro.

Saqué mi agenda y le tomé su nombre y apellidos, y también anoté su dirección y profesión. Era maestro de escuela y por lo tanto un hombre formado.

–Ahora, si le parece, me puede proporcionar los datos de la persona que quiere que busque, su descripción y demás… –me imaginé que habría traído una fotografía que pudiera ayudarme en la investigación.

–Verá, necesito que encuentre a un hombre. Debe ser bastante joven, entre veinte y treinta años… Tiene que ser alguien culto y de izquierdas…

–Espere –lo interrumpí–. Quizás debería empezar por el nombre y los apellidos. Eso siempre resulta más útil –lo orienté.

–¿El nombre? ¿Qué nombre?

–El nombre de la persona que tengo que buscar. Eso si lo sabe, claro, si no al menos deme algún dato de tipo personal o el sitio donde lo vio por última vez, o el nombre de alguien que lo conociera. Esos datos son los más útiles para comenzar a buscar a alguien.

–Perdone, temo que no me he explicado bien –reconoció el maestro–. Yo lo que necesito es que encuentre a alguien con las características que le estoy describiendo, no sé si usted podrá hacerlo. Desde luego que si recurro a usted es porque a mí me ha resultado imposible.

Me quedé perplejo.

–¿Usted lo que desea es que yo encuentre a alguien de esas características?

–Efectivamente.

–¿Pero para qué?

El maestro se ruborizó y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Estaba nervioso, pero hizo acopio de valor para contestar.

–Verá, estoy seguro de que alguien así sería la pareja ideal para una mujer a la que le tengo mucho aprecio. Estoy convencido de que ella se enamorará de alguien así.

Por lo general procuro no mostrar sorpresa ante ninguna de las peticiones de mis clientes, pero esta vez me resultó imposible.

–Yo más bien me especializo en buscar a gente conocida, ¿sabe? –le expliqué.

–Bueno, bien mirado, el trabajo que yo le estoy encargando puede ser más sencillo que eso, ¿no cree? No le pido que busque a una persona concreta, sino solo a una que posea estas características. Habrá muchas y a mí me basta con una.

En Nueva York proliferan las agencias de citas y las alcahuetas profesionales, sin embargo, en Canarias aún no existe un mercado visible para esos servicios. Eso fue lo que hizo que Narciso

Olivares acabara en mi agencia.

–¿Decía un maestro de izquierdas? ¿De veinte y tantos? –pregunté repasando mis notas.

Andaba lo suficientemente mal de dinero como para aventurarme en el mundo de los contactos amorosos; además, conocía a alguien de esas características. Podría significar un dinero fácil.

–Sí, y también estaría bien que fuera medianamente guapo. Además tiene que ser un hombre pacífico y con facilidad de palabra.

–¿Y en caso de que encontrara a alguien así, qué tendría que hacer?

–Bastaría con conseguir que asista a una cena de amigos, a ver si por casualidad hay suerte y es amor a primera vista.

Tras aquel primer encuentro con Narciso Olivares dejé pasar un par de semanas para justificar mis honorarios y luego llamé a Marcos. La descripción de mi cliente me sugirió desde un principio al joven profesor.

–Buena noches, Ramón –me saludó Marcos en la Alameda de Colón, enfrente de la iglesia.

Su tono no era cordial y no era de extrañar, pero Marcos era lo suficientemente pobre como para no poder darse el lujo de rechazar algo de dinero fácil con el que pagar el alquiler retrasado del piso que compartía en el barrio de San José.

–Buenas noches.

–¿Seguro que me vas a pagar solo por ir a cenar?

–Sí, y la cena también corre a cargo de mi cliente, así que puedes ponerte las botas, pero procura no demostrar demasiada voracidad.

–Eso resultaría poco atractivo, ¿no?

Ni siquiera me había tomado la molestia de mentirle. Le conté con todo detalle los deseos de Narciso y decidí compartir la mitad de las ganancias, era lo menos que le debía después de haberle robado sus clases de inglés.

–Efectivamente.

Iniciamos el camino hacia el restaurante, que se encontraba en una de las trasversales de la calle de Triana.

–¿De verdad que hay un tipo que te paga para que le encuentres un novio a una de sus amigas?

–El mundo está lleno de gente extraña, ¿no crees?

–En realidad, simplemente, la normalidad no existe. Todos somos profundamente extraños cuando se nos conoce. Cuanto más

conocemos a alguien más extraño resulta.

En las raras ocasiones en las que hablo con Marcos, me doy cuenta de que he desperdiciado una de las pocas oportunidades que tendré de compartir mis pensamientos con alguien similar a mí. El profesor es, como yo, un extraño en el mundo, un ser desconcertado por la realidad. Además, es el hombre más inteligente que conozco, no en vano se saltó varios cursos y fue becado para estudiar en la Complutense de Madrid. Por desgracia, sé que el abismo que nos separa es inabarcable, y no podía ser de otra manera. Quizás por eso también lo invité a la aventura de Narciso Olivares, tal vez albergaba la esperanza de que realmente pudiera sentir afinidad por la amiga del maestro y, de ese modo, de una forma un tanto retorcida, yo podría sentirme en paz tras devolverle a Marcos lo que antes le quité.

–En eso tienes razón, profesor. Pero, claro, tú jamás te equivocas, ¿no?

–Salvo algunas veces, cuando pronuncio en inglés, ¿verdad?

Esa estocada la desenvainó Marcos para dejar claro que ni éramos amigos ni teníamos posibilidad de serlo. No había olvidado ni perdonado.

–Yo me crié en Nueva York, al menos tendrás que concederme que hablo inglés mejor que tú.

–Si solo se tratara de eso… –se quejó Marcos, parecía imposible que no acabáramos hablando de aquello cada vez que nos encontrábamos.

–Ella eligió –sentencié.

–Sí, eso siempre se le dio bien: elegir lo que más le convenía. Solo que llegará un momento en el que le convenga alguien mejor que tú, créeme.

–Bueno, merece la pena correr el riesgo. ¿Te parece que te pague mañana mismo, cuando el tal Narciso pase por mi oficina a liquidar? Antes no puedo, no tengo un duro.

–Está bien. Pero, Mira: ¿No tengo que hacer nada más? ¿Verdad? ¿Solo cenar tranquilamente y ya está?

–Con eso bastará, a no ser que a ti te apetezca algo más con la chica.

–Quien sabe, a nadie le amarga un dulce –no obstante, yo a Marcos solo le había conocido una mujer… la mía.

–¿Sabes algo nuevo acerca de la muerte de Adán? –me preguntó –He visto a su hermana y hace semanas que no sabe nada de ti.

–Continúo investigando. Ya le daré noticias a Inés cuando sepa

algo –no me extrañaba que Marcos me interrogara sobre eso cada vez que me veía, Adán fue prácticamente un hermano para él.

Narciso nos esperaba ya sentado a la mesa de un restaurante vasco, con una amiga al lado y su mujer enfrente.

–Este es mi amigo Ramón –me presentó en cuanto llegué–. Ella es mi esposa, Elizabeth, y esta es Laura.

–Él es Marcos, se ha apuntado a la cena –expliqué yo, Narciso insistió en que Marcos no debía saber nada de nuestro trato.

Intercambiamos saludos y yo ocupé la cabecera de la mesa siguiendo las instrucciones que me hizo Narciso con la mirada. Marcos ocupó la silla junto a Elizabeth.

–¿Y a qué se dedican? –nos preguntó Laura.– Hasta que llegaron, en esta mesa solo había maestros.

Laura era una mujer hermosa, de senos voluminosos y cintura estrecha. Su rostro, aunque no era armonioso resultaba atractivo, solo una nariz prominente discordaba con sus rasgos finos. La esposa del maestro era algo más baja y poseía una figura menos estilizaba, y aunque no era fea, carecía del evidente atractivo de la otra.

–Bueno, pues parece que son todos docentes menos yo –dije–. Marcos también es profesor.

–¿Profesor? –preguntó Narciso con un disimulo ridículo, que más parecía culpabilizarlo que librarlo de sospechas.

–No exactamente, solo doy clases particulares.

–No seas humilde, Marcos. Él –le expliqué al resto– estudió Física y Derecho en la Complutense. Era un niño prodigio.

–¿De verdad? –se interesó Elizabeth.

–Se me daba bien estudiar, sí.

–¿Y por qué no has intentando comenzar a trabajar en la enseñanza pública?

–Hace poco que terminé la carrera, estoy tomándome un tiempo para decidir qué quiero hacer. Mientras tanto, subsisto dando clases particulares –para desgracia de Marcos, lo que la providencia le regaló en inteligencia se lo restó de dinero. Estaba acostumbrado a subsistir como yo, sin demasiados lujos.

–¿Y tú a qué te dedicas, Ramón?

–Es detective privado –se adelantó a explicar Marcos antes de que a mí me diera tiempo de tramar una mentira. No podía esperar ninguna concesión por parte del profesor, ni siquiera cuando le estaba proporcionando dinero fácil.

–¿Detective privado? Ese sí que es un trabajo atípico.

–Eres el primero que conozco.

–Crecí en Nueva York, allí era una profesión bastante corriente –les expliqué a las mujeres, que eran quienes más interés mostraban por mi empleo.

–¿Y de qué vive un detective privado en Gran Canaria? –quiso saber Laura.

–Esencialmente de destapar algunos asuntos económicos, de investigar a trabajadores que roban en sus empleos y también de localizar desaparecidos.

–¿Desaparecidos?

–Sí, familiares que se borraron del mapa y también familias separadas por la Guerra Civil y el Franquismo. Hubo hermanos que se separaron siendo niños y que no han vuelto a verse. He tenido algunos casos de esos. Las familias se distanciaron tanto que los vínculos se rompieron completamente.

–Resulta una labor hasta humanitaria, ¿no?

–Sí, eso sí, solo que el grueso del trabajo de mi amigo es menos humanitario. ¿Verdad, Ramón? –me increpó nuevamente Marcos.

–En eso tienes razón –sonreí, pensando que la naturalidad podría exculparme con mayor eficacia que cualquier otro ardid–. La mayoría de mis ganancias provienen de un negocio menos honorable que encontrar desaparecidos.

–¿Cuál?

–El negocio de los cuernos –adelantó Marcos llevándose nuevamente una copa de vino a los labios. Los maestros ya habían pedido la bebida antes de nuestra llegada y Marcos decidió apuntarse con premura a la botella que se encontraba abierta.

–¿El negocio de los cuernos? –repitió Elizabeth a modo de pregunta.

–Sí, a menudo me dedico a obtener pruebas de infidelidades.

–No me puedo creer que alguien pague por que le saquen fotografías a su marido con otra mujer.

–O a su mujer con otro hombre –apuntilló el Marcos.

–Y, sin embargo, hay gente que lo hace, y mucha.

Narciso levantó la mano para llamar la atención de uno de los camareros que vino a atendernos. El restaurante estaba lleno. Quizás el maestro solicitó la intervención del servicio para forzar un cambio de tema, sin embargo, su mujer y su amiga parecían estar más interesadas en los pormenores de mi trabajo que en la presencia de un doblemente licenciado de la Complutense.

–Yo me podría morir de vergüenza si tuviera que contratar a alguien para que persiguiera a Narciso. No sería capaz.

–Supongo que cualquier mujer o cualquier hombre se

avergüenza de tener que llegar a ese extremo –observó Marcos–. Sin embargo, seguro que es difícil resistir a las sospechas cuando se tienen.

–Más que difícil resulta inevitable –aclaré yo.

–Pues yo no sé si preferiría no saberlo antes que tener que pasar por eso –opinó Elizabeth.

–¿De verdad? –se extrañó su amiga– ¿Si Narciso te engañara, preferirías no saberlo?

–No lo sé, pero puede que sí. O sea, no me entiendas mal, y tú menos –dijo señalando a su marido–, porque como me pongas los cuernos soy capaz de matarte. Pero creo que si solo hubiera sido un desliz, preferiría no enterarme. De otro modo, no sé si podría perdonártelo. Sería mejor no saberlo, como si no lo hubieras hecho. Así no me dolería

–Pero lo habría hecho –se extrañó Marcos–, te habría engañado ¿Cómo puedes no querer saberlo?

–Ya te digo, me gustaría saberlo si eso fuera a acabar con nuestra relación, pero no si fuera a continuar conmigo. Eso solo me dañaría, de hecho creo que significaría el final de lo nuestro. No me veo capaz de soportar una infidelidad.

–Te sorprendería saber la cantidad de gente que dice eso y luego es capaz de soportarla –expliqué yo.

–Además, por lo que dices, tú de lo que no serías capaz es de conocerla, pero sí de soportarla. Lo que te preocupa es más descubrirla que sufrirla –argumentó Marcos.

–Pero es que si no fuera a cambiar nada en mi vida y ni me enterara, es como si no hubiera ocurrido, ¿no crees?

–No estoy de acuerdo con eso, las cosas ocurren o no ocurren. No dejan de ser reales simplemente por no conocerlas. Yo necesitaría saberlo, simplemente porque es la realidad, porque es la verdad.

–¿Y la verdad es tan importante? –le pregunté al profesor.

–Por supuesto, porque es lo único que existe, ¿no?

–Bueno, en cualquier caso, creo que nunca tendré que enfrentarme a esa disyuntiva –dijo Elizabeth tomándole las manos a su marido para cortar aquella conversación que parecía derivar hacia la metafísica.

–Por supuesto –confirmó él con firmeza.

–Eso también se lo he escuchado decir a muchos hombres –dije.

–El caso de Narciso es diferente. Es incapaz de engañar a su mujer –lo defendió Laura.

Costaba saber cuál de aquellas dos mujeres idealizaba más al maestro, si su esposa o su amiga.

–Bueno, a buen seguro tú estás hecho de otra pasta, Narciso –me contradije, al recordar que me tocaba aparentar ser amigo del maestro.

La cena continuó durante algo más de una hora. Aproveché que Narciso se ausentó al baño para solicitarle el dinero de los gastos con el que pagaríamos la cena. El hombre no se negó a dármelo, pero me extendió los billetes con cara de disgusto.

–¿Acaso no estás contento? –me había acostumbrado a tutearlo durante la cena, al hacerme pasar por su amigo–. Laura y Marcos parecen llevarse bien. Creo que Marcos es justo lo que querías –el trato entre el profesor y Laura había progresado en un diálogo fluido y agradable.

No obstante, cuanto mejor se llevaban Laura y Marcos, más a disgusto se mostraba el maestro, hasta el punto de que unos minutos antes de ir al baño expresó su deseo de volver a casa a causa de un dolor de cabeza.

–Sí, desde luego ese hombre encaja con lo que te pedí. Mañana paso a pagarte el resto del dinero, aquí no tengo suficiente –me advirtió antes de abandonar el aseo.

Yo aguardé unos segundos antes de salir, mientras introducía en mi billetera el dinero con el que pagaríamos Marcos y yo la cena en unos instantes.

Nos despedimos a la salida del restaurante. El matrimonio partió en una dirección, yo en otra y Marcos y Laura en una tercera. Decidieron pasear juntos un rato. Desconozco cómo acabaron la noche, aunque que imagino que, si acaso, Marcos únicamente buscaría un sucedáneo para aliviarse la soledad; su ex pareja resulta difícil de sustituir. Ni siquiera le pregunté a Narciso al día siguiente si conoció el desenlace de la velada, pues el hombre se mostraba más bien huraño y no quise darle pie para que se armara de argumentos para no pagarme. Parecía que las cosas no habían transcurrido como él deseaba.

Así las cosas, mi única tentativa de Cupido parece haber fracasado estrepitosamente. A buen seguro que a los detectives privados se nos da mejor romper parejas que crearlas.”

Cerré el expediente que concluía con un “fin” centrado en la página que parecía más propio de un relato que de un informe. No podía creer que la búsqueda de Elena hubiera resultado fructífera. Su empeño se había traducido en algunos descubrimientos sobre

Marcos que venían de la propia mano del detective.

Tomé una hoja y apunté varios nombres: Narciso Olivares, Laura, Elizabeth, Adán e Inés. Cada uno de ellos suponía una puerta al pasado, un acceso a la memoria. Hay pocas cosas más importantes para un detective que los nombres. Estos etiquetan y designan, individualizan dentro del caos y suponen un mapa con el que empezar a desentrañar un misterio. Tres maestros, una muerte irresoluta y una hermana aún a la espera era lo que había puesto sobre el tapete de la investigación el hallazgo del Elena.

Supuse que el siguiente paso de mi compañera se encaminaría a localizar el expediente referido a la muerte de Adán, así que preferí centrarme en una tarea más sutil.

Abrí la caja fuerte y extraje el fichero de contactos. Estaban ordenados alfabéticamente por el nombre, supongo que porque Ramón desconocía el apellido de muchos de ellos. El nombre de pila y la profesión solía ser más que suficiente para los propósitos del investigador.

Nada hallé allí sobre Inés ni Adán, y ya lo intentamos antes con "Marcos" teniendo idéntico resultado, quizás Ramón se había deshecho en su fichero de todo cuanto estaba relacionado con el profesor. Aquella falta de pruebas era lo que cada vez hacía más interesante el secreto que mi jefe se llevó a la tumba. Era como si hubiera intentado borrar todo rastro de él. Puede que Marcos apareciera en el expediente de Narciso Olivares solo por un descuido, porque Ramón hubiera olvidado que allí quedaba reseñada la existencia del profesor.

Busqué "Narciso Olivares" en el fichero.

–Narciso Olivares, maestro. Te he pillado, Holmes –pronuncié en el despacho vacío sosteniendo aquella tarjeta en señal éxito.

Allí había un teléfono y otro número. Me lo quedé mirando y la respuesta me resultó ridículamente obvia. Cuando abrimos el fichero, ni Elena ni yo caímos en la cuenta de que el número de registro probablemente se refería al que Ramón apuntaba en los expedientes.

Tomé el informe de Narciso para confirmarlo.

–No tiene sentido –me quejé al comprobar que un número y otro no tenían nada que ver; de hecho, el del contacto poseía dos dígitos más que el de la carpeta– ¿A qué demonios te referías con esto, Ramón?

Desconcertado aún, me centré en el teléfono del maestro. Tomé el aparato y marqué para verificar si el hombre continuaba respondiendo a las mismas señas. El teléfono de la agencia

permanecía oculto en los terminales de destino, por lo que la llamada no me comprometía.

–¿Sí? ¿Quién es? –preguntó un hombre.

–Buenas tardes, querría saber si podría hablar con Narciso Olivares.

–Debe estar equivocado.

–Disculpe, tengo este número desde hace casi veinte años –aventuré–. ¿Tal vez él se haya mudado?

–No lo sé. Nosotros vivimos aquí hace solo cinco, y no le compramos la casa a ningún Narciso, pero vaya usted a saber quién estuvo antes…

Le agradecí al desconocido su atención y colgué luego. Jugué con la ficha del contacto unos minutos mientras pensaba. Aquel expediente descubría suficientes nombres como para que fuera sencillo iniciar una investigación.

Pasé las cartulinas del fichero hasta que llegué a la que consignaba a Paqui Pérez, una periodista del diario *La Provincia* a la que Ramón solía recurrir como investigadora.

La llamé al móvil y ella respondió casi al instante.

–Dígame.

–Paqui, soy Juan, el detective –me presenté. Estaba acostumbrado a tratar con ella directamente, era uno de los contactos de Ramón a los que tenía acceso.

–¡Hombre, Juan! ¿Cómo estás? ¿Qué tal llevas lo de Ramón? Lo hemos sentido mucho en el periódico, éramos varios los que lo conocíamos.

–Estoy intentando seguir con el negocio sin él. Por eso te llamaba, necesito que investigues algo para mí.

–Dime.

–Solo tengo un par de nombres.

–Dámelos, a ver qué se puede hacer –me ordeno la mujer con el imperante tono de urgencia que solían tener los periodistas.

Paqui rondaba unos dinámicos cuarenta y cinco años. Medía un impresionante metro ochenta y tantos que se acompañaba de gran corpulencia. Aunque no sufría sobrepeso, era de miembros gruesos, caderas pronunciadas y grandes senos, hasta tal punto que resultaba intimidante.

–Son Adán e Inés, se trata de dos hermanos. A él lo mataron entre finales de los setenta y principios de los años ochenta, me imagino que en Las Palmas, pero de eso no estoy muy seguro.

Calculé las fechas tomando como referencia la edad de Marcos. Rondaba los cincuenta cuando lo conocí en la Clínica, y debía de

haber acabado la carrera en torno a los veinte y pocos. Daba la impresión que no hacía mucho tiempo que había vuelto a la isla cuando asistió a la cena de Narciso, por lo que el homicidio ocurriría poco antes.

–¡Vaya, eso no es decir mucho! –se quejó Paqui.

–Bueno, los homicidios en Canarias no se cuentan por miles. Tú pregunta por ahí a los viejos y curiosea algunos ejemplares antiguos de *La Provincia*, a ver qué encuentras.

–De acuerdo, si localizo algo te lo mando por e-mail y ya arreglamos cuánto es –me propuso

–De acuerdo.

La curiosidad comenzaba a salirnos cara a Elena y a mí. Nadie nos había encargado investigar la existencia de Marcos y ya le estaba debiendo dinero a una periodista.

Tenía la tarjeta del contacto de Paqui en una mano y encima de la mesa se encontraba la de Narciso. Cada una de ellas tenía consignada en la esquina inferior derecha uno de esos números que parecían no corresponderse con nada.

Tomé la tarjeta de Paqui Pérez y probé suerte una vez más en el archivo. Los expedientes estaban ordenados numéricamente por ese registro, pero entre unos y otros faltaban decenas de cifras, como si Ramón los hubiera extraviado o nunca hubieran existido. Abrí varios cajones del archivador y observé que, al menos, el orden entre los números que sí había era escrupuloso. Así, recorrí los expedientes buscando el que correspondía con la anotación del contacto.

Tras encontrarlo me volví a la mesa y lo abrí, esperando nuevamente encontrar en la narración alguna referencia a Paqui Pérez. Sin embargo, aquel relato de unas cincuenta páginas poco tenía que ver con la periodista. Allí Ramón solo consignaba los movimientos que hizo para encontrar a un hermano perdido de una familia de cinco. Los padres de este fallecieron sin hacer testamento y el resto necesitaba al perdido para realizar una declaratoria de herederos. El detective perdió su pista en Nicaragua, en el año sesenta y dos. Había transcurrido demasiado tiempo y el hombre se fue demasiado lejos como para encontrarlo.

Nada de aquello tenía que ver con la periodista. Pasé las páginas con mayor celeridad. Tras todas ellas, se encontraban las fotos de los cuatro hermanos restantes y alguna del desaparecido cuando era muy joven.

Comenzaba a recordar aquel caso, fue uno de los primeros para los que Ramón solicitó mi ayuda. Colgué aquellas fotografías y la

información en diferentes páginas de internet, donde se buscaban familiares perdidos. Yo estaba empezando la carrera y Ramón me pagaba eventualmente por trabajos así.

Pasé las imágenes una por una identificando los rasgos comunes de los hermanos. Todos ellos tenían un hoyuelo en la barbilla, el desaparecido también lo mostraba en su rostro casi infantil.

Me detuve en una instantánea que poco tenía que ver con el resto. En ella, dos cuerpos desnudos tomaban el sol en una playa de arena rubia que bien podía estar situada en el sur de la isla. Dudé de que las fotografías estuvieran relacionadas con el caso y las observé con mayor detenimiento. Extraje del cajón de Ramón la lupa del detective. La fijé sobre la imagen e inicié el estudio de las nudistas. A pesar de estar tumbadas de espaldas, a primera vista se advertía que ambas eran mujeres; los senos se presionaban contra las arena y las caderas dibujaban una curva perfecta imposible de trazarse en un hombre. Una de ellas, no obstante, resultaba más varonil que la otra por sus excesivas dimensiones, era más alta y corpulenta. Aunque estaba tumbada de espaldas, pude identificar a una Paqui Pérez al menos una década más joven tomando el sol.

–No puede ser casualidad.

La notación de la tarjeta me había llevado a las fotografías de la periodista. Sin embargo, Paqui nada tenía que ver con el desaparecido del expediente.

Las siguientes imágenes presentaban también a la periodista acompañada de otra mujer. Paqui tendría treinta años o algo menos. Su compañera rondaba la misma edad. Tan solo dos instantáneas después, como si estas fueran en realidad los fotogramas de un filme, las mujeres se enroscaban en un abrazo, ocultas en medio de unos matos. Existían en la isla playas a las que los gays iban a saciarse el deseo con extraños. Aquel sería uno de esos lugares.

El resto de las imágenes que contenía la carpeta continuaban atestiguando el encuentro.

Paqui Pérez llevaba casada más de veinte años y tenía dos hijos adolescentes. Sobre su mesa de *La Provincia* había un retrato que testificaba la existencia de su familia y que no incluía a la mujer que Ramón fotografió. Se habría pasado la vida ocultando ese secreto.

–¡Joder, Holmes! Nunca habría pensado que pudieras ser tan mezquino –le dije al fantasma del investigador, que si habitaba en

algún lugar debía de ser en aquel mausoleo de su archivo al que tanto tiempo le dedicó.

Recorrí una a una las fichas de contactos observando que todas ellas tenían grabadas en la esquina inferior derecha el número de registro de uno de los expedientes. Ahora, por fin, comprendía cómo funcionaba el sistema.

El detective escondía en los informes de sus casos las pruebas que inculpaban a sus contactos. En su archivo tejió una telaraña que le permitía extorsionar a sus confidentes si lo necesitaba.

Por el afecto que Paqui le tenía a Ramón, supuse que jamás hizo uso de las fotografías, sin embargo, allí las tenía, empuñadas en alto como una espada de Damocles.

Cada una de las personas del fichero estaría atada por imágenes o hechos a un secreto que el detective podría utilizar en su contra en caso de necesitarlo, o tal vez a uno con el que el mismo Ramón podría defenderse si alguno de ellos lo atacaba o lo comprometía de alguna manera. Esa sería la forma en la que Ramón haría enmudecer a Marcos. En la conversación que mantuvieron, mi jefe sugirió que conocía los secretos de Marcos igual que él conocía los suyos. Los dos guardaban silencio en un pacto en el que los secretos de cada uno obligaban al otro.

No obstante, los secretos de Marcos debían ser aún más graves que los de Paqui Pérez, pues en la caja fuerte no había alusión alguna al profesor.

Aquel archivo vinculado al fichero resultaba un medio simple y eficaz para esconder la pruebas que Ramón reunió para tener atrapados en su telaraña a un sinfín de personas influyentes de las que poder valerse en su trabajo. Si alguien buscaba las pruebas que lo incumbían en el archivo, difícilmente podría dar con ellas. Las carpetas no respondían al orden alfabético de los clientes o de los investigados, sino a un registro arbitrario en el que Ramón las incluía según iba abriendo nuevos casos. Además, aunque hubieran logrado localizar el relato de su investigación, las pruebas que comprometían a los contactos no se encontraban en esos expedientes, sino en otros perdidos en el mare magnum que de ellos había en el despacho. Únicamente el pequeño fichero de la caja fuerte proporcionaba una ruta certera a las evidencias. Cada registro conducía a las pruebas dispersas por las carpetas del archivo.

–¡Viejo zorro! –susurré mientras buscaba mi propio nombre en el fichero.

Sin embargo, no encontré allí señas algunas que me

incriminaran. Yo carecía de asuntos que me comprometieran. No ocultaba una doble vida como Paqui Pérez ni escondía graves errores con los que extorsionarme. Para la telaraña de Ramón yo también era un hombre invisible, un espía sin señas capaz de esfumarse en el aire.

7

–No es que sea el mejor sistema del mundo para ocultar nada –sentenció Elena a la mañana siguiente, después de que yo le informara de mi descubrimiento–. O sea, no es que el hombre se inventara un controvertido código secreto ni nada por el estilo.

Elena pasaba las tarjetas del fichero una por una, quizás decepcionada por mi descubrimiento, o puede que molesta por no haberlo hecho ella.

–Ni falta que le hacía. Piénsalo, es imaginativo y eficiente. Yo no lo habría descubierto si tú no me hubieras dejado ese expediente que hablaba de Marcos.

–Déjame ver otra vez esas fotografías –me pidió.

Acababa de mostrarle las imágenes de la reportera de *La Provincia*. Elena apenas ni las había mirado, concentrada como estaba en comprender cómo funcionaba el sistema de Ramón para guardar sus secretos.

–Resulta increíble que todavía hoy alguien se pase toda la vida dentro del armario –sentenció mirando las instantáneas–. ¿Tú crees que Ramón la chantajeaba?

–No, creo que solo las guardaba por si alguna vez tenía que hacerlo. Para él, el chantaje sería su último recurso.

–¿Y encontraste algo más sobre Marcos después de descubrir cómo funcionaba el archivo?

–Encontré el expediente que Ramón reseñaba en la tarjeta de Narciso Olivares. Mira.

Le pasé una decena de instantáneas. Las observó con detenimiento.

–No veo nada raro. Parecen solo las fotos de una pareja normal, puede que este ni siquiera sea Narciso. Igual es otro hombre u otra mujer que Ramón investigaba.

Las imágenes mostraban a una pareja joven en distintas circunstancias – una cafetería, un parque...–, y luego por fin en una situación más comprometida, de noche, alumbrados únicamente por una luz tenue mientras se enroscaban en un abrazo y se besaban.

–El expediente en el que estaba nada tenía ver con ninguna pareja. Era la historia de un empleado enchufado en el Cabildo Insular. A Ramón lo había contratado un tipo que quería saber si quien le ganó la plaza lo sacó de la oposición mediante tráfico de

influencias.

–Y supones que estos son Narciso y su mujer, ¿no?

–Ven y mira –Elena estaba de pie a mi lado y le tiré del borde del pantalón para sentarla sobre mis faldas. Yo me encontraba frente al ordenador.

–¿Qué haces?

–Atiende. Primero: yo no supongo nada, lo compruebo; segundo, ese es Narciso, pero yo no he dicho que la chica sea su mujer.

–¿De qué estás hablando? No te sigo.

–Después de encontrar esas fotografías, se me ocurrió algo. Los nombramientos de los maestros de Primaria se publican en el Boletín Oficial de Canarias. Narciso era un maestro, así que si había cambiado de centro en los últimos años aparecería en algún BOC.

Encendí el ordenador mientras hablaba.

–¿Y? –me jaleó ella mientras yo callaba para introducir mi contraseña.

–Y nada, me llevó tiempo pero lo localicé. Aparecía en dos o tres boletines. Cambió de destino por última vez hace siete cursos, y lleva en el mismo colegio desde entonces.

–Entonces sabes dónde encontrarlo. Tal vez él o Laura sepan algo más de Marcos, ¿no? Quizás ella pasó esa noche con él o hasta puede que tuviera una relación más larga.

–Sé algo más que dónde encontrar a Narciso. Entré en la web del colegio y *voilá*.

Abrí una dirección web guardada en los marcadores del navegador. La página se desplegó mostrando a un grupo de alumnos de sexto de Primaria retratados cerca de un río.

–Es un álbum de fotos con los viajes de fin de curso –expliqué–. Mira quién aparece. ¿Alguien te resulta conocido?

La media de altura de los niños solo la excedían dos personas, un hombre y una mujer, los profesores encargados de acompañarlos. Elena tomó las fotografías de Ramón para comparar sus semblantes.

–¡Son los mismos! –sentenció–. Más viejos pero los mismos. Narciso y Elizabeth, ¿no?

–No exactamente. Mira, si pasas el cursor sobre los alumnos van apareciendo sus nombres.

Se lo mostré señalando a uno de ellos.

–Este es Manolito Olivares –dije leyendo la etiqueta que aparecía sin formular el diminutivo–. Esta es Sarita Reyes –

expliqué señalando a una niña con el pelo extremadamente corto que estaba al lado del maestro–. Este, el maestro Narciso, como aquí pone… Y esta otra es la maestra Laura –dejé el cursor sobre la imagen de la mujer para que Elena pudiera verificarlo una segunda vez.

–¿Laura? ¿No Elizabeth, su mujer? Narciso la engañaba con Laura. ¿Cómo lo descubrió Ramón? ¿Crees que Elizabeth lo contrató para averiguarlo?

–No lo creo. Lo más probable es que su velada con el trío de maestros despertara la curiosidad de Ramón. Debió de olerle mal y se lanzó a investigar por su cuenta solo por matar el gusanillo. Era incapaz de dejar pasar un misterio.

–Sea como fuera, Elizabeth al final acabaría enterándose. Tras tantos años, seguro que no le habrá hecho falta un detective para averiguarlo –concluyó Elena.

–¿Tú crees? Yo no lo aseguraría.

–No pueden llevar toda la vida engañando a Elizabeth. Seguro que Narciso la dejó por Laura.

–O no –le repliqué–. Y eso explicaría por qué cada año se van de viaje juntos. Es una buena oportunidad para acostarse con alguien sin despertar sospechas, más aún si son amigos de toda la vida y a la vez ella es amiga de su mujer.

»Y eso también explicaría por qué trabajan juntos, así se ven a diario. Es increíble, ¿no? Se han pasado toda la vida juntos, engañando a Elizabeth, y nunca se han atrevido a dar el paso que los que saque de la clandestinidad. ¿Por qué lo harían?

–Tal vez por no herirla a ella.

–¡Durante toda una vida! No sé, uno puede guardar un secreto de ese tipo si no está seguro de lo que hace, o si no quiere sino echar una cana al aire, pero ellos deben llevar décadas juntos. Tienen que estar convencidos de quererse. ¿Cómo es posible que hayan aguantado sin contárselo?

–Una nunca sabe lo que es capaz de aguantar en una relación. Quizás Laura dijera en algún momento «de aquí no paso sin que se lo diga a su mujer», y luego habrá cedido y cedido, y cuando menos se lo esperaba habrá visto que se le ha pasado la vida al lado de Narciso sin estar junto a él del todo.

Elena estaba ahora sentada en el escritorio, se había quitado las playeras y tenías los pies sobre mis rodillas, envueltos en calcetines. La tomé de los tobillos.

–¿Estás hablando de Elena y Narciso o de ti y Pedro? Creo que me he perdido –jugué.

–No seas cabrón, anda. Pero creo que tienes razón: estos siguen juntos y Elizabeth no sabe nada.

–Ojalá sea así. Eso nos vendría bien...

Unas horas más tarde, Elena y yo nos encontrábamos apostados a la salida del colegio donde trabajaban Narciso y Laura, en la ciudad de Telde. Durante un cuarto de hora habíamos observado como una legión de niños habían sido recogidos por sus padres para volver a casa después de la jornada escolar.

En ese mare magnum de madres, padres y abuelas intentamos localizar a Laura, pero los maestros se demoraron en salir hasta que se despejó la entrada.

–Es ella. ¡Vamos! –le dije a Elena saliendo de *fiat*.

Laura acababa de separarse de un grupo de profesores entre los que también reconocí a Narciso. Ella caminó en dirección contraria al resto.

Elena aceleró el paso hacia ella y la tomé del pantalón para frenarla.

–Dale tiempo, para poder librarnos de Narciso –le dije.

Yo llevaba un sobre con las fotografías y los negativos del archivo de Ramón.

–¿Estás seguro de esto? –Me volvió a preguntar, ya antes había mostrado sus reservas ante lo que nos disponíamos a hacer.

–No te preocupes, a lo mejor no hace falta ni enseñarle las fotos para averiguar algo –la calmé–. Solo lo haré si no me queda otro remedio.

–Es una putada.

–¿Pero no eras tú la que se empeñaba en descubrir la historia que Ramón se traía con Marcos?

Laura había entrado por una bocacalle y aminoró el paso. Ya estaba cerca de su vehículo.

–Está bien. ¿Pero cómo lo hacemos? ¿Yo soy la poli buena y tú el poli malo?

–Has visto demasiadas películas –le recriminé.

–¿Laura? –llamé por fin a la maestra al tiempo que ella dejaba su maletín en el portabultos– ¿Podríamos hablar con usted unos minutos?

–¿Perdón? –contestó mientras se daba tiempo para reconocernos– ¿Son los padres de algún alumno?

–No, no tiene nada que ver con el colegio. Estamos buscando a alguien. Queríamos saber si podría ayudarnos.

–¿A quién buscan?

–A un hombre con el que cenó hace unos años, se llamaba Marcos y trabajaba dando clases particulares –le explicó Elena.

–¿Hace unos años?

–Más de veinte años –precisé yo, consciente de lo que extraño que le estaría resultando aquello.

La situación carecía de sentido, todo era demasiado extraño como para que la maestra no se pusiera a la defensiva.

–Deben estarse equivocando de persona. Esto es muy raro. Lo siento pero me voy marchar. No puedo ayudarles.

Nos pasó por un costado, pegada al coche, y se dispuso a abrir el vehículo. Deseé que no nos equivocáramos con respecto a Elena y Narciso porque, de otra manera, iba a cerrar definitivamente la puerta hacia la única pista que teníamos de Marcos.

–Espere un segundo, échele solo un vistazo a esta fotografía y no la molestamos más.

Saqué una instantánea del sobre y se la di. Elena se quedó a mi espalda inmovilizada como un maniquí, deseando desaparecer. La expresión de Laura se descompuso al observarse mucho más joven junto a Narciso, besándose en el patio de una casa rural.

–¡Qué ocurre! ¡Qué demonios es esto!

Ya no se iría. Ahora necesitaba calmarla, hacer mi trabajo de hombre invisible. Tenía que mostrarme inofensivo y proporcionarle un entorno lo bastante seguro como para que pudiera hablar con comodidad.

–Por favor, discúlpenos, sé que es una putada, pero no tenemos nada contra usted. Es solo que necesitamos su ayuda–le expliqué–. Solo somos detectives privados y estamos buscando a alguien. Es importante, y usted es la única pista que tenemos.

–¿Pero esto a qué viene? –Me dijo mientras sostenía la fotografía en alto.

–Eso es solo la forma en la que la hemos encontrado, Laura. Esto no tiene nada que ver con Narciso y usted. Le daremos todas las fotografías y los negativos cuando terminemos de hablar, no las queremos para nada. Si nos da un poco de tiempo se lo podremos explicar todo.

–Podríamos tomarnos un café por aquí y hablar con calma. No queremos perjudicarla, solamente necesitamos encontrar a ese hombre –la invitó Elena.

–Dudo que pueda ayudarles, pero me imagino que no me queda otra opción que escuchar lo que me digan –afirmó Laura con expectación.

Enfrente del colegio había una pequeña cafetería. Tomamos

asiento al fondo del local, lejos de los oídos indiscretos de los camareros. Laura los saludó con familiaridad. Nos había llevado a su terreno, a un lugar conocido por si debía solicitar auxilio.

Antes de sentarnos, pedimos en la barra y esperamos a que nos los sirvieran para llevarlos a la mesa. Durante esos minutos, Laura intercambió algunas palabras con los camareros y Elena se mordía las uñas menudas de sus dedos minúsculos, conteniendo sus nervios como podía.

Aunque el paso del tiempo se evidenciaba en la maestra, no había sido demasiado cruel con ella. Se le habían pintado marcas de expresión junto a los ojos y en el cauce de la frente, pero todavía conservaba una silueta definida, si bien con un par de kilos más de los que tenía en las fotos. Sus senos prominentes perdían lentamente su contienda con la gravedad y ahora se suspendían algo más bajos a pesar de la ayuda del sostén. No obstante, continuaba siendo atractiva.

–No sé de dónde han sacado esto, ni tampoco sé por qué nos las hicieron. No lo entiendo.

Haberle enseñado las imágenes me obligaba a una explicación. Elena y yo nos turnamos para hablarle del detective Ramón y del hallazgo de las instantáneas en su archivo.

–¿Pero por qué tomó esas fotos? ¿Lo contrató alguien que sospechaba lo nuestro? –Laura se negaba a enunciar una sospecha aún más evidente, la de que fuera Elizabeth la que lo empleó.

–Sobre eso no le podemos decir nada. No sabemos por qué Ramón les sacó esas fotos –le expliqué concisamente. No me interesaba tanto la evolución del triángulo amoroso como acercarme al secreto que mi jefe se llevó a la tumba.

La curiosidad de Elena, no obstante, era mucho más voraz que la mía:

–¿Alguna vez Elizabeth se enteró de lo suyo con Narciso? Tal vez fue ella la que contrató a Ramón.

–No, seguro que no. Nunca hemos sospechado que lo supiera –la voz de la maestra resultaba levemente nasal, hablaba con un tono pausado que evidenciaba que comenzaba a calmarse.

–¿Está segura de que no se dio cuenta? –insistió mi compañera– ¿No se mostró nunca recelosa con Narciso o con usted, o quizás se divorció de él justo por la época en la que sacaron esas fotos? Puede que sí que las viera y solo le apeteció terminar con su matrimonio sin darse por enterada de que la habían engañado.

–No, espera, te equivocas –la interrumpió la maestra–. Lo de

Narciso y Elizabeth nunca ha terminado, continúan juntos.

–...Bueno, entonces puede que se acabara lo suyo con él por esa época, ¿no? Igual fue usted la única que no se enteró de que existían esas fotografías.

Elena solamente quería que la mujer ratificara algo de lo que yo estaba convencido desde que le mostré la primera fotografía a Laura: aquel triángulo amoroso había perdurado en el tiempo.

–No, cariño, ellos también continúan juntos –intermedié para acelerar la conversación.

–¿Eso es cierto?

–Sí, claro que lo es –confirmó por fin Laura–. Por eso dudo que Elizabeth se haya enterado, ¿no? Resulta increíble que algo así pueda durar décadas, ¿verdad? Sin embargo, cuando menos te lo esperas se te ha pasado media vida conformándote con solo una fracción de alguien por no poder tenerlo entero. Supongo que es más de lo que tiene mucha gente hoy en día.

–No lo comprendo –le dije.

–¿El qué, que unos cuernos duren tanto? Es más habitual de lo que puede parecer.

–No, no eso. No comprendo aquella cena de hace años, no tiene sentido. Narciso fue a nuestra agencia para que mi jefe encontrara a un hombre de determinadas características: un maestro o un profesor joven. Al parecer, nos había confundido con una agencia de contactos o algo así, porque quería encontrar a un hombre así para una mujer.

»Ramón encontró a un hombre así, que es a quien ahora buscamos. Sabemos que se llamaba Marcos, que había estudiado en Madrid y que se ganaba la vida dando clases particulares, y lo sabemos por un expediente donde se cuenta aquella cena con ustedes… No sé si la recuerda.

–Ha habido muchas cenas –sonrió Laura.

–Seguro que no hubo muchas como esa. Quedaron en algún restaurante en la zona de Triana, y se presentaron allí mi jefe y Marcos, como si Ramón fuera un amigo de Narciso. No creo que haya cenado muchas noches con un detective.

–¡Sí, espera! Ya lo recuerdo. Fue hace mucho. Y solo vi a esos hombres una vez.

–Lo que le decía que no entendía era por qué se empeñaba Narciso en buscarle un hombre a usted, si era su amante. Resulta extraño, casi enfermizo. ¿Buscaba a alguien que lo sustituyera?

–Desde luego que era extraño, pero no se trataba de eso. Narciso nunca quiso que yo estuviera con otro. Hay pocas cosas

que se lo hagan pasar peor. Eso sí, por esa época buscaba un sustituto, pero no para que estuviera conmigo, sino para que estuviera con Elizabeth.

–¿Con ella? Pero si era su esposa.

–Sí, ella era su esposa y todos éramos demasiado jóvenes, y Narciso y yo ya llevábamos mucho agobiados por lo nuestro. A veces la desesperación nos lleva a intentar tonterías, ¿sabes?

»Eli y yo somos amigas desde niñas, nos criamos juntas. Prácticamente es mi hermana. A él lo conocimos en el instituto y pronto se convirtió en el mejor amigo de las dos. Luego, ya saben... Él dice que se habría liado con cualquiera de las dos, sin embargo, le cuadró primero con Eli. Pese a eso, él y yo no dejábamos de sentir una atracción mutua.

»Nos costó bastante sincerarnos sobre eso, y aún cuando lo hicimos a ninguno se nos ocurría que eso nos llevaría a ningún lado. Adorábamos a Elizabeth y no queríamos hacerle daño, y Narciso no era de esos tíos que engañan a su mujer. Suponíamos que se nos pasaría o que yo encontraría a alguien, y hubo otros hombres, pero la cosa no acababa de cuajar. Sea como fuere terminaba siempre pensando que con quien debía estar era con él, y al final acabamos liados como ninguno de los quería.

»Los primeros años fueron los peores: no nos aguantábamos a nosotros mismos, pero tampoco teníamos valor de hacerle daño a ella. Los dos la queríamos. Hasta es probable que al final, de algún modo retorcido y enfermizo, la hayamos querido a ella más de los que nos hemos querido entre nosotros, en vista de que nunca hemos terminado de optar solo por lo nuestro. Narciso se pasó mucho tiempo intentando buscar una solución en la que nadie saliera perdiendo.

–Y esa fue buscar a alguien de quien ella pudiera enamorarse. Profesor, de izquierdas, joven… Narciso le encomendó a Ramón buscar a alguien como él, a ver si de ese modo Elizabeth se enamoraba.

–Es absurdo, ¿verdad? Visto así resulta una tontería: que un marido empuje a su esposa a una infidelidad solamente para salvaguardarla del daño de descubrir que es él mismo quien la está engañando. Es de locos, pero lo cierto es que lo nuestro nos estaba volviendo locos.

–Pero aquella noche fue usted la que se marchó del restaurante con Marcos, ¿no? –quiso confirmar mi compañera.

–Los remordimientos de Narciso lo llevaban a buscarle un hombre a su mujer; yo me enfrentaba a mis propios demonios. No

aguantaba imaginarlo con Eli ni verlos juntos y tener que aparentar que todo estaba bien. A ratos pensaba que lo de Narciso era solo egoísmo, que solo deseaba tenernos a las dos sin tener que elegir.

–Así que a veces se vengaba tonteando con otros –supuse. –Era algo a medio camino entre tomarme la revancha y continuar barajando la posibilidad de que existiera alguien para mí mejor que Narciso. Si lo encontraba podría escapar de esa situación. Ellos han tenido dos hijos y una vida plena; yo he tenido habitaciones de hotel, conversaciones en las clases vacías a la hora del recreo y viajes de fin de curso a su lado. Creo que ya entonces tenía claro que iba a salir perdiendo si no encontraba a otra persona. Sin embargo, no fue posible.

A la maestra no le estaba costando sincerarse con dos desconocidos. Tal vez era la primera oportunidad que tenía de hacerlo con alguien que no fuera Narciso.

–¿Y volvió a ver a Marcos después de esa noche? –le pregunté. Por fin llegábamos al objetivo del interrogatorio.

–No, ya no volvimos a vernos… No sé –se paró a pensar–. Es probable que alguna vez hayamos coincidido por la calle en todos estos años, pero ni nos habremos reconocido.

–¿No recuerda nada de él que pueda ayudarnos? ¿Algo personal?

Laura guiñó los ojos haciendo un esfuerzo por retrotraerse a aquella madrugada.

–¡Qué va! No recuerdo nada útil. Era un hombre interesante, me gustaba. Resultaba fácil hablar con él, era de esa gente que te inspira confianza. Pero no se me ocurre nada que les sirva de pista para encontrarlo.

–¿Pasaron la noche juntos? O sea… ya sabe –Elena se empeñaba en recomponer el *puzzle* de esa velada, ni siquiera cayó en la cuenta de lo inapropiado de la pregunta.

–¡Elena, por favor! –la reprendí.

–A buenas horas mangas verdes, ahora le entraron los remilgos al detective –sonrió la maestra–. No te preocupes, que le voy a contestar a tu amiga. La conversación era agradable y él me atraía. Lo invité a casa y estuvimos hablando, y luego sí: nos acostamos juntos. Parecía que era lo que tocaba. Él se fue a la mañana siguiente.

–¿Y no volvieron a verse? –se extrañó Elena.

–Lo de un polvo de una noche no lo inventó tu generación, cariño. Marcos no estaba para romances y yo tampoco, eso ya lo

sabíamos los dos cuando nos metimos en la cama.

»¿Saben? Hay veces en que una se acuesta con otra persona y también las hay en las que se acuesta contra otra persona. Creo que fui yo la que tomó la iniciativa. Él parecía menos decidido, más bien me siguió a mí. Creo que los dos hacíamos el amor contra alguien. Yo contra Narciso y él contra alguien que le hizo mucho daño.

–¿Le dijo de quién se trataba?

Debía de tratarse de la mujer que Ramón le había arrebatado al profesor.

–No, creo que no. Solo me dijo que lo habían traicionado hacía poco y que aún no se había recuperado. Todavía no estaba para pensar en nadie. Eso es todo lo que recuerdo, y ya es sorprendente después del tiempo que ha pasado.

–Bueno, por algún sitio teníamos que empezar –pronuncié, y le pasé el sobre con el resto de fotografías y los negativos–. Creo que son las únicas que hay. Como le expliqué, las vimos por casualidad. Si encontramos alguna más nos desharemos de ellas.

–No. Preferiría que me las dieran. ¿Les importaría hacer eso por mí?

–Yo me encargo de eso –se ofreció Elena–. Es lo mínimo que podemos hacer después del mal rato.

Laura volvió a observar la primera imagen que le había mostrado, en la que aparecía besándose con Narciso.

–Creo que es la única fotografía de pareja que tenemos después de tantos años. El resto son fotos como amigos o con los niños en los viajes de fin de curso. Para él es una obsesión lo de no dejar pistas, y yo siempre pensé que ya tendríamos tiempo de sacarnos fotos cuando todo dejara de ser un disparate… Fuimos guapos y jóvenes –sonrió al tiempo que se levantaba–. Era nuestro momento. Me voy a casa, chicos –se despidió.

Elena y yo aguardamos unos minutos más antes de pagar y marcharnos.

–Esa mujer, la de Marcos…

–Debe ser la que le arrebató Ramón, sí –completé su frase.

–Si supiéramos su nombre seguro que podría hablarnos de lo que sucedió entre ellos.

–Habrá que seguir investigando, señora Hudson. A ver si Paqui nos proporciona una pista mejor con la que trabajar.

–Oye, con el curro que me metí encontrando el expediente en que aparecía Marcos, deberías ascenderme en la agencia, por lo menos a doctor Watson –se quejó la chica. Estaba sentada a mi

lado y le acaricié la nuca haciendo pinza con mis dedos.

–Bueno, la señora Hudson era la que mantenía ordenado el 221b de Baker Street. Es lo que has hecho tú, ordenar la oficina. Así que te pega.

–¡Serás cabrón, he hecho algo más que eso! He encontrado la única pista que tenemos de este caso.

–Un caso por el que nadie nos paga. Además, yo soy el doctor Watson, no puede haber dos en la agencia.

–Podrías ascenderte a ti mismo a Holmes y a mí a Watson –sonrió con picardía.

–Holmes es Ramón.

–Ramón está muerto, Juan.

–Holmes también lo estuvo y luego reapareció. Vamos a darle un tiempo a Ramón para que haga lo mismo. De hecho, nos tiene bastante ocupados desde su tumba. Nos habla desde esos expedientes en los que tú te empeñas en escarbar.

–Estás loco –concluyó–, pero creo que eso es cosa de detectives.

8

El servicio de Pompas fúnebres *La última estación* estaba en la calle de Los Reyes Católicos, en el barrio de Vegueta, flanqueado por dos concesionarios de coches. Tenía un acceso a un garaje donde guardaban un coche fúnebre y otro que daba al negocio propiamente dicho. La puerta se encontraba abierta y de su interior salía un rotundo olor a incienso.

Unos sillones de cuero negro, apostados frente a un par de ataúdes de exposición y de algunas coronas de flores, servían a los clientes de antesala al despacho de Teresa, que era la que se ocupaba del negocio desde que se lo arrebató a su ex marido tras el divorcio.

La última estación había sido parada obligatoria de los muertos más ilustres de la ciudad de Las Palmas hasta finales de los ochenta. Teresa se había granjeado las simpatías de los pudientes y convirtió su negocio en una marca de estatus para los difuntos de la capital. Cualquiera que pretendiera ser alguien depositaba a sus fallecidos en las expertas manos de la mosquetera más pudiente de las que frecuentaban a mi madre. Ella maquillaba y preparaba los cadáveres con un talento que corrió de boca en boca por los tanatorios de la isla. Cuando preparaba a un muerto le proporcionaba mejor aspecto que el que tuvo en vida, por duras que fueran las circunstancias de su fallecimiento. Ya se tratara de largas hospitalizaciones o de aparatosos accidentes de tráficos, sus difuntos se exponían en los ataúdes como novios en sus bodas.

La dueña de *La última estación* había estudiado peluquería en un colegio de monjas e hizo cursos de estética en varias academias, sin embargo, jamás tuvo con los vivos la misma maña que con los muertos. Trabajó en varias peluquerías de San José antes de que la contrataran en *La última estación* y las malas lenguas decían que toda mujer que caía en sus manos acababa teniendo aspecto de puta y todo hombre de chulo. En las pompas fúnebres, no obstante, se obró el milagro y Teresa se convirtió en una eminencia. Si uno quería morirse, no podía hacerlo en mejores manos que en las de ella.

Se rumoreaba también que ella y Valentín, el dueño de la funeraria, hacían el amor dentro de los ataúdes antes de hacerlo en el lecho nupcial. Teresa se lo arrancó de las manos a su primera esposa y lo hizo dormir como un vampiro durante la Transición,

hasta que por fin este se pudo divorciar. Una vez casados, el matrimonio degeneró pronto en un purgatorio para la pareja, pues la amiga de mi madre parecía destinada a tener solo relaciones cordiales con los difuntos, que nunca le rechistaban. Amarró el divorcio con una destreza que aún no se conocía en Canarias y se quedó con el negocio, probablemente porque su éxito se debía más a sus manos que a las de su ex marido. Este temería quedarse sin clientela si ella abandonaba las pompas fúnebres.

Con el cambio de milenio, Teresa dejó de maquillar y vestir a muertos y tomó posesión de la oficina en el negocio. Había contratado a varias chicas que la sustituían sin demasiado éxito, pero la mujer ganaba ya suficiente como para permitirse el lujo de que la funeraria perdiera algo de dinero. Poseía acciones en bolsa, una pequeña flota de taxis y era copropietaria de un restaurante. Si continuaba con *La última estación* era porque todavía era una llave que le abría las puertas de las familias más selectas de la zona. En escasas ocasiones, por cantidades desorbitadas de dinero o a cambio de otros favores, Teresa aún acometía la labor de preparar a un difunto ilustre para su última morada.

Cuando Paqui Pérez me informó de que el único Adán que murió asesinado en la isla a principios de los ochenta pertenecía a una familia acaudalada, supuse que quien lo tocó por última vez fue Teresa.

Al final, Paqui había optado por acompañar su e-mail con una llamada telefónica la tarde anterior.

–Te he enviado a tu correo la noticia de sucesos que encontré sobre el tal Adán y una fotografía de archivo del chico: la foto de su orla en La Complutense. Pero no sé si es la persona que buscas.

–¿Por qué?

–No sé, yo no diría que se tratara de un homicidio intencionado. Parece más bien un accidente. Encontraron el cadáver un domingo por la mañana en una de las calles cercanas al Teatro Cuyás. El cuerpo tenía algunas contusiones pero nada del otro mundo. Parece que el chico se metió en una pelea y acabó mal. Hice mis deberes y llamé a un contacto en la policía. Hurgó un poco y me dijo que se había dado un golpe en la cabeza contra el bordillo o algo así, y allí se quedó. Da la impresión de que hubo más mala suerte que verdadera intención de matarlo.

–¿No encontraron al culpable?

–La familia se empeñó en ello, presionaron todo lo que pudieron pero no encontraron nada. Probablemente fue algún chorizo de la zona, porque le robaron la cartera. Pero no hubo

manera de encontrarlo, en la ciudad sobraban carteristas y navajeros por esa época.

–¿Dices que la foto del chico era de la orla de la Complutense? –Marcos había estudiado en la misma universidad–. ¿Sabes si era de familia bien o tenía beca? –se trataba de las dos únicas opciones que tenían los canarios de estudiar en Madrid.

–Pues no sé si aparte tenía beca, pero de familia bien sí que era. Si lees la página de sucesos algo dice sobre eso. Pertenecía a la familia Montemayor. Al parecer el padre había hecho fortuna en América y se dedicaba ahora a las importaciones. Traía género hasta Europa. Por lo visto estuvieron bien situados. Mi contacto en la policía me dijo que hubo cargos políticos que presionaron bastante en la investigación pero no se consiguió nada.

–¿Y ahora, sabes algo de ellos?

–Nada, ni me sonaban, lo que te cuento es porque lo leí en un ejemplar viejo del archivo y por lo que me contó el policía, pero ni idea de si siguen teniendo dinero o si siguen viviendo aquí. ¿Quieres que siga hurgando?

–Ya te diré, creo que sé quien me puede poner al día sobre los Montemayor.

Vicky, una de las empleadas de Teresa, se acercó a saludarme desde que me vio entrar en la funeraria. Habíamos estudiado en el mismo instituto. Fue una adolescente bajita y delgaducha con grandes ansias de sobresalir, lo que la llevó introducirse desnuda en más sacos de dormir de los que yo podía recordar sin pararme a pensar mucho en ello. Todavía se acercaba a los hombres como un niño hipnotizado por el fuego, buscando entre ranas a su príncipe azul, dispuesta a besar y yacer con las que fuera necesaria para encontrarlo.

–Hola, Juan ¿Qué haces por aquí? –me recibió.

Intercambiamos algunas palabras antes de decirle que quería ver a Teresa.

–Voy a ver si ahora está libre –me dijo introduciéndose en su despacho, como si la mosquetera fuera una importante ejecutiva con la agenda llena.

Teresa adoraba el boato y las apariencias, para ella uno era lo que parecía. Probablemente por eso mismo fuera tan diestra preparando a los muertos. Parecía capaz de grabar sobre un cuerpo inerme cualquier mentira posible. Cuando acababa con ellos, los hombres más siniestros resultaban bondadosos y a los ancianos más decrépitos les quitaba al menos veinte años de edad.

Podría llevar el negocio con los ojos cerrados, pero se imponía una estricta disciplina de ocho horas detrás de su escritorio para argumentar su imagen de mujer demasiado ocupada como para pensar en remontar el desatino de soledad que era su vida privada.

Vicky salió del despacho en apenas un minuto.

–Dice que puedes entrar, Juan.

–Gracias.

–A ver si algún día podemos hacer algo con la gente del instituto, que hace tiempo que no nos vemos.

–Sí, claro, estaría bien.

Debían de existir pocos lugares más macabros que el despacho de Teresa en *La última estación.* El negro predominaba en todo el mobiliario, encarnándose en cuero en los asientos y en lacado en las patas de su escritorio, que tenía la superficie de cristal.

Había algunas coronas colgadas en la pared, junto a las fotografías de difuntos ilustres contenidos en sus cajas antes del sepelio y primorosamente arreglados por las manos de Teresa. Todo ello componía un mural espeluznante que no sé si resultaba fruto de la extravagancia de la mujer o constituía parte de las cosas que la causaban.

–Hola, Juanito. ¿Cómo estás? ¿Está bien tu madre? Mi infancia, sobre todo después de la desaparición de mi padre, se pintó a menudo en el contexto de ese negocio. Lourdes solía arrastrarme hasta allí para despotricar con Teresa de su mala suerte mientras yo jugaba con pequeños coches de metal sobre los ataúdes.

–Sí, claro que está bien.

–¿Quieres beber algo? –dijo abriendo una pequeña nevera instalada bajo su escritorio y cubierta por un panel de madera oscura que simulaba una cajonera.

–No, gracias. Quería ver si me podías ayudar con una cosa del trabajo –le dije.

Se sirvió algo de alcohol en una copa, como hacían las actrices que había visto en su juventud. Solo en aquello se parecía a ellas, sufría de la misma incapacidad para grabar algo de *glamour* en su apariencia que la que mostraba maquillando a los vivos. Llevaba su cabello tremendamente corto y vestía normalmente con pantalones y zapatos cerrados. El maquillaje le empeoraba el gesto y lucía unas gafas demasiado grandes que deformaban la silueta de sus rasgos. Probablemente, si Teresa se encontrara a sí misma en una caja de pino, podría transformarse en la Gilda de Rita Hayworth, pero enfrente de un espejo le resultaba imposible.

–¿Tienes problemas con el negocio? ¿Necesitas dinero?

–No, no se trata de dinero.

–Si alguna vez decides vender la agencia, avísame a mí primero –ya me había hecho ese ofrecimiento varias veces desde que Abel González nos informó de la última voluntad del detective.

–Sí, claro, pero lo que necesito ahora es que me ayudes con un caso.

–¿De qué se trata? –preguntó sentándose sobre la mesa con la copa aún en alto.

–Estoy investigando algo y me he dado de bruces con una familia que al parecer estuvo bien situada. Supuse que tú podrías hablarme de ellos. Perdieron a un hijo joven, fue hace años.

–¿Cómo se llamaba el hijo?

–Adán Montemayor –le informé.

Una tímida sonrisa de Teresa delató antes que sus palabras que recordaba al joven.

–Claro, nosotros nos encargamos del funeral.

Se acercó a una de las estanterías donde tenía guardados varios álbumes de fotografías y tomó uno que tenía inscrito en el lomo negro, con letras doradas: “mil novecientos ochenta”. En la soledad de su despacho, Teresa recorrería una y otra vez aquellos álbumes disfrutando de lo que para ella era un arte. Solo de esa manera se explicaba que hubiera encontrado con tanta rapidez la fotografía de Adán Montemayor.

Puso el libro abierto sobre de la mesa. Cada una de las páginas contenía una única fotografía vertical la llenaba. Señaló una de ellas con su dedo inquisitivo, que culminaba en una uña postiza de color rojo muy oscuro.

La imagen mostraba a un chico sobre el acolchado de un ataúd. Lo habían vestido –porque los muertos jamás se visten solos– con un pulóver celeste de cuyo cuello emergía una camisa límpidamente blanca y una corbata a juego. El negro que imperaba en el despacho de Teresa no parecía hacerlo tanto dentro de los ataúdes que preparaba. Adán Montemayor poseía una piel prístina y el cabello rubio.

–El color del suéter le hacía juego con el de sus ojos. Eran unos ojos celestes preciosos. Sé que fue una tontería, porque a la gente se la entierra con los ojos cerrados, pero yo quería que de algún modo se viera aquel color. Si por mí fuera, lo hubiéramos enterrado con aquellos enormes ojos abiertos.

–Entonces, sí que te acuerdas de él –concluí.

–Claro que sí. Me cuesta mucho olvidar a los jóvenes. Una cosa son los viejos decrépitos. Cuando los ves en la funeraria te das

cuenta de que ya les tocaba irse, pero con los jóvenes cuesta más. Sobre todo con alguien como Adán. Lo tenía todo para ser feliz. Era un hombre joven, guapo e inteligente. Se había licenciado en Empresariales en la Complutense e iba a heredar el negocio de su padre. Además era muy agradable.

–¿Lo conociste personalmente? ¿O sea, vivo? –no sabía si a los muertos se los podía seguir considerando personas.

–No, qué va. Lo vi alguna vez en algún restaurante. Entonces estaba recién casada con Valentín y él me exhibía como si fuera una muñeca en los mejores locales de la isla, pero nunca hablé con él. Valentín era muy celoso, y Adán era más o menos de mi edad y desde luego mucho más guapo que mi ex marido. Yo entonces era todavía una chiquilla tonta que se plegaba a todos sus deseos.

–¿Si nunca hablaste con él, cómo sabes que era alguien agradable?

–Solo tenías que asistir al funeral para darte cuenta. La iglesia estaba llena y había gente realmente destrozada. Era alguien muy querido, Juan, de eso estoy segura. Todo el mundo decía que era un buen muchacho. Su padre estaba muy orgulloso de él. Nunca se recuperó de su pérdida.

»Don Álvaro no fue el mismo después de aquello. Era un hombre próspero que tenía buena cabeza para los negocios, pero después de lo de su hijo perdió el olfato. Me imagino que simplemente ya ni era capaz de concentrarse en sus negocios. Fue de una depresión a otra y perdió buena parte de su fortuna.

–¿Sabes algo de ellos actualmente?

–No, ni siquiera están en la isla. Él y su mujer se mudaron a la península, al norte, a Cantabria o a País Vasco. Creo que lo hicieron para intentar olvidar. La última vez que los vi, su mujer decía que a don Álvaro todo le recordaba a Adán y que así no podían seguir viviendo. Creo que intentaron irse donde nada les recordara a él.

»Su hija sí se quedó. Era más joven que Adán. Puede que siga viviendo en la casa que tenían en Ciudad Jardín, si es que al final no la tuvieron que vender.

»Se llamaba Inés y era una chiquilla cuando perdió a su hermano. Era la hija pequeña de una familia bien, criada entre algodones. Había estudiado en un colegio de monjas y no había tenido un solo problema en su vida. Es lo que tenía la gente bien de aquella época, que vivía fuera del mundo, en su burbuja. A Inés se le explotó de golpe con la muerte de su Adán.

–¿Tienes su dirección o su teléfono?

–Seguramente, le diré a Vicky que te los busque en las agendas viejas. Aunque no es seguro que siga viviendo allí, Juan, de repente tuvieron que vender en algún momento. Yo de eso no me he enterado.

–Bueno, probaré suerte si me puedes localizar las señas –le informé–. ¿Y de la muerte de Adán no sabes nada más?

–Eso es una obra de arte –dijo señalando la fotografía–. tenías que ver cómo llegó el cuerpo, después de la pelea y de haber pasado por el forense. Sus padres preguntaron a varias amigos y todos dijeron que *En la última estación* era donde único se podría obrar el milagro para realizar el velatorio con el ataúd abierto.

»Lo habían golpeado en el rostro y tenía un pómulo completamente abierto. Al parecer, en la pelea se se dio con la cara contra el bordillo de la acera. Decían que eso era lo que lo había matado. Tuve que coserlo y luego maquillarlo. Yo podía haber sido cirujana, Juan. Le di unos puntos juntitos y apretados para que no se notara, y luego maquillaje y más maquillaje, intentando emular su tono de piel, que era sonrosado como el de un niño…

–¿Murió de una paliza?

–No sé si yo lo diría así. O sea, le pegaron…y –parecía hacer un esfuerzo por primera vez para recordar–… ¡sí! y también le robaron la cartera, pero la cosa no quedó muy clara.

»A los padres les dijeron que la muerte seguramente fue accidental, que parecía que le habían dado un mal golpe y el chico perdió el equilibrio y se golpeó contra el bordillo partiéndose el cuello.

–¿Se ensañaron con él? ¿Estaba muy golpeado?

–Lo que peor tenía era la cara, ya te lo he dicho. Sin embargo, en el resto del cuerpo apenas tenía magulladuras ni golpes. No creo que se diera el caso de que le hubieran seguido pegando cuando ya estaba en el suelo. Se llevó solo unos golpes, la mayoría en el rostro. No creo que hubiera intención de matarle, esa parte debió de ser un accidente.

–¿Y creyeron que fue con intención de robarle?

–Eso parecía, porque desapareció la cartera.

–¿Cortes de navaja o algún pinchazo de jeringuilla? –los carteristas que yo conocía solían amenazar con arma blanca, además, en los ochenta se pusieron de moda las jeringuillas infectadas con sida.

–Ni idea de si tenía pinchazos de jeringuilla, yo no vi ninguno. Eso sí, te puedo asegurar que no tenía ningún corte que no fuera el

del pómulo, y a buen seguro ese no estaba causado por una navaja.

–No me imagino a un carterista desarmado amenazando a un tío, ni tampoco a alguien que se defienda de uno y salga sin un corte. Lo normal habría sido que se llevara un navajazo, y también habría sido lógico que un tipo así no mostrara demasiada resistencia si lo amenazaban con un arma blanca. Le habría dado la cartera y punto. Si es lo que hacemos los del Chaparral, seguro que también lo haría un niño bien.

El asesinato de Adán albergaba todas esas incógnitas incluso después de veinte años, y desconocía cuáles de ellas pudo resolver Ramón. Elena aún buscaba el expediente del caso pero no lograba hallarlo, quizás, si diéramos con él, sabríamos mucho más de aquello.

En poco más pudo ayudarme Teresa, salvo en proporcionarme la vieja dirección de los Montemayor en Ciudad Jardín y un número de teléfono que comprobé esa misma tarde, ya en la oficina.

La voz de un desconocido apareció al otro lado de la línea tras marcarlo. Parecía un hombre joven, quizás solo un estudiante, puede que el sobrino de Adán.

–Sí, diga.

Elena estaba atenta mientras continuaba fisgando en el archivo.

Mediaba la tarde y ella se resistía a irse. Había pasado más de una semana desde que interrogamos a Laura, y Elena estaba cada vez más distante. Algo la preocupaba y procuraba distraerse buscando el expediente del asesinato.

–Buenas tardes –le contesté al desconocido–. ¿Se encuentra Inés?

–¿Inés? –se extrañó él.

–Inés Montemayor. ¿Vive ahí Inés Montemayor?

–No, está equivocado.

Leí la decepción en los ojos de Elena, aquella era otra pista que se desvanecía. El tiempo era el mejor aliado del olvido, quizás ya había pasado demasiado para descubrir nada nuevo acerca de aquello.

–¿Estoy llamando a una casa de Ciudad Jardín?

–No, qué va, esto es la Paterna. Está equivocado.

–Gracias, discúlpeme –concluí colgando.

–¿Se trata de la misma casa? –quiso verificar mi compañera acercándose al escritorio.

–No, no se trata de la casa. Es solo el teléfono. Inés debió de mudarse y no conservarían el teléfono.

–O igual cambió de número y sigue viviendo en la misma casa, ¿no? ¿Puede ser? –quiso cerciorarse.

–Sí, claro, podría ser, pero no es muy probable. La gente no suele cambiar de teléfono a no ser que cambie de casa.

–Ya, pero podríamos intentarlo con la dirección. Si quieres puedo ir yo ahora –se ofreció con premura.

–¿Qué te pasa? Estás rara. ¿Va todo bien?

–Sí, claro –dijeron sus labios, sin embargo, el mensaje de su cuerpo no se correspondía con ellos. Tomó asiento. Sus palabras cerraban la conversación pero su postura la abría, deseaba hablar.

–Estás distraída. ¿Qué te ocurre? ¿Problemas en casa?

–No, en mi casa todo está bien.

–Entonces es que en algo andas metida con tu Pedro. ¿Qué pasó? ¿Volvieron a cortar sin cortar del todo?

–No, no se trata de eso –dijo, y sin embargo presentí que ella ya había mordido el anzuelo, ahora solo debía de tener calma y la verdad iría saliendo a la superficie poco a poco. Todo el mundo necesita contar.

Guardamos silencio unos segundos, le di tiempo para que su confidencia emergiera en su voz.

–Juan, tú que sabes más de eso: ¿Cómo sabe alguien que le están poniendo los cuernos? ¿En qué te tienes que fijar?

–No es sencillo. Cada uno es un mundo. Hay gente a la que se le nota desde el primer momento y hay otros a los que nunca los descubres.

–Pero al final siempre se sabe todo, ¿no?

–Claro que no, al final no siempre se sabe todo.

–¿Pero cuánta gente no descubre que le han mentido? Yo creo que al final de todo se entera una, más tarde o más temprano.

–No, eso es solo lo que creemos. Tendemos a hacerlo porque a cada rato nos enteramos de los secretos o las mentiras de fulanito y menganita, y porque pensamos que las mentiras y los secretos son cosas extraordinarias, que no ocurren con frecuencia, y solo ocupan una pequeña parte de nuestras vidas. Pero son de lo más común. Eso lo he aprendido en la agencia. La gente oculta más de que cuenta, miente más de lo que confiesa, es algo normal.

»He visto a padres que se pasan la vida ocultándole a sus hijos que tuvieron otros antes, que aún están vivos y andan por el mundo, y a otros que nunca le confiesan a sus mujeres o a su maridos que han estado con otros de por medio. Al final hay

mucho de lo que no nos enteramos. Es tanto lo que todos guardamos en secreto que por fuerza la mayor parte de ello permanece oculto.

»¿Te contó Andrea alguna vez lo de Marcela Morales? Nos contrató para descubrir la infidelidad de su marido y, cuando lo hicimos, no hizo nada al respecto sino que continuó como si nada ocurriera.

–Pero en ese caso no es que no se descubriera la verdad, sino que ella prefirió ignorarla. Pero la verdad sí se supo.

–Piénsalo, ella descubrió a su marido, pero ahí nació un secreto que nunca se ha descubierto. Por ahí hace años que anda un hombre convencido de que engaña a su mujer sin que ella entere. Ahora, el secreto quien lo tiene es ella, y no creo que su marido lo vaya a descubrir nunca.

–Pues suena fatal. Un mundo donde todos se engañan no parece un buen lugar ni para vivir ni para mantener una relación con nadie.

–¿Eso es lo que te preocupa: que tu ingeniero te esté engañando?

–¿Engañando? No sé si ese término se puede aplicar entre dos personas que supuestamente no se deben nada. ¿Me puede estar engañando si técnicamente no es mi pareja?

–A ver si al final lo tuyo con Pedro va a ser solo un problema de semántica –le sonreí.

–Odio la semántica, sobre todo la odio cuando se trata de Pedro. Es experto en retorcer las palabras. No quiere estar atado y por lo tanto no tenemos nada, pero luego voy yo y viene él, y continuamos acostándonos, y se refiere a lo nuestro como algo especial, que no es una relación pero puede volver a serlo en un futuro. ¿Tienes derecho a exigirle fidelidad a alguien en una relación así?

–¿Tú se la guardas?

–No me he acostado con ningún otro, pero no porque él me lo exija, sino porque no me siento capaz.

–¿Y él, ha estado con otras desde que se fue?

–Dice que no, que no ha encontrado a nadie capaz de sustituirme. Cuando me dice eso, yo siento como si la relación continuara existiendo…

–Porque de hecho existe –la corté yo.

–Pues será. Sí, claro que existe, es una tontería negarlo, solo que a él le resulta más cómodo decir que no estamos juntos. De ese modo no se siente obligado a estar pendiente de mí pero me tiene

a mano para estarlo yo de él. Todo ventajas, ningún inconveniente. La relación perfecta para un tío como Pedro.

–¿Entonces, por qué te surgen ahora las dudas de que esté con otra? ¿Te ha dicho algo o has visto algo que te lo haya sugerido?

–Lo noto raro. Para empezar cada vez se conecta menos al *Messenger,* y cuando hace eso me da la impresión de que me está ocultando algo. Es como si midiera más sus palabras, como si no quisiera mentirme pero tampoco decirme toda la verdad.

–Pregúntaselo directamente.

–Eso sería profanar nuestro pacto semántico. Entonces él se sentiría presionado y agobiado por mí. Me volvería a recordar que ya no somos pareja, aunque lo nuestro sea muy importante o algo así.

–Así que prefieres pasarte el día despistada, dándole vueltas a la cabeza, antes que cerciorarte de ello.

–No es que lo prefiera. Lo ideal sería poder averiguarlo sin tener que preguntárselo.

–Para eso nos harían falta dos pasajes de avión a Londres, paciencia y una caña. Mejor que se lo preguntas.

–Aunque lo hiciera, si la respuesta fuera negativa tampoco estaría muy segura.

–Vamos, que solo te creerías las malas noticias.

–Puede que ni eso. Creo que admitiría que se está acostando con otra, pero seguramente luego empezaría a pensar que se trataría de una cuestión de tiempo el que volviera a estar conmigo. Sospecharía que me echaría en falta, y que la nueva siempre saldría perdiendo en comparación conmigo. No lo imagino con otra chica, como tampoco me imagino a mí con otro. Eso es soberbia, ¿verdad?

–No, solo falta experiencia –aseguré–. Se nota que Pedro ha sido tu única pareja.

–Es tontería –se quejó con desánimo y frustración mientras hacía descansar su barbilla en el escritorio–. Ojalá que estuviera con alguien, igual así esto acababa del todo.

Tomé del escritorio la dirección de la casa de Inés Montemayor.

–Vamos, anda –le dije.

–¿A dónde quieres ir ahora?

–Si la única manera de que no estés pensando en Pedro es descubriendo lo del asesinato de Adán, será cuestión de ponernos a ello. Veamos si su hermana sigue en la misma casa.

Ella aceptó la invitación sin dudarlo.

La tarde declinaba cuando salimos de la agencia y nos dirigimos a Ciudad Jardín. Era un barrio céntrico y selecto, compuesto por viviendas unifamiliares, la mayoría antiguas. Eran grandes caserones con garajes, muchos de ellos antes pretenciosos y ahora algo deteriorados, hacinados en estrechas calzadas de un solo sentido. Era el arquetipo de barrio de gente bien durante mi infancia, antes de que las afueras de la ciudad y las nuevas construcciones en La Playa de las Canteras se pusieran de moda. Ahora, algunos de los caserones se habían convertido en despachos de abogados, colegios privados y clínicas particulares que aprovechaban su ubicación céntrica.

Yo daba por hecho que los Montemayor se deshicieron de su vivienda cuando su suerte empeoró. Esperaba encontrarme en esas señas con un gabinete psicológico o con una asesoría fiscal. No obstante, allí no había ningún negocio.

–Cruza los dedos, señora Hudson –le susurré a Elena mientras aparcaba frente al garaje.

Un gran jardín abría el acceso a la casa, sesgado por un camino de baldosas beiges. Sobre la tierra proliferaban los cactus sobre un lecho cubierto de picón.

El lugar estaba algo descuidado. Los jardines necesitaban cuidados, la fachada sufría de humedades y la madera de las ventanas se encontraba descascarillada. El techo de tejas también tenía desordenados sus dientes y necesitaba de alguna reforma.

–Una casa muy grande para mantenerla una mujer sola –apuntó Elena.

–¿Quién te ha dicho que alguien vive solo aquí?

–Hacen falta más de dos manos para mantener esto en buenas condiciones.

–No saques conclusiones precipitadas. A lo mejor no vive nadie. Vamos a probar suerte.

La puerta principal era ancha, alta y gruesa, de madera noble, con aspecto de ser enormemente pesada. En el centro colgaba una aldaba que parecía más propia de una película de terror que de una casa de una isla del Atlántico. Sobre ella había una mirilla y bajo esta una aldaba.

Busqué un timbre en los alrededores del marco, imaginándome que la aldaba era solo el resabio de otro tiempo. Me parecía absurdo golpearla. Efectivamente, a la izquierda del bastidor lo encontré y me dispuse a llamar.

–Espera –Elena me tomó la muñeca para detenerme– ¿Qué le vamos a contar?

Estaba tan convencido de que no hallaría a Inés Montemayor en la casa que ni siquiera me había molestado en tramar una mentira verosímil para explicar nuestra visita.

–No te preocupes. Si está ella, tú solo sígueme la corriente –Aprendí a improvisar con Ramón, cuando hacía falta era capaz de mentir con bastante maña.

–Vale, como quieras. Yo hablaré poco.

Toqué el timbre y agucé el oído. Escuché al otro lado de la puerta un sonido eléctrico que simulaba el de una campana y que nos advertía de que nadie había cortado la luz. Era una señal que sugería que la casa aún se vivía.

Un minuto después, un punto de luz salió de la mirilla durante un segundo, desvelando que alguien giró su tapa para mirarnos. Empujé a Elena un poco hacia la derecha, para que quien nos espiara tuviera una visión de conjunto. Si bien yo jamás tuve una apariencia peligrosa, la presencia de Elena aumentaba aún más mis posibilidades de mostrarme inofensivo. Era una muchacha joven, delgada y no muy alta. Juntos tendríamos pinta de vendedores a domicilio o de testigos de Jehová.

La cerradura emitió un quejido metálico y luego la puerta se abrió a medias, mostrando en el espacio que desvelaba a una mujer de la edad de mi madre, con el pelo lacio teñido de rubio, la piel clara y las mismas mejillas sonrojadas que yo contemplé esa misma mañana en un álbum de mil novecientos ochenta. El color del tinte coincidía con el del pelo de su juventud, y también con el de su hermano. Contra todo pronóstico, Inés continuaba viviendo en la misma casa.

–Buenas tardes –pronunció–. ¿Qué querían?

Como acordamos, Elena me dejó hablar.

–Buenas tardes. ¿Es usted Inés Montemayor?

–Sí. ¿Qué querían?

–Trabajamos para la agencia de detectives de Ramón Vidal. No sé si nos recuerda, pero usted contrató nuestros servicios hace unos años.

–Sí, sí, claro que me acuerdo de Ramón Vidal. Fue hace mucho.

–¿Podríamos hablar en un sitio más cómodo? –le solicité. Si nos dejaba entrar, la entrevista nos daría más juego.

–Sí, claro, perdonen. Esto me ha cogido por sorpresa. Pueden pasar al salón.

Aceptamos la invitación y nos trasladamos allí al tiempo que nos presentábamos en el trayecto. La puerta daba a un recibidor grande donde dejamos el abrigo, y luego pasamos por un acceso

de doble hoja a un salón grande, coronado por una lámpara de araña llena de lágrimas de cristal. El techo de la vivienda era inusitadamente alto y le proporcionaba al lugar una sensación de soledad aún más acentuada.

El centro de la sala lo ocupaba una gran alfombra donde predominaba el rojo mate, y sobre ella había un par de tresillos y algunos sillones de un cuerpo, todos ellos vertebrados en madera oscura, justo del mismo tipo y tono que la mesa y las sillas de comedor que ocupaban el fondo de la sala, frente a una chimenea.

Elena y yo tomamos asiento en un tresillo e Inés ocupó un sillón.

–Una casa impresionante –observó Elena.

–Más bien una casa pretenciosa –comentó Inés con una sonrisa tierna que se dibujó en su rostro pálido–. Era la casa de mis padres. Adán y yo nos criamos corriendo por todas estas salas mientras tropezábamos con el servicio.

»Después, cuando nos fuimos a estudiar fuera, el a Madrid y yo a Granada, fue cuando nos dimos cuenta de lo desproporcionada que era. Mis padres fueron nuevos ricos, y eso es una clase muy rocambolesca de ricos. Esa chimenea, por ejemplo, hace décadas que ni se enciende ni se limpia. Me dirán ustedes para qué falta hace en Las Palmas.

Sus palabras me resultaron esperanzadoras. Si un leve comentario de Elena había logrado retrotraerla al pasado de esa forma, nuestro interrogatorio se antojaba sencillo.

–¿Para qué han venido? Hace mucho que no sé nada de Ramón Vidal. A veces lo he visto por ahí, caminando por Triana, con ese aspecto tan particular que tiene su jefe, pero hace años que ni siquiera intercambiamos una palabra.

Inés no debía leer las esquelas de los periódicos, así que la pusimos al día del fallecimiento de Ramón y de la enfermedad que lo causó.

–Lo siento, no sabía nada. Pero ahora entiendo aún menos para qué están aquí.

–Verá…

–Tutéame, por favor –me instó con familiaridad–, que me traten de usted me hace sentir una anciana, y probablemente hasta vaya camino de serlo, pero yo no me siento así. ¡Dios, como pasa el tiempo! Ramón debía tener más o menos tu edad cuando ocurrió lo de Adán –se sorprendió mientras aún intentaba ubicarse a principios de los ochenta.

–De acuerdo, verás: Elena y yo nos hemos quedado a cargo de

la agencia y estamos intentado ponerlo todo en orden. Ramón no era un mal detective, pero era un gestor horrible. Nos estamos encontrando con un caos de papeles. Hay expedientes de casos viejos que no sabemos cómo ordenar y documentos originales que debió de pedirles a sus clientes en algún momento y que nunca les devolvió. Intentamos aclararnos con todo eso.

–¿Y eso que tiene que ver conmigo?

–Directamente nada, pero hoy por hoy es la única pista que tenemos de un tal Marcos. Verá, en uno de los expedientes hay varios documentos oficiales que pertenecen a Marcos y queremos devolvérselos. No sé lo que hacen ahí ni sé tampoco porque el tal Marcos no fue nunca a recogerlos, solamente queremos ponerlo todo en orden.

–Podríamos deshacernos de todo, pero no nos parece de recibo, ya sabes como son los papeles, que igual hacen falta cuando una menos se lo espera –se atrevió a decir Elena, que improvisaba sus mentiras al ritmo de las mías para aportarles mayor veracidad.

–¿Y yo soy la única pista que tienen de Marcos?

–Sí, tu nombre aparecía relacionado con el de él en un expediente.

–¿En el de Adán? –se extrañó Inés, aunque eso habría sido lo lógico.

Opté por ser sincero a ese respecto. Desconocía por completo el informe sobre Adán, aún no lo habíamos localizado. Si Inés nos preguntaba algo acerca de él, descubriría que la estábamos engañando.

–No, ni siquiera en ese, sino en otro, donde se te nombraba a ti y a Marcos.

–¿Tenía que ver con la muerte de mi hermano?

–No, qué va. Ramón no era el hombre más organizado del mundo, no sabes el caos que ha dejado en la oficina.

–¿Sabes algo de Marcos? –apremió Elena– ¿Sabes dónde podríamos encontrarlo para arreglar el papeleo que tenemos de él?

–Hace mucho que no sé de él. La última vez que lo vi estaba viviendo en una pensión en la costa de Telde.

–Si se trataba de una pensión, es probable que no siga allí –se desanimó mi compañera.

–Yo no estaría tan segura. La última vez que supe de él llevaba años viviendo allí, es posible que siga en el mismo sitio.

–¿Marcos estuvo años viviendo en un hostal? –aquello no correspondía con la idea que me había hecho del profesor. Un hombre que estudió Derecho y Física habría alcanzado más

fortuna en su vida que el exilio en una casa de huéspedes –.Tenía entendido que era una especie de genio.

–Y lo era, un niño prodigio –recordó Inés, que se había levantado para servirse un vaso de agua en una mesita auxiliar que había en una esquina del salón–. Recuerdo cuando Adán lo trajo a casa por primera vez. Estudiaban juntos en Los Salesianos, aunque Marcos tenía un año menos que él. Lo habían adelantado un curso, y me imagino que lo podrían haber adelantado alguno más de haberlo querido. Luego estudió dos carreras en lo que Adán hizo solo Empresariales.

»A veces pienso que en Los Salesianos procuraba no destacar más de la cuenta para que no lo separaran de mi hermano adelantándolo más cursos. Luego en Madrid ya no tuvo reparos en despegar del todo.

–¿Adán y él eran amigos desde niños?

–¿Amigos? Sí, claro, o puede que más, no sé si Marcos era más hermano de él que yo misma. Vino un día a casa y ya no se separaron nunca.

»A mis padres les encantaba que mi hermano estuviera con él. Marcos era responsable y encantador, y tenía algo de lo que nosotros carecíamos. Marcos sabía lo que era una vida difícil, como lo supo nuestro padre antes de hacer fortuna. Eso le parecía importante a papá, le gustaba que Adán, al menos, supiera de aquello por su mejor amigo. Creo que papá se veía reflejado en Marcos.

–¿Por ser alguien de clase humilde con potencial para medrar? –me aventuré a suponer.

–Sí, mi padre se enorgullecía de ser un hombre que se había hecho a sí mismo. A nosotros las cosas nos resultaban más fáciles, mientras que Marcos debía ganárselas. A ratos parecía que estaba más orgulloso de él que de su propio hijo. Pero la competencia ni siquiera resultaba posible, Adán nació en una familia bien y gozaba de una posición privilegiada, era imposible compararlo con Marcos.

–Sin embargo, parece que Marcos no llegó demasiado lejos. Si vivía en una pensión, las cosas no le irían muy bien.

–Desde luego que no creo que se haya hecho rico. ¿Quién lo hubiera dicho, verdad? Si hace años me hubieran preguntado quién tenía todas las papeletas del mundo para triunfar, yo habría contestado sin dudarlo que ese era Marcos Quintana.

»Imaginaba que sería un hombre de éxito, no sé si un empresario o un investigador, o tal vez un político, pero alguien

que llegaría lejos y que se ganaría la admiración de unos y la envidias de otros. Pero la muerte de Adán cambió muchas cosas, creo que nos cambió a todos de alguna manera, y quizás a Marcos más que a nadie.

Inés había deambulado en torno a los sofás dando sorbos a su vaso de agua, ahora volvía a tomar asiento.

–¿En qué sentido? ¿No llegaron a superarlo?

–Evidentemente no. Las cosas habrían sido muy diferentes si no hubiera muerto Adán.

»Mi padre pareció empeñarse en demostrarle a su hijo muerto todo el amor que no le demostró en vida. Se obsesionó con su muerte y con encontrar a quien lo mató. Movió cielo y tierra para ello, como si conocer todo lo ocurrido esa noche fuera la forma de cerrar esa herida.

»Luego, cuando por fin se dio por vencido, optó por intentar olvidar a Adán del todo, y arrastró en ello a mi madre. No lo nombraban nunca y no tardaron en mudarse a Cantabria, a una casa en la que Adán nunca había existido. Pero todo fue inútil, podían no nombrarlo pero mi hermano continúa presente. Mi madre se pasó años entrando y saliendo de depresiones, hasta que hace unos años comenzó a tener Alzheimer. Ahora está ingresada en un centro.

–Lo siento –susurró Elena, interrumpiendo un monólogo en que ella y yo probablemente habíamos dejado de existir. Aquello se contaba más para Inés que para nosotros, más para intentar encontrarle sentido a la muerte de Adán que para ponernos a nosotros al tanto de ello.

–Mi padre la cuidó un tiempo, pero lo único que parece recordar mi madre es a su hijo, y se pasa la vida preguntando por él. Papá eso ya no puede soportarlo. Resulta increíble que después de todo, incluso enferma, sea lo que recuerda con más frecuencia. Y no su muerte, sino que sigue vivo.

–Comentabas que la muerte de Adán cambió también a Marcos ¿En qué sentido?

Confiaba en que Inés continuara sin advertir que nuestras preguntas poco tenían que ver con la excusa que le habíamos dado.

–No lo sé exactamente, pero sí le marcó. Fue como si dejara de hacer planes, como si Marcos se quedara congelado en el tiempo. La última vez que lo vi, seguía viviendo de dar clases particulares, que era lo mismo que hacía cuando acababa de volver a la isla.

»Eso no tenía nada que ver con los proyectos que tenía cuando

terminó en la Complutense. Marcos siempre le hablaba a Adán de volver a la península y de intentar iniciar un negocio allí juntos, pero a mi hermano le encantaba la isla. Siempre imaginé que Marcos terminaría volviendo a Madrid, aunque fuera solo, aunque fuera sin Adán. Le encantó la gran ciudad. Sin embargo, es como si después de aquello abandonara sus sueños, como si lo que pasó convirtiera su propia vida en algo tan frágil que no merecía la pena esforzarse demasiado en ella.

–Debió de ser un golpe muy duro, si ellos dos se criaron como hermanos –afirmé.

–Y también debió de serlo para ti, que eras su hermana –continuó Elena, cuya curiosidad no se conformaba solo con indagar en el pasado de Marcos, sino que anhelaba los detalles de todo cuanto comenzaba a conocer. Ahora ansiaba también los pormenores de la tristeza de Inés Montemayor, que tan buena confidente estaba resultando ser.

Yo temí que al tentar los límites de su propia intimidad, Inés cayera en la cuenta de que éramos dos extraños sin derecho a saber nada de aquello. Pero la mujer no se sintió ofendida.

–Yo recuerdo la muerte de Adán como el final de mi infancia. Lo cierto es que no me quejo, yo ya estudiaba Bellas Artes en Granada por ese entonces. Tuve más infancia que muchos, era la niña de los ojos de papá. Él era exigente con Adán y condescendiente conmigo. Era otra época y papá era un hombre anticuado. Esperaba que Adán se convirtiera en un gran hombre, mientras que de mí solo necesitaba a una princesa. Más que criar a alguien independiente, educó a alguien cuya tutela pudiera delegar en otro hombre cuando yo ya fuera mayor.

»Le salí rana más que princesa, porque al final no me encontró tutor legal –se sonrió la mujer–. Sea como fuera, cuando murió Adán fue como si me diera de bruces con el mundo real. Me resultó desolador sentirme de repente tan vulnerable y descubrirme en medio de una desgracia. Antes no llegaba a concebir que nada malo pudiera pasarme.

–Decías que fue tu padre el que movió cielo y tierra para intentar encontrar al asesino de tu hermano, pero fuiste tú la que contrató a Ramón, ¿no?

–Sí, veía demasiado cine de género negro por ese entonces. Volví de Granada para el funeral y me quedé esperando a que se aclarara todo. Alguien me habló de tu jefe y me empeñé en contratarlo a escondidas. Fue lo único que se me ocurrió. Mi padre estaba tan desesperado por encontrar al asesino que también pensé

que si lo descubríamos podríamos cerrar aquello del todo para continuar con nuestras vidas. Era una tontería, pero yo era muy ingenua.

–¿Y Ramón no averiguó nada?

–No consiguió pruebas de nada, pero estaba convencido de dos cosas: no lo mataron adrede y no lo atacaron para robarle. Decía que eso lo convertía en un caso difícil de resolver, porque no había razón alguna para que nadie agrediera a mi hermano. No había móvil.

»Lo primero lo comprendo, Adán era alguien muy querido, dudo que nadie le deseara mal. Lo segundo sí que no terminé de comprenderlo nunca. No sé por qué sospechaba que no lo atacaron para robarle, sobre todo después de saber que le quitaron la cartera.

–¿No se lo preguntaste?

–Claro, pero me dijo que simplemente no le cuadraba aquello, que no tenía sentido.

»Luego, al cabo de unos meses, se rindió. Me dijo que no sería honesto cobrarme por algo que se veía incapaz de resolver. Yo insistí pero no hubo manera, de hecho se empeñó en devolverme el dinero. Yo no lo acepté, estaba convencida de que le había dedicado mucho tiempo al caso, pero luego me lo envió por correo cuando regresé a Granada. Tu jefe era un hombre extraño.

–Sí, sí que lo era...

–Quizás si encuentran algo sobre Adán en ese caos de papeles que les dejó podrían hacérmelo llegar. Yo estaría encantada de pagarles por ello, sobre todo teniendo en cuenta que no lo hice la primera vez.

–Eso haremos –dije levantándome, la entrevista llegaba a su fin–. ¿Podrías darnos por escrito la última dirección de Marcos si la recuerdas? –le pedí.

Ella asintió y escribió unas señas en un *posit* tras consultar una vieja agenda.

–Aquí está. Es el nombre del hostal, de la calle no me acuerdo exactamente, pero será fácil de encontrar si sigue abierto –dijo extendiendo la nota. Yo la agarré –… Esto… –dudó sin soltar la nota–. Si encuentran algo sobre Adán, quizás podrían también echarle un vistazo ustedes, a lo mejor ven algo que se le pasara a su jefe. Ya les digo que podría pagarles por ello… Sé que es una tontería, ha pasado demasiado tiempo, pero comprendan que una se aferra a cualquier atisbo de esperanza en estos casos.

–Ha pasado mucho tiempo y no puedo prometerte nada, pero

echaremos un vistazo. Ahora no tenemos mucho trabajo y de todos modos estamos hurgando en los archivos.

–Eso estaría bien.

–Eso sí, si quieres que seamos rigurosos, nos ayudaría toda la información que tuvieras sobre aquello. No sé, artículos de periódico, si los hubo, informes de la policía que pudiera conseguir tu padre o lo que fuera. ¿Tienes algo de eso?

Aceptar un caso que Ramón no había podido solucionar hacía más de dos décadas era nuestra mejor oportunidad de seguir indagando en el tiempo en el que se conocieron Marcos y Ramón.

Elena me regañó en cuanto subimos al *fiat*.

–¡Joder! ¿Cómo se te ocurre volver a darle esperanzas de averiguar algo? Eso ha sido una cabronada –se quejó–. Es como volver a abrirle una herida que ya estaba cerrada.

–Creo que esas heridas no se cierran hasta que se descubre la verdad, Elena. Además, fue ella la que nos lo pidió, nosotros no nos ofrecimos a hacerlo. No la hemos engañado.

–¿De todos modos, qué posibilidades hay de que descubramos algo nuevo tras tanto tiempo?

–Me imagino que pocas, no lo sé. Dudo que a Ramón se le pasara nada por alto.

–¿Entonces, por qué le has dicho que sí?

–Porque sí que existen muchas posibilidades de que tengamos que volver a hablar con Inés si queremos averiguar de qué secretos hablaban Marcos y Ramón en la clínica. Ahora mismo, Inés es nuestro único testigo decente, es mejor tener algo que ofrecerle. De hecho, creo que todo el tiempo ha sido tan amable porque al final quería pedirnos justo eso: que curioseáramos sobre lo que Ramón sabía del asesinato de Adán. ¿Se te ocurre otra razón por la que alguien cuente tantas intimidades a dos desconocidos? Creo que en ese salón nos hemos utilizado mutuamente.

9

Cualquier investigación está sujeta a un cierto grado de fortuna, ya se trate de la labor de un detective, de la de un espía de la KGB o de la de un científico de cualquier índole. Descubrir algo es a menudo improbable si no se tiene la suerte de cara. De esto era consciente Ramón Vidal. La pericia de un detective hace que aumenten las posibilidades de éxito, pero jamás lo garantiza. Uno puede perseguir a los infieles a las horas inadecuadas o pueden estos descubrirte sin que seas consciente y cambiar sus hábitos. A veces, también, los crímenes carecen de testigos, como debió de ocurrir en el asesinato de Adán, y por más que uno busque no encuentra testigos simplemente porque no los había, porque la suerte no cayó de cara para que alguien estuviera donde no debía y observara aquello que no le competía ni le importaba. Sin suerte, cualquier investigación está abocada al fracaso. Nada se puede descubrir cuando simplemente nada existe que se pueda desvelar.

Ramón decía que el trabajo de un detective no era el de un francotirador ni el de un cirujano. Un investigador no puede afinar la mirada o precisar con el corte de un bisturí si quiere descubrir algo. Los detectives trabajan como las arañas, van tejiendo inmensas telas y le suplican a la casualidad que algún testigo o alguna prueba queden presos en ellas. La pericia de los investigadores únicamente caracteriza a las telarañas que estos son capaces de tejer. Un buen investigador elabora redes amplias y sabe colocarlas en el lugar adecuado, y es por ello que sus posibilidades de éxito aumentan, pero no por eso dejan de estar sujetas a la suerte. Hay redes que parecen estar gafadas, por más maestría que se tenga diseñándolas.

Elena y yo tejíamos una telaraña para atrapar a Marcos partiendo de los hilos rotos de la que Ramón usó para investigar la muerte de Adán Montemayor. Ahora, como toda araña, debíamos armarnos de paciencia y esperar, porque, si seguíamos tejiendo, al final corríamos el riesgo de poner en peligro la integridad de la trampa o de terminar armando una tan evidente que cualquier mosca podría percibir y esquivar.

–¿Por qué no vamos directamente a esta dirección y preguntamos por él? –propuso la muchacha la tarde siguiente a nuestra visita a Inés

–Imagínate: vamos, preguntamos por él… ¿Y luego qué? ¿Le preguntamos qué secreto le guardaba a Ramón?

–Podrías improvisar, como hiciste con Inés. Con ella te resultó –insistió Elena.

–Con Inés se trataba de que nos diera una pista del paradero de Marcos. Eso era fácil. Ahora se trata de que un desconocido nos confiese algo que tal vez no le ha dicho nunca a nadie.

–¿Entonces, qué propones? ¿No hacer nada?

–No, solo tener un poco de paciencia, a ver qué se nos ocurre. Igual podríamos acercarnos con otra excusa, aunque solo sea para ir teniéndolo cerca –esa era la forma en la que se tejían las telarañas, se ocupaba el espacio con hilos, aunque solo fuera para percibir los movimientos que se hacían sobre ellos.

–Podemos ir y contarle cualquier milonga, y a ver qué pasa –Elena cogió su bolso como si fuéramos a salir en ese mismo instante.

Me levanté, la tomé por los hombros y la devolví a un sillón.

–Estate tranquila, pareces un polvorín –le dije mientras dejaba su bolso sobre la mesa–. No nos vale cualquier excusa. No podemos decirle que estamos haciendo una encuesta o algo así. Primero por que se va a notar a la milla que es una mentira, y segundo porque eso solo nos va a servir para verlo una vez y para obtener una serie de respuestas que nada nos interesan. Además, recuerda que me vio en la clínica, a lo mejor me recuerda.

»Sea lo que sea lo que le digamos, tendrá que ser algo que nos permita volver a verlo en otras ocasiones. De ese modo podremos ganarnos su confianza y tendremos más oportunidades de que se le escape algo que nos dé una pista. Tenemos que ir con pies de plomo. Con este tipo de cosas hay que tener cuidado, mucha paciencia y bastante suerte.

–Cuidado, paciencia y suerte –repitió ella como si fuera una lección que se tuviera que aprender–. No sé yo si voy a servir para esto –se quejó–.Ya tengo la paciencia muy mermada.

Como si la hubiera escuchado, el ingeniero Pedro apareció esa noche por la agencia. Lo vi yo antes que Elena, que continuaba hurgando en los archivos en busca de nuevas pistas sobre la muerte de Adán.

–Elena… –la llamé desde mi escritorio, al tiempo que saludaba con un ademán a Pedro.

El ingeniero era un hombre delgado de rasgos finos, casi femeninos, con una nariz afilada y unos labios exiguos. Tenía unos pequeños ojos aviesos de comadreja que jamás me despertaron

confianza.

–¡Eh, tú! ¿Qué haces aquí? –le preguntó Elena mientras se abalanzaba a abrir la puerta de la vidriera.

–He venido de improviso. ¿Te queda mucho para terminar? Podríamos ir a tomar algo.

Elena le había contado que ahora trabajaba para mí. Él siempre sabía dónde encontrarla.

–Ya he terminado. Espera, que recojo mis cosas.

No volvería a saber de Elena hasta la tarde siguiente. Llegué a la oficina después de pasarme el día siguiendo a un adolescente cuyos padres temían que estuviera metido en asuntos de drogas.

Había tomado asiento en mi escritorio y descargaba las fotos que había hecho ese día cuando unos pasos resonaron en el descansillo. Imaginé que era Elena, que habría decidido trabajar por la tarde y no por la mañana para aprovechar el tiempo con Pedro. Sin embargo, quien cruzó el umbral de la puerta fue Inés Montemayor, ataviada con unos pantalones de vestir que desembocaban en unos tacones medianos. De una de sus manos colgaba un portafolio de cuero.

Con un ademán me pidió permiso para cruzar la cristalera, yo se lo concedí con un movimiento de cuello.

–Buenas tardes, Inés –la recibí levantándome y dándole la mano, como mismo hacía Ramón con cada uno de sus clientes.

–Hola, Juan. Recordaba este sitio justo así, apenas ha cambiado.

–Así era como le gustaba a Ramón. ¿Qué te trae por aquí?

–Cuando hablamos dijiste que estarías dispuesto a echarle otro vistazo al caso de Adán. ¿Lo dijiste en serio o solo intentabas ser cortés?

–Lo dije en serio –reconocí–, aunque dudo que pueda averiguar nada nuevo. Seguimos ordenando el archivo y ya te avisaremos si encontramos algo al respecto. ¿Y tú, has buscado algo que nos pueda servir?

–Sí, por eso venía. Estuve buscando por toda la casa, y ha sido horrible, porque no sabes la de trastos que se acumulan en las casas viejas y lo vieja que acaba por sentirse una según descubre de qué época son los trastos. Pero he encontrado algo.

–¿El qué?

Abrió el portafolio sobre la mesa y sacó una carpeta de cartón similar a la de los expedientes de Ramón.

–Encontré el informe que me entregó tu jefe sobre el caso de mi hermano.

–Déjame ver –le solicité con una mezcla de desconfianza y ansiedad.

Ramón no entregaba sus expedientes a los clientes, únicamente les informaba de sus progresos y resultados en sendas conversaciones. Si acaso, entregaba fotografías o pruebas, pero nunca sus informes. Además, la existencia de esos papeles contradecía parte de la conversación que tuvimos con Inés hacía tan solo dos días. Según ella, Ramón únicamente le dijo que el caso era imposible de resolver, nunca habló de que le diera un informe por escrito.

No obstante, no puse en tela de juicio la afirmación de Inés, la carpeta era lo que me interesaba. La sostuve con ambas manos y pude observar que Ramón escribió un título en la portada: “El blues de Adán Montemayor”.

–Con razón Elena no lo encontraba en el archivo. Lo tenías tú.

–Es el informe más raro que he visto en mi vida. Cuando lo leí por primera vez pensé que tu jefe estaba loco.

–¿Por qué? –pregunté, aunque me imagine la respuesta. Aquel expediente estaría escrito con el mismo estilo que el resto de los que rellenaba Ramón, más cercano a un diario o a un episodio de Sherlock Holmes que a un informe distante y detallado de sus investigaciones.

Lo que no lograba explicarme era cómo acabó en manos de Inés. Nada de cuanto rodeaba a Marcos y al caso de Adán encajaba con los hábitos del detective, lo que hacía que cada vez me interesase más.

–Yo diría que se trata de un documento muy personal. A ratos parece un diario y a veces hasta da la impresión de que se trate de una novela erótica.

–¿Una novela erótica? –me extrañé.

–Bueno, eso me pareció a mí entonces. Claro que yo en esa época era solo una niña. Recuerdo que describía algunas escenas explícitas de sexo. Cuando lo leí, pensé que tu jefe era un pervertido o un loco, tal vez por eso no le presté demasiada atención. Supuse que había metido la pata al lanzarme a contratar a un detective privado para investigar la muerte de mi hermano.

–Ramón era un hombre excéntrico, pero no estaba loco, y desde luego no era un pervertido –lo defendí, aunque ansioso de que Inés se fuera y me dejara a solas con el expediente.

–No, perdona si te he ofendido. No era mi intención. Ya te digo que por ese entonces yo era una chiquilla. Tal vez por escandalizarme con tanta facilidad no pude concluir nada sobre la

muerte de Adán a partir de lo que leí.

»Échale tú un vistazo, quizás encuentres algo que a tu jefe se le pasara por alto. Ya te digo que yo no pude sobreponerme a mis prejuicios por ese entonces, no sabía qué sentido tenía ese documento en una investigación de asesinato.

–No te preocupes, te aseguro que me pondré con ello enseguida. Seguro que esto no es ninguna locura de Ramón –le dije–. De verdad que era un buen detective y un buen hombre.

–Eso espero –pronunció ella antes de despedirse y abandonar la agencia.

Acababa de caer una mosca en nuestra telaraña. Fui a la cocina y saqué una cerveza mientras intentaba tranquilizarme. La abría, tomé un trago y me la llevé despacho. Me senté en el mismo escritorio en el que Ramón escribió su informe, cerrando de esa manera el círculo de lo que había sido la vida del manuscrito.

El blues de Adán Montemayor, rezaba el titulo, augurando la crónica dramática de un hombre que carecía de razones para ser asesinado:

Nunca pensé que las indicaciones de un angelito como Inés Montemayor me llevarían a un local de blues en la ciudad de Las Palmas. Se llamaba *El Memphis Club* y era un sitio improbable en este recóndito rincón de océano que es la isla de Gran Canaria. Esta isla supone un territorio tan escueto que a alguien como yo, criado en la majestuosa Nueva York, le cuesta concebir que aquí se escondan lugares con ese halo de misterioso exotismo que tiene el *Memphis Club*.

Inés Montemayor ha sido una tentación inevitable para mí por varios motivos. Aún llevo poco tiempo en España para acostumbrarme a las latinas de clase alta. Allá, en Estados Unidos, en el barrio, todos éramos inmigrantes de segunda o tercera generación. Desconocíamos lo que era pertenecer a un estrato privilegiado de la sociedad. Las hispanas eran sobre todo portorriqueñas morenas, exuberantes y atrevidas, con un genio casi viril. Inés, en cambio, es de tez blanca, angelical, comedida y sofisticada. Habla con una educación exquisita y evidencia una vulnerabilidad que la hace bastante atractiva.

Su privilegiada posición social fue otra de las razones que me llevaron a aceptar el caso. Conseguiría mejorar mi estatus si resolvía el asesinato de su hermano. Sería una promoción impagable para mi agencia de detectives, que es un negocio más bien extravagante en esta ciudad.

Por último, también lo acepté porque ha sido la única

oportunidad de trabajar en un asesinato que he tenido desde que abrí la agencia. En la isla no abunda este tipo de crímenes y, aún cuando ocurren, nunca hay un familiar interesado en contratar los servicios de un detective privado. Los homicidios y los robos son competencia estricta de la policía, mientras que mis dominios se reducen por ahora prácticamente a investigar cuernos, un trabajo que puede llegar a ser tedioso.

Cuando Adán murió, su hermana estudiaba Bellas Artes en Granada y, antes de eso, había sido Adán el que se formó en Madrid. Por eso, Inés no parecía estar demasiado familiarizada con los hábitos de su hermano. Sabía de él por eventuales llamadas de teléfono y la periódica correspondencia que compartían, sin embargo, la misma Inés me advirtió de que eso no era saber mucho. Adán parecía considerarla un ser frágil a la que había que proteger de las inclemencias de este mundo. Esa percepción de Inés, que resulta inevitable apenas se la conoce, no convertía a la muchacha en la mejor confidente. Él ni buscaría consejo en ella ni le comunicaría las preocupaciones que lo acechaban.

Unas de las pocas cosas que sabía Inés de los hábitos de Adán es que los sábados por la noche asistía a un pequeño local varado en las entrañas de la ciudad llamado *El Memphis Club*. Allí pasaba las noches bebiendo y escuchando blues.

El Memphis se encuentra a escasa distancia del lugar de los hechos. Adán murió una madrugada del sábado al domingo, por lo que es probable saliera de allí cuando lo asesinaron.

A pesar de que el club está a apenas media hora andando de mi agencia, nunca había escuchado hablar de él. Tuve que preguntar a los camareros de varios bares de la zona para hallarlo. Es un antro instalado en el sótano de un edificio. Accedí a su interior bajando unas escaleras que mordían la calzada hasta la entrada del club; tenía un acceso independiente al del edificio. Parecía un garaje que su dueño había reformado. Se libraría de la rampa de entrada y dispuso en su lugar unas estrechas escaleras con un pasamanos de hierro forjado que tenía grabados motivos de instrumentos musicales: pianos y guitarras.

Una voz femenina escapó por el hueco de la puerta en cuanto la abrí. El *Memphis* está insonorizado. No advertí pistas de lo que encontraría dentro hasta que empujé el pasador y me envolvió una nube de humo mezclada con un *blues*. Llevaba sin escuchar *blues* en directo desde que vine a Canarias, mis vinilos se convirtieron desde entonces en su único escenario. En Nueva York abundaban estos locales, en ellos uno podía escuchar a jóvenes cantantes que

buscaban fortuna imitando a B.B.King o a veteranos intérpretes de un blues más originario y puro, que malvivían tocando aquí y allá sus tristezas.

Los ochenta en Canarias no son un buen escenario para el *blues*, sin embargo, *El Memphis* se esconde en los alrededores de la calle de Triana como un antojo para extravagantes, rezando para que nadie descubra el absurdo de un local de *blues* en la isla.

Las dimensiones del local eran reducidas. Una barra se encontraba a mano derecha ocupada por un camarero añejo que se encargaba de servir seis mesas redondas y altas de escaso tamaño. Cada una de ellas estaba flanqueada por dos taburetes con respaldos cortos y reposapiés bajo el asiento, como si al Memphis se pudiera ir como mucho en pareja para escuchar las desdichas de los intérpretes. Al fondo, había una tarima de madera que hacía las veces de escenario enmoquetado en beige. La mayor parte de él la ocupaba un piano de pared, donde tecleaba apasionadamente un músico. A su lado, sentada en un taburete y apresando el soporte de un micro, cantaba la joven de cuya garganta emanaba la voz que había salido a recibirme.

El local lo iluminaban unos focos amarillentos que dibujaban la silueta del humo del tabaco en la atmósfera. Si uno seguía su rastro, veía que ascendía hasta el techo para introducirse por las rejas de unos extractores de aire.

Tomé asiento y escudriñé a los músicos. Ambos eran negros, como el camarero, quizás el Memphis fuera un negocio familiar. El resto del público, apenas cuatro o cinco hombres, ocupaba las mesas por separado, cada uno de ellos solo, hipnotizado por la joven que cantaba y rindiendo pleitesía al alcohol.

El pianista rondaba los treinta y tantos y lucía una calva en la coronilla que reflejaba la luz de los focos. Tocaba el piano con unas grandes gafas oscuras y movía la cabeza siguiendo el compás como si fuera Ray Charles. Era delgado y bastante alto, quizás alcanzaba el metro noventa.

La cantante era una de esas negras de piel de bronce que tanto abundaban en nueva York. Me recordaba a esas mulatas del barrio en el que crecí, que tenían un padre desconocido y blanco del que heredaban sus narices finas. Esta poseía una respingona y unos ojos grandes y tiernos que se abrían y se cerraban marcando el mismo compás que la cabeza del pianista. Tendría veinte años o menos, leídos en esa clave de carencias en la que cumplen las personas desfavorecidas; aparentaba dos o tres más.

De esa edad solo había otra persona en el local, un joven algo

desgarbado que ocupaba una mesa frente a la mía, en primera fila, desde donde contemplaba a la cantante mientras vaciaba un vaso de whisky. Inés me había dicho que su hermano solía ir allí acompañado de su mejor amigo, Marcos Quintana. Supuse que se trataba de él.

–Bienvenido al Memphis Club, amigo –me abordó el camarero–. Nunca lo había visto por aquí. Yo soy "Bi-bí". ¿Con qué desea acompañar el blues? –preguntó.

–¿*Bi-Bí*? ¿Cómo B.B.King?

El hombre sonrió mostrando una dentadura blanca de piezas grandes como teclas de piano. Era tan alto como el pianista, aunque bastante mayor y aún más delgado. Se parecían ambos, aunque a este le había avanzado más la calva de la coronilla y en el cabello circundante le abundaban las canas.

–Sí, mi nombre es Bi-bí, pero de Bernardo Betencor. Así es como me llamó mi madre. Pero uno no puede llamarse Bernardo Betencor y regentar el *Memphis Club*.

–¿Es el dueño del local?

–Más bien el dueño del préstamo que le debo al banco, ese sí que es el dueño del sitio –bromeó, desplegando de nuevo sus dientes.

Tomó asiento en un taburete, dejando sobre la mesa un paño blanco que llevaba al hombro. Su clientela era tan reducida que Bi-bí la atendía minuciosamente.

–¿Y los músicos? ¿Tienen también nombres adecuados para un local de blues?

–Por supuesto, él es mi hijo, Sam. Le pusimos así por el pianista de *Casablanca*, aunque en su partida de nacimiento se encontrará con un Samuel, porque antes solo se podía bautizar con nombres de la Biblia. Ella se llama Lil Johnson y es una diosa en esta parcela infierno que es el mundo.

–Y ese de ahí es Marcos Quintana, ¿no? –le indiqué con un movimiento de cabeza.

–¿Conoce al bueno de Marcos?

–Me han hablado de él. Era amigo de Adán Montemayor, ¿verdad?

–Siempre venían juntos, todos los sábados desde hace más de un año, desde que volvieron a la isla.

Marcos continuaba con la vista clavada en la cantante.

–Parece que el chico está enamorado de Lil, ¿no?

Bi-bí sonrió antes de añadir:

–Todos estamos enamorados de Lil. Yo estoy enamorado de Lil,

Sam está enamorado de Lil, Marcos está enamorado de ella y también lo estará usted en breve, amigo. Si esa mujer tuviera en dinero lo que tiene en amores, podría comprarse un ático en un rascacielos de Nueva York y bajar todas las noches a cantar en un sótano de Hell´s Kitchen. Todo el mundo se enamora de Lil.

Hell´s Kitchen –la cocina del infierno– era uno de los peores barrios de Manhattan.

–Yo no le recomendaría a nadie cantar en *Hell´s Kitchen*, amigo, no sé si ha estado allí, pero Clinton –aquel era el otro nombre del lugar–es un barrio bastante peligroso.

La sonrisa de *Bi-bí* se abrió un grado más.

–¡No me diga que usted ha estado en Manhattan! –se maravilló.

Aquello le dio pie a Bi-bí para invitarme a una copa mientras yo le hablaba de *Central Park, Las torres gemelas, El río Hudson, El Empire State Building y* de los pequeños locales de un submundo oscuro en el que a veces escuché cantar *blues* en directo. *Bi-bí* se había pasado la vida soñando con Estados Unidos, aunque aquel era en realidad un viaje imposible. *Bi-bí* no quería solo viajar en el espacio, sino también el tiempo. Se habría gastado en ello el poco dinero que tenía si hubiera existido un avión que lo trasladara a Memphis, en Tennessee, durante la década de los veinte o los treinta, donde nacía el Memphis Blues con intérpretes como Frank Stokes, Sleepy John Estes, Furry Lewis y Memphis Minnie. Adoraba aquella música, Bi-bí era el dueño y el alma de Memphis Club.

Mientras Bi-bí hablaba, Lil Johnson cantaba con un inglés falible un *blues* tras otro, como si sacara aquellas tristezas del pozo inagotable de sus adentros.

Cuando Bi-bí se retiró detrás de la barra, yo tomé mi copa mediada y me acerqué a la mesa del amigo de Adán.

–¿Marcos Quintana? –le pregunté mientras oteaba su perfil entre el humo y la penumbra.

El joven intentó dilucidar mi identidad. Era la primera vez que me veía. Lo acababa de sacar del trance al que lo arrastraba la tristeza de Lil Johnson y el piano de Sam Betencor.

–Sí, soy yo.

–Puedo sentarme, amigo. Vengo de parte de Inés.

–Claro, sí –me contestó él.

Deposité mi copa enfrente de su vaso y le di la espalda al escenario.

–Endemoniada muchacha, sabe cantar blues –le comenté a Marcos observando cómo su mirada esquivaba mi figura para

continuar escudriñando a la cantante.

–Sí que sabe –sonrió el muchacho–. ¿Qué quería? Decía que venía de parte de Inés.

Yo le expliqué entonces mi condición de detective y la tarea que me encomendó la hermana pequeña de Adán.

–Inés me dijo que Adán y usted venían a este club todos los sábados por la noche. Parece que la chica tenía razón, porque es sábado y aquí está.

–Adán adoraba el blues. Mientras todo el mundo en Madrid iba del Pop al Rock and Roll, Adán huía de todo eso para escuchar *jazz* y *blues*.

–A usted también le gusta, ¿no? Viene cada sábado.

Él sonrió con picardía.

–A mí me gusta Lil.

–¿A quién no? –pronuncié con complicidad– ¿Estuvo aquí con él la noche que lo mataron?

–No, esa no. Ese día no tenía el cuerpo para blues. ¡Qué cosas, no! A veces pienso que, si hubiera venido, a Adán no le habría pasado nada y me siento culpable por eso. Aunque, bueno, se trata solo de una tontería.

–¿Solían volver juntos a casa?

–¡Que va! Él era de Ciudad Jardín y yo de Casablanca. Nuestras casas están en direcciones opuestas. Además, últimamente ni nos íbamos a la misma hora. Por eso le decía que era una tontería pensar que de venir yo esa noche no habría ocurrido todo del mismo modo. Ese trayecto Adán lo hacía solo, no habría cambiado nada.

A mí no se me ocurrió un barrio que pudiera tener menos que ver con Ciudad Jardín que el de Casablanca. Como todos los barrios del cono sur de la ciudad, estaba habitado por gente de clase humilde entre la que se ocultaba buena parte de la población más marginal de la ciudad. Costaba imaginarse cómo acabaron siendo amigos un don nadie de Casablanca y un joven rico de Ciudad Jardín.

–Decía que últimamente no se marchaban juntos. ¿Antes sí?

–Sí, al principio. Por último, yo me quedaba más tiempo.

–Y eso que era él el amante del blues… –me extrañé.

Sospechaba que a Marcos le estaba resultando estimulante la conversación. Poco a poco, su interés se centraba menos en Lil y más en mí. Era un hombre inteligente y creo que veía en mí a un interlocutor de su talla; yo era capaz de manejar los detalles de la información que me aportaba para contradecirlo. A él le excitaba

ese juego.

–Él era el amante del blues, por eso se marchaba cuando Lil terminaba de cantar; yo soy el amante de Lil, por eso me quedo cuando ella termina de cantar.

Se hinchó de orgullo como un pez globo al exhibir su relación con la cantante.

–Bueno, esa parece una buena razón para venir aquí cada fin de semana –concluí al tiempo que me volvía para mirar a su pareja.

Ahora que mis ojos se habían acostumbrado a la penumbra y que me había acercado aún más al escenario, el atractivo de la cantante se hacía más evidente. No solo porque las sombras dejaban de difuminar su figura y esta adquiría ahora un talle más perfilado, marcado por un busto mediano y unas caderas exuberantes, sino por el enigma de su rostro de rasgos imposibles. Su faz se convertía en un escenario donde su gesto se confabulaba con la música con una expresividad inusitada, acompañando cada verso de blues con un matiz diferente de sentimiento.

Lil Johnson era la cruz de la misma moneda de la que Inés Montemayor era la cara. La una con su piel de bronce y la otra pálida, inmaculada. Las dos resultaban atractivas por rasgos radicalmente contrarios. Inés se instalaba en lo etéreo, cargada de inocencia e ingenuidad. Se mostraba pura, inexplorada, virgen. Lil poseía la atracción del inframundo, escondía secretos oscuros y más historia de la que nadie le supondría por su edad. La primera era un lienzo en blanco y la segunda un acertijo que te tentaba entre brumas. A los detectives, claro está, nos enamoran más los acertijos.

–Le falla mejorar su pronunciación –le dije a Marcos después de escuchar atentamente algunos versos.

–Estamos trabajando en ello –me dijo–. No lo hace nada mal para no haber acabado estudios primarios. Yo la ayudo con el inglés, aunque tampoco soy un experto.

–*Es un idioma mucho más sencillo que el castellano* –pronuncié en inglés–, *seguro que su novia acabará familiarizándose con él*.

Marcos recogió el guante que le lancé y me contestó en la misma lengua.

–*Su acento parece americano, ¿verdad?* –dijo con uno que estaba lejos de ser nativo pero que era el mejor que yo le había escuchado a un canario que no fuera yo mismo –. *Me suena a las películas de Hollywood*.

–Me crié en Nueva York, mi padre emigró allí acabado de

nacer yo.

–Algún día me gustaría ver esa ciudad.

–Pues a buen seguro que con su inglés no tendrá problemas para moverse por ella. Y sin él tampoco, está repleto de hispanos, somos legión.

–Eso había escuchado.

–Sobre Adán –dije centrándome en el caso–. ¿Había alguien a quien pudiera considerar su enemigo? ¿O alguien que tuviera algo contra él, por poco que le parezca?

–No, nadie. Además, eso no tiene nada que ver. Parece ser que le robaron. ¿No se lo dijo su hermana?

–Eso me dijo. Pero algo no me cuadra de esa teoría. Según los informes, no tenía ningún corte, ni siquiera una incisión en los brazos. Un ratero suele amenazarte con un arma blanca. Si Adán intentó enfrentarse a él, lo normal es que tuviera heridas defensivas en los brazos, más cuando ni siquiera llevaba puesta la chaqueta. Esta la encontraron en el suelo.

–Tal vez ni siquiera le dio tiempo a recibir un tajo –supuso Marcos–. Quizás al esquivar la navaja del ladrón, se tropezó y se dio contra el bordillo, y así fue como murió.

–No parece probable. Recibió al menos un par de golpes. De eso están seguros los médicos forenses. No es normal que un ladrón te amenace con una navaja y que, cuando te enfrentas a él, al final recibas golpes pero ningún corte. Eso no tiene sentido, y tampoco tiene pinchazos de jeringuilla, si es que lo amenazaron con una aguja infectada, que es algo que hacen con frecuencia. Nada de eso cuadra. Creo que la policía está equivocando su línea de investigación.

–Tal vez ni siquiera lo amenazaron. A lo mejor alguien intentó meterle la mano en el bolsillo para robarle la cartera y Adán lo notó. En ese caso, puede que el carterista no fuera armado o que no le diera tiempo de sacar la navaja. Adán era un tío fuerte, seguro que dio un par de golpes si recibió alguno. Luego, hubo mala suerte y cayó al suelo. Se golpearía contra el bordillo y allí se quedó. El ladrón agarraría la cartera y si te he visto no me acuerdo.

–Tampoco me convence, no concuerda con la forma de actuar de un carterista. Si su amigo se hubiera dado cuenta del robo, el ratero pondría pies en polvorosa y punto. La mayor parte de esos tipos andan en los huesos por la droga, y ni siquiera se atreverían contra un hombre joven como lo era Adán.

–A lo mejor tenía el mono y ni sabía lo que hacía –volvió a

insistir Marcos.

–Con el mono ni le aciertas dos golpes seguidos a alguien, y mucho menos lo tumbas contra un bordillo. Todo eso es bastante improbable.

–Si hubiera conocido a Adán, sabría que resulta aún más improbable que alguien tuviera alguna razón para matarle. Era la mejor persona que yo he conocido.

–No hacía falta que alguien tuviera la intención de matarle. Seguro que la muerte fue un accidente, nadie planea matar a alguien con dos golpes, pero quizás había quien quería ajustar cuentas con él en una pelea.

Mientras hablábamos, Lil dejó de cantar y los clientes aplaudieron tímidamente. La chica abandonó el escenario por una puerta que estaba en el fondo y Sam se quedó solo sobre la tarima. El hombre comenzó a tocar un jazz para crear música ambiente.

–Eso también es una locura. Ni Adán era de esos tipos ni andaba con gente de esa calaña. Puede que en Casablanca la gente solucione las cosas de esa manera, pero Adán vivía rodeado de otro tipo de gente, de la que no resuelve las cosas con los puños. Alguien podría engañarlo en un negocio o le haría una zancadilla en el trabajo o lo traicionarían, pero no se machacarían los nudillos contra su cara. No es el estilo de ese tipo de gente, ¿sabe? No saben dar la cara abiertamente, temerían que se la rompieran.

–Pudieron pagarle a alguien para que hiciera el trabajo sucio. De ese modo no se mancharían las manos –supuse.

–Puede ser, pero estoy seguro de que Adán no tenía problemas con nadie. Yo conocía todos sus asuntos.

–Nadie conoce todos los asuntos de otra persona, amigo. De eso sí que estoy convencido.

–No lo sé –admitió por fin Marcos–. En eso sí puede que tenga razón.

Aquel texto acababa allí, en medio de la página, como si se tratara de un capítulo. Me dispuse a leer el segundo:

Antes de conocer a Lil, jamás me acosté con una mulata, aunque había cientos de ellas en Nueva York y ese placer solo me hubiera costado unos dólares. No sé si a Lil también acabé por comprarla de alguna manera, puede que en el fondo no se diferenciara demasiado de las rameras que poblaron las cunetas de mi adolescencia.

Después de hacer el amor, ella se quedó dormida,

completamente desnuda, grabándose como un mapa de bronce sobre las sábanas blancas sin que nada la nublara. Se sabía atractiva y, por ello, carecía de pudor. Yo, en cambio, me cubrí con una manta y me senté a observarla desde el pequeño escritorio donde Lil se estudiaba las letras de sus canciones. Marcos Quintana también la habría contemplado así, exhausta, sudorosa y ahíta una hora antes, después de ejercer los mismos oficios que yo, el de profesor y el de amante.

Ella me obsesionaba. Cuanto más la frecuentaba, más me atraía, como si se tratara de un acertijo o de un caso que debiera resolver. No lograba dejar de mirarla, aunque no era la primera vez que la veía desnuda. Llevábamos toda la semana acostándonos. Yo acudía a su habitación cada madrugada, cuando Marcos volvía a Casablanca.

Solamente su físico se correspondía con su edad. Tenía el rostro aún un tanto infantil, los senos medianos y firmes y el abdomen suave. Sus caderas dibujaban una carretera hasta el infinito de unas piernas largas que, cerradas, ocultaban el misterio de su sexo. Únicamente así, tendida y descansando, aparentaba veinte años, o puede que ni siquiera esos. Despierta, su cuerpo tenía más memoria de la que podían contar sus años. Era traviesa y confiada. Se enroscaba en la silueta de un hombre como una serpiente, morbosa y atrevida, sensual y transgresora como lo eran solo las rameras. Llevaba ya tiempo tentándome el deseo hasta que por fin me acogió en su guarida como un animal oscuro.

–*I got to leave this town : I'm got to go before the sun go down* –los labios de Lil se movieron antes de que lo hicieran sus párpados o el resto de su cuerpo, como si toda ella empezara siempre por su voz.

–*I got to leave this town* –repetí yo, corrigiendo lo errores de su vocalización. Aquel era el inicio de un blues de Memphis Minnie que Lil quería incorporar a su repertorio.

Luego, le di algunas instrucciones para que mejorara su pronunciación.

–*I got to leave this town* –dijo mejorándolo.

–Así está muy bien. Ahora: *I'm got to go before the sun go down* –y continué con explicaciones de cómo articular los sonidos para que se acoplaran a la música.

Ella lo repitió buscando mi aprobación de experto.

–Perfecto, como si tú misma hubieras nacido en el Delta del Mississippi.

Nunca imaginé que acabaría dando clases de inglés a una

mujer completamente desnuda.

–Avanzo mucho contigo, detective –a Lil le gustaba mentarme por mi oficio.

Me hizo un gesto con la mano para que volviera a la cama. Yo obedecí como un perro al que llama su ama.

–Marcos ya había hecho la mayor parte del trabajo –concedí sintiéndome culpable de usurpar el puesto del hombre que me metió en la vida de la artista.

Marcos me la presentó poco después de conocerme. Sabía que a Lil le apasionaría tratar con alguien de la Gran Manzana. Ella era una mujer a la que había que satisfacer. Su amor podía ser sincero, pero jamás desinteresado. La gente que no posee nada nunca es desinteresada, ese lujo queda para los pudientes.

–I've got to leave this town, I've got to go before the sun goes down –volvió a repetir practicando aquel blues.

–*Tengo que dejar esta ciudad, tengo que irme antes de que se ponga el sol* –traduje.

–'Cause I done got tired of these coppers running me around.

–*Porque estoy cansada de estos polis que me buscan*.

–Las *blueswoman* siempre tienen problemas. ¿Qué pasa, no les gustan las cantantes de blues en Estados Unidos?

–No, eso solo que las *blueswoman* felices dejan de cantar *blues* –le expliqué.

Ella se encontraba tumbada de lado, apoyada sobre uno de sus brazos mientras hablábamos en la cama. Ahora sus senos estaban suspendidos en el aire, yo le acariciaba la base de los mismos palpando el misterio que sostiene los pechos de las mujeres y que a los hombres tanto nos perturba.

–Cierto, hay que estar triste para cantar un blues. Por suerte eso nunca ha sido un problema para mí. *I stayed in jail last night and all last night before* –cantó con su poderosa voz, como si se encontrara sobre el escenario del *Memphis Club*–. I would have been there now if my daddy hadn't sprung the do.

–*Me quedé en la cárcel esta noche y la anterior. Estaría allí si mi* "*sugar daddy*" *no me hubiera sacado de allí.*

–¿*Sugar daddy?* No has traducido «daddy» ¿Por qué? ¿No es algo así como papi?

–La traducción literal viene a ser eso, pero ese *daddy* es más bien un *sugar daddy.* Tiene otro sentido.

–¿Cuál? ¿«Dulce papi»?.

–*Sugar daddy* hace referencia a un hombre mayor, por eso lo de papi, que se dedica a hacerle regalos a una jovencita y a darle

dinero a cambio de que esta le haga favores.

–Vamos, a cambio de acostarse con ella, ¿no?

–Bueno, si todavía se le levanta sí.

Lil continuó practicando su blues de madrugada. Dormía por las mañanas, como si solo perteneciera a la noche, al submundo de la oscuridad donde habitan los seres que escapan a la moralidad de lo diáfano, a la claridad de las normas. Como mismo le ocurría a los primeros *bluesman*, Lil existía en la marginalidad gris de los desfavorecidos.

–¿Qué hacemos aquí, Lil? –le pregunté. No le habíamos puesto ninguna etiqueta a nuestra relación. Yo no sabía si era su amante o solo un hombre más, otro pasajero de su lecho.

–Cantar *blues* –me sonrió juguetona.

–Para eso están los escenarios –le mordí un hombro pero ella pareció no dolerse, a cambio, me besó en los labios–. Las camas están para otra cosa. ¿Qué soy para ti?

–¿Por qué la gente se empeña en ponerle nombre a todo? ¿Qué importan las palabras? Son solo palabras.

–Las palabras son importantes, mira cuánto te interesa a ti conocer las que cantas y saber exactamente lo que significan. Todos necesitamos saber lo que significan las cosas.

Ella se colocó sobre mí a horcajadas. Sus glúteos tentaban mi sexo. Todavía olía a Marcos Quintana.

–Tú podrías ser mi *sugar daddy* –se burló ella.

Yo le apreté los senos con las dos manos a modo de sanción, sin embargo, permaneció imperturbable, parecía que nadie era capaz de herirla en una cama.

Le acaricié los pezones con los pulgares y pareció rendirse al placer mordiéndose el labio inferior con sus blancos incisivos y cerrando levemente los ojos.

–Yo no doy la talla de *sugar daddy*, no te llevo tanta edad y tampoco tengo dinero con el que poder hacerte regalos. Si acaso solo puedo enseñarte a pronunciar las letras de tus *blues*.

–Tal vez eso sea suficiente.

–¿Suficiente para qué? ¿Para ser el segundo de la madrugada?

Se llevó la mano derecha a la espalda y comenzó a acariciarme los genitales con sus dedos finos y largos, suaves y expertos.

–Shsss, no seas desagradable, amor, o me tendré que buscar otro sugar daddy –sonrió.

–Tal vez deberías buscarte a un joven guapo, rico y que te ame como mereces. O puede que solo tengas que esperar a que Marcos se haga un hombre importante. El chico promete, tal vez deberías

casarte con él.

–Marcos no me quiere, aunque puede que ni él lo sepa. No me folla como un tío que me quiera. Tú sí me quieres, que pena que no seas rico; guapo lo eres.

Continuaba apretándome el sexo, ahora dentro de su palma y luego contra sus nalgas exuberantes, presionándolo entre ellas. Mi pene se había endurecido bajo ese trato y a mí me costaba continuar tirando del hilo de la conversación. Lil me tentaba para que callarme, para llevarme al terreno del deseo, donde su lengua para invadir era más hábil que la mía para interrogar.

–Temo que no voy a poder solucionar lo del dinero –le tanteaba el sexo al mismo ritmo al que ella incitaba al mío, como si estuviéramos sobre el escenario del *Memphis* y tuviéramos que seguir el mismo compás–. Debes buscarte uno rico para casarte, y para que te saque de la cárcel cuando sea necesario... Eso tampoco puedo hacerlo yo.

–¿Y qué podría querer un joven rico de mí? ¿Qué podría desear que no tuviera más fácilmente solo con un par de regalos? Solo uno de un millón se casaría con la cantante puta del *Memphis Club,* y yo ya perdí esa oportunidad. Solo me quedan los *sugar daddy* y los detectives privados –susurró llevando por fin mi sexo al cauce del suyo.

Empezó a contonear sus caderas sobre mí primero al ritmo de un blues muy lento, casi originario, y luego su compás se fue acelerando al ritmo de otro de aquellos que quizás precedieron el rock and roll.

Las hojas siguientes distaban mucho en estilo, grafía y contenido de las anteriores. Parecían escritas con premura y solo detallaban varios interrogatorios que el detective efectuó entre los carteristas y los atracadores habituales de la zona en la que murió Adán. Ninguno de ellos pudo aportarle pista alguna del homicidio, por lo que Ramón se ratificaba en su opinión de que la muerte del chico no fue a causa de un robo.

Por último, concluía afirmando que carecía de los indicios necesarios para proseguir la investigación, por lo que debía abandonarla. Aquel expediente abría más misterios de los que cerraba, arrojaba más dudas que certezas.

Saqué uno de los discos de Lil Johnson de la caja fuerte y comencé a reproducirlo, permitiendo que su voz ayudara a encarnar en mi imaginación el cuerpo de la joven detallado en su expediente.

–¿Qué tiene que ver que te tires a una cantante con la muerte de Adán, Sherlock? –pronuncié como si el fantasma de mi jefe pudiera contestarme– ¿Por qué incluiste eso en el expediente?

La entrevista con Marcos y las pesquisas entre los rateros de la ciudad en busca del culpable tenían relación con el caso, pero no las palabras que había intercambiado con Lil. Algo se me escapaba, no era normal que Ramón las incluyera allí si no estaban relacionadas con la muerte de Adán. ¿Tal vez sospechaba de ella? Nada parecía sugerirlo en el expediente, pero la investigación parecía poco meticulosa e incompleta, puede que hasta cercenada.

«El blues de Adán Montemayor» reflejaba un trabajo que se acercaba más a la travesura de un aficionado que a la labor minuciosa con la que Ramón llevaba sus casos.

–Tú tienes que ser importante en esto, tienes que saber algo –le dije a la voz de Lil Johnson mientras terminaba de sonar–. Tus discos en la caja fuerte y ahora tu nombre en el expediente, ojalá pudiera hablar contigo.

A esas alturas, estaba convencido de que ya la conocía. Mientras leía la descripción que Ramón hacía de la nariz respingona de la cantante y de su piel de bronce, supe que era la mujer del tanatorio: Elvira. Lil Johnson sería solo su nombre artístico, y puede que tampoco Elvira fuera el real, sino otro inventado para la ocasión. Al final Lil habría logrado hacer fortuna, ahora parecía disfrutar de una posición privilegiada y de los recursos económicos de los que carecía cuando Ramón la conoció.

Dudaba de que medrara gracias a su música, la única Lil Johnson que encontramos buscando en *google* nada tenía que ver con una cantante canaria, y tampoco había oído a nadie en las islas hablar de ella, aunque quizás Paqui podría interrogar a algunos de sus compañeros de la sección cultural de *La Provincia* sobre ello.

En cualquier caso, nada de eso explicaba qué relación tenía la escena de cama con el caso de Adán. Me dispuse a volver a leer ese capítulo con más calma, buscando alguna pista que antes se me pasara por alto. En la primera lectura me había centrado en la relación de Ramón con Marcos, intentando vislumbrar un indicio del secreto que los vinculaba, ahora deseaba relacionar la conversación que tuvo con Lil con la muerte de Adán, quizás descubriera algo estudiándolo desde esa perspectiva.

Localicé el inicio del capítulo pero apenas tuve tiempo de

releer unas líneas cuando se abrió la puerta de la agencia. Era Elena.

–No te vas a creer lo que tengo para ti, señora Hudson –pronuncié al verla entrar.

Llevaba puesto un abrigo de tres cuartos y el pelo recogido en una coleta. Cruzó la cristalera sin pronunciar palabra y se deshizo de su chaqueta. Llevaba puesto el mismo traje de tiras con el que se marchó la noche anterior, ni siquiera habría pasado por casa de sus padres desde la última vez que la vi. Habría ido a un hotel con el ingeniero para pasar la noche.

–Ha venido Inés Montemayor –continué.

Su rostro no cambió de expresión ni su boca disparó una pregunta al instante, que es lo que cabía esperar de ella. Su mirada estaba perdida y su gesto descompuesto. Había estado llorando.

–¿Te encuentras bien? –Me acerqué a ella y le tomé el rostro con ambas manos, intentando dirigir su vista hacia la mía–. ¿Qué ocurre?

Sus labios se movieron sin pronunciar palabra, solo avanzando hacia los míos para concluir en un violento beso. Yo me contagié sin reservas de esa pasión; los hombres invisibles pasan tanto tiempo deseando aparecerse que no desaprovechan la situación cuando se presenta.

Invadí su boca con mi lengua, temiendo que a Elena se le apagara el deseo si no lo avivaba; suponía que andaba haciendo equilibrios entre la tristeza y la venganza. No me amaba ni me deseaba, únicamente me anhelaba en contra de su ingeniero. Tenía Pedro más autoría en aquello que yo mismo, sea lo que fuera lo que le hubiera hecho. Yo únicamente disfrutaba de una revancha que Elena urdía contra él. Ni siquiera me importaba, únicamente desenvolvía a la chica como si se tratara de un regalo inmerecido, de un golpe de fortuna.

Continué besándola sin darle tregua ni permitir que hablar. Las palabras convocaban a las explicaciones y estas a la razón. Si ella contaba quizás se nos acabara el pretexto del deseo y el imperio de los impulsos. Intenté ganar terreno antes de la primera palabra para cruzar una frontera de la que ya fuera absurdo regresar. Tiré del vestido hasta subírselo a la altura de la cintura y palpé la piel de sus nalgas escasas, apenas un velo sobre sus huesos. Mis índices se encontraron entre ellas y sentí el sobresalto de la muchacha, expectante, mientras alcanzaban desde allí los límites de su pubis bajo la ropa interior.

Elena era grácil, liviana, una tentación para la fuerza. La

levanté tomándola del trasero mientras enroscaba sus brazos alrededor de mi cuello y la deposité sobre la mesa disfrutando de su escaso peso; parecía no ser del todo sólida, como si no llegara a encarnarse enteramente real, mucho menos en aquella situación inusitada –no había nada más lejos de mis expectativas que acabar enredándome en su deseo–.

Le saqué el vestido por la cabeza y ella me imitó con mi camiseta como si se tratara de un espejo con un segundo de retardo, como si no quisiera perder la ventaja con la que empezó a besarme. Acarició mi torso. Yo acababa de descifrar el enigma de la gravidez de sus senos, que tanto me interrogaba en la oficina mientras deambulaba por allí con sus trajes de verano y sin sostén. No lo llevaba tampoco ese día.

Elena vestía ya únicamente un tanga sentada sobre el escritorio de Ramón Vidal, donde dudo que hubiera estado antes ninguna mujer en esa tesitura. Su piel era pálida y en toda la geografía de su torso sobresalían únicamente como icebergs sus senos menudos y firmes, coronados con pezones sonrosados y escuetos. Le acaricié las clavículas y los hombros, y luego los pechos apretándolos, tal vez en busca de descubrir el ingenio que los mantenía suspendidos. Sus manos, en tanto, me desabrocharon el vaquero y tiraron de la abertura hasta que se descorrió la cremallera y mi sexo dejó de apretarse contra él. Lo palpó estudiando sus dimensiones.

Desalojé las perneras y me quedé frente a ella completamente desnudo, permitiéndole ganar aquel juego de quitarnos la ropa por la exigua ventaja de un tanga que únicamente cubría su pubis. La incliné hacia atrás y tracé con mi boca un sendero desde la suya hasta sus pechos, apresándolos con el gusto y tentándolos con la lengua. Luego, proseguí mi camino hacia el sur de su geografía, arrodillándome y besándole la cara interior de los muslos, tentando la única frontera de su ropa mientras ella gemía.

–Date la vuelta –pronuncié al final, habíamos cruzado la frontera de la que no podrían rescatarnos las palabras; no podríamos hacer ya nada, ella desnuda y yo también, que no fuera finalizar la invasión.

Ella obedeció, girando sobre sí misma y apoyando sus manos sobre la mesa. Le bajé el tanga al tiempo que le besaba los glúteos. Froté mi sexo contra ellos y luego palpé el abismo que conducía hacia su vagina con mis dedos, para trazar el mapa de mi destino. La penetré un instante después. Elena gimió anclando más sus brazos contra la mesa para acoger mis embestidas, primero más

leves, de escaso recorrido, mientras su sexo se adaptaba al mío y lo conocía. Al tiempo, contemplaba su espalda pálida salpicada de lunares y la escuchaba gemir al ritmo del deseo. Ella miraba hacia la mesa, con la cabeza agachada y dos cortinas de pelo lacio cubriéndole las mejillas –la coleta ya suelta desde hacía rato, como un daño colateral de invadirnos–.

Le apreté primero los pechos desde atrás y luego le aparté el pelo de una de las mejillas con mi mano, invitándola a girar el rostro para contemplárselo mientras le hacía el amor.. Tenía los ojos cerrados y la boca dibujándole un óvalo vertical en la expresión. Le introduje los índices en ella y los sorbió como si pudieran alimentarla.

Comencé a alargar el recorrido de mi sexo invadiéndola, extrayéndolo casi hasta el límite de su vagina para luego volverla a embestir hasta la base, presionando mi pubis contra sus nalgas cada vez, mientras ella se apoyaba contra la mesa para acoger cada nuevo embate. Al tiempo que yo aceleraba aquel rito, la voz de Elena lo databa gimiendo de manera ascendente hasta que por fin alcanzó cénit.

–Para, para –articuló mientras aún gemía, desbordada aún por el orgasmo y buscando la calma para digerirlo.

–Shsss –le dije siendo incapaz de parar.

Ella continuaría gimiendo, hasta que por fin yo la acompañé.

10

Había anochecido y por las ventanas solo entraba la luz amarilla de los faroles de la calle, labrados en hierro y antiguos. Dentro, solo quedaba encendida la lámpara del escritorio de Ramón. Todo parecía haber sucedido a velocidad de vértigo. Los descubrimientos que arrojaba el expediente enmudecieron ante la tentación de cuerpo de Elena, que aún continuaba desnuda, sentada sobre mí, en uno de los sillones de la antesala.

El sexo desplazó en el tiempo el hallazgo del *blues de Adán Montemayor*. La incógnita que abría el desnudo de Elena y las causas que la llevaron a acostarse conmigo eran un interrogante más urgente que el viejo caso de Ramón.

El resto de la agencia se encontraba en penumbras y en silencio.

Los huesos de sus caderas se grababan sobre mis muslos, mientras yo la acogía en un abrazo. Estaba envuelta en un ovillo, utilizando mi clavícula como almohada y mis brazos como mantas. Mis manos habían aterrizado en sus nalgas, impidiendo que se escurriera de mis faldas.

No habíamos dicho nada después de hacer el amor. Únicamente me senté yo primero, buscando una distancia que ella no me concedió, ocupándome al instante como para ratificar que el sexo no fue una ilusión ni un accidente y que todavía tenía yo competencia en su piel.

Más que con pasión, Elena se adentró en el deseo con resentimiento, y yo ya había concluido que aquel encuentro tenía más que ver con Pedro que conmigo mismo.

–¿Contra quién has follado? ¿Contra Pedro?

Ella sonrió relajada, como si el sexo la hubiera calmado.

–¡Qué dices! No he follado contra nadie, sino contigo, y muy a gusto. Andrea tenía razón: follas bien, aunque nadie lo adivinaría a primera vista.

A los hombres invisibles simplemente no se nos ve, mucho menos se inclina uno a opinar sobre ellos.

–Eso no ha sido follar con alguien, eso ha sido follar contra alguien.

–¿Qué más da? –se quejó ella– Seguro que estabas abandonadito desde que Andrea te dejo.

–No, si no me quejo. Seguro que hay peores razones para

acostarse con alguien –le dije–. ¿Qué ha pasado? Anoche te fuiste de aquí con tu ingeniero y hoy vienes en este plan. El chico te tendría que haber saciado bien después de tanto tiempo sin irte a la cama con él.

Elena se desenroscó y abandonó mis faldas como si se tratara de una serpiente a la que su hipnotizador hubiera mandado a salir del cesto.

Caminó descalza sobre la moqueta, que era un resabio del pasado de Ramón en Nueva York, en Canarias no tenía demasiado sentido. Elena debía estar sintiendo sobre su piel una ligera brisa que entraba por las ventanas. Sus pezones desvelaban la inclemencia, pero la muchacha parecía empeñarse en sentir el entorno. Paseaba arrastrando los pies para acariciar la moqueta.

Cruzó la cristalera, se paró enfrente del tocadiscos y quitó el vinilo de Lil Johnson. Buscó en la librería que había debajo otro disco de Ramón, uno de *Muddy Waters*, un LP, y comenzó a sucederse la voz del *bluesman* acompañada del sonido de cuerdas y una armónica. Ella volvió a la antesala.

Yo guardé silencio esperando una respuesta diferente a la voz de *Muddy Waters*. Elena se iba familiarizando con la colección de vinilos de Ramón. No había encontrado nunca otro de Lil Johnson, ni de la verdadera ni de la falsa, sin embargo, comenzaba a aficionarse a aquel género, tal vez porque su relación con el ingeniero Pedro no era más que una de esas largas letanías que se cantan en un blues, donde parece que nunca se encuentre solución a nada.

–¿Dónde fueron después de salir de aquí? ¿A un hotel? –le pregunté.

–Al *Meliá* de las Canteras.

–A follar, me imagino. Es lo primero que yo haría contigo si llevara tiempo sin verte, más habida cuenta de la experiencia –le sonreí.

Sentí la tentación de vestirme pero la obvié.

–Sí, a eso fuimos.

–Lo normal, claro.

–¿Sí? ¿Es lo normal? –se extrañó.

–¡Joder, Ele! ¿No te parece normal que Pedro te eche un polvo cada vez que vuelve a la isla? Los tíos no solemos perder oportunidad para eso… válgame lo que acaba de ocurrir como ejemplo.

–No lo sé. Solo he estado con Pedro… bueno, solo había estado con Pedro hasta hoy –esta vez la sonrisa la enunció Elena–. Y te

aseguro que si fuera por él no me habría hecho a la idea de que los tíos siempre estén dispuestos a echar un polvo. A menudo me da la impresión de que tengo yo más ganas que él.

–Pues, chica, te tocó la excepción a la regla.

–Eso mismo pensaba yo. Ustedes tienen fama de no tener problema en desenfundar.

–Y es una fama merecida.

–Pues a Pedro desenfundar le cuesta un mundo. No te imaginas la que hay que montar a veces para llevártelo a la cama. Pero anoche sí que le apetecía. Me extrañó un poco, porque a veces viene o voy yo y ni siquiera follamos.

–Me ratifico en ello, guapa, te tocó el espécimen frígido del millón –tal vez aquella era una de las razones por las que Pedro buscó a Elena a las puertas de un instituto–. Pero anoche sí estaba el hombre con ganas, ¿no?

–Anoche sí. Me metió de cabeza en un hotel. En cuanto nos metimos en la habitación, me tiró en el suelo y me rompió las bragas para hacerme el amor.

Yo miré el tanga que le había quitado y que se encontraba sobre la mesa, indicando con la mirada que su versión no concordaba con los hechos. Deformación profesional.

–Ese lo compré a la salida del hotel, antes de llevarlo al aeropuerto. Me metí en una tienda con mis partes al aire debajo del traje y tuve que improvisar. El Pedro me da que sufre de una especie de fetichismo con aquello de acabar con la ropa interior. Yo ya me compro las bragas en un *Todo a un euro* para ir a verlo a Londres.

Yo sonreí.

–Pues sí que necesita montar una escena para acostarse con alguien.

–No lo sabes tú bien. Andrea se quedaba anonadada cuando le contaba las cosas de Pedro. Tiene un problema con el dominio. Me da que me folla pensando que me está violando o que se está tirando a una prostituta, a veces hasta me insulta. Le pone pensar que tiene el control y que yo estoy dispuesta a hacer lo que sea por él.

–Todo vale si los dos se divierten –afirmé.

–No, si eso es lo peor, que tampoco es para tanto lo de follar con él, aunque a ver quién se lo dice. Es lo peor de Pedro, que cuando me paro a pensarlo, pues tampoco tengo muy claro por qué lo quiero, pero lo cierto es que lo quiero.

»O sea, no es que me trate mal, coño, no es un cabrón, aunque

hoy estoy yo por sacar lo malo. Es solo que hay muchas cosas en las que no estamos de acuerdo, sobre todo en cómo concebimos una relación. El va de libre pero no me suelta, y yo quiero estar con alguien de verdad, no desnudándome delante de un *Messenger* y pegada todo el día al teléfono.

»Y lo peor es que tampoco puedo convencerme de que el tío me importe un huevo, y que solo acabo con él porque folla de puta madre y porque así las estancias en Londres me salen baratas, porque lo cierto es que ya estoy hasta el gorro de aviones y lo de follar tampoco se le da demasiado bien. El cabrón se cree dios en la cama y resulta que tiene una polla enana y que hay que hacer malabares para que se empalme cada vez que quieres echar un polvo… Y yo, de imbécil, sigo colgada, por más que me haga.

Elena estaba enfrente de mí, al alcance de mis brazos, los extendí como si le lanzara un cabo y la atraje de nuevo a mis faldas. Ella aceptó el consuelo.

–¿Qué pasó anoche? ¿Cómo pasaste de acostarte con él a acostarte conmigo? Lo de que te hayas enamorado de mí no me lo voy a creer –bromeé.

–Bueno, tampoco me vas a echar en cara que te haya utilizado, ¿no?

–En absoluto –la besé en los labios–, para eso están los amigos… Bueno, ya quisieran todos tus amigos –bromeé.

–Pues a veces me dan ganas, no te creas, que visto lo visto me he estado aburriendo en la cama para nada.

–¿Cortó contigo definitivamente anoche?

Esa sería una de las razones que podrían explicar su comportamiento.

–No, qué va. Además, entre nosotros, lo de cortar se ha convertido en una costumbre que ya ninguno se cree. Creo que esta vez me jodió porque fue todo lo contrario, y porque este tío es un soberbio, que se piensa un regalo para cualquiera y que se cree con derecho a todo.

»Yo andaba extrañada, ya te digo que me imaginaba que le pasaba algo. Venía caliente de Londres y eso es que algún espectáculo traía en la cabeza. Se puede pasar meses sin venir, y, aún así, cuando lo hace, no acabamos en la cama a la primera. Pero esta vez venía con las balas cargadas. Por eso, después de acostarnos lo interrogué. Al final me contó que estaba con alguien en Londres, con una tal Susan. Venía para contármelo.

–Pero antes te echaba el polvo, ¿no? No sea que luego no le resultara tan fácil.

–Los tíos son como perros, de verdad, es como si necesitaran echar la meada para marcar el territorio.

»Cuando me contó lo de Susan, yo le pregunté que a qué coño venía lo acostarse conmigo si luego me iba a contar que estaba con otra, y allí sí que derrapó de verdad. Con toda la tranquilidad del mundo, me dijo que lo que tiene con la tal Susan no cambia en nada lo que tiene conmigo. Según él, hace ya tiempo que no somos pareja, sino un algo más o un algo diferente, y que lo de la tía esta nada tiene que ver con lo nuestro.

»Ella sabe de mí y Pedro le ha dicho que no va a dejar de acostarse conmigo o de tratar conmigo, que soy algo especial en su vida y que tiene que entenderlo. Eso es lo que me ha dicho, aunque no sé si es verdad. Me cuesta imaginarme que a una le cuenten algo así y se quede tan tranquila y lo acepte.

–Bueno, de todo hay en la viña del Señor.

–Pues será, y yo ya no tengo ni idea de que soy en esa viña. ¿Una amiga con derecho a roce? ¿Parte de una pareja abierta?

–Parece que en cualquier caso eres lo que Pedro quiere que seas, ¿no?

–Eso es lo que me jode, eso y que el tío se crea tan especial como para tener a dos mujeres pendientes de él, conformándose con lo que a él le apetezca.

–¿Y no lo mandaste a freír espárragos?

–Yo con ese tío me vuelvo gilipollas, Juan. Todavía me puse allí a intentar hacerle ver que lo que me decía no tenía mucho sentido, que yo no estaba dispuesta a mantener una relación que no sabía lo que era, y mucho menos una así, con una tía a la que ni conozco de por medio.

»Yo contándole eso y él en plan místico-hippy, o yo qué coño sé cómo llamarlo, diciéndome que ahora no podía cerrarse en lo nuestro ni ponerle etiqueta, que claro que me quería, pero que estaba en otro momento vital.

–El momento vital en el que uno se folla todo lo que se menea está bastante documentado –le dije yo–. Por ahí Ramón tiene fotos suficientes para hacer una exposición, no es que tu chico sea muy especial.

–Pues sí, en ese momento debe estar el hombre o algo así… o yo que sé, Juan. Lo que sé es que no lo pude mandar a la mierda ni pude salir por patas del hotel, ni pude decirle que no quería saber más de él. Se fue hoy mismo, me da que vino para contármelo en persona, porque por teléfono o por Messenger quizás sí lo habría podido mandar a freír espárragos. Lo dejé en el

aeropuerto y luego conduje de vuelta dándole golpes con el puño al salpicadero y cagándome en él, echando toda la rabia que no soy capaz de sacar cuando está él delante.

»Y me dieron ganas de hacerle lo mismo, de ir yo también de hippy-mística y acostarme con otro, a ver si de ese modo me lo voy quitando de la cabeza, porque ya de otra forma no encuentro manera.

«*Cada día, papi, estás en mi cabeza*», recordé aquel verso de *Evil Man Blues* que tan bien reflejaba los sentimientos de Elena.

–Y ahí viniste a buscarme.

–Sí… ¡Qué harta estoy, Juan! Y lo peor es que ya ni sé por qué me importa tanto, creo que quién único se piensa tan especial como para merecerse que dos tías estén por él es solo él mismo.

–Y puede que esa Susan.

–Ni idea, a saber cómo será. Dice que la conoció en una reunión de trabajo.

–¿Te habló de ella?

–Joder, y no solo eso, sino que ya me conoces, que a mí me puede la curiosidad y acabé como una imbécil preguntándole que cómo era, que desde cuándo se la estaba follando y de cuántas maneras. Me da que lo hice para ver si hundiéndome lo suficiente el dedo en la herida lograba cabrearme con él del todo. Pero no hubo manera.

»Llevan meses juntos. A saber si después de masturbarse delante del Messenger no habrá ido alguna que otra vez a tirársela a ella, porque seguro que al tipo le pone eso. Y ahora le pondrá ir de supermacho que se tira a dos. Y la verdad es que menudo macho.

»Dice que la otra es medio frígida, que no se corre con facilidad… hasta eso hice que me contara. ¡De idiota, de loca!, porque me dirás tú que a qué venía a cuento. Pero que quieres que te diga, me da que la pobre no se corre porque el Pedro no es nada del otro mundo en la cama, con su mini polla; ya lo podía haber sabido antes yo.

Después de aquello, me quedé mirándola a los ojos, desconcertado, sin saber qué decir.

–¿Qué pasa? –me preguntó al ver que yo era incapaz de pronunciar palabra.

–¡Joder, Ele, qué cabreo! –le sonreí– Nunca te había visto así.

Ella espiró el aire al tiempo que soltaba dos carcajadas secas.

–Sí, es verdad.

–Chica, en mi vida he conocido a gente con malas pulgas, a

gente que te rompe la cara por menos de nada, pero tú por un cabreo te tiras a tu jefe y luego le sueltas una retahíla sobre el tamaño de la polla de tu ex novio y lo mal que te ha follado el chico –me reí–. Da miedo.

A ella se le contagió la risa.

–Ya te decía yo que lo mío con Pedro iba a acabar por volverme loca. Creo que ya lo ha conseguido.

–Bueno, visto lo visto, procuraré enfadarte con más frecuencia. Nunca me lo había pasado tan bien en esta oficina.

Continuamos bromeando unos minutos a cuenta de la situación y de los defectos de Pedro. Esa noche, Elena necesitaba insultar a su ingeniero e intentar romper las telarañas con las que la había apresado. Sin embargo, estaba lejos de librarse de él. Elena acabaría por calmarse y por justificarlo de nuevo, era lo que llevaba haciendo toda su vida adulta. Era un *evil man* que ella no lograba quitarse de la cabeza, uno de esos blues sin solución de Memphis Minnie o Lil Johnson.

–Se ha hecho tarde –concluyó la muchacha mientras se ponía su abrigo. No se había puesto el vestido ni la ropa interior bajo él.

–Vamos arriba. Quédate a dormir.

Yo me vestía también.

–No sé si debería… –dudó Elena– ¡Joder! Seguro que esto lo complica todo entre nosotros. Ahora no sé qué hacer.

–No te vuelvas loca, cielo –la tranquilicé besándole en la frente–. Esto no complica nada. Quédate si te apetece y vete si no. Eso es sencillo. Y si te quedas haz lo que te apetezca, Ele, no creo que debamos desquiciarnos por unos polvos. Ya estamos mayores para eso. ¿No crees?

–¿Eso puede ser tan sencillo?

–No es sencillo, es simplemente elemental, señora Hudson. Por cierto, tienes que leer esto, así conseguiré que te quedes –le dije mostrándole la carpeta que rezaba *El blues de Adán Montemayor* sin soltarla.

–¡Venga ya! ¡No me jodas! Le he dado veinte vueltas al archivo buscando algo parecido. Eso ha sido un golpe de suerte.

Su mano se disparó para tomarla. Yo la esquivé llevándome la carpeta a mi espalda.

–Ha sido un golpe de suerte, pero no la he encontrado yo. La ha traído Inés Montemayor, y eso es otra de las cosas que me ha extrañado: Ramón nunca le daba sus expedientes a nadie.

Poco de lo que le dijera ya a Elena la distraería del deseo de leer aquello.

–Déjame leerla.

–Aquí no, necesito cenar. Vamos arriba, Arístides no está. Yo preparo algo de comer y tú lees esto mientras tanto, y luego te quedas si quieres, y ya pienso cómo me pagas que te lo haya dejado leer.

–¿Te ha parecido poco pago por adelantado lo que ya has tenido? –se burló juguetona.

–Bueno, es un buen principio, pero te aseguro que este expediente vale bastante más.

11

La gravedad que atrae a las personas no obedece a las leyes de la Física. Todo resultaría más sencillo si así fuera. En Física todos los cuerpos con masa se atraen mutuamente, y dicha fuerza aumenta según se reduce la distancia entre ellos y también según aumentan las masas de los mismos. En cambio, los lazos que nos vinculan a otros responden a leyes menos sencillas, y a veces hasta a causas que no son inteligibles o racionales y por tanto ni siquiera son razones.

Los detectives sienten propensión por las razones, no se conforman solo con solventar un enigma sino que necesitan desentrañar sus pormenores, la arquitectura de su casuística. Es por eso que los detectives son tan malos espías, ya que se comprometen a causa de su curiosidad. Los auténticos espías, no obstante, se conforman solo con una información veraz, independientemente de que no lleguen a comprenderla del todo. La transmiten y vuelven a su agujero, sabiéndose más importantes ellos que los pormenores de la información, dispuestos a dormir nuevamente y a permanecer así hasta que reciban de nuevo instrucciones mediante un texto cifrado.

Yo habría sido mejor espía que detective. No me obsesionaban las razones que me vinculaban con Elena. Yo no la amaba y ella tampoco me amaba a mí, esa era la única certeza que albergaba al respecto y con eso me bastaba. Sin embargo, volvimos a acostarnos juntos después de que ella leyera *El blues de Adán Montemayor*, y también en varias ocasiones la semana siguiente. No nos preguntábamos acerca de la gravedad que nos atraía. A mí poco me importaba y Elena debía tenerla claro –ella sí que tenía alma detective–. Para la chica yo sería una venganza, o puede que tan solo la experiencia tardía de un hombre nuevo tras tantos años rondando al ingeniero en exclusiva. Para mí ella era una casualidad, un pico de suerte.

La gravedad que nos vinculaba con Lil Johnson, Adán Montemayor y Marcos era únicamente la curiosidad. Pero no por sencilla era una razón menos poderosa para obrar. La curiosidad fue la tentación que nos expulsó del paraíso y, desde entonces, no habíamos aprendido nada nuevo. El deseo de saber continúa exiliándonos de la dicha. Nos tienta para descubrir lo que de antemano no quisiéramos saber de haberlo previsto. Es la ratonera

en la que nos atrapan las incógnitas, apenas tocas el queso ya has caído en el cepo. No se pueden desconocer la soluciones a los misterios una vez se han averiguado, la memoria carece de marcha atrás e ignoramos cómo activar voluntariamente los mecanismos que rigen el olvido. Nada se olvida a propósito, si acaso solo podemos desatender lo sabido, pero eso implica silencio y no desconocimiento, ocultación que no extinción de lo aprendido.

La previsión y la cautela con frecuencia son inútiles cuando uno desea averiguar algo. La verdad se descubre a menudo entera y en un solo instante, sin que alcance el tiempo para retirarse y continuar ignorando aquello que se investiga. Pareciera que se recibieran las certezas con la premura de un disparo, ya inevitable apenas se aprieta el gatillo; ya es imposible entonces apartarse o esquivarlo, no existe tiempo suficiente para ello.

La curiosidad nos llevó apenas sin advertirlo a lo que quedaba del *Memphis Club* en una de las calles cercanas al Teatro Cuyás, cerca de donde murió Adán Montemayor. Elena y yo carecíamos de cautela alguna en ese caso. Como *Alicia en el país de las maravillas*, no empeñamos en seguir al conejo blanco que era el secreto de Ramón Vidal y habíamos caído por una madriguera a un mundo que no nos pertenecía y que existió veinte años atrás. Descendíamos por aquel agujero sin posibilidad de asirnos a nada, tentando en la oscuridad el vacío que nos arrastraba a conocer a las personas que habitaron el mundo del detective en ese entonces, todas ellas impropias y misteriosas.

El *Memphis Club* debía llevar años cerrado y no disponía de cartel alguno que desvelara su antiguo nombre. Lo reconocí por la estrecha escalera que mordía el pavimento hasta llegar a su entrada. Era tal como lo había descrito Ramón en su informe, con los motivos de instrumentos musicales adornando el pasamanos.

–Esto es el *Memphis* –le comenté a Elena mientras observábamos el interior de la escalera.

–Sí, y es la dirección que nos han dado. ¿Vivirá aquí?

Ni siquiera estábamos buscando aquel local. Nuestro objetivo era Samuel Betencor, el pianista del Memphis y el hijo de *Bi-bí*. En la base de datos de la policía constaban varios hombres con ese nombre, pero ese era el único de color que se acercaba a la edad que le suponíamos al pianista. La dirección nos costó un buen dinero que nadie nos reembolsaría, a no ser que por casualidad acabáramos encontrando al asesino de Adán Montemayor y pudiéramos incluirle a Inés en la factura las primas de un viejo policía que siempre nos echaba una mano con las señas.

–No lo sé, quizás solo continúe empadronado aquí. Puede que ya ni siquiera esté en la isla, ha pasado mucho tiempo. Pero vamos a probar –dije descendiendo las escaleras.

Después de nuestro último encuentro con Inés Montemayor, teníamos la excusa perfecta para abordar a Marcos Quintana en su hostal de la playa. Podríamos decirle que la mujer nos había contratado para volver a investigar la muerte de su hermano y que eso nos había llevado hasta él, que era quien mejor lo conocía. No obstante, continuábamos retrasando esa visita muy a pesar de Elena. Yo deseaba recopilar toda la información posible antes de presentarme ante al profesor. Nada resulta tan valioso en un interrogatorio como la información. Quién más sabe más oportunidades tiene de desvelar las mentiras del otro. Eso fue lo que nos llevó a la puerta del pianista antes de visitar a Marcos.

–Mira, esto parece un timbre –Elena lo mantuvo pulsado durante sendos segundos, mientras escuchábamos el sonido de una campana eléctrica escapando por el agujero taladrado en la pared por el que entraba el cable del timbre; el resto del local debía de continuar insonorizado.

–Todavía paga la luz, seguro que sigue en la isla –supuso Elena.

–Vaya, señora Hudson, puede que apuntes maneras de Sherlock Holmes –dije besándola en el cuello.

Aunque estábamos lejos de considerarnos pareja, cada vez me sentía con mayor derecho a invadirle el tacto sin miramientos.

La puerta no tardó en abrirse y, detrás de ella, encontramos a un hombre que se correspondía con la descripción que Ramón hizo de *Bi-bí*. Era un varón de color, de casi metro noventa, cuya delgadez le confería un halo de delicadeza que de otro modo habría resultado imposible en un hombre tan alto. Tenía los ojos grandes y tiernos y un pelo canoso que se replegaba en una calva a unos centímetros de su nacimiento en la frente.

–¿Bi-bí? –se apresuró a entonar Elena, a la que impresionó una imagen tan exacta a la descripción que había leído.

–No, él es Sam, Elena.

El hombre desplegó una sonrisa afable que nos tranquilizó de inmediato, Sam no iba a ser un interlocutor incómodo.

–Bi-bí era mi padre, jovencita, o eso decía él –bromeó–. ¿Y ustedes quiénes son? Parece que saben más de mí que yo de ustedes, y eso es jugar con ventaja.

Sam nos invitó a pasar al interior del Memphis Club. Allí le explicamos que volvíamos a investigar el asesinato de Adán por encargo de su hermana. Un homicidio sin resolver era una razón

más convincente que la curiosidad para indagar en una historia añeja que no nos incumbía.

Sam vivía en el Memphis. Había colocado una cama de matrimonio en medio de la sala y utilizaba la barra como cocina, donde había añadido unos fogones. Utilizaba como baño el de hombres, que estaba a la derecha del escenario, cerca del único camerino que existía. A esas estancias se accedía por un pasillo corto y estrecho. El lavabo de mujeres lo convirtió en un trastero.

Nos enseñó el local a petición de Elena y luego nos invitó a un refresco en la barra. Era un hombre hospitalario que gustaba de la compañía y la conversación, así que supuse que hablaría de cuánto quisiéramos preguntarle.

–¿Su padre...? –pregunté

–Murió unos años después de que los hiciera este sitio. No es de extrañar, su vida era el *Memphis Club* –pronunciaba el nombre del local con reverencia, como si estuviera hablando de un lugar notable–. Él era el alma del *Memphis*. Él el alma y Lil la voz.

–Y usted la música –completó Elena.

–Yo solo era el pianista. Mi padre siempre quiso tocar el piano, pero tenía los dedos gordos como morcillas y nunca aprendió. Yo tengo los dedos largos de mi madre –nos enseñó unas manos que hacían su afirmación incontestable– y padre se empeñó toda su vida en que fueran los dedos de un pianista. No me dejaba trabajar cargando peso para que no me engordaran como a él, y tampoco podía jugar a deportes que los pusieran en peligro. Me pagó todas las clases de piano que pudo y eso que no eran baratas. Él tenía el alma, yo solo los dedos –concluyó–. El Memphis Club cerró cuando se quedó sin voz. El *blues* necesita alma y voz, no puede vivir sin una de ellas.

–Cerraron cuando se marchó Lil Johnson.

–Unos años después, morimos lentamente. Intentamos seguir a flote, pero este era un club de hombres que babeaban viendo a esa chica, y no le pudimos encontrar sustituta. Un club de *blues* en Canarias no es un buen negocio, amigo, aunque eso padre nunca quiso reconocerlo.

En todo el local no entraba luz natural ni tenía más ventilación que los extractores de aire, aunque parecía haber encendidos solo unos pocos. Nos alumbraban algunos focos. Uno de ellos, enfocaba al piano, que parecía existir fuera del tiempo, sin que este lo afectara. Estaba limpio y brillante, como si lo atendieran con más mimo que al resto del lugar.

–¿Cuánto lleva cerrado?

–El Memphis Club abrió por última vez al público en mil novecientos ochenta y tres. Aquella noche solo toqué canciones de B.B.King en honor a mi padre.

Sam se sentó en la butaca de su piano y comenzó a tocar lentamente un *blues* que no reconocí. La acústica del local hizo que inmediatamente la música lo llenara por completo.

Elena se levantó y se aproximó a él, sabía que ganaba atractivo en distancias cortas.

–¿Y lleva viviendo aquí desde entonces? Suena un poco a Fantasma de la Ópera, ¿no? –Elena sabía hacer aquel tipo de preguntas sin que resultaran ofensivas, las acompañaba de una sonrisa burlona que, enmarcada en su gesto dulce, invitaba a satisfacerla.

–Es absolutamente de Fantasma de la Ópera, señorita. Solo que la ópera es grandilocuente, majestuosa. Yo soy más bien un fantasma del blues, doméstico, de escondrijo en cabañas de esclavos –acompañó las notas del piano con unos versos de un blues que parecía originario, primitivo–. Siempre he pensando en vender este sitio, pero era el sueño de *Bi-bí*. No aguantaría los remordimientos, así que aquí me he quedado. Esto es lo que me queda de él. No gano lo suficiente para vivir en otro lugar y mantener este. Trabajo tocando en algunos locales, nunca aprendí a hacer otra cosa.

–¿Y nunca ha vuelto a actuar con Lil Johnson?

–No, claro que no. Ella dejó de cantar *blues*. La retiraron de esto.

En *El blues de Adán Montemayor,* Lil Johnson habló de un joven acaudalado que había estado dispuesto a casarse con ella a pesar de ser la «cantante puta» del Memphis Club. Decía que perdió con él una oportunidad entre un millón. La anécdota finalizaba prácticamente con esa confidencia, y quizás fue lo que hizo que Ramón la reflejara en el expediente. ¿Quién podía ser aquel hombre? ¿Tal vez era el mismo que al final la retiró del Memphis?

–¿La retiraron? ¿Se trató de un hombre? –le pregunté a Sam mientras continuaba tocando el piano.

–Claro, un hombre, con Lil siempre eran hombres. Al final consiguió a uno que la sacó de la miseria, tanto fue el cántaro a la fuente…

–¿Era un joven rico? –intenté corroborar.

–¿Don Moisés? Rico sí, joven no. Le pasaba más de veinte años. Mira que Lil estuvo con gente interesante como para acabar con ese. Era un nuevo rico que hizo fortuna con los negocios

inmobiliarios. Había heredado bastante terreno rústico que se recalificó y acabó dejándole un dineral. Es el dueño de Mozerca, la constructora. Seguro que les suena.

–Sí, claro –confirmó Elena–. También creemos que Lil tuvo una relación con nuestro viejo jefe, Ramón Vidal. ¿Es cierto?

Nos habíamos presentado como investigadores privados, pero ahora era una profesión menos exótica que en los años ochenta, cuando habría resultado inevitable que Sam nos relacionara con Ramón.

–¿Trabajaban para Ramón Vidal? ¡Qué cabeza! Ahora recuerdo que él también llegó al Memphis preguntado por Adán Montemayor. Luego se convirtió en un habitual. Se sentaba en esa barra a hablar con *Bi-bí* sobre Nueva York. Era un auténtico neoyorkino, padre lo exprimía como a una naranja. Ramón fue lo más cerca que *Bi-bí* estuvo de La Gran Manzana. ¿Cómo se encuentra el viejo Vidal, hace mucho que no sé de él?

–Murió hace poco, cáncer de pulmón –sentencié adelantándome a su siguiente pregunta.

El ritmo del piano adquirió más lentitud, como si se acoplara al sentimiento de tristeza que acaba de embargar a Sam.

–Lo siento, no me había enterado. Creo que la última vez que lo vi fue en el funeral de mi padre, y de eso ya han pasado unos años.

–¿Es cierto que él estuvo con Lil? –insistió Elena, que no quería saber tanto eso, que era un hecho, sino averiguar si su relación fue pública.

–Sí, claro que estuvo. Él estuvo con Lil y también estuve yo. ¡Por Dios, hasta Bi-bí estuvo con Lil antes que nosotros! –Sonrió el hombre.– ¿Cómo piensan que Lil Johnson acabó en el Memphis club?

»Llegó cuando el club llevaba solo un año abierto y apenas teníamos ganancias. Por aquella época tocaba yo y cantaba una negra a la que padre le pagaba clases para que intentara aprender blues. Pero no había manera, aquella chica no tenía alma para esto, y yo probablemente tampoco. No toco mal y me encanta el *blues*, pero me falta alma.

–¿Y Lil la tenía?

–Oh, sí señor, la tenía. Para cantar *blues* hay que tenerla rota, y Lil la tenía.

»Vino al *Memphis* con aspiraciones de ser cantante. Antes la habían echado de otros locales donde había música en directo. No cantaba bien pop, ni rock, ni nada de lo que estaba de moda, su

voz estaba rota, como ella misma, pero tenía alma para el blues, eso sí. Se cameló a Bi-bí hasta que le dio una oportunidad...

–¿Quiere decir que se lo ligó?

–Claro, eso era lo que hacía Lil… No lo digo como nada malo, no digo que no quisiera a la gente con la que estuviera. Creo que Lil nos amaba a todos como único podía, como único sabía. Pero sin lugar a dudas su cuerpo fue la llave que más puertas le abrió. *Bi-bí* comenzó a pagarle las clases a ella y no a la otra, y allí empezó a cantar Lil Johnson, que daba gusto de oírla.

–¿Estuvo mucho tiempo con Ramón?

Sam dejó de tocar un segundo como si le hiciera falta concentración para recordar aquello. Luego volvió a pulsar las teclas del piano al tiempo que nos contestaba.

–Es difícil de saberlo. Me cuesta recordar cuando empezaba Lil con un hombre y cuando acababa con otro. Yo diría que más bien nos solapábamos unos con otros.

»Cuando estuvo con Ramón estaba obsesionada con mejorar su pronunciación, y antes de eso estuvo con aquel profesor que le daba clases de inglés…

–Con Marcos –precisó Elena.

–Sí, justo con él. Y antes de él estuvo conmigo. ¡Joder, toqué en aquella época más de lo que le he hecho en el resto de mi vida! Lil me obligaba a ensayar con ella una y otra vez para pulir sus canciones.

–Y antes de eso estuvo con Bi-bí –apunté yo mismo.

–Sí, claro, antes y al mismo tiempo también, porque lo único cierto es que Lil jamás ha estado sola desde que la conozco. Y luego ya por fin estuvo con Moisés Zerpa. Y supongo que ya él le habrá dado todo lo que necesite, porque entonces la perdimos los demás.

–Los utilizaba, ¿no?

–¿Cómo? –preguntó Sam sin entender del todo a lo que se refería Elena.

–Quiero decir que parecía liarse con ustedes para sacarles provecho, ¿no? Primero su padre para las clases de canto, luego usted para los ensayos, Marcos y Ramón para el idioma, y por fin el hombre rico. Se diría que era una mujer fría que no buscaba nada más que su beneficio.

–No, qué va. Lil no era una reina de hielo. Lil era fuego.

–Pero se aprovechaba de ustedes –dije apoyando a Elena.

–Puede que sí, pero quien ama siempre lo hace por interés. ¿No creen? Otra cosa es que los intereses de Lil fueran más mundanos

que los de la mayoría. Pero estoy seguro de que sí que nos quería, solo que esa era la forma que ella tenía de querer. Creo que no había aprendido otra. Y nosotros tan contentos con ella, nunca nos engañó. Solo queríamos colarnos en su cama, aunque creo que también teníamos claro que nadie perduraba allí. Ni siquiera aspirábamos a tenerla en exclusiva. Ella no engañaba a nadie, era transparente, como cuando cantaba. Lil no era una de esas mujeres con las que se forma una familia.

»Con Ramón puede que estuviera un año o así, no lo sé. Él la quería, eso seguro. Y él era uno de esos hombres con los que nadie funda tampoco una familia. Llegué a pensar que Lil al final había encontrado su media naranja, pero fue solo un espejismo.

–¿Y con Moisés Zerpa? ¿Tampoco permaneció mucho con él?

Sam desplegó de nuevo su sonrisa y miró hacia el techo del Memphis Club, cerrando los ojos mientras saboreaba la melodía del piano.

–Pues en cierta manera Lil Johnson tampoco estuvo demasiado con él, quizás menos que con nadie, y en cierta forma todavía sigue con Moisés, por lo que yo sé.

–No lo entiendo. ¿Qué ocurrió? –se apresuró a indagar mi compañera sentándose junto a Sam en la butaca del piano.

–La relación de Lil con Moisés fue extraña. El tipo se quedó prendado de ella desde que la conoció. Lil habría acabado en su cama en unas semanas si no fuera porque estaba con Ramón. Creo que tu jefe fue el primero que intentó retenerla, no comprendió algo que supimos los demás desde el principio: Lil no pertenecía a nadie.

»Lil andaba entonces con Ramón pero no estaba teniendo suerte. Ella pensaba que se haría rica cantando *blues*, *Bi-bí* se lo metió en la cabeza. Creía que si llegaba a escucharla alguien del mundillo musical podría hacerse un hueco en él. Sin embargo, por esa época cada vez resultaba más evidente que no había sitio para ella.

»Había grabado un disco…

–¿Un *single*? –le pregunté, convencido de que se trataba de las copias que Ramón guardaba en su caja fuerte.

–Sí, justo, el único disco de nuestra Lil Johnson que vio la luz.

–Pero no eran sus canciones, ¿no? Eran las de la auténtica Lil Johnson.

–Sí, claro, era todo un despropósito. Lil servía para cantar los *blues* de otros, pero era incapaz de componer, y tampoco había nadie que lo hiciera para ella. Aquello no tenía ningún sentido,

pero Lil estaba desesperada por hacer fortuna y abandonar el anonimato, y Ramón no la dejaba marchar.

»Moisés la pretendía, y lo normal era que Lil hubiera acabado acostándose con él a cambio de que la agasajara como a una reina. Pero tu jefe se empeñó no solo en retenerla sino en no compartirla.

»Ramón la hipnotizó con el proyecto de un disco. Le dijo que lo pagaría e intentaría ponerlo en el mercado, y que utilizaría sus contactos para que se vendiera y para que por fin se la conociera. Se gastó una fortuna que no tenía en aquello pero tampoco sirvió de nada. Eso era algo que *Bi-bí* les podría haber advertido de antemano.

»Aquello fue un batacazo para Lil, por fin comprendió que su voz nunca la sacaría del Memphis ni de su pensión.

–¿Y entonces fue cuando empezó a pensar en acostarse con Moisés?

–Bueno, en cierto modo sí. La verdad es que a veces la vida resulta irónica, es como si todo fuera una gran broma, un chiste que nunca cabe en un blues.

–¿Por?

–Porque después de que alguien como Lil se pasara la vida acostándose con cualquiera para conseguir lo que deseaba, vino a alcanzar sus deseos justo por lo contrario.

»Moisés Zerpa no comprendía como una mujer tan fácil podía estársele resistiendo. No sabía que Ramón estaba jugando sus cartas con un disco imposible, así que el empresario comenzó a obsesionarse con Lil. Los nuevos ricos siempre albergan la certeza de que todo se consigue con dinero, y Moisés era uno de ellos.

»Le mandaba flores todas las noches de actuación al camerino, y luego regalos cada vez más caros. Supongo que Lil no le correspondía primero porque temía perder los contactos de Ramón para lo de su disco, y luego, cuando ya aquel vinilo no iba ninguna parte, porque ya se había dado cuenta de que negarse al constructor era un método más eficaz para tenerlo a sus pies que acostarse con él. ¿A que resulta irónico? Moisés cada vez se esforzaba más en conseguirla, sin comprender como un muerto de hambre como Ramón podía mantenerla a su lado casi sin recursos.

»Lil continuó dejándose tentar hasta que al final aquel hombre le pidió matrimonio, puede que solo para tenerla, para ser el único de nosotros que había ganado aquella partida del todo.

–Y entonces ya Lil tenía a su hombre rico que la mantuviera, y más ahora que sabía que la música no la iba a llevar muy lejos –deduje yo.

–Justo, ella nunca pensó que pudiera acabar atrayendo tanto a un hombre como para que le propusiera aquello. Por aquel entonces había mujeres con las que uno se acostaba y mujeres con las que uno se casaba, y ella no pertenecía a las segundas.

–Así que no desaprovechó la oportunidad.

–Su jefe ya no pudo retenerla entonces, ni tampoco *Bi-bí* y el *Memphis Club*. Aquella era la única puerta de salida de la pobreza que Lil iba a encontrar y no estaba dispuesta a desaprovecharla.

–Pero decía que en cierta medida aún estaba con Moisés y en cierta forma ni siquiera había pasado con él demasiado tiempo. ¿A qué se refería? ¿Qué les ocurrió?

–Ya se lo dije. Lil no era una de esas mujeres con las que uno se casaba, y menos aún si eras un constructor en alza como Moisés Zerpa, que buscaba hacerse un hueco entre las familias más influyentes de la ciudad.

»Él no se habría casado con una cantante de un local cutre, ni con una mujer que ya hubiera conocido a tantos hombres como los que conoció Lil. Nadie respetable querría casarse con alguien así. De modo que, en cierta forma, ella dejó de ser Lil Johnson cuando se casó con él. Era como si nunca hubiera existido como tal. Dejó de cantar y, por supuesto, dejó de abrirle su cama a otros hombres. Todo eso era lo que necesitaba Moisés para poder tenerla a su lado.

»Por cambiar, hasta dejó de llamarse Lil Johnson. Ese fue el nombre que le dio *Bi-bí* cuando la contrató para el *Memphis*, pero tal como cantaba era el nombre con el que tenía que haber nacido. Junto a Moisés volvió a recobrar su viejo nombre…

–Elvira –pronuncié yo.

Elena me miró con asombro, pues no conocía mis sospechas de que la cantante era la misma mujer que había asistido de improviso al velatorio del detective.

–Efectivamente, amigo mío, Lil se convirtió en Elvira Santa Cruz. De algún modo, don Moisés Zerpa Cabrera logró quedarse con la mujer con la que todo el mundo deseaba y, al mismo tiempo, se casó con alguien que no tenía ya nada que ver con ella.

»Puede que, al final, la única persona del *Memphis Club* que no deseara a Lil fuera la propia Lil, o tal vez se hartó de ella misma en esos años. Ahora que no creo que nada de esto tenga que ver con el asesinato de Adán. Me parece que ustedes me han dado alas y yo me he ido por las ramas.

–¿Adán también se encaprichó con ella, con Lil Johnson?

–Supongo que sí, era imposible no hacerlo. Era uno de esos

deseos trágicos e inevitables que se cantan en los *blues*. Quien único parecía inmune a su hechizo era Marcos, y aún así terminó cayendo en sus redes.

Aquello me intrigó, en el expediente Lil insinuaba que Marcos nunca la amó.

–¿Por qué dice eso?

–Marcos no fue nunca un gran amante del *blues*. Fue Adán el que se encargó de encontrar el *Memphis* cuando regresó a Canarias.

»Era un buen muchacho, eso seguro. Se había aficionado al género frecuentando algunos locales de Madrid. Marcos era otra cosa, yo ni siquiera entiendo por qué regresó de la península. Le encantaba aquello, y sobre todo la noche madrileña. No pintaba nada en un sitio como este.

»Venía a rastras de Adán, siempre andaban juntos. Eran buenos chicos los dos. Solían quedarse cuando cerrábamos, hablando con *Bi-bí,* conmigo y con Lil. Adán no era ningún snob y Marcos era un muchacho de barrio, listo como el hambre, pero sabía moverse en nuestro mundo, ¿sabe? No se la daba más que nadie por tener dos carreras.

–¿Y Adán se colgó de Lil?

–Claro, desde el primer momento. Se notaba a kilómetros. Ella era un fruto prohibido para los niños bien. Era auténtica, no como las mojigatas con las que se criaban.

»Por ese entonces yo era su pareja y me imaginé que el muchacho sería mi relevo… Yo sabía cómo funcionaba aquella mujer. Todos los sabíamos, ella no engañaba a nadie, ni siquiera le hacía falta, todos aceptábamos las reglas de su juego con tal de que nos dejara meternos en su cama.

–¿Y Marcos no, no se prendó de ella desde el principio?

Sam había dejado de tocar hacía unos minutos y se había cruzado en su banqueta, con Elena sentada aún al lado y yo de pie sobre el escenario, apoyado en el piano.

–No. Eso se sabe. O al menos yo lo sabía. Llevaba lo bastante con Lil como para adquirir una especie de sexto sentido que tenía que ver con eso. Sabía que la perdería, y todo el tiempo se me iba en imaginarme quién me la quitaría, quién la ansiaba. Lo detectaba en una mirada o en una mano que buscaba rozarse con ella, o en lo pretenciosos que nos ponemos los hombres cuando nos pavoneamos para resultar más atractivos.

»Adán, por ejemplo, se embobaba cuando se enamoraba. Solo tenía que llegar Lil a nuestro lado para que se le trabara la lengua

y hablase menos, como si se avergonzara de sí mismo. Pero Marcos no daba muestras de nada de eso. Al principio Lil le agradaba lo mismo que mi padre o que yo mismo, pero nada más. Nuestra forma de actuar cambia cuando estamos enseñando nuestro plumaje, y eso en Marcos no se daba. Luego, incluso, diría que la cosa empeoró con ella antes de mejorar del todo. Marcos pareció cogerle cierta manía.

–¿Manía?

–Sí, era raro. Puede que esa fuera una de esas pistas de las que te hablaba antes, de las que te hacían saber que un hombre empezaba a estar loco por una mujer. Tal vez, esa era la de Marcos. Era extraño, porque él, que era un chico muy amable, empezó poco menos que a infravalorarla. Le llevaba la contraria a menudo y, continuamente, le corregía la pronunciación de sus canciones. Tal vez quería hacerle notar lo mucho que valía él para cazarla.

–Pues vaya forma, ¿no? Humillar a alguien.

–Cierto, la mejor manera de encantar a una mujer no es señalando sus defectos, pero Marcos tampoco era un don Juan. Sea como fuere, una vez más demostró ser más listo que todos nosotros, porque se quedó con la chica muy a mi pesar, que era quien ostentaba el título, y a pesar también del propio Adán, que cuando menos se lo esperaba se encontró con un palmo de narices.

–¿Y eso no los enemistó a los dos?

–¿A Adán y Marcos? Claro que no. Estuvimos más cerca de acabar mal mi padre y yo por Lil que lo que lo estuvieron ellos.

»Nunca vi a dos hombres más unidos, eran más que hermanos, más que familia. Adán supo digerir el mal trago, y eso que estaba muy colgado por Lil. Puede que él supiera que en el fondo ella nunca pertenecería a nadie, o puede que hasta Marcos le hubiera quitado un peso de encima. Ella no era mujer para un Montemayor y sí para un chico de Casablanca.

»Además, dudo que nada hubiera podido interponerse entre Marcos y Adán. Nunca escuché a ninguno reprocharle nada al otro, ni siquiera lo de Lil. Puede que tuvieran poco que ver, pero llevaban toda la vida siendo amigos.

–La muerte de Adán tuvo que ser dura para Marcos, ¿no?

–Lo cambió todo para él, no sé si llegó a recuperarse.

–¿Por qué?

–Fue como si lo paralizara. Marcos había vuelto a Canarias después de terminar de estudiar y se tomaba un tiempo para saber lo que iba a hacer con su vida.

»Le tentaba volver a la gran ciudad, pero también tenía otras opciones. Le habían ofrecido trabajo en La Universidad de La Laguna y también estaba tentado a intentar lo del doctorado o algo así. Tenía muchas alternativas y quería decidir bien. Mientras, trabajaba dando clases particulares y bebía los vientos por Lil, pero aquello tenía fecha de caducidad. Adán, Lil, mi padre y yo, todos en definitiva, suponíamos que más tarde o más temprano Marcos se decidiría, y entonces haría algo importante y llegaría lejos.

»Era un prodigio, lo tenía todo para triunfar. Adán tenía claro que con el tiempo su amigo lo desbancaría en cualquier expectativa que él tuviera. Marcos acabaría siendo un hombre importante, un rector, un juez o un político de renombre, y Adán no pasaría de ser un empresario de segunda generación que había heredado la administración de los negocios familiares.

–Sin embargo no fue así, ¿no? Marcos nunca acabó por hacer nada importante.

–Efectivamente. Después de lo de Adán sus planes se convirtieron en humo, pero no porque le faltara capacidad, sino porque perdió todo el empuje. Se despreocupó de todo y se conformó con vivir de dar clases particulares y con alquilarse aquí y allá alguna habitación.

»Hasta le importó poco que Ramón le arrebatara a Lil, ya nada parecía preocuparle. No sé exactamente cómo ocurrió, pero fue como si, cuando murió Adán, Marcos perdiera la fe en que las cosas pudieran acabar bien. Lo cierto es que eso tiene algo de sentido, porque si alguien se merecía que todo le fuera bien, ese era Adán Montemayor. Era como si le hubieran repartido las mejores cartas en una partida de póker y no le dieran el tiempo suficiente para mostrarlas. Puede que Marcos pensara que todo carecía de sentido después de eso, no lo sé.

Poco después nos despedimos de Sam, él salía para tocar en una cafetería de la calle Pérez Galdós, una peatonal paralela a la calle de Triana.

Elena y yo caminamos de vuelta a la agencia por las calles que habían constituido hacía más de dos décadas el escenario en el que sucedieron las relaciones del detective con los habituales del *Memphis Club*. El pianista nos había desvelado el origen de los vinilos de la caja fuerte. Eran las pruebas de su último intento de mantener a Lil a su lado.

–Tiene que ser ella –concluyó Elena mientras regresábamos a pasar la noche en la buhardilla.

–¿Ella, quién? –pregunté para situarme.– ¿En qué estás pensando?

–La mujer a la que se refería Marcos cuando fue a hablar con Ramón, aquella a la que le contaría el secreto si Ramón lo dejaba. Debe de tratarse de Lil Johnson, ¿no?

–No lo sé, es una posibilidad.

–¡Oh, vamos! Todo cuadra. ¿De quién se iba a tratar si no? Ramón se pasaba la vida escuchando sus discos, tenía sus vinilos en la caja fuerte, y esa mujer estuvo relacionada con Marcos. Debe de tratarse de ella. Si hubo una mujer importante en su vida fue ella –volvió a concluir–. Es evidente.

–No estoy tan seguro. Ahora mismo sabemos bastante de Marcos y poco de Ramón. ¿Qué secreto puede ser? ¿Qué podría contarle Marcos Quintana a Lil Johnson que ella necesitara saber después de tanto tiempo? Al fin y al cabo ella lo dejó, ¿no?

–¿De qué otra mujer podría tratarse si no? ¿Qué otra mujer importante había en su vida a la que le pudiera haber ocultado algo?

–¿No lo has pensado, señora Hudson? ¿Solo te has centrado en Lil?

–Sí ¿En quién estás pensando tú, Watson?

–En Inés Montemayor, tal vez tenga que ver con ella. ¿No se te había ocurrido? También está relacionada con Marcos, y hay algo raro con ella. Ramón no le dio ese expediente, de eso estoy seguro. ¿A qué vendría darle a una clienta algo así, donde cuenta lo de su relación con Lil? Inés debió de conseguirlo de otra manera.

–¿Pero por qué?

–Eso resulta evidente: porque no se fiaba de Ramón, porque cuando él dio por cerrado el caso ella debió de imaginarse que sabía más de lo que le decía, ¿no crees? Si todo fue así, también resulta fácil imaginarse qué secreto le podían estar escondiendo Marcos y Ramón a Inés Montemayor.

–¿La identidad del asesino de Adán? ¿Estás pensando en eso?

–Eso también tendría sentido, ¿verdad? La mujer de la que hablaba Marcos sería Inés y el secreto el nombre del asesino. Eso también explicaría por qué Inés se hizo con el expediente, supondría que este le estaba ocultando algo sobre la muerte de su hermano.

Inés se agarró a mi brazo presa de un escalofrío. Cuando empezamos a indagar sobre todo aquello, esperábamos dilucidar la intimidad del detective, quizás una relación amorosa o un secreto de familia, pero si mi hipótesis era acertada nos encontrábamos

ante un asunto mucho más grave.

–¡Joder, Juan! Si eso es así, esto empieza a dar miedo.

–No sé, en cualquier caso son solo conjeturas. Sea como fuere, creo que ya podemos hacerle a Marcos una visita.

12

La única pista que teníamos de la residencia de Marcos nos obligó a abandonar la ciudad de Las Palmas. Las señas de las que disponíamos lo situaban en la costa de la ciudad de Telde, a unos veinte minutos en coche de la capital.

Mientras el pequeño *fiat* abandonaba la autopista para descender hasta la costa, sentí por primera vez que el interés de Elena por aquel caso había menguado. Solo había transcurrido un día desde que encontramos el Memphis Club e interrogamos al pianista, y desde entonces no nos habíamos separado. Si algo había obrado ese cambio se había propiciado en sus adentros, y estaba convencido de que se debía a la posibilidad de que al final aquella investigación nos llevara a descubrir la identidad del asesino del joven Montemayor.

Con todo, creo que la autoría de un homicidio nos decepcionaba a ambos, y no solo a Elena. Yo anhelaba una clave que me ayudara a descifrar la existencia del detective, que diera una explicación a toda su extravagancia, a la soledad que había cultivado durante años y al hastío que acompañaba cada uno de sus actos, como si en su vida no hubiera nada más importante que los acertijos y que redescubrir una y otra vez que todo el mundo se engañaba, que al final nos ocupaban más los secretos y la hipocresía que las bondades.

Elena, por su parte, buscaba algo que la excitara, un descubrimiento que desatara su emoción, un logro o un éxito que la arrebatara de los esfuerzos baldíos que invadían su vida mientras continuaba atrapada en la telaraña del ingeniero Pedro. Frente a eso, el misterio de una muerte que parecía más un accidente que un asesinato resultaba un hallazgo desalentador, que apenas albergaba otra historia que la que pudiera ser fruto de la casualidad, del golpe mal dado que acabó con la vida de Adán Montemayor sin impartir otra lección que la de adoctrinar sobre el absurdo de la existencia, que a poco que uno se descuide se apaga sin sentido.

Elena estaría sintiendo esa sensación de no querer saber a la que yo ya estaba acostumbrado. Y no solo porque el final de la investigación pudiera significar más una decepción que un éxito, sino porque también la incitaba a ello el estado en el que se encontraba su relación con Pedro.

Yo no había sustituido al ingeniero ni había propiciado su olvido, únicamente postergaba su presencia. Distraía a mi compañera de sus sentimientos mientras le proporcionaba los medios necesarios para ejecutar una revancha que más que alejarlo de ella solo devolvía a su relación un equilibrio enfermizo.

–¿No has vuelto a hablar con él? –le pregunté mientras ella tenía la mirada perdida.

–¿Con quién?

–¿Con quién va a ser? Contigo solo hay un «él».

–No, claro que no. ¿Para qué? Ahora ya me tienes tú atendida –me sonrió al tiempo que me acariciaba el muslo.

–Eso es solo vicio –bromeé.

–Ya lo sé, pero el vicio está bien. Quizás solo me haga falta vicio de momento, porque lo otro era más bien una tortura, y vicio había poco.

–Últimamente no haces nada más que quejarte de él. No entiendo cómo lo has aguantado tanto si era tan terrible.

–Y yo lo que no entiendo es cómo te ha dado a ti últimamente por defenderlo tanto. ¿Acaso te tiene a sueldo para que me convenzas de que vuelva con él?

–No, qué va, creo que para eso se bastaría solo. Si ahora volviera a la isla, si te dijera que ha dejado a Susan y que quiere estar contigo. ¿No lo aceptarías de nuevo?

–¿Después de haberme engañado?

–Bueno, estrictamente no te ha engañado, ¿no? Supuestamente ya no eran pareja.

–Odio esos “supuestamente”, de verdad.

–Bueno ¿Te sentirías traicionada si yo ahora empezara con otra?

–No, claro que no, pero eso es diferente. Lo nuestro es, no sé, un rollo o algo así.

–O estás tomándote la revancha con Pedro y punto, ¿no? Tal vez acabes otra vez con él.

–No lo sé, puede que sí. No me atrevo a decir que de esa agua no beberé.

–Pero te quejas de él siempre que hablamos de ese tema.

–Me hace falta rajar de él. Lo necesito para no verme llamándolo otra vez. Sé que, como le dé tiempo, acaba convenciéndome de que lo de Susan es algo normal, y ya estoy harta de que me convenza de todo.

–¿Y qué tiene de bueno? ¿Por qué volverías a su lado?

–Yo que sé, será como esa canción de Lil Johnson, la de *Evil*

Man Blues. No me lo puedo sacar de la cabeza aunque quiera. Además, yo no soy de las que abandonan. ¿A ti no te da la sensación de que cuando acabas con alguien significa acabar con todos los esfuerzos que has hecho?

»Joder, a veces pienso en todo lo que me ha costado estar con Pedro y es que me niego a que esto termine mal. Recuerdo lo difícil que fue empezar a salir, las broncas con mis padres y lo que hemos pasado juntos, y me niego a reconocer que todo eso se pueda tirar por la borda definitivamente.

»Después de tanto tiempo y tantos esfuerzos, me cuesta darme por vencida. Siempre me corroe la duda de si el último esfuerzo no será el último necesario, el último que tenga que hacer para que todo vaya bien.

–Por esa regla de tres te puedes pasar la vida haciéndole concesiones a tu ingeniero sin que se acabe la tortura.

–Ya, pero es difícil. No es como la gente dice, no se trata de empezar de nuevo cada vez que terminas una relación. No es así. Ya sé que yo no tengo mucha experiencia en eso. ¿Pero tú dirías que cuando terminas con alguien estás como te encontrabas al principio? ¿Tú crees que tu madre o alguna de sus amigas diría lo mismo?

–Seguro que no. Todo tiene un coste. Para empezar ese coste es el tiempo que ha transcurrido, uno no puede volver al punto de partida. Luego creo que hay otro coste, uno menos evidente, que es algo así como una pérdida de fe.

–¿La fe? –se extrañó Elena, que no me creía capaz de hablar de algo que tuviera que ver con la espiritualidad– ¿Qué fe? ¿La fe de creo en Dios padre y todo eso…?

–¡Qué coño va a ser esa fe, Elena! ¿Tú me vez cara de monaguillo? No, me refiero a que terminas perdiendo la fe en que tu historia con alguien pueda funcionar.

»Eso pudo ser lo que le ocurrió a Ramón. Yo nunca habría dicho que fuera capaz de mantener una relación estable con nadie. Ramón no creía en ese tipo de cosas. Hacía gala de ello, decía que había solo dos tipos de parejas, las que ya habían acabado mal y las que acabarían de esa manera.

–Pero parece que cuando estaba con Lil pensaba de otra manera.

–De todo lo que nos contó el pianista eso fue lo que más me llamó la atención. Ese hombre describía a un Ramón Vidal que yo no conocía, a uno capaz de empeñarse en continuar con una mujer. Estaba enamorado de ella. Ese no era mi Ramón. Mi Ramón

Vidal ya no tenía fe en esas cosas, y siempre creí que era algo que fue así desde el principio, o igual ni me planteé que pudiera ser de otra manera…

–Y, sin embargo, antes parecía diferente.

–Por eso creo que nos vamos dejando algo de fe cada vez que termina una relación.

–Quizás tengas razón. Ahora mismo no me quedan fuerza para nada serio después de terminar con Pedro. Me resultaría agotador empezar otra vez a adaptarme a un tío, tener que conocerlo y hacer concesiones. Y si eso lo pienso yo, que solo he estado con Pedro, no me quiero imaginar a quienes llevan años cambiando de pareja. No me explico de dónde sacan la energía.

–Al final pones el piloto automático y tampoco le das demasiadas vueltas a la cabeza –le expliqué–. Estás con alguien y das por hecho que tampoco va a ser definitiva, la supones otra persona de transición.

–¿Es lo que te pasó a ti con Andrea?

–Puede que sí –reconocí–. Tenía bastante asumido que era algo eventual. Yo le pasaba unos cuantos años y suponía que se colgó de mí por eso, y porque lo de ser detective podría hipnotizar a una chiquilla de instituto. Creo que aproveché las circunstancias y punto. Y luego duró, pero nunca creí que fuera la mujer de mi vida.

–¿Y a esa cómo la vas a reconocer?

–No lo sé, no hay un libro de instrucciones para eso. Tal vez espero que en ese momento salte una alarma o algo.

–Parece que la mujer de la vida de Ramón fue Lil Johnson. A lo mejor se dio cuenta de eso cuando se marchó y entonces se le acabó la fe en las relaciones. Si lo suyo no funcionaba con Lil ya no funcionaría con nadie más.

–Quizás por eso escuchara tanto ese vinilo, era lo único que le quedaba de Lil.

–¿Pero por qué se dio por vencido? No es que Lil hubiera muerto o que se hubiera marchado del país, solamente se había casado con Moisés Zerpa. Ramón mejor que nadie sabría que un matrimonio no es nada definitivo, él se ganaba la vida demostrando eso. Podría haber estado ahí, en las sombras, esperando a que Lil se cansara de su marido. Pero por lo que sabemos abandonó esa partida, cortó por lo sano cuando Moisés le ganó la chica.

–Tal vez es lo que decía Sam, que cuando Lil pasó a llamarse otra vez Elvira Santa Cruz dejó de ser la cantante de la que Ramón

se enamoró. A veces pasa, en ocasiones descubres que la persona con la que estabas no es exactamente como tú creías.

–Cuesta imaginar que uno se equivoque tanto con alguien. Si eso es así casi preferiría no saberlo.

Ya estábamos aparcando en la calle de la pensión de Marcos.

–No me lo puedo creer, estás cambiando, señora Hudson. Si sigues así, nunca podré ascenderte a Holmes.

–¿Por qué dices eso?

–Porque acabas de admitir que no quieres saber algo. Tú siempre quieres saber. En ese aspecto eres como Ramón.

–La verdad es que empiezo a pensar que hay cosas que prefiero no saber. Creo que agradecería no haber oído hablar de Susan en mi vida, al menos si al final lo mío con Pedro no ha acabado aquí. Y tampoco sé si quiero averiguar a estas alturas quién fue el asesino de Montemayor. Me da miedo.

Bajamos del automóvil y avanzamos por la calle. La *Casa Morales* era el último paradero que le conocíamos Marcos y se encontraba apenas a treinta metros de allí. La calle trasera era la avenida marítima de Telde y el olor a salitre flotaba en el ambiente. Allí abundaban las viviendas unifamiliares y los edificios de solo dos o tres plantas.

–¿Por qué te da miedo saberlo? No parece peligroso. Seguramente solo fue un tipo que le dio un mal golpe a Adán. No creo que se trate de la mafia ni nada por el estilo –intenté tranquilizarla.

–No, no me refiero a eso, bobo. Ya me imagino que no es peligroso, es solo que saber implica cierta responsabilidad. Saber algo a veces te obliga a hacer algo.

»¿Qué ocurre si al final averiguamos quién mató a Adán? A lo mejor fue solo un pobre diablo que tuvo mala suerte. Eso es lo que parece. Y, sin embargo, cuando lo sepamos, ya no sabremos si podremos estarnos quietos. Quizás nos veamos obligados a contarlo, o a decírselo a la policía, porque no parece que podamos callarnos algo así, y a saber si quien haya sido se merece que lo vayan a detener después de tanto tiempo.

–No lo sé, ya veremos. Además, te aseguro que si Ramón no descubrió eso en su momento, nosotros no tendremos mejor suerte. Pero por lo menos tenemos que hablar con Marcos, no podemos dejarlo ahora a mitad, después de tanto indagar –sentencié.

De alguna forma, aquellas palabras y nuestras acciones ejemplificaban la hipótesis de Elena: el conocimiento obliga. Si nos

encontrábamos cerca de la Casa Morales era simplemente porque saber nos había impelido a actuar. Aquella visita de Marcos al lecho de muerte de Ramón había desatado mi curiosidad, y mis confidencias a ese respecto con Elena la suya propia. Era el conocimiento y la tentación que evocaba este lo que nos movía. Generaba la inercia de nuestros actos puede que hasta a nuestro pesar, porque no veíamos el momento de abandonar las pesquisas para asumir que lo que indagábamos nos era ajeno. En sentido estricto no era asunto nuestro. Así, al menos, solía pensar yo. Ramón y Elena, al contrario, concebían la verdad como algo universal, como un bien común. Si algo era cierto uno tenía derecho a conocerlo, no se traspasaba con ello fronteras ni se adentraba uno en territorio vedado. Por eso no entendían de secretos ni los respetaban.

Me inquietaba que un hombre como el detective, que dedicó su vida a airear los secretos de los otros, hubiera puesto tanto empeño en guardar uno hasta después de su muerte. A Ramón nunca le tembló la mano para sacar una fotografía, grabar una cinta o robar pruebas con las que demostrarle a uno de sus clientes que alguien le mentía. Yo titubeaba cada vez que me tocaba informarle a un cónyuge de que su pareja lo engañaba, más aún si gozaba esta de una familia y de una vida relativamente feliz. Solía preguntarme en esas ocasiones si no hacía más bien la propia mentira o el secreto que la verdad, si no articulaba esta segunda más desgracias que lo otro. Encarna más peligros el conocimiento que la ignorancia, porque este siempre subvierte lo establecido y a menudo nos obliga a la acción. La ignorancia nunca motiva un cambio, jamás obra artificio alguno sobre lo ya existente. Simplemente lo posterga y lo protege. ¿Cuántos no habrán vivido dichosos cegados por mentiras? No estaba convencido de que la verdad nos hiciera libres. Ramón sí lo estaba. No consideraba que nada pudiera salvarse con la excusa de un secreto, tenía una fe ciega en ella como no la tenía en Dios ni en nadie. Creía que la verdad era como la humedad de las casas viejas, que siempre salía a la superficie. Rezumaba sobre la piel de la realidad, revelando lo que las falacias intentaban vanamente tapar.

No obstante, su conversación con Marcos subvertía la máxima de Ramón. Un hombre que no había creído sino en la verdad, reconocía al final de su vida que guardaba un solo secreto que al parecer le pertenecía a otra persona, puede que a Lil Johnson o a Inés Montemayor. Aquella debía ser la excepción a su regla, y a mí no dejaba obsesionarme qué tan valioso sería aquello que Ramón

Vidal intentaba proteger con una mentira, traicionando de ese modo su única religión.

Unos minutos después nos encontrábamos en el patio trasero del hostal. Habíamos tenido suerte: una empleada nos informó que Marcos continuaba viviendo allí. Nos hizo cruzar la vivienda para salir de nuevo al exterior por el otro extremo, a un patio con vistas a la avenida marítima. Este se encontraba lleno de mesas y sillas de terraza para que los clientes de la pensión disfrutaran del clima canario en un entorno envidiable.

Yo reconocí al hombre que visitó a Ramón Vidal en la clínica antes de que la empleada de la casa lo llamara.

–Marcos, tienes visita –lo llamó desde la cristalera que abría el paso al patio–. Ese es– nos dijo a nosotros.

La chica era joven, alta, corpulenta, morena y con el pelo cortado a la altura de la nuca.

–Ya lo sé –le contesté–. Gracias por todo.

Supuse que Marcos tampoco tardaría en reconocerme, así que me adelanté para presentarme. Elena iba a mi lado. El día se había levantado despejado y el profesor había abierto la sombrilla de su mesa para defenderse del sol. Leía un volumen grueso y tenía junto a él una taza de café mediada, que consumiría lentamente mientras avanzaba en su lectura.

–¿Qué querían? –nos preguntó a los dos aunque su mirada se quedó clavada en mí. Si era tan listo como todo el mundo decía era más que probable que ya me hubiera reconocido.

–No sé si se acuerda de mí –me apresuré con la intención de minar su sensación de desconfianza. Cuando estás a punto de ser descubierto, el movimiento lógico es ganar ventaja revelándote tú mismo–. Nos vimos en una ocasión.

–En la Clínica de San Roque, hace un par de meses, era el chico que estaba con Ramón Vidal, ¿no?

–Trabajaba con él. Esta es Elena, ella es ahora mi compañera. Me imagino que sabe que Ramón falleció.

–Sí, lo sabía y lo siento. Encantado de conocerla, señorita –se levantó para besar a Elena en la mejilla con aparente familiaridad.

–Por fin damos con usted –le sonrió Elena.

La chica llevaba un vestido corto de asillas y unas sandalias, todo de color blanco. El pelo lo llevaba suelto y ni siquiera había traído bolso; yo cargaba con su cartera y su móvil en un pequeño macuto.

–Siéntense. ¿Para qué me buscaban?

–Es por un caso viejo –le comuniqué–. Ha salido su nombre a

relucir en varias ocasiones y no sabíamos si se podría acordar de algo más, de algo que Ramón hubiera pasado por alto.

–Me imagino que se refieren a la muerte de Adán. ¿No es cierto?

Elena asintió y Marcos volvió a tomar la palabra antes de que a mí me diera tiempo de intervenir.

–¿A qué viene eso ahora, después de tanto tiempo? ¿Qué ha pasado para que vuelvan a investigarlo otra vez?

–Lo cierto es que no tenemos nada sobre ese homicidio. Nos ha contratado la hermana de Adán, Inés, porque al parecer antes había contratado a Ramón para lo mismo…

–Lo sé –me interrumpió el profesor–, pero Ramón no pudo averiguar nada, ¿no? Eso fue lo que me contó Inés entonces. ¿Entonces, por qué ha vuelto a su agencia? ¿Por qué removerlo todo otra vez?

–No sabemos por qué Inés acabó de nuevo en la agencia –mentí, al tiempo que rezaba para que Elena estuviera memorizando todo aquello. Si Marcos comenzaba a interrogarla a ella, corríamos el peligro de contradecirnos–. Llegó un día y nos habló de ese caso. No estamos demasiado bien de trabajo, así que lo aceptamos. Eso sí, le advertimos que difícilmente podríamos averiguar nada nuevo.

»Inés nos trajo el expediente del caso y aquello me resultó raro, porque Ramón no daba ese tipo de informes. La mujer insistió en que buscáramos en los archivos más información sobre Adán. Estaba convencida de que Ramón sabía algo más. Fue lo que hicimos pero no encontramos nada. Nos extrañó mucho, ya que Ramón solía ser meticuloso.

»La verdad es que no estoy seguro, pero creo que Inés Montemayor volvió a la agencia cuando murió Ramón por eso. Creo que lleva todo este tiempo suponiendo que mi jefe sabía algo más acerca de la muerte de Adán que lo que le había dicho. Y, ahora que él ya no está, Inés tiene la esperanza de que encontremos esa información.

Aquella mentira no llegaba a serlo del todo. Yo sospechaba que Inés nunca creyó que Ramón le hubiera contado toda la verdad. Por eso, la mujer se habría hecho con un informe que el detective nunca le dejaría. Además, las últimas páginas del *blues de Adán Montemayor* parecían escritas con premura, sin detalle, como si se tratara más de un excusa para cerrar el caso que de un argumento sólido para concluir que resultaba imposible resolverlo.

Deseaba saber si Marcos contemplaba esa hipótesis como algo

posible.

–Tal vez esté en lo cierto, Inés nunca estuvo muy conforme con la investigación, aunque por ese entonces uno no se podía ni hacer a la idea de cómo trabajaba un detective privado. Era algo que se veía únicamente en las películas –la sonrisa de Marcos, esbozada con sus labios finos, desvelaba que las razones le parecían convincentes.

–No sabemos si podremos averiguar algo más, pero eso ya se lo dijimos a la señorita Montemayor. Ella solo insistió en que investigáramos un poco, y la verdad es que no tenemos demasiado trabajo desde que Ramón murió –explicó Elena–. Así que aceptamos el caso… Hay que comer

–Solo queremos repasar lo ocurrido. Eso fue lo que convenimos con Inés–completé yo.

–Para eso me hará falta otro café y tiempo –dijo Marcos–. Espérenme aquí, voy a la cocina y vuelvo.

Quizás Marcos quisiera concederse un respiro para pensar en todo aquello, pero no había manera de evitarlo, así que accedimos con hipocresía a aguardarlo.

–No me puedo creer que lleve tantos años aquí –se extrañó Elena cuando el profesor ya se había ido.

–Hay mucha gente que vive en un cuarto alquilado. No ganará mucho dando clases particulares, o quizás prefiera este lugar por algo.

–Parece un buen hombre, ¿no?

–Sí, sí que lo parece, pero no sé, desconfío de él…

–¿Por…?

–Me cuesta creer que no esté ocultando algo. Cuando habla parece que esté investigándonos a nosotros en vez de al revés. Además, por una parte parece que no tuviera más contacto con Ramón que el caso de Adán, y por otra es evidente que lo conocía bien. En el expediente de Narciso se tratan con familiaridad, y en la clínica también eso resultó evidente. Sin embargo, Marcos no se extrañó de que no hubiéramos encontrado nada sobre Adán en la agencia. Alguien que conociera a Ramón, sabría que era meticuloso con su trabajo, que no le dejaba sus expedientes a nadie y, sobre todo, que no haría desaparecer toda la información de un caso viejo así como así.

–¿Crees que fue él quien sacó el expediente de Adán de la agencia?

–No lo sé. Probablemente habría sido capaz de averiguar el sistema de Ramón para organizarlos, pero habría necesitado

acceso a la caja fuerte, y no sé yo si tendrá esa habilidad. Tal vez lo robó y luego se lo dio a Inés, perdiendo parte del expediente o falsificando parte. Las últimas hojas parecían escritas con otro estilo.

Elena apoyó los dos codos en la mesa y se sostuvo la barbilla con ambas manos.

–No es probable, Watson, no tendría sentido. ¿De qué le serviría a Marcos robar un expediente para dárselo a Inés?

–Puede que ni ella ni él se fiaran de que Ramón les estuviera diciendo toda la verdad.

–¿Y por qué crees que Marcos haría desaparecer parte del informe?

–Descubriría algo que no quería que la chica viera y lo cambiaría.

–¿Y qué no querría que viera?

–Ese es el quid de la cuestión. No lo sé, a lo mejor Ramón sospechaba de él, de Marcos.

–¿Del mejor amigo de Adán? ¿De quién Sam dice que prácticamente era su hermano?

Elena tenía alma de detective, no le importaban tanto los hechos como las causas de estos. Como a Ramón, le obsesionaban los motivos, los motores que accionaban el teatro de títeres que era un caso abierto. Yo me conformaba con los hechos. Los engranajes de las razones que nos impulsaban a actuar se me antojaban a menudo inasibles, inexplicables, tan sujetas a la lógica relativa de las emociones que se hacían indescifrables.

–Cierto, no parece probable, pero estoy casi convencido de que Ramón descubrió algo, y creo que Marcos también lo averiguó, y los dos decidieron escondérselo a Inés. Para eso fue para lo que Marcos le pidió permiso a Ramón en su lecho de muerte, para contárselo a ella. Tal vez sabía que ella no descansaría tranquila hasta que lo supiera todo, por más que ellos pretendieran protegerla ocultándoselo.

–Tampoco me convence –objeto Elena, que parecía dispuesta a confiar en la bondad del profesor–. Si Marcos quería contarle algo a Inés, ¿por qué no hacerlo? ¿A qué viene lo de pedirle permiso a Ramón? Si es algo que también sabía él, no necesitaba al detective para nada.

–Puede que Ramón lo extorsionase con algo. A eso se dedicaba en su caja fuerte, a reunir pruebas con las que extorsionar a otros. Tendría a Marcos amenazado con algo si se iba de la lengua.

–No había ninguna referencia sobre Marcos en la caja de

contactos, y aunque así fuera, o aunque tuviera escondidas las pruebas con las que lo chantajeaba en otro lado, ¿por qué iría Marcos a consultarle nada? Sabía que iba a morir, no podría chantajearlo desde la tumba. En cuanto falleciera Ramón, sería libre de decirle lo que quisiera a quien quisiera. Podría haber esperado a que muriera. Si es algo que tiene que ver con Adán, lleva años esperando, qué importaban unos meses más.

–¡Uf! –me quejé atropellado por los contra-argumentos de Elena.– Es todo demasiado complicado. Tenemos más conjeturas que hechos, a ver si el buen profesor puede arrojar algo de luz en este asunto.

Existía al menos un secreto, de eso estaba convencido. No existía ninguna referencia a Adán, Marcos, Lil o Inés en el fichero de contactos de Ramón. Aparte de eso, en el archivo solo se los nombraba como implicados secundarios del caso de Narciso. Hasta era probable que Ramón se hubiera olvidado de que constaban allí cuando se encargó de hacerlos desaparecer del resto de sus papeles. En cuanto a Lil Johnson, únicamente conservaba los vinilos. En definitiva, mi jefe hizo todos los esfuerzos posibles para deshacerse de todo lo que tenía que ver con *El Memphis* y la gente relacionada con él, y eso convertía el motivo de nuestra investigación en un misterio de primer orden. Alguien como Ramón, que no vivía sino para desvelar secretos, se empeñó una sola vez en su vida en ocultar algo. Las dimensiones de lo que podía tratarse era algo que en parte me atemorizaba.

El olor de la marisma invadía el patio de la Casa Morales. Una pequeña cancela lo separaba de la avenida marítima, en la que desfilaban algunos transeúntes paseando o haciendo *footing*. El profesor no tardó en volver con una bandeja entre las manos. En ella, llevaba tres servicios de café y unas galletas. Elena apartó el grueso volumen para dar cabida a esa carga.

–Ya estoy de vuelta, no había café hecho. He tenido que hacerlo yo mismo a escondidas de la gobernanta –se disculpó por su tardanza.

–Lleva años viviendo aquí, ¿no? –le preguntó Elena de forma desenfadada –. Estas eran las últimas señas suyas que tenía Inés, y decía que hacía mucho que no lo veía.

–¿Años? A buen seguro ya pasa de dos décadas. Aquí he visto crecer a la mujer que les abrió. Era una mocosa cuando llegué e Irene ya cumplió los treinta. Me imagino que les extraña que alguien pueda pasarse la vida en una casa de huéspedes, es algo que ya no se lleva mucho, pero antes era más normal –nos explicó

el profesor–. Además, resulta bastante cómodo, uno gana en tiempo lo que pierde en intimidad. La gobernanta se ocupa de la limpieza y la comida.

–Por lo que nos han contado de usted, habría apostado que acabaría de nuevo en Madrid antes que viviendo en la costa.

–¡Vaya! Parece que no soy la primera persona con la que hablan acerca de este caso –se sorprendió el hombre, tal vez le costaba imaginar quién nos podría haber informado de aquello–. Es verdad, por aquel entonces yo también me hubiera imaginado en Madrid antes que aquí, pero las cosas cambian, y me imagino que las personas también. Al final me terminó tentando más la tranquilidad que el bullicio de una gran urbe. ¿Quién lo hubiera dicho?

–Adán, no, ¿verdad? Él no hubiera pensado que usted acabaría quedándose aquí, y supongo que Inés tampoco.

–No, ellos no se lo hubieran creído. Siempre llegué más lejos en la imaginación de los Montemayor de lo que fui capaz de hacerlo en realidad.

»Al pobre Adán lo incordié mucho con que regresáramos a la península, pero él adoraba Las Palmas. Nadie habría sido capaz de llevárselo. Era de aquí, la gente lo conocía y lo apreciaba. En Madrid era solo uno más. Es curioso, porque lo que a mí me impulsaba a volver allí era lo mismo que a él lo retenía aquí. En Madrid era más libre, no tenía que rendir cuentas a nadie ni nadie albergaba expectativas sobre mí. Aquí yo era el niño prodigio con un brillante futuro, pero creo que no quería eso para mí.

–¿Y no se atrevió a volver solo?

–No, claro que no. Era un cobarde, en el fondo siempre lo he sido –sonrió con displicencia, como si ya se hubiera perdonado todos sus pecados–. Llevaba toda mi vida pegado a Adán, no me imaginaba emprendiendo esa aventura solo. Lo necesitaba a mi lado. Era una tontería, porque luego Adán murió y ya no me quedó otra que continuar sin él.

–Pero entonces tampoco se marchó. ¿Qué le hizo quedarse?

–Nada en particular, primero fue una cosa y luego otra. Al principio quería conocer lo ocurrido la noche en que murió Adán, y luego siempre había algo que hacía que me resultara más cómodo quedarme que irme.

–¿Lil? –preguntó Elena.

–¡Vaya, vaya! Parece que sí que hacen bien su trabajo. Venga, díganme: ¿Con quién han hablado? No aguanto no saberlo, soy curioso por naturaleza.

Elena me dejó tomar de nuevo la iniciativa. Era cauta a la hora de desvelar nuestras fuentes, temería –quizás– que yo quisiera guardar la confidencialidad de alguna.

–Con Sam y con Inés.

–¿Y con Lil no?

–No, con ella aún no, aunque tenemos entendido que ahora responde al nombre de Elvira.

–Claro. Elvira… me sorprendió cuando me enteré. No tenía cara de Elvira cuando la conocí –sonrió Marcos, como si aquello fuera una broma o albergara un sentido irónico–. Entonces debió ser Sam el que les contó lo de Lil, a Inés la educaron para no pasarse la vida hablando de quién compartía cama con quién. Eso era un tema tabú para ella.

–Parece que ella sabía poco de la vida de Adán y de la suya, ¿no? Cualquiera diría que Sam conocía más a Adán que su propia hermana.

Me había extrañado que el expediente de Ramón no incluyera una entrevista en profundidad con Sam. Dudaba que la incontinencia verbal del pianista fuera algo reciente. Era un indicio más de que el informe estaba incompleto.

–No tiene hermanas pequeñas, ¿no? –me preguntó, adoptando la actitud de un profesor que se dispusiera a dar una lección.

–Y usted, señorita, tampoco es la hermana pequeña de nadie, ¿verdad? –le preguntó a Elena.

–Hija única –farfulló la muchacha a modo de respuesta.

–Me lo imaginaba, porque la pregunta sobraría de otro modo. No, ni Adán ni yo le contábamos demasiado a Inés. Los Montemayor tendían a protegerla, como suele suceder con las niñas pequeñas de las familias.

»Además, es seguro que a Inés no le hubiera gustado conocer con quién me acostaba yo. De hecho, se llevó un buen disgusto cuando lo supo.

Puede que el expediente de Ramón fuera la primera noticia que recibió Inés de las conquistas amorosas de Marcos.

–¿Y eso por qué? ¿No le habría gustado que estuviera con alguien como Lil Johnson?

–Los Montemayor eran una familia complicada. Creo que a sus padres no les hubiera gustado que estuviera con alguien como Lil, a Adán no le habría importado que estuviera con quien fuera con tal de que no se tratara de Lil, e Inés no soportaba que estuviera con nadie que no fuera ella.

–¿Tuvo una relación amorosa con Inés? –se apresuró a

interrogar Elena.

–No. Para mí Inés era como una hermana. Pero ella no sentía lo mismo.

–Ella nos dijo que usted era como uno más de la familia.

–Sí, eso parecía, pero no era cierto. Yo todavía era un niño cuando comencé a frecuentar a los Montemayor, todavía era demasiado joven para saber cómo funcionaba el mundo.

»Don Álvaro, el padre de Adán, sabía lo que costaba hacerse un hueco en el mundo, y alguien así no concibe que haya nada gratuito. No es que fuera un mal hombre, pero don Álvaro solo se movía por sus intereses.

»Yo era compañero de clase de Adán, y él no era precisamente el mejor alumno de Los Salesianos. En absoluto era idiota, pero tenía problemas para centrar la atención, se distraía con facilidad y no tenía demasiado claras sus prioridades.

»Lo sentaron conmigo para que lo ayudara. Pronto me vi yendo al caserón de Los Montemayor para ayudar a Adán con los deberes. Creo que su padre vio en mí a una especie de versión de sí mismo, un joven humilde con una buena proyección, y pensó que le podría aportar a Adán algunos valores difíciles de adquirir en un ambiente acomodado como era el suyo.

»Además, si algo tenía don Álvaro era visión de futuro. Suponía que me convertiría en alguien importante y prefería tenerme cerca y ganarse mis favores…

–Y hasta lo vería como un buen marido para la pequeña del clan, ¿no?

–Sí, pero únicamente si yo llegaba a convertirme en alguien. Creo que ya en Madrid comencé a decepcionarlo. Estudié dos carreras y las saqué con buenas notas, pero no destaqué lo suficiente. Me ocupaba más de divertirme que de ir granjeándome los favores de mis compañeros o de mis profesores para medrar.

»Cuando don Álvaro se dio cuenta de que mis aspiraciones no eran las que él me supuso, ya Inés estaba enamorada de mí. Ella llevaba toda su vida escuchando como su padre me elogiaba y yo era el muchacho con el que más contacto había tenido. Inés se crió en un colegio femenino. Se enamoró de mí porque fui el único chico al que tuvo acceso. Eso no tenía demasiado misterio.

»Además, creo que también fui la causa de que don Álvaro la enviara a estudiar a Granada y no a Madrid. A esas alturas ya había decidido separarla de mí.

–¿Y usted no sentía nada por ella? –insistió Elena.

–Afecto claro que sí, prácticamente la vi crecer, pero nada más.

A mí todas las niñas bien me parecían iguales, buenas y preciadas, pero superficiales y frágiles, y sobre todo monótonas. Con todas ellas había que hacer lo mismo, cortejarlas y seducirlas hasta que te las llevabas al altar. Me aburrí de todo eso, me parecía de otra época.

–¿Y Adán opinaba lo mismo? ¿A él tampoco le iban las niñas bien? –le pregunté yo, buscando redirigir la conversación hacia Adán.

–Yo diría que Adán carecía de opinión a ese respecto. Adán se enamoraba y ya está, y poco le importaba si era una niña de papá o una prostituta de Madrid. Él era casi todo corazón y poca cabeza. Fantaseaba con un mundo que no existía, en el que todo y todos acababan bien.

–¿Adán sentía algo por Lil, verdad? Antes comentó que a él no le hubiera importado que estuviera con cualquiera con tal de que no se tratara de Lil.

–Sí, claro, él se enamoró de ella. Pero a estas alturas me imagino que también saben que estuvo con Sam y conmigo, y después de mí con Ramón, seguramente que solo porque era más capaz que yo de mejorarle la pronunciación.

»La gente se quedaba prendada de Lil solo con verla. Esa chica tenía algo que nos hechizaba. Adán se colgó de ella en el *Memphis*. Lo recuerdo perfectamente, como si lo tuviera ahí delante ahora mismo –dijo señalado al asiento en el que se encontraba sentada Elena–. Vi sus ojos en la oscuridad, entre el humo, y al instante supe que se había colgado de ella. Dudo que nadie conociera a Adán mejor que yo. Lo de él eran los amores a primera vista, y con Lil fue eso.

–Sin embargo, usted se quedó con la chica. ¿Eso no supuso un problema entre ustedes? –Elena se inclinaba hacia delante como si de esa forma las palabras del profesor pudieran llegarle con mayor premura.

–No, qué va. Si a algo estaba acostumbrado Adán, era a perder contra mí. Puede parecer presuntuoso pero es la verdad. Tendrían que haberlo conocido para comprenderlo bien, Adán era alguien muy especial.

»Yo le gané siempre en todo. Era mejor que él en Los Salesianos y en cada cosa que hacíamos juntos, ya fuera en deportes o jugando al ajedrez, y también tenía más éxito con las mujeres. Ni siquiera sé por qué, lo cierto es que él era más guapo. Pero había algo que me hacía triunfar a mí. Creo que era el hecho de ser un tipo de barrio.

»Ya se pueden imaginar las consecuencias de que un niñato de Casablanca fuera el mejor de un centro religioso de pijos, y también de que un isleño pobre hiciera dos carreras en Madrid. Ese era un mundo muy competitivo, y el éxito venía sobre todo acompañado de envidias y traiciones. Creo que eso fue lo que me terminó hartando. Sabía que cuanto más lejos llegara, más estaría la gente a mi lado solo por conveniencia o en contra de mí por interés.

»En el mundo de los Montemayor y su gente, nadie es amigo de nadie sin razón, nadie hace nada por nadie sin querer nada a cambio, y, sobre todo, nadie te deja prosperar si eso los pone en entredicho a ellos. Nadie menos Adán.

»Mi capacidad lo cuestionaba delante de su padre y de nuestros profesores, y al estar todo el tiempo conmigo, yo era la regla por la que lo medían. Cualquier otro habría acabado odiándome y culpabilizándome, pero él siempre me fue leal. Era algo que parecía imposible en ese ambiente.

»Lo mismo pasó cuando fui yo el que acabó con Lil y no él. Asumió una vez más que quedaba en segundo lugar, sin una sola queja, sin una recriminación, como solo podía hacerlo Adán. Creo que su padre jamás fue capaz de ver lo especial que era. Cuando murió Adán, murió un hombre bueno y un hombre justo, y eso tal como está el mundo, y siendo de donde era Adán, ya era decir mucho.

–No lo entiendo –afirmé yo simulando frustración, al tiempo que me frotaba el rostro con las palmas de las manos en un movimiento vertical y repetido–. La verdad es que no me extraña que Ramón no pudiera averiguar nada, esto continua sin tener pies ni cabeza –aseguré.

Sentí a Elena replegarse en su silla, era incapaz de imaginarse mis intenciones y no querría convertirse en un estorbo.

–¿El qué? –quiso saber Marcos.

–La muerte de Adán. Resulta tan angustiosa porque nadie la comprende. Por eso su hermana sigue dándole vueltas a la cabeza.

–Tal vez solo fue un accidente –precisó el profesor.

–¡Oh, por favor! No me diga que usted es capaz de creerse eso, usted es un hombre listo. Resulta absurdo pensar que alguien lo fuera a atracar a puñetazo limpio. Adán no tenía ni un corte, ni un pinchazo, en todo su cuerpo. Además, cualquier ratero de Las Palmas de ese entonces habría salido corriendo si uno de sus robos acababa en una pelea a puñetazos; los carteristas no son gente demasiado valiente. Eso no se lo cree nadie.

»Y lo peor es que tampoco parece posible que nadie tuviera nada contra él. Tiene razón cuando dice que no lo conocíamos, pero lo cierto es que comienzo a hacerme una idea de cómo era. Siempre que alguien habla de él no hace nada más que resaltar su bondad, debía ser una especie de santo…

Marcos sonrió, como si él mismo hubiera tenido esa concepción de su mejor amigo.

–Sin el voto de castidad y esas cosas, pero sí –me interrumpió como si no pudiera evitar el comentario.

–Creo que justo eso es lo que volvía loco a Ramón cuando investigaba el caso. Lo lógico habría sido comenzar a investigar a quien tuviera algo contra Adán, pero no había nadie. Por más que preguntamos, parece que el chico no tenía ningún enemigo, nadie que tuviera razones para pelearse con él siquiera.

»No sé… hasta es probable que algo así fuera solo un accidente, pero no un robo. Quizás fue una pelea fortuita con alguien, tal vez con un borracho al que hubiera mirado mal, o con el que se hubiera tropezado y que fuera ligero de puños. Pero eso fue lo primero que debió de investigar la policía, y también allí se encontraron en un callejón sin salida.

–Tal vez no deberías volverte loco, si Ramón no fue capaz de averiguar nada entonces, ahora debe ser imposible –intentó tranquilizarme con condescendencia.

–No creo que Ramón no averiguara nada. Creo más bien que no quiso decirle nada de eso a Inés. Ramón no pudo conformarse con todos estos callejones sin salida. Puede que no pudiera demostrar la verdad, pero estoy seguro de que se la imaginaba. Si no, no habría dejado de darle vueltas al asunto.

»Y creo que usted también debió imaginarse algo. Dudo que se conformara con no saber nada.

–Claro que imaginé algo, y probablemente Ramón también imaginaría algo parecido, pero las suposiciones no son sino las balsas de salvamento de los ignorantes. Las suposiciones apenas pesan, no sirven para nada sino para llenarnos de un sucedáneo de calma, haciéndonos concebir que si bien no conocemos la verdad sobre algo al menos podemos intuirla. Por eso no es importante.

–Vale, pero tampoco nos hará mal saberlo, igual nos ayuda. Hasta el momento solo tenemos hipótesis de lo que ocurrió aquella noche, y son bastante malas todas ellas. Seguro que Ramón o usted tendrían alguna mejor. ¿Cuál era?

–Esta es mi teoría. Si uno da por hecho que aquello no fue un accidente, y yo no creo que lo fuera, lo más difícil de explicar es el

móvil del crimen. No creo que nadie quisiera hacerle daño a él, pero sí que es probable que lo usaran para hacerle daño a su padre.

»Su negocio de importaciones iba viento en popa y, como ocurre siempre en ese mundillo, cuando uno gana más de la cuenta otros están perdiendo a causa de ello. La ambición de Montemayor no tenía medida y eso debió de cegarlo. Perjudicaría a quien no debía y alguien decidió ponerle límites. Supongo que para eso usaron a Adán.

–¿Cree que lo mataron como represalia hacia su padre? Pero si parece que lo mataron sin querer, que fue un mal golpe lo que acabó con él –me opuse yo.

–Piénsenlo bien. La muerte de Adán podría ser algo totalmente casual, el mayor desatino, o podría ser un asesinato cometido por auténticos expertos, ¿no? Lo podrían haber dispuesto todo para que pareciera que había sido el desliz de un carterista, o el robo de un drogadicto que acabó de la forma más drástica. Si lo montaban bien, eso lo haría difícil de resolver. Nadie se imaginaría que era un ajuste de cuentas entre hombres de negocios.

–Pero entonces su padre debería de saberlo. Conocería la razón por la que su hijo murió, tendrían que decírselo para que surtiera efecto la coacción, ¿no? –inquirió Elena–, y él podría haber puesto a la policía sobre la pista.

–¿Tú crees que lo haría? ¿Cómo podría don Álvaro enfrentarse a eso? ¿Qué ganaría? Si acaso, le haría justicia a Adán, pero perdería mucho más. Todavía tenía una hija a la que proteger, y supongo que con eso contaba quien ordenara el crimen. Si Montemayor insistía en oponerse, ya habían demostrado que podían asesinar sin dudarlo.

“Además, reconocer algo así significaría que su esposa y su hija se enterarían de que la muerte de Adán se debió a sus negocios, a menudo sucios. Seguro que lo culpabilizarían de eso, como él mismo debía de culpabilizarse. No creo que lo hubiera podido soportar.

»Creo que don Álvaro solo se empeñó tanto en la investigación de la muerte de su hijo porque era lo que le tocaba hacer para disimular que conocía las verdaderas razones de todo aquello. Y luego, en cuanto pudo, se marchó a la península para huir de todo. De hecho, sus negocios empeoraron tras la muerte de su hijo, seguramente porque estaría cediendo terreno a quienes lo amenazaban.

–¿Le contó esta teoría alguna vez a Ramón?

–No, ya te digo que eran solo suposiciones, pero supongo que Ramón pudo llegar a la misma conclusión por sí solo. Eso explicaría por qué le ocultó información a Inés. No querría ponerla sobre la pista de su padre. Esa familia ya había sufrido bastante.

»Creo que se dio cuenta de que su investigación ponía a demasiada gente en peligro, y no solo porque la verdad pudiese empeorar la desgracia de la familia Montemayor, sino porque quienes se habían quitado de encima a Adán con esa facilidad no dudarían en llevarse por delante también a Ramón o a Inés. Creo que hizo lo que haría cualquier persona con algo de sentido común: echar tierra sobre el asunto. Al fin y al cabo, él no era un curtido detective del departamento de homicidios de Nueva York, sino apenas un muchacho que se ganaba la vida sacando fotos a los maridos infieles. Todo aquello se le hizo demasiado grande.

–¡Vaya! Pues no sé yo si a estas alturas de la película a Inés le vendrá bien escuchar todo esto –objeto Elena con la intención de sostener la coartada con la que interrogamos a Marcos.

La teoría de Marcos podría explicar su conversación con Ramón en la clínica. El secreto que ambos guardaban sería la autoría del asesinato de Adán por una mafia local, y la mujer a la que Marcos se ofrecía a contárselo no era otra que Inés Montemayor. Quizás también por eso nos lo contaba ahora a nosotros: querría descargar su conciencia por ocultarle aquello a Inés durante tanto tiempo.

–Supongo que Ramón consideró que era mejor que Inés no lo supiera, aunque ya les digo que no estoy seguro de que él pensara lo mismo que yo. En cualquier caso, por lo que yo sé, se trata solo de una hipótesis, no de hechos comprobados. Puede que tampoco se lo dijera por eso. Desconozco si él encontró pruebas que respaldaran mis ideas.

–No sé si yo querría saberlo, aunque estuviéramos seguros de que fuera verdad. Dudo que eso le proporcionara consuelo a nadie –dudó Elena.

Existen secretos que mejoran el mundo. Se trata de verdades que es mejor desconocer, misterios que salvaguardan esperanzas y mentiras que rescatan ilusiones que las certezas ahogaron, quizás mereciera la pena proteger ese tipo de secretos. Puede que hasta el detective Ramón, tan apegado a sacar a la luz toda la verdad, hubiera claudicado ante esa excepción.

13

Dos semanas después de nuestra visita a *La Casa Morales*, el interés de Elena por el caso de Adán parecía haberse extinguido. Yo suponía que sus pensamientos se orientaban cada vez más hacia la ciudad de Londres y hacia una desconocida Susan de la que poco más sabía que el hecho de que compartía las sábanas con su ingeniero.

Para ella, la conversación de Marcos completó el rompecabezas del homicidio de Adán y del secreto de Ramón. A mí, en cambio, continuaban incomodándome algunas incógnitas. Ramón me instruyó para que me obsesionaran los detalles. La verdad no es obra de un pintor de brocha gorda, sino de uno minucioso que se detiene en todos los detalles. Las grandes certezas nos impresionan hasta deslumbrarnos y eso facilita que aquí y allá se sostengan con pequeñas mentiras que se escoden detrás del gran artificio. Las palabras de Marcos daban explicación a muchas incógnitas, pero no a todas. Eran convincentes pero no lo suficientemente precisas. No explicaban, por ejemplo, cómo llegó el expediente del caso a las manos de Inés Montemayor. Además, la teoría del profesor tampoco daba respuesta a la razón por la que Ramón incluyó su velada con Lil en el informe.

Había repasado una y otra vez la conversación que mantuvimos con Marcos y la que este compartió con Ramón en la clínica. Confrontaba la una con la otra, comprobando los detalles y localizando las discordancias, pues eran esos detalles los que me acercarían a la verdad. Por suerte, siempre me sobró memoria. Era capaz de recordar con inusitada exactitud los pormenores de cuanto escuchaba u observaba.

De la conversación de la clínica me inquietaba que los secretos que ambos compartían eran conocidos por los dos y no supuestos por ninguno. El profesor insistió mucho en que su teoría acerca de la muerte de Adán no era sino una hipótesis y que, además, no sabía si coincidía con la de Ramón. Sin embargo, en la clínica los dos sabían justamente a lo que se referían, por lo que no era probable que hablaran una de hipótesis que Marcos nunca compartió con el detective.

«Tu decisión afecta a otra persona. Deberías decírselo a ella antes de… (que mueras)» era otra de las frases que se me venían a la memoria. Si “ella” era Inés, ¿por qué era tan importante

contarle aquello antes de que muriera Ramón? ¿Qué problema había con hacerlo más tarde? No tenía sentido. Todas esas dudas fueron las que terminaron por llevarme de camino a la casa de Elvira Santa Cruz acompañado de Arístides.

Nos encontrábamos en una urbanización en el barrio de San José del Álamo, a las afueras de la ciudad de Las Palmas, en el municipio de Teror, rumbo a otra dirección comprada a mi contacto en la comisaría de policía.

–Espero que esta noche haya más suerte, amigo –pronunció Arístides, que no tenía entre sus virtudes la de la paciencia.

Ya eran varias las veces que aparcaba frente de la residencia del constructor. Arístides ni siquiera me había acompañado en las primeras ocasiones.

Enfrente la casa de los Zerpa se elevaba una loma a la que se accedía por una carretera de tierra desde la que se podía espiar el hogar. Tomamos aquel camino con el *fiat,* que sufría de un grave *Parkinson* cada vez que uno ponía a prueba sus amortiguadores. Dejamos el coche a un lado de la carretera y caminamos prismáticos en mano hasta un paraje desde el que podría ver la residencia. La vegetación era escasa y seca, pero había algún que otro árbol en el que esconderse aquí y allá. Nos apostamos junto a uno, en cuclillas, a fin de que no pudieran distinguirnos desde la calle.

Había repetido aquel ritual varias noches para espiar la residencia. Lo hice siempre que logré escaparme de Elena. No la había hecho partícipe de mis nuevas pesquisas. Parecía que la explicación de Marcos la había satisfecho y yo no estaba seguro de encontrar nada más relevante. Además, prescindir de Elena me llenaba de calma, me devolvía a mi ritmo de espía de la KGB y me libraba de su ansiedad de detective privado. Quería solamente terminar de vincularme a los personajes del *Memphis Club* y esperar a descubrir algo. Dudaba ya que ningún interrogatorio arrojara una versión diferente a lo hechos que ya conocíamos o a las conjeturas que ya nos habíamos imaginado.

La noche era mi escenario favorito para vigilar una casa. Cuando falta la luz natural, las viviendas van guiñando los ojos de sus ventanas para indicarte donde escudriñar con los prismáticos. Ahora en la cocina y ahora en el salón se iban encendiendo luces que desvelaban la existencia de sus habitantes. Zerpa construyó su vivienda con grandes ventanales que la abrirían a la luz, y sobre la mayoría de ellos dispuso visillos que yo podía asaltar con los binoculares para desvelar su intimidad.

Pasé varias noches persiguiendo los focos de luz y solamente vislumbré la sombra de una persona. Parecía una mujer delgada y, por la forma de moverse, bastante joven, ligera como si aún le sobrase la energía y le faltasen los años. No había visto a Moisés Zerpa ni tampoco tenía pistas de Elvira Santa Cruz. A él podría imaginarlo en un viaje de negocios, pero la ausencia de su esposa era más difícil de explicar. Quizás el constructor la destituyó por otra más joven, como acostumbran a hacer tan a menudo los hombres poderosos; o tal vez esa casa no era la residencia habitual del constructor, que debería tener varias, sino solo la que acogía a una amante. Puede que Moisés fuera el *sugar daddy* de aquella joven, que lo aguardaría allí solícita a saciarle su placer ya añejo y lánguido.

Esas fueron mis suposiciones hasta que la muchacha se asomó a una de las ventanas y pude verla con claridad. Cuando corrió los visillos para apoyarse en el marco y otear el exterior, mis conjeturas tuvieron por fuerza que cambiar. Tenía la piel dorada como la de Elvira Santa Cruz, pero era mucho más joven. Tendría la edad de Lil cuando cantaba en el *Memphis Club*. De hecho, su parecido con la cantante no acababa allí, sino que su aspecto se correspondía con muchos de los rasgos de la artista. Tenía como ella la nariz respingona y los ojos grandes, y otro sinfín de semejanzas que la convertían en una versión más joven de Elvira Santa Cruz. Debía de ser su hija.

–¿Seguro que va a salir de marcha? –me preguntó Arístides, sentado a mi lado.

–¡Joder, Ari! ¿Seguro? No. Yo no soy capaz de leerle la mente. Si lo fuera no te necesitaría para nada. Pero la semana pasada salió el viernes y el sábado por la noche, así que debe tenerlo por costumbre.

–Pero ayer no lo hizo –se quejó mi amigo, que todavía me recriminaba que la noche anterior lo torturara teniéndolo en a la espera durante tres horas.

–Es que esto no es una ciencia exacta.

–Podríamos esperarla en el pub, eso sería más entretenido –Arístides ya incordiaba por puro entretenimiento.

–¡Joder, no seas lata! Yo que sé si irá al mismo sitio esta noche, lo más seguro es esperarla aquí.

–¿Cómo dices que se llama?

–Asmara –el nombre se lo había sacado por un par de euros a uno de los vecinos preadolescentes de la chica que jugaba en la calle con una bicicleta.

–Nunca lo había oído.

–Es el nombre de una ciudad de África, en el estado de Eritrea –lo había buscado en *google*. Supuse que se lo había puesto Elvira, tal vez su familia proviniera de esa parte del continente.

Yo ya había seguido a Asmara fuera de San José del Álamo la semana anterior. La observé desde lejos en un pub mientras conversaba con sus amigas, y luego la vi bailar en una discoteca, al tiempo que atraía a los hombres como moscas. Había heredado el atractivo de su madre y no pasaba desapercibida, menos aún cuando comenzaba a moverse, hipnotizando a quienes la contemplaban.

Se dejó invitar a una copa por un par de individuos, y también trabó conversación con ellos, aunque no se marchó con ninguno. Por esa razón recurrí a los servicios de Arístides.

No era la primera vez que mi compañero trabajaba para la agencia. Ramón Vidal tenía un inusitado talento para descubrir el potencial de las personas y utilizarlo para sus fines. Arístides no llevaba demasiado tiempo viviendo en la buhardilla cuando el detective lo contrató para un trabajo puntual. A Ramón lo había contratado un joven prometido para que averiguara si su futura mujer sería capaz de engañarlo con otro. La novia no deseaba firmar un acuerdo prematrimonial y el joven tenía bastante más que perder que ella en caso de un divorcio.

A los ojos de cualquiera se trataba de una investigación absurda, no era el tipo de encomiendas que aceptábamos en la agencia. La labor parecía más adecuada para un adivino o para un profeta. No obstante, cuando el negocio iba mal, Ramón estaba dispuesto a hacer de adivino y de profeta con tal de mantenerlo, aunque para ello tuviera que cobrarle a un futuro esposo neurótico e inseguro.

Le encargó a Arístides que frecuentara a la joven durante varios días y la cortejara con la intención de comprobar la solidez de sus sentimientos. Mi compañero, que malvivía con un sueldo de camarero, aceptó el trabajo como si se jugara su autoestima en ello, y careciendo como carecía de principio alguno que le impidiese meter a cualquiera en su cama, tardó apenas unas semanas en arribar allí con la joven, al tiempo que Ramón les sacaba fotografías juntos, enlazados en un beso en la puerta de nuestro edificio antes de subir al catre.

Arístides era a las mujeres lo que Lil Johnson a los hombres. Era uno de esos duros de ojos tiernos del cine, como Paul Newman. Combinaba los ademanes de un golfo de barrio con

atisbos de inteligencia, dosis de encanto y cierto grado de vulnerabilidad con el que sorprendía a sus víctimas cuando quería enamorarlas. Aquella fórmula era la contraria a la que gestó el doctor Griffin, si la de este te hacía invisible, la de Arístides lo convertía en el centro de atención de la mayor parte de las mujeres. Su único fallo era que su efecto era temporal, y no porque esa fuera su intención. Sus conquistas no eran solo un entretenimiento para el camarero, sino más bien lo contrario. Se enamoraba de esas mujeres con devoción pero solo por un corto periodo de tiempo. A veces el sortilegio de amarlas le duraba solo una noche o unas semanas, o en el mejor de los casos unos meses, y luego comenzaba a encontrarles defectos. Eran demasiado posesivas o poco entregadas, demasiado ambiciosas o no lo suficiente, no lo bastante inteligentes o lo eran en exceso, de tal manera que Arístides daba al traste con sus relaciones prácticamente con la misma facilidad con las que las iniciaba. Todo ello lo llevaba a profesar una fe tan solo temporal por cada mujer que amaba. Era adicto tan solo al comienzo de los romances, cuando uno se permite el lujo de imaginar a quien lo deslumbra como alguien ideal, sin imperfecciones, listo para encajar con nosotros como la otra pieza de un puzle de tan solo dos. No obstante, cuando se quebraba ese espejismo, Arístides volvía de nuevo al desierto dispuesto a sufrirlo otra vez.

–Parece que hubo suerte –dijo mientras se abría la reja del garaje de la casa–. Esperemos que vaya de marcha, lo único que nos faltaba es que se metiera ahora en casa de una amiga o en el cine, ahí no podría hacer nada.

–Es demasiado tarde para eso, seguro que sale a tomar algo –sentencié yo dirigiéndome hacia nuestro coche.

Un *audi A3* ascendió del garaje subterráneo y enfilo la calle para salir de San José del Álamo. Cuando tomó la curva, encendí el motor y lo seguí.

En las ocasiones anteriores, Asmara fue a la zona de ambiente nocturno de Vegueta, en el barrio histórico, justo en el cauce del barranco Guiniguada y cerca del pequeño teatro del mismo nombre que llevaba años cerrado. Dejaba su coche en un aparcamiento de pago a unos diez minutos a pie de allí, pues la aglomeración de gente que disfrutaba de la madrugada hacía imposible encontrar un hueco libre a esas horas.

–¿Te acuerdas de lo importante? –le pregunté a Arístides.

Llegábamos ya a la zona del parking, por lo que imaginé que el itinerario de Asmara no variaría demasiado del que realizó la

semana pasada.

–Sí, claro que sí.

–A ver, cuéntamelo. No me fio de un tío que no se aprendió un solo epígrafe de un libro en toda la Primaria –me mofé.

–Para eso te tenía a ti, para que me soplaras. ¡Joder! El Gordo y yo te debemos el graduado. Tú eras el de la cabeza amueblada.

–¡Dios, El Gordo! Ni me acordaba de él. Hace tiempo que no lo veo. ¿Sabes algo de él?

El Gordo era un compañero mío del colegio al que Ramón y yo usábamos de vez en cuando para algún trabajo.

–Fui a comer a su restaurante el otro día –trabajaba de cocinero en un japonés–. Te manda recuerdos, y dice que Ramón se murió debiéndole dinero, pero que ya arreglarán cuando se vean.

–Ni puta idea, me imagino que será cierto, Ramón era un desastre para esas cosas. ¿Pero él está bien?

–De miedo, ya sabes cómo es El Gordo con su rollo Zen, budista o como se llame eso. Ya no parece un asesino en serie.

Arístides y yo nos conocíamos desde parvulario, y en Primaria nos hicimos inseparables. Si de alguien me fiaba era de él. Era prácticamente un hermano, no el que yo habría elegido, ni el que más tendría que ver conmigo, ni el que menos problemas me habría dado, pero era el que tenía, como ocurre siempre con los hermanos.

–Vamos, no te vayas por las ramas. Recuérdame lo del trabajo de esta noche. ¿Qué tienes que hacer? –le insistí.

–¡Joder, qué pesado! Encima de que te estoy haciendo el favor… A ver, Einstein, lo que te interesa es ver si me cuenta algo de sus padres.

–Justo, eso es lo que me hace falta.

–Pues me lo pones fácil, macho, justo lo que quiere oír una tía cuando alguien le está entrando: que se le pongan a hablar de su madre. No sé yo, cabrón.

Había aparcado en un vado y esperaba a que Asmara saliera del aparcamiento. Apagué las luces del vehículo.

–¡Ah, no seas llorón! Debe de ser una niña pija, de las que se te dan bien. A esas les ponen los delincuentes juveniles. Si le dejas la boca libre un rato, seguro que te cuenta toda su vida… Ahí sale.

Asmara llevaba un vestido blanco que contrastaba con su piel de bronce. Hacía equilibrios sobre unos tacones que la elevaban hasta casi un metro ochenta de altura.

–Voy a ello y ya te cuento… –dijo Arístides, que parecía haber

adquirido más interés por su misión después de ver las imponentes piernas de su víctima dibujándose en la calzada.

El estrecho cuerpo de Elena se encontraba ya a horcajadas sobre mí, dibujándose entre sombras. Sus senos bailaban mientras su sexo se apretaba contra el mío. Le apreté los pechos mientras nuestra respiración se asfixiaba. De repente, una silla cayó en la habitación contigua y una risa femenina asaltó el fino tabique que nos separaba. Elena se inclinó sobre mí para susurrarme al oído.

–Parece que ha llegado Arístides y no viene solo.

–Eso parece –le agarré las nalgas escasas. La joven resultaba liviana, manejable y cómoda, como mismo lo era nuestra relación.

Los cuerpos vecinos aterrizaron sobre el colchón mientras la extraña apagaba otra carcajada.

–Parece que esta noche se va a divertir todo el mundo –concluyó Elena.

Me apoyé en los talones para penetrarla más profundamente a modo de respuesta, al tiempo que Elena se sorprendía de improviso con un gemido. Hacía un rato que llevaba la iniciativa, marcando el ritmo de su deseo sobre el mío, mientras yo me regalaba a su placer.

Como contestación a su gemido, llegó otro desde la habitación contigua, como si su sexo y el nuestro se estuvieran comunicando. Parecían dos presos que se susurraban de una celda a otra.

–¡Joder! ¿Ya anda en eso? ¿Cómo la ha desnudado? ¿Le ha arrancado la ropa o qué? –las palabras de Elena chocaban contra el rompeolas de mis labios al tiempo que su lengua los tentaba. Se deleitaba en jugar y en indagar lo que estaba ocurriendo al lado, mientras yo me sentía acogido por el calor de su cuerpo.

–No hace falta que la desnude del todo para eso. Igual le habrá bastado con subirle la falda y bajarle las bragas. O puede que todavía estén jugando.

Hice girar a Elena intercambiado nuestros puestos, la flanqueé con mis brazos para no aplastar sus menudas dimensiones y le acaricié las mejillas con ambos pulgares.

–Seguro que la habrá desnudado, a los tíos les encanta estrenarnos las tetas, ¿verdad? Seguro que en eso está Ari, ¿no?

Le busqué los senos sobre el torso abandonando el abrigo de su sexo.

–Sí, claro que nos encanta.

Apresé sus pezones sonrosados en mis labios gruesos y luego los recorrí con mi lengua, buscando distinguir con el gusto sus

proporciones en la oscuridad, advirtiendo la frontera que trazaban en la piel blanca de sus pechos.

El siguiente sonido que nos asaltó venía agasajado en una voz masculina y acompañado de la sinfonía rítmica del colchón.

–Parece que el muchacho no es mucho de prolegómenos –se quejó Elena, que parecía estar disfrutando tanto del sexo contiguo como del nuestro. Mezclaba dos placeres por los que sentía debilidad: la curiosidad y el erotismo.

A la voz de Arístides que entonaba el gozo se unió de inmediato la de su acompañante. Mi amigo resultaba tan indiscreto en un colchón como en cualquier reunión social. No sabía guardar silencio ni pasar desapercibido, era la antítesis de un hombre invisible. Acompañaba sus embestidas con guturales gemidos anunciando el progreso de su placer. Sus devaneos sexuales me despertaban algunos fines de semanas, más aún cuando sus parejas solían acompañarlo en aquel concierto, no sé si saciadas o simplemente impelidas por su entusiasmo. Su amante parecía haberse dejado arrastrar también por una de esas dos razones, pues su voz comenzó a acompañar la de él, adornando la oscuridad con vocales tan abiertas como el deseo que saciábamos.

–Vamos, que estamos perdiendo la ventaja –le susurré a Elena al tiempo que le sonreía, y la ocupé de improviso, extendiendo mis brazos para hacerlo más profundamente.

Ella me agarró las nalgas haciendo sonar dos palmadas sobre ellas, y emitió una vocal desmesurada dispuesta a competir con las que pronunciaba la mujer vecina.

Yo también me apunté al juego radiando nuestro ritmo. Arístides y su pareja parecían contestarnos, primero con algo timidez, tanteando aquella situación imposible, y luego con animosa complicidad. En los minutos siguientes sentimos alguna carcajada acompañando al clamor de los somieres, y también se le contagiaron a Elena, en cuya boca terminó mezclándose la risa con el placer cuando por fin llegamos al cénit de aquel concierto, no sé si al unísono o casi al mismo tiempo, o puede que alguno hubiera abandonado antes el coito y hubiera continuado luego con teatralidad solo para no perder aquel absurdo concurso casual de sábado por la noche.

–Hemos ganado nosotros –concluí dejándome caer por fin al lado de Elena–. Ya llevábamos un rato a la tarea cuando ellos llegaron.

–Bien dicho –confirmó Elena entre risas–, aunque creo que ellos han gemido más alto –reconoció.

–Eso solo los hace más vulgares, no mejores amantes –sentencié.

Y los dos reímos, mientras al otro lado hacían lo mismo.

La luz de la pantalla del ordenador me despertaría dos horas más tarde, acompañada del sonido de bienvenida de *Windows*. Elena se encontraba desnuda sentada frente al *pc*. Su cuerpo blanco contrastaba con la oscuridad gracias a la iluminación del monitor. Estábamos en mayo y ya hacía calor.

–Pareces una aparición –le confesé–, hermosa, pero una aparición.

–¡Pobre, te he despertado! No me había fijado que tenías los altavoces conectados.

–No te preocupes ¿Sigues sin poder dormir?

–Eché una cabezada pero me he despertado y ya no he podido conciliar el sueño. Así que he encendido esto, a ver si me distraigo un poco. Sigue durmiendo tú.

La imagen del monitor se reflejaba sobre la pared blanca.

–Vi en la agenda que había pasado Marcela Morales para pedir una cita para la semana que viene –comenté mientras intuía los programas que abría por el reflejo de las luces. Acababa de activar el Messenger.

–¿Marcela Morales?

–Sí, una señora bastante atractiva y elegante –esa era la Marcela que volvía ya a la agencia cada año, tan diferente de la mujer anodina que contrató por primera vez nuestros servicios.

–¡Ah, ya sé! ¿La conoces? ¿Había venido antes?

–Viene algo así como una vez al año, creo que ya te he hablado de ella. Puedes ir buscando un par de cámaras, micros y el portátil. Querrá que espiemos a su marido, es lo que pide siempre.

–¡Ah, de acuerdo! –el hecho de que a su aceptación no le siguiera otra pregunta era prueba más que suficiente de que Elena andaba más preocupada de lo que ocurría en la pantalla que de lo que yo le estaba hablando.

La observaba de perfil, mientras entrecerraba los ojos para leer medio a oscuras el contenido de la pantalla.

–¿Andas en el Messenger? ¿Hay alguien conectado a esta hora?

–Está Pedro enchufado, es bastante noctámbulo –me explicó.

–Tú sí que pagarías por ver qué está haciendo él. ¿Verdad? Querrías tener una cámara ahí, para ver si Susan anda cerca.

–Ya sabes que a mí la curiosidad me puede. Sé que no es asunto mío, no debería tener nada que ver con él. Sin embargo, me da la impresión de que me debe algo, o que yo se lo debo a él

después de tanto tiempo.

»No entiendo cómo un día alguien puede significar tanto para ti y al siguiente es como si ya no existiera. Es como tú y Andrea, llevabas mucho con ella y, sin embargo, ya no quieres saber nada. Parece que fueras de piedra.

–¿Ella sí te ha preguntado sobre mí? –no solíamos hablar de su amiga– ¿Sabe que nos acostamos?

–Claro que lo sabe, es mi mejor amiga. Pero le he dicho que no es nada, que solo nos lo pasamos bien, que únicamente somos colegas.

–¿Y a ella qué le ha parecido?

–Le costó un poco creerse lo de nuestro encuentro a lo *atracción fatal* en el despacho de Ramón, pero tampoco ha puesto demasiadas pegas. Dice que para que esté llorando por los rincones por Pedro mejor me lo estoy montando contigo, que por lo menos no me vas hacer daño.

–¡Qué comprensiva! –le sonreí yo– A otra le habría molestado.

–¡Qué cómo estoy! Este tío no es normal –se quejó Elena por algo que acaba de leer en la pantalla.

–¿Quién es?

–Pedro. ¿Quién va a hacer? Me pregunta cómo estoy. *Bien* –dijo al tiempo que lo escribía.

–Parece que ya tienes tu cámara para espiarlo –le confirmé.

Ella ignoraba mis palabras pero continuó informándome de las de él.

–Dice que siente lo de Susan, que no le gusta cómo quedaron las cosas, que teme haberme hecho daño. *No te preocupes, tenías razón cuando decías que no nos debíamos nada* –me leía mientras tecleaba–. *Tenemos derecho a estar con otros. Yo no sé ni por qué no lo había hecho antes, pero ya eso está arreglado*.

–Así me gusta, directa al grano, a darle la estocada al muchacho –me burlé mientras me ponía el pijama. De algún modo sentí mi habitación invadida por el ingeniero.

–Que si eso significa que me he acostado con alguien. Con lo listo que se cree y hay que explicárselo todo. No sabe leer entre líneas. *Sí, así ha sido*.

–¿Cuándo? *El mismo fin de semana que me enteré de lo de Susan*.

Elena escribía no solo para Pedro sino también para mí. Yo estaba acostumbrado a espiar a otros, pero no a tener voz en sus conversaciones, como ahora podía tenerla en la de Elena.

–Eso le alimentará la soberbia, se lo vas a poner a huevo para convertirte en una víctima: pobre Elena, que acabó despechada en

manos de otro hombre –adiviné.

–¡Joder! ¿Cómo lo conoces tan bien? –me preguntó al ver que lo que contestaba el ingeniero en algo sugería el pensamiento que yo acababa de expresar.

–No tiene ningún misterio. Son todos iguales.

–¿Los tíos?

–No, los egoístas. Son todos iguales, se piensan que el mundo se mueve sobre la órbita que ellos generan. ¿Qué te ha dicho?

–Que no sabía que me hubiera dolido tanto como para irme con otro. Dice que tenía que sentirme muy mal para hacer algo así. ¿Por qué cuando una tía se mete en la cama con alguien que no ama es siempre símbolo de dejadez y tristeza, y cuando lo hace un tío es prácticamente una hazaña?

–No sé, pregúntale a él, que es quien tiene el prejuicio, a mí no me supongas pensamientos que no tengo.

–No, mejor le doy de merecer –sonrió–. *No, no fue por eso, me apetecía mucho el tipo. Llevaba semanas atrayéndome. Además, tenía informes de que follaba bien. Ya me tocaba a mí también tener un poco de vida golfa.*

–¡Bien dicho!

–Que si estuvo tan bien como me esperaba. *Mejor, jaja, por eso estoy repitiendo a menudo…* Ahora dice que si mejor que con él.

–Ya estamos de concurso.

–Joder, claro que mejor.

–Pues díselo –me reí.

–No, hombre, no quiero ser mezquina, no quiero ser cómo él. *Diferente, simplemente eso. Tampoco peor*.

–¡Qué caritativa!

–¿Diferente en qué? Pues para empezar no tengo que mandar un equipo de reconocimiento para encontrarle la polla ni montar un espectáculo de circo para empalmarlo…

–Pero eso tampoco se lo vas a decir.

–Claro que no. Yo no soy así. Seré educada a la par que inconcreta: *se siente de manera diferente, eso es todo. Hay más pasión y menos sentimiento, más juego y menos tortura.*

–Dice que él sí nota diferencia entre Susan y yo.

–No muerdas el anzuelo.

No obstante, para Elena la telaraña era invisible y la gravedad de su curiosidad la obligaba a entrar una vez más en la órbita del ingeniero.

Hizo oídos sordos a mis palabras, ni siquiera me pidió más explicaciones sobre ellas.

–Seguro que ella no se pone tanto a la tarea como yo para satisfacerlo… a ver qué me cuenta: *¿Por qué?*

–Ya mordiste el anzuelo, cariño.

–Al parecer la tal Susan es muy fría. Aburre follando y le da la impresión de que es un poco frígida. Ya esto me lo contó la noche que se confesó. Dice que yo lo llenaba más. Eso para que sepa lo que se pierde. Nada, que al parecer tiene más química conmigo. Y ahora pretenderá que le diga yo lo mismo sobre ti, como si lo viera. *Ya sabes que los latinos somos más ardientes*. Que se conforme con eso.

»*Bueno, por lo menos Susan te queda cerca, ¿no?* –pronunció al tiempo que lo tecleaba– Esa será la razón de que esté con ella. Le resultará más fácil meterse en su cama teniéndola cerquita… Nada, que me prefiere a mí, dice. Escucha esto… según él no me tengo que sentir amenazada, dice que conmigo tiene algo más importante que con ella, y que se lo ha dicho a ella. Es el mismo rollo que me soltó en el hotel. Dice que la Susanita sabe que él y yo tenemos un vínculo especial.

–¿Un vínculo especialmente enfermizo? –susurré, y Elena solo me contestó con una sonrisa concesiva.

–Pregunta que si a mí me pasa lo mismo contigo, que si es algo importante. *Es algo bonito*. ¿Bonito? *Sencillo, agradable, apasionante*… Vuelta a insistir, que si eso quiere decir que es algo importante. *No hemos pensando en ninguna boda.*

–Pero dile que sí hemos pensando en montárnoslo en alguna boda, por aquello de no dejar de meterle el dedo en el ojo.

–¡Calla!... Que me echa en falta, que se siente perdido sin mí. ¿Sabes, Juan? Es que son demasiados años. Resulta muy cómodo para él, yo ya le tengo las medidas tomadas. Otra no tendrá tanta paciencia ni se entregará tanto como me entrego yo. Ahora que llevamos sin llamarnos un tiempo, ya se está dando cuenta de lo importante que soy en su vida.

A esas alturas ya Elena estaba enredada otra vez. Yo acababa de escuchar el sonido de la televisión. Quizás Arístides sufría insomnio o su compañera se movía demasiado como para dejarlo dormir y había acabado varado en el sofá, al abrigo de la pantalla mientras intentaba conciliar el sueño. Su conquista de esa madrugada se levantaría más tarde a solas, dispuesta a vestirse y desaparecer, como hacían tantas chicas que habitaban su dormitorio cuando escapaban del embrujo de mi compañero de piso.

Sentí la tentación de comprobar el resultado de las pesquisas

de mi compañero. Esperaba que no se hubiera dejado distraer por la chica que al final había metido en su cama.

–Que tiene ganas de verme, aunque solo sea por la webcam –susurró Elena. Tal vez ya no tanto para mí, sino por inercia–. *Estoy un poco en bolas, aquí ya hace calor*. ¡Tendrá cara! Dice que mejor, que seguro que será más entretenido. Además, dice que no hay nada que no haya visto ya. En eso tiene razón, a buenas horas mangas verdes lo de tener yo vergüenza.

–Voy a tomarme algo a la cocina. Me estoy asando.

–Perdona, cielo. ¿Te estoy molestando con esto? ¿Quieres que lo deje? –por fin apartó la vista de la pantalla para volverse hacia mí, que me acababa de levantar.

–No, claro que no. Sigue tú ahí. Es que hace demasiado calor –le expliqué mientras me acercaba a la puerta.

Antes de cerrar tras de mí, pude observar como Elena se erguía, de forma que sus pechos pareciesen más prominentes, y se encendía el piloto de la webcam poniéndose en funcionamiento.

–Ari… –susurré.

No obstante, no era él quien estaba en la sala.

–¡Ay, perdona! Lo siento, lo siento –susurró Asmara mientras daba un brinco sobre el sofá. Parecía que Arístides me había facilitado más de lo que esperaba mi encuentro con la hija de Lil Johnson.

–No, perdona tú, pensé que eras Arístides.

El único parecido que tenía la mulata con mi amigo era que llevaba puesto su albornoz. No debía llevar nada bajo él, porque su vestido y su ropa interior se encontraban en el brazo del sofá, ordenados, como si los hubiera abandonado allí cuando estaba dispuesta a vestirse.

Asmara veía una película en blanco y negro.

–¡Qué raro! ¿No? Esta debe ser una de esas situaciones que después, cuando se cuentan en el corrillo de amigos de la facultad, resultan graciosas –me sonrió dejando ver unos dientes perfectos.

–Sí, será una de esas aventuras –le devolví la sonrisa, al tiempo que me acerqué a ella–. ¿Me haces un hueco? No consigo pegar ojo –le solicité de pie frente a su ropa.

–Claro, puedes poner eso en otra parte. Estaba a punto de vestirme cuando me embebí con la película. No la había visto, y me encanta el cine clásico. ¿No te da reparo, no?

Aparté un poco sus prendas, las interiores envueltas dentro de su traje, y las coloqué en una silla.

–Tu cara me suena –me dijo–. ¿Estudias en Tafira? –el campus

universitario se encontraba en esa localidad.

–Estudié allí, pero ya hace unos años. No creo que te suene de eso.

–Es que me parecía una mejor alternativa que habernos conocido de este modo.

–A mí lo que me suena es… no sé… puede que tu voz, pero en otro contexto…

–Calla, calla, que a mí también me suena la tuya y la de tu chica. ¡Que conste que no sabíamos que teníamos vecinos en el cuarto de al lado cuando empezamos! Fueron ustedes los que luego se apuntaron a escandalosos.

–Sí, pero luego nos siguieron, Ari es fácil de picar. Lo conozco desde párvulos. ¿Cómo te llamas?

–Asmara.

–Yo soy Juan. No recuerdo que Arístides me hubiera hablado de ti. No sabía que estaba con nadie –me convenía continuar escenificando aquel encuentro dentro de la casualidad.

–¡Qué coño! Lo he conocido esta noche. Te estoy siendo sincera porque tampoco creo que te puedas hacer peor imagen de mí. Me has escuchado haciéndolo con tu amigo y luego has tenido que mover mi ropa interior. Y para colmo te estoy gorroneando la tele. Debo parecer el pendón del siglo.

–Ni mucho menos. No me imagino a alguien así tan enganchada al cine clásico como para quedarse a medio vestir.

–¿Y ella? –dijo señalando mi habitación.– ¿Es otro trofeo en este apartamento de solteros?

–No, es una amiga.

–¿Solo eso? ¿O eres de esos a los que no les gusta ponerle etiquetas a las cosas?

–Hay cosas a las que les cuesta ponerles nombre. ¿Cuál le pondrías a lo tuyo con Arístides?

Llevaba el pelo suelto y algo alborotado, cortado un poco por debajo del cuello. Sus grandes ojos negros, escrutadores y brillantes, desvelaban cierto cansancio.

–¿A eso? Se me ocurren varios.

–¿Sí? ¿Cuáles?

–Morbo, quizás, o sucedáneo de tranquilizantes, o venganza, no sé, o propósito de olvido o algo así.

–¿Por qué sucedáneo de tranquilizante? –le pregunté dispuesto a deshojar aquella margarita de incógnitas que acababa de florecerle en los labios. Tendría que ir arrancándole las respuestas una a una.

–Sucedáneo de tranquilizante porque ya ando hasta el gorro de exámenes finales. Llevo semanas encerrada dándole a los libros. Solo salgo de noche los fines de semana para descargar un poco de adrenalina, y visto lo visto, tu amigo resulta hasta terapéutico.

–A lo largo de mi vida a Ari lo han llamado de muchas maneras, pero es la primera vez que oigo que es terapéutico.

–Bueno, el sexo en sí lo es, ¿no crees?

–¿Y por qué una venganza o un propósito de olvido?

–¡Coño, Juan, esa pregunta ya es de nota! Creo que no tengo suficiente confianza contigo como para contártelo.

–Bueno, eso es algo relativo.

–¿Cómo que relativo?

–Ya sabes: te he escuchado gimotear, tú me has escuchado follar, y yo he tenido en mis manos tu ropa interior –le sonreí–. Bien visto, Asmara, eso es bastante confianza.

Ella contuvo una carcajada.

–Sí, bien visto es así.

–La venganza será contra otro tío, eso seguro, y el propósito de olvido probablemente también.

–Debes de ser adivino, de esos que echan las cartas.

–Algo parecido, pero no hace falta serlo para imaginarse algo así. Cuando la venganza es acostarse con alguien, lo normal es que de quien te vengas sea también alguien con quien te has acostado. Créeme, tengo bastante experiencia a ese respecto –afirmé indicando con mi mirada la puerta de mi habitación.

–¿Tu amiga también se está vengando de alguien? –quiso confirmar.

–Justo. Eso es.

–Ya es casualidad, Aristides y tú parecen haberse especializado en eso. Podrían montar un negocio.

–Arístides y Juan, dos tipos con los que se puede vengar de su ex. Tiene su gancho.

–Por desgracia, creo que las que pagarían por eso serían bastante feas. Llevarse un tío a la cama nunca tuvo demasiado misterio.

–Mejor, así nos llegarán solo las desesperadas y les cobraremos unas tarifas astronómicas. Podremos retirarnos pronto, mal jodidos pero pronto.

–Eso sí.

–¿Fueron cuernos? Tampoco hace falta ser adivino para imaginarse que la mayor parte de las revanchas se toman por cuernos.

–No, qué va, fue algo más complicado, aunque lo cierto es que ni siquiera yo llego a entenderlo, y eso que soy una tía muy lista, ¿eh? O eso creo, estoy a punto de terminar *Arquitectura*.

–Sí, claro, además, los hombres y los edificios tienen mucho que ver. ¡Qué raro que no lo entiendas! Yo estudié teleco, pero soy detective privado.

–¿Detective privado? Estás de coña. ¿No?

–Que no, soy detective privado.

–¿Cómo Jack Nicholson en *Chinatown*?

Una de sus manos finas aterrizó sobre mi rodilla dándome una palmada con la que pretendería disciplinarme por mentir.

–Justo, pero con menos entradas.

–¡Estás de coña! Tú lo que intentas es ligar conmigo. Como tu amigo lo tuvo fácil, ahora quieres llevarme al catre.

–No, qué coño, que lo soy de verdad. Pero, espera –guardé un segundo de silencio–. ¿Existe alguna posibilidad de que te acuestes conmigo? No lo había pensando, pero ya sabes, Ari y yo nos especializamos en eso, tanto monta, monta tanto…

–¡No! ¡Qué va! Ya he hecho bastante por esta noche.

–Mierda. Bueno, entonces cuéntame lo de tu chico, que de verdad que soy detective, y especializado en saber por qué se rompen las parejas. Puedo hacer una tesis al respecto.

–¡Joder, detective! –sonrió sin llegar a creérselo del todo–. Como en las pelis.

–¡Qué sí! Si quieres te acompaño abajo, que es donde está la agencia y te la enseño.

–No, no hace falta. Te creo, te creo.

–Entonces cuenta. ¿Qué te hizo él?

–Te va a sonar a película americana, pero creo que lo que me ha hecho es dejarme plantada en el altar, más o menos.

–¡Oh, vamos! No te imagino vestida de pastel en una iglesia. ¿Me vas a decir que te dejaron así, vestida de tarta?

–No, hombre, la cosa no llegó a tanto. Pero casi. La idea era ponernos a preparar lo de casarnos cuando acabara la carrera, que creo que será en septiembre o diciembre.

–Lo de boda me suena fatal. Con lo fácil que es meterse a vivir con alguien sin montar tanto lío.

–Sí, da un poco de miedo. Pero es que a mí me gusta eso de para lo bueno y para lo malo hasta que la muerte nos separe. Eso me da tranquilidad. Seré una de las pocas tontas que aún se lo creen. Iván y yo llevábamos juntos desde el último año de instituto, y, ¿qué quieres que te diga?, nuestras familias son de

esas de las que se casan. Así que, visto lo visto, nos parecía casi más sencillo que andar discutiendo y dándole explicaciones a todo el mundo.

–¿Te pudo la presión familiar?

–Seguramente, y también pensar que Iván era el hombre de mi vida. No sé, estaba convencida de eso.

–¿Y?

–Y nada. Un día, de pronto, me dice que ya no me quiere. No se trató de que le diera pánico lo de casarnos, que sería hasta normal, sino que había dejado de quererme a secas, del todo, en un momento. No se dio un tiempo para pensarlo, ni un tiempo para hablar, ni hubo intentos de arreglar lo que quiera que se hubiera roto. Ni tan siquiera quedamos como amigos después de siete años de pareja. Fue más bien un "te he visto y no me acuerdo". Ni llamadas ni visitas ni nada.

»Y tampoco me coge el teléfono cuando lo llamo. De verdad que resulta extraño, parece que lo hayan poseído o algo así.

–¿Le habrás puesto los cuernos y se habrá enterado?

–¡Qué va! ¿Tú me ves a mí cara de ponerle los cuernos a alguien?

–De momento solo te veo buena cara, pero no me aventuro a más después de lo de esta noche.

Ella sonrió.

–Claro, claro, pero esto no es lo normal. Esto no lo hago habitualmente. Es que tu amigo invita a que lo desnuden.

–Es lo que él tiene, le pasa a menudo.

–Sí, el tío sabe cómo arrimar el ascua a su sardina, y yo ando tan desquiciada que al final hasta me apetece hacer una locura, porque nada parece tener demasiado sentido últimamente. Pero yo nunca le fui infiel a Iván, ni de lejos, es imposible que él piense eso.

–¿Qué dicen al respecto los amigos comunes? Seguro que a alguien le habrá dado más explicaciones de las que te ha dado a ti. ¿Has probado a preguntarles?

–Claro que lo he hecho. Y o bien todos me mienten o bien a todos le ha dicho lo mismo, lo que me dijo a mí: que ha dejado de quererme. Resulta horroroso no saber en qué demonios has fallado cuando todo se ha ido al traste.

–Pues sí que resulta difícil de comprender.

–Creo que sería capaz de contratarte como detective si fueras capaz de averiguar qué demonios ocurrió entre Iván y yo. Así todo acabaría por fin.

–Te debe de sobrar el dinero, porque a mí se me ocurren mil maneras mejores de gastármelo.

–Supongo que es algo que necesito saber, me está volviendo loca.

–¿No sería mejor pasar página? Parece que Iván ya lo ha hecho, que no tiene intención alguna de volver sobre el asunto.

–No, no te equivoques, ya ese momento ha pasado. Es decir, de esto ya han pasado un par de meses, y ya no estoy yo por volver con él, aunque se presentara en la puerta de mi casa ahora mismo. Pero eso no quita que no quiera saber qué ocurrió, creo que es algo que me ayudaría.

–¿A qué te ayudaría aparte de a saciar tu curiosidad?

–Supongo que a no cometer los mismos errores, a no fijarme en alguien igual o a no hacer lo que quiera que haya hecho para que dejara de quererme. Saberlo me tranquilizaría cuando vuelva a estar con alguien. De otro modo, me da que me voy a pasar la vida pensando que mi historia con otro se puede acabar así, sin razones ni indicios de que algo vaya mal para poder remediarlo.

–Si te sirve de consuelo, creo que saber por qué te dejó Iván no serviría de nada. Imaginar que todos respondemos a las mismas razones es más bien absurdo.

–¿No crees que lo que le sirve a uno puede valer para otros?

–Puede que en algunos casos sí, pero ni siquiera de eso estoy seguro. Las personas ni siquiera estemos hechas con los mismos engranajes. Puede que los que muevan a tu Iván no muevan a nadie más.

Asmara guardó uno de esos silencios que no conceden pero tampoco discuten, y al final acabó por imponerse el film. Quizás porque poco más podríamos dilucidar acerca de las razones de Iván, al que ni ella comprendía ni yo, tan siquiera, conocía. Los diálogos de los actores ocuparon nuestro silencio y nuestro cansancio nos relegó a ser meros espectadores de la ficción que sucedía en la pantalla. Yo había aterrizado ya tarde en el sofá y demasiado pendiente de Asmara como para apresar el hilo argumental de la película. La oía sin escuchar y la veía sin observar, pues mis sentidos se posaban con cuanto disimulo podían en la hija de Lil Johnson. La joven no parecía incómoda ocupando el salón ajeno ni la vera de un extraño, se dejó apresar por la narración como si estuviera en su propia casa.

–¡Ah, es horroroso! –pronunció con desagrado en una escena de dormitorio.

Aparecía la pareja protagonista despertándose por la mañana,

después de hacer el amor –aunque nada de eso se había mostrado–. El hombre se encontraba en un lado de la cama, con el pecho velludo al descubierto y las sábanas a la altura de su cintura. A la mujer, en cambio, la ropa de cama le cubría el torso

–¿Qué ocurre? ¿No te gustan los tíos de pelo en pecho? Ya sé que están pasados de moda, pero la película es de hace años.

–No, eso me da igual, lo que no me gusta es lo de las sábanas. Resulta absurdo, es algo que solo ocurre en las películas y que hace que no te las creas. Mira donde tiene la sábana ella y donde la tiene él. Siempre es lo mismo. ¿Te has acostado alguna vez con alguien y la chica se ha levantado con la sábana tapándole las tetas?

–No. A esas alturas ya no está uno pensando en que nada le tape nada.

–Pues en las pelis americanas es siempre es así. Resulta de un puritano horroroso. Es como una doble moral por parte de los directores, parece que dijeran: metemos escenas de cama porque vende bastante, pero al mismo tiempo no las hacemos demasiado explícitas para que no nos cataloguen de pornográficos.

»El resultado es una chorrada, porque ves a tías follando siempre tapadas por sábanas o por el cuerpo del tipo, o lo que es peor, con la ropa interior puesta. Yo nunca me he acostado con un tío que me dejara con la ropa interior puesta.

–Para nosotros lo de quitar la ropa es como lo de ir coronando puertos de montañas –me burlé–. Es el placebo gracias al que vivimos hasta que llega la nueva edición del *tour* de Francia.

–Sí, los hay que más que hacer el amor invaden territorio enemigo. Pero en estas películas no. Mira, mira que arte –me instó mientras la actriz se levantaba de la cama arrastrando las sábanas sin que se le viera nada más que rostro, hombros y tobillos–. Son expertas: se levantan sin que se les vea nada. Si lo intentara yo no me saldría. Además, ¿quién deshace la cama para darse un salto al baño? Mucho menos arrastrando las sábanas por el baño de soltero de un duro de estos de las películas, que será lo menos higiénico del mundo. No me imagino a Bogart con la lejía y el estropajo, la verdad.

–Tienes razón, me parece que la escena no es muy verosímil. Y también me parece que ves demasiado cine.

–En época de exámenes sí, para perderme un poco en la vida de otros. Eso siempre ayuda. Pero creo que ya he visto lo suficiente. Me parece que me retiro, detective. Mañana tengo que volver a ponerme temprano con los libros. ¿Dónde puedo

cambiarme? No quiero despertar a Ari.

–Sí, no parece buena idea. A estas alturas ya tendrá las pilas cargadas de nuevo y no te auguro una escapada sencilla si se despierta mientras te quitas el albornoz frente a su cama. Allí está el baño –le indiqué.

Asmara se introdujo en él mientras yo lo hacía en mi dormitorio, en silencio, esperando que Elena se hubiera quedado dormida. Así era, la joven estaba tumbada de espaldas, sobre las sábanas y desnuda, como convendría representarlo en una película, y no de aquella forma tan pudorosa y artificial de la que se acababa de quejar Asmara.

Tomé la ropa que tenía más a mano y me vestí en la oscuridad en un escrupuloso silencio, pues si Elena despertaba tendría que darle demasiadas explicaciones y me retrasaría en mis propósitos. Aún no sabía que yo continuaba tentando el pasado de Ramón Vidal y Marcos Quintana, ni tampoco que la hija de Lil no era otra que la que oímos gemir horas antes en la habitación contigua. Todo eso era demasiado para explicarlo en solo unos minutos, que era el tiempo del que disponía.

Me di prisa y volví al salón antes de que Asmara saliera del baño. Seguramente, no solo se habría vestido, sino que se ordenaría el cabello como hubiera podido y tal vez se repasó el maquillaje.

–¡Vaya, tú también te has cambiado! –se sorprendió al verme frente a la puerta del baño, apoyado sobre el respaldo del sillón, con un pulóver puesto y una chaqueta en la otra mano.

–¿Tienes el coche lejos? Te acompaño, así estiro las piernas. Creo que me va a costar coger el sueño.

–Lo tengo cerca de la Clínica de San Roque, es un buen paseo. No hace falta que me acompañes.

–No, que menos, Ari y yo nos turnamos para acompañar a las chicas al coche, no sea que algún psicópata ande suelto por Vegueta –bromeé.

–Vamos. Seguro que eso me hará el trayecto más ameno.

–Toma–le dije dándole la chaqueta para que se cubriera con ella–. Hace frío.

A aquellas horas de la madrugada la cercanía al mar y el clima canario hacían que una lengua húmeda lamiera la ciudad de Las Palmas, dejando una capa de rocío salado sobre las calles. Esa humedad te calaba los huesos si el trayecto era largo. Salimos del piso y nos dirigimos hasta su coche con paciencia, mientras sus tacones iban radiando sus pasos por los adoquines de las calles.

–Es bastante tarde –eran casi las cinco de la mañana–. ¿Vas a tener cuerpo para ponerte a estudiar temprano?

–No me va a quedar otra, voy con algo de retraso. Esperaba no volver tan tarde, pero al final tu amigo me lió.

–Por lo menos no llegarás bebida. Recuerdo cuando todavía vivía en casa de mi madre y llegaba apestando a alcohol. Las broncas de la Lourdes eran peores que la resaca –fue la única forma en la que se me ocurrió derivar la conversación hacia el tema de la familia.

Nos disponíamos a atravesar la Carretera del Centro, que surcaba el cauce del barranco de Guiniguada separando los barrios de Triana y Vegueta. Cruzada la vía, descendimos por unas escaleras hasta el nivel de barranco, donde se encontraba una pequeña plaza enfrente del antiguo Teatro de Guiniguada. Estaba circundada por algunas terrazas que ya habían cerrado y de cuyas cocinas solo escapaba la luz que alumbraba las últimas labores de la jornada de sus trabajadores.

–No voy a tener problema con eso, por suerte.

–¿Son padres tolerantes o estás ya en esa edad en la que se han dado por vencidos contigo?

Unas vallas amarillas del ayuntamiento rodeaban la entrada del teatro, que llevaba abandonado desde hacía una década. En el expositor que había junto a la puerta, donde se publicaba el programa de los eventos, quedaba un cartel azul, con una delgada bailarina en el centro, que anunciaba el que debió de ser uno de los últimos estrenos del teatro: *Climas internos, dirigido por Mariola Suárez*, rezaba la imagen.

–Por ninguna de las dos razones. Mis padres no son de los que se dan por vencidos, y tampoco son muy comprensivos. Mi padre, cuando se pone a malas, es de esos de "mientras vivas bajo mi techo"…

–Todo un clásico. Así era mi madre. Hasta los dieciocho era "hasta que seas mayor de edad…" y, luego, cuando por fin cumplí los dieciocho, la cosa cambió a "mientras vivas bajo mi techo las normas las pongo yo".

–Pues más o menos. Pero ahora no hay problema, los dos están en Nueva York.

–¡Vaya! ¿De vacaciones?

–Algo parecido. Tenemos un pequeño apartamento en Manhattan, nada suntuoso…

–Perdona, pero lo de "pequeño apartamento en Manhattan" y "nada suntuoso" no lo puedes decir en la misma frase. Es una

contradicción.

Ella me empujó con un hombro y luego se me agarró al brazo a modo de disculpa.

–Perdona, tienes razón, acabo de quedar como pija de libro. ¡Qué horror! Pero eso, que mi madre se va allí en cuanto el clima se lo permite. Se fue hace unas semanas. Mi padre la acompaña durante un mes o así, luego vuelve él y ella continúa allí hasta septiembre.

–¿Y tú? ¿No vas?

–De pequeña sí. Cuando acababan las clases papá y yo salíamos para allá, pero desde que entré en Arquitectura no he tenido un verano libre.

–Dices que se iban tu padre y tú en junio ¿Y tu madre?

–Ella se iba siempre antes. Le encanta Nueva York en mayo, y yo me quedaba con mi padre aquí, hasta que acababan las clases.

–¿Y no tienes hermanos?

–No, la naturaleza es sabia.

Callejeábamos por las peatonales del casco antiguo de Vegueta, donde comenzaban a confundirse los locales que estaban a punto de cerrar con los bares y las panaderías que iban a abrir.

–¿Por qué dices eso?

–Mi madre no está hecha para traer niños al mundo. A poco que la conoces te das cuenta de ello. Cuando la miro, acabo preguntándome cómo demonios a una mujer así le dio por tenerlos. Luego lo comprendo cuando miro a mi padre, debió de hacerlo por él.

–Suele ser al revés, ¿no?, lo del instinto maternal es lo que no se suele discutir. Los padres tienen peor prensa.

–Pues en mi caso ocurre al revés. A mi padre me lo puedo imaginar rodeado de niños, pero mi madre es diferente. Creo que hasta le sobro yo.

–¿Y eso?

–No sé, estoy segura de que me quiere, pero creo que no estaba para tener hijos. Por eso digo que la naturaleza es sabia, porque cuando nací yo hubo complicaciones y ya no fue capaz de tener más.

–¿Qué le ocurrió?

–Ni idea, una historia médica que no termino de comprender, y eso que me lo ha explicado hasta mi ginecólogo, que fue el mismo que la atendió en el parto.

–Debe tener ya unos cuantos años si te trajo al mundo.

–Sí, don Eusebio Beltrán es un viejo adorable a punto de

jubilarse, pero mi madre solo se fía de él. Es el que ha tenido toda su vida. Yo lo heredé.

–¿Y por qué dices que tu madre no estaba para tener hijos? ¿No tiene maña con ellos?

–No sé… ¿Cómo te lo explico? Yo creo que hay personas que piensan en los demás y son capaces de hacer concesiones, sacrificios. Esas personas son buenas para ser madres, pero la mía es bastante egocéntrica. Es como si fuera todo el tiempo un: "¡YO, YO y YO!". Ella nació para diva o algo así, no para estar cambiando pañales.

»La pobre me quiere, pero no estaba para esto. Se puede pegar semanas en Nueva York sin llamarme siquiera. Hace su vida allí yendo al teatro o de compras, o yo que sé que más, y así ella es feliz, ni se acuerda del mundo. Lo de ella es eso.

Asmara parecía ignorar el pasado de su madre como Lil Johnson, pero puede que si uno rascara apenas la corteza de Elvira Santa Cruz, fuera a dar pronto con el escueto cuerpo de Lil, aún ansiando ocupar el centro del escenario para convertirse en objeto de alabanza de cuantos la contemplaban.

Ya en la puerta del parking, me despedí de su hija proporcionándole una tarjeta de la agencia.

–Toma, por si te hace falta alguna vez un detective –aquello era el último punto que daba a mi hilo de araña. Tal vez, Asmara lo hiciera temblar con una llamada de teléfono.

–Gracias. ¿No quieres que te alcance a casa?

–No, me gusta andar.

–No te doy mi número porque… –sonrió.

–Ya, porque soy detective y me voy a enterar yo solito si me hace falta –continué con su broma–. Me lo dicen a menudo, gajes del oficio.

–No, no es por eso, sino porque tu amigo lo tiene. Eso y mi *Messenger*, se empeñó mucho en conseguirlo. Igual le gusta el sexo por teléfono o por internet.

Arístides solía ser inquisitivo, carecía de la pericia de los hombres invisibles para la sutileza.

–Es más que probable.

–Bueno, nos vemos. Ha sido una noche…

–Extraña –intenté completarla.

–Sí, eso: extraña.

14

Con Lil Johnson y Moisés Zerpa en Nueva York escaseaban mis opciones de interrogar a un nuevo testigo relacionado con el *Memphis*. No obstante, mientras trabajaba para Marcela Morales en el hotel de Santa Catalina, sentía la tentación de visitar nuevamente a Inés Montemayor. Continuaba interesado en averiguar cómo llegó el expediente del caso a sus manos.

–¿Vas a ir hoy? –me preguntó Elena mientras estaba tumbada en la cama de matrimonio de la habitación.

Se había cortado el pelo, ahora lo llevaba dispuesto en mechones caóticos. Acababa de volver de Londres. El chat le había bastado a Pedro para tirar de ella otra vez hasta su lado.

No habíamos hablado de eso, pero ya no dormía en la buhardilla ni su deseo desembocaba en mí. Del mismo modo, suponía que ya Susan no estaba con el ingeniero. Yo, por mi parte, me resigné a abandonar ese triángulo con la misma naturalidad con la que entré en él.

–No, quiero dejar todo esto funcionando primero –le contesté mientras tecleaba en el pequeño portátil que puse sobre el escritorio.

Tenía unos auriculares al cuello y el receptor de dos microcámaras conectado al *pc*.

–Tenemos todavía dos días. Podríamos darnos un salto y ver a Inés, y luego seguimos con esto –se desesperó.

Ya conocía mis pesquisas en la casa de los Zerpa, la existencia de Asmara y su aparición en la buhardilla. También le transmití mis reservas acerca de que las explicaciones que Marcos nos dio no fueran sino una coartada para ocultar otra cosa. Ahora, Elena me espoleaba para que realizara el próximo movimiento, aunque yo no tuviera claro cuál debía ser.

–Esto continúa sin enfocar bien a la cama –le dije para distraerla–. Coge ese *walkie* y vete al lado, te iré dando instrucciones.

Esa misma mañana habíamos entrado en las habitaciones del hotel Santa Catalina que Marcela Morales alquiló allí. En una instalamos dos cámaras y varios micrófonos; en la otra, establecimos el puesto de observación para recibir las imágenes y el audio. Ahora intentaba conseguir la mayor nitidez posible para una de las mejores clientes que había tenido Ramón Vidal.

Marcela había asistido a la cita que le dio Elena con puntualidad británica. Entró en la oficina enfundada en unos largos tacones. Llevaba el pelo teñido de negro, corto, y una nariz diferente a la que le conocimos con treinta y pocos años, puntiaguda y pequeña, similar –si no recordaba mal– a una de las amantes más duraderas de su marido. Ramón creía que esa fue la causa de la cirugía.

Ni de lejos aparentaba los cuarenta y tantos largos que tendría, aunque ni mucho menos mostraba esa falta de dignidad que desprenden las mujeres que rehuyen su edad como si fuera una maldición. Su belleza era adulta y se sustentaba en los contrafuertes de una elegancia y una inteligencia que la hacían ganar en atractivo con el paso del tiempo.

Tenía ya poco que ver con la joven que una década antes entró allí con la mirada caída y una delgadez extrema fruto de una crisis de ansiedad provocada por las dudas que albergaba acerca de su esposo.

Ni mi jefe ni yo mismo tuvimos oportunidad de conocerla antes de esa entrevista, pero llegamos a convencernos de que la infidelidad de Gabriel le había hecho más bien que mal.

Cuando sacamos las primeras fotografías de Gabriel Ortega con otra mujer, supusimos que aquello pondría fin a su matrimonio, pero jamás estuvimos más equivocados. No solo no lo abandonó entonces, sino que tampoco lo haría cada nuevo año, cuando Marcela volvía para ampliar el insólito álbum de los vicios de su esposo.

La infidelidad de Gabriel era la mejor documentada de la agencia. Marcela nos permitió el acceso a un piso familiar cerca de la playa de las Alcaravaneras, que era adonde Gabriel solía llevar a sus conquistas. Cada vez que nos contrataba montábamos dos cámaras en el dormitorio que daban toda fe de detalles de los hechos. Ellas guardaba todas y cada una de las imágenes como si formaran parte de un grotesco tesoro.

A pesar de su físico envidiable y de que cualquiera podría enamorarse de aquellos ojos tiernos y grandes como avellanas, lo que más me atraía de ella era su humilde dignidad. No era altanera, ni soberbia, pero tampoco la vi nunca avergonzada por cuanto le enseñamos o por cuanto averiguábamos de su vida. Nunca apartaba la mirada, como hacían otras, cuando le dábamos nuevas noticias de los devaneos de Gabriel, ni lloraba jamás e, incluso, parecía que su sonrisa dulce nos disculpaba y nos tranquilizaba al detective y a mí, habida cuenta de que cada vez

resultaba más difícil darle malas noticias a una mujer a la que habíamos tomado cariño. Si Ramón hubiera podido enamorarse de alguien después de que Lil Johnson lo dejara, esa persona habría sido Marcela. El detective admiraba su templanza.

–Hola, Juan –me saludó cuando entró por fin en el despacho.

Yo abandoné el refugio del escritorio y avancé por la moqueta para recibirla dándole un beso en la mejilla.

–Estás preciosa, Mar –había aprendido a tutearla–. Cada vez te veo mejor.

Ella me abrazó como a un hermano.

–Siento mucho lo de Ramón, me lo dijo la chica el otro día. Podías haber llamado. Ya sé que soy solo una clienta, pero hace ya tanto que nos conocemos…

–No, eres más que una clienta. Fue solo que me cogió todo por sorpresa. No supe qué hacer, creo que no reaccioné todo lo bien que debí. Ramón lo tenía todo arreglado para que su incineración fuera rápida, dejo a un abogado encargado de ello. Fue visto y no visto y yo estuve torpe. Lamento no haberte avisado.

–¿Sufrió mucho?

–Creo que no, estuvo bastante sedado. Al menos no se quejaba demasiado, pero tú sabes: Ramón no fue nunca un hombre que se quejara de nada.

–Sí, era discreto hasta para eso. Me imagino que va con el trabajo.

Nos sentamos. Supuse de antemano el trabajo que me encomendaría, era el mismo para el que llevaba contratándonos desde que la conocimos.

–Oye, te veo bien. ¿En qué andas?

–Ante ti… ¡Una secretaria judicial de estreno! –anunció de manera ceremoniosa –. Probablemente la más añeja de la camada, pero algo es algo, ¿no?

–¡Genial! ¡Al final lograste sacar oposiciones! Me alegro mucho.

Marcela no menguaba ante el infortunio, en cambio, medraba más cuanto más insistía su marido en traicionarla. Parecía haberse reinventado con el único objeto de ser suficiente para él. Aprobó el acceso a la universidad y se matriculó en Derecho mientras Gabriel insistía en su relación con una abogada que trabajaba en un despacho del centro de la ciudad. Acabó la carrera cuando nadie apostaba nada por ella y, luego, se empeñó en opositar como secretaria judicial.

–¿Estás trabajando ya?

–Sí, en el juzgado de menores, con el juez Arencibia, un buen tipo. No te quiero ni contar lo que me encuentro allí, cada vez me alegro más de no haber tenido hijos.

Probablemente, no se atrevió a tenerlos con Gabriel porque siempre consideró su relación demasiado frágil. O puede que alguno de los dos tuviera problemas para concebir.

–¿Y tú qué tal? ¿Cómo te va sin el detective?

–Bien. Ramón me dejo la agencia y la buhardilla, supongo que yo era lo más parecido que tenía a una familia.

–¡Qué suerte! Ya solo por la zona este sitio tiene que valer una pequeña fortuna. ¿Has pensando en venderlo? Es casi seguro que lo pagarían bien.

–Por el momento voy a mantener abierta la agencia. Aún da dinero. Además, ya ves que ahora tengo a alguien trabajando conmigo.

–¿Es la misma chica con la que te vi alguna vez? ¿Tu pareja?

–No, debes referirte a Andrea. Elena es solo una compañera.

–¿Estás solo ahora?

–Más o menos. Parece que es lo que toca.

–¡Bah! Todavía eres joven, un chiquillo –pronunció como si nos hubiéramos quedado anclados en la época en que nos conocimos.

–Ya no soy tan joven, Mar. Ya tengo treinta.

–¡Treinta! –se sorprendió.– ¡Claro, claro! Es verdad. El tiempo ha pasado, yo ni siquiera había empezado Derecho cuando te conocí.

»Hay que tener cuidado, Juan, porque cuando menos te lo esperas se te ha pasado la vida intentando que tenga algún sentido. ¿Sabes? –me advirtió mientras se miraba sus manos, como si buscara comprobar que aún no era vieja, que no había perdido los mejores años de su vida buscando complacer a un hombre que no se conformaba con ella–.

»Por más que te pases la vida en un gimnasio para que no se te caiga el culo, o por más cremas que te des, al final nunca llegas a escapar del tiempo, y, cuando menos te lo esperas, ya se te ha ido la vida.

»A veces una piensa que todo es solo un ensayo general, que siempre vas a tener más oportunidades de hacerlo bien, y luego resulta que no, que ni la función va a durar mucho más tiempo ni va a empezar de nuevo.

–Ya, supongo que tienes razón ¿Pero qué te trae por aquí? ¿Lo de siempre? –le pregunté por fin.

Sin embargo, esta vez algo había cambiado.

–¿Podrías hacer lo mismo que haces en el piso pero en un hotel? ¿Podrías colocar las cámaras allí para grabarlo todo?

–Eso puede resultar más difícil. En el piso podemos trabajar de antemano para grabar todo lo que hace Gabriel. Pero si ahora está yendo a hoteles la cosa se complica.

»Ahí podríamos sacar algunas fotografías a la entrada, como hicimos la primera vez, o si tenemos suerte y las cortinas están descorridas podríamos obtener alguna imagen desde un edificio cercano, pero poco más. A lo mejor escucharlo sería más sencillo, podríamos ponerle un micro en alguna parte. ¿Qué ocurre? ¿Han vendido el piso de las Alcaravaneras?

–No, no se trata de eso –contestó escueta –Pero, ¿cómo lo podríamos hacer para montar algo parecido pero en una habitación de hotel?

–Pues no se me ocurre otra manera que saber de antemano a qué habitación va a ir y tener acceso a ella antes de que suceda todo. Pero no parece probable que se pueda saber a priori a qué hotel va a ir Gabriel y en qué habitación va a estar, y también será difícil entrar allí lo bastante pronto como para prepararlo todo.

–O sea, si yo te dijera la habitación y pudieras entrar allí de antemano, ¿serías capaz de hacer el trabajo?

–Sí, claro que sí.

–Pues eso es justo lo que vamos a hacer.

Y aquella fue la manera en la que Elena y yo acabamos con dos habitaciones alquiladas en el hotel Santa Catalina, instalando todo un circuito de espionaje a cargo de la cuenta de Marcela Morales. Sin embargo, continuábamos sin comprenderlo.

–No tiene sentido –anunció Elena cuando volvió de la habitación contigua. Acabábamos de ajustar las cámaras. Una enfocaba el lecho, y la otra proporcionaba una panorámica lo más amplia posible de la habitación–. ¿Cómo lo sabe? ¿Cómo sabe que su marido vendrá justo a este hotel y justo a esta habitación?

–Ni idea. Ella no me quiso responder a esa pregunta. Tal vez, él siempre viene al mismo hotel y a la misma habitación.

–Si Marcela sabe ya eso, no tiene sentido que nos contrate, ya se habrá bastado ella solita para espiarle.

–Necesita verlo todo, siempre es así. A veces, cuando le enseñas a alguien pruebas de que los están engañando, pasan una foto o dos y se dan por satisfechos con eso. Ella no, ella siempre se empeña en ver cada imagen y cada segundo de cada vídeo.

–Aún así, es absurdo. ¿Cómo va a alquilar la habitación su marido si ya la ha alquilado ella? Te aseguró que el trabajo

tendrías que hacerlo en estas semanas. ¿No?

–Eso me dijo.

–Pues es el tiempo que ha alquilado la habitación. No puede ser que se encargue de organizarle a su marido la infraestructura para que le ponga los cuernos ¿Verdad?

–No lo creo, pero vete a saber, Elena. Tampoco le voy a dar ya muchas vueltas, por fuerza nos vamos a tener que enterar, nos toca grabarlo todo… Ya esto está listo. Ahora tenemos que esperar a que nos llame para venir a grabar.

Marcela nos advirtió que no hacía falta que siguiéramos a Gabriel, sino que ella misma nos mandaría un mensaje al móvil cuando nuestro objetivo se dirigiera al hotel. En ese momento, Elena o yo ocuparíamos la habitación contigua dispuestos a grabar cuanto sucediera.

La secretaria judicial no me facilitó más detalles sobre todo aquello ni dio pie a que yo se los exigiera. Ese era el trabajo para el que me había contratado. No era ni siquiera la labor de un detective o de un espía, no había nada que descubrir ni misterio alguno que desvelar, sino que apenas ejercería las funciones de un realizador de documentales, que registra cuanto ocurre intentando ser invisible para no influir en ello.

–Ahora que has terminado, podríamos hacerle esa visita a Inés Montemayor. Estamos cerca de su casa.

Caía la tarde después de que la luz se alargara en las últimas semanas de la primavera. La habitación disponía de una pequeña terraza con ventanales por los que el sol inundaba la estancia. Tenía vistas al parque de Doramas, que a aquellas alturas estaba invadido de jóvenes que comenzaban a disfrutar de sus vacaciones de estío. Yo me había levantado y los observaba desde la terraza.

La visita a Inés me tentaba. Era algo que estaba postergando no sabía por qué razón desde que hablamos con Marcos. Quizás temía que fuera solo un callejón sin salida más en aquel misterio que difícilmente se desenredaría hasta que consiguiera comunicarme con Lil Johnson.

–No sé si es buena idea que vayamos los dos –comenté mientras me apoyaba en la barandilla.

–¡Venga ya! ¿No querrás dejarme fuera otra vez?

–La entrevista que me toca tener con ella no será muy agradable. Prácticamente la voy a acusar de robarle a Ramón el expediente. Quizás nos mande a la mierda sin darnos demasiadas explicaciones. Creo que es algo que debería hacer uno solo, para que la cosa no se salga de madre. ¿Te atreves tú?

Así que fui yo quien se presentó en la vieja residencia de los Montemayor a última hora de la tarde.

Preferí aparecer de improviso. Concertar una cita le proporcionaría demasiado tiempo e información a Inés para tramar alguna coartada o prepararse para el interrogatorio. No podría llamarla y decir que deseaba verla sin concretarle nada más, pues lo lógico es que ella me solicitara un adelanto del propósito del nuevo encuentro.

–¿Juan? ¿Qué haces por aquí? –me sonrió albergando más esperanzas que sospechas por la visita.

–Buenas tardes –dije, aunque quizás debí decir buenas noches, nos hallábamos en el territorio de nadie del ocaso–. ¿Molesto? ¿Podemos hablar un poco?

–¿Sabes algo sobre lo de Adán? –me apremió ella.

Llevaba puestos unos largos pantalones negros y una camisa de tela fina, con cuello de pico y unas grandes solapas. Parecía estarse preparando para salir. Se había maquillado resaltando el color de sus pómulos y trazándose una línea negra en los ojos. Todavía no llevaba zapatos, que a buen seguro serían de tacón cuando los vistiese, sino unas zapatillas de andar por casa, que retrasaban aún los rigores de un calzado más incómodo.

–¿Te pillo en mal momento, ibas a salir? Necesitaría hablar unos minutos contigo.

–Había quedado con algunas amigas, pero puedo llegar más tarde. No íbamos a ningún sitio en particular. Espera, que hago una llamada y podemos hablar un rato –aseguró.

Pasé al salón y ocupé un sofá mientras ella telefoneaba desde allí. Se disculpó de antemano por el retraso pero no explicó sus causas. Sus amigas debían serlo desde hacía tiempo y ya se consentían esas faltas con tolerancia, probablemente Inés no quería que supieran que volvía sobre los pasos del asesinato de su hermano. Si aquellas con quienes hablaba la conocían ya entonces, era probable que la instaran a que se olvidara del asunto, que ya era inevitable y difícilmente hallaría un consuelo diferente a la mera resignación.

–Ya está, esperaran por mí un rato –me informó después de colgar–. Vamos al patio –me ordenó mientras abandonaba el salón por la cristalera que daba a un jardín que ni siquiera vimos en la última ocasión. La puerta estaba oculta entonces por una cortina.

La seguí, descubriendo un jardín mucho más pequeño y cuidado que el que daba entrada a la vivienda, con algunos rosales y otras plantas flanqueando un camino de adoquines que trazaba

un pequeño sendero hasta un senador. Tenía instalado un sistema de riego automático. Las plantas de allí exigían más agua que los cactus que abundaban en el jardín frontal. Parecía el espacio más cuidado de la casa.

Al abrigo del senador había una mesa, un sofá y dos sillones de mimbre, alumbrados por dos farolas de hierro forjado adornadas con motivos florales que Inés habría encendido al salir sin que yo lo advirtiera. La mujer parecía haberse empeñado en exiliar de aquel rincón el descuido que sufría el resto de la vivienda, probablemente demasiado grande para que ella, con su sueldo de profesora de Dibujo, pudiera mantenerla en buenas condiciones.

–Bonito lugar –comenté sorprendido por la contraposición evidente que significaba aquel espacio con respecto al resto de la casa.

–Era el jardín de mi madre. Adoraba este sitio. Siendo pequeña la ayudaba a cuidarlo, era lo único de lo que no se encargaba el servicio.

Junto a los muebles de mimbre había un caballete, sería uno de los lugares donde Inés pintaba cuando el buen tiempo se lo permitía.

Tomamos asiento en el sofá.

–Cuéntame. ¿Qué te ha traído por aquí? ¿Han descubierto algo?

–No demasiado, pero estamos en ello. Leímos el informe que nos diste y entrevistamos a varias personas, pero todavía estamos contrastando todas las versiones de lo ocurrido. Cuando lo que te cuentan los testigos no cuadra, es cuando realmente aparecen las pistas por las que comenzamos a investigar.

–¿Entonces, por qué necesitabas hablar conmigo?

–Pues justamente por eso, porque hay algo que no cuadra en todo esto, y eso es lo primero que necesito saber. Es lo único que tengo para empezar.

–¿El qué? ¿Qué es lo que no cuadra?

–No me cuadra el expediente que me diste.

–Me temo que en eso no voy a poder ayudarte. Lo he leído decenas de veces, y es cierto que es muy raro. No parece la investigación más seria del mundo, ni el informe más profesional que yo haya visto. Me imagino que te refieres a eso.

–Es cierto que el documento resulta extraño, sobre todo el final, cuando Ramón se apresura a sacar la conclusión de que es imposible seguir investigando. Los primeros capítulos, por llamarlos de algún modo, son minuciosos, pero al final detalla con

prisa solo algunos interrogatorios a raterillos locales y da por concluido el asunto. No parece propio de él.

»Pero no es solo eso lo que me extraña. Lo que no entiendo es qué hacía el expediente en tus manos.

–Me lo dio Ramón, ya te lo dije –mintió la mujer, que aún a su edad no se había acostumbrado a hacerlo.

Había contestado de manera escueta desviando la mirada, sonriendo levemente, que es una de las peores maneras de mentir, una de las más evidentes, apenas un mecanismo pueril para hacerlo.

–Por favor, Inés, necesito saber la verdad. En todo el tiempo que trabajé con Ramón nunca le dio uno de sus expedientes a nadie. Los guardaba en su oficina y solo los leía él. Además, a poco que lo leas te das cuenta de que es algo muy personal, que no está pensando para que lo leas tú. Por ejemplo, todo el capítulo que le dedica a Lil Johnson.

»Es importante que sepa por qué lo tienes. Me imagino que se lo quitaste y, si lo hiciste, tiene que ser porque no te fiabas de Ramón, porque considerabas que no te estaba contando todo lo que sabía acerca de la muerte de tu hermano –ella guardaba silencio–. ¿Fue así? –insistí con ternura.– ¿Te hiciste con el expediente porque no te fiabas de Ramón?

–Perdona… perdona por mentirte. Es bastante vergonzoso, pero sí, es cierto, me hice con el expediente después de que Ramón se hubiera dado por vencido.

– Supongo que porque no te fiabas de él. No se me ocurre otra causa.

–Yo andaba desquiciada con todo lo que estaba ocurriendo. Adán había muerto y mis padres estaban fatal. Mi padre no hacía nada más que perder dinero, no tenía la cabeza puesta en los negocios, y mi madre parecía un fantasma deambulando por la casa.

»Pensaba que si averiguaba quién era el asesino al menos podríamos cerrar parte de la herida y continuar adelante. Fue por eso por lo que contraté a Ramón, ya eso te lo dije.

–Sí. ¿Y luego?

–Pasó el tiempo, y hubo un momento en que parecía que Ramón estaba haciendo progresos. No me detallaba nada, pero decía que estaba sobre una pista, que quería asegurarse de todo antes de decirme nada, porque de otro modo podría hacer más mal que bien. Hasta llegó a decirme que era solo cuestión de tiempo que encontrara al asesino

»Sin embargo, pasaron semanas y hasta meses y sus investigaciones no se concretaban en nada. Prácticamente perdió el contacto conmigo hasta que un día me dijo que no había nada que hacer. Me resulto increíble. Intenté interrogarlo sobre sus supuestos avances pero me dijo que había sido solo una equivocación, que era una hipótesis sin sentido.

»Yo no me lo creí, su desencanto del final no tenía nada que ver con su entusiasmo del principio. Comencé a pensar que quizás encubría al culpable. Marcos solía decir que tu jefe no se movía precisamente con la flor y nata de la ciudad. ¿Y si su investigación señalaba a algún amigo suyo y por eso la dejaba en suspenso? Fue por eso que me empeñé en conseguir ese expediente.

–¿Y cómo te hiciste con él? No te imagino asaltando la agencia de noche y forzando la cerradura del despacho.

–No, claro que no. No habría tenido ni idea de cómo hacerlo. Acudí a la única persona que conocía que podía conocer a alguien capaz de robar en un local.

–Marcos Quintana –supuse yo.

–Efectivamente. Para mí Marcos era como un…–estuvo a punto de decir "un hermano", pero ni siquiera en eso podía mentir, había estado enamorada de él como no podía estarlo de un hermano– O sea, lo conocía desde que éramos niños, y era el mejor amigo de Adán. Si alguien me podía ayudar era él.

»Lo puse al corriente del final de la investigación de Ramón y de mis sospechas de que ocultaba algo. Tu jefe observaba el expediente en cada entrevista que tenía con él, por lo que supuse que en aquel documento hallaría todas las respuestas a mis dudas.

»Marcos se comprometió a conseguirlo. Conocía a alguien que podía robarlo. Solo tendríamos que pagarle. Y así fue como dos semanas después apareció en mi casa con el informe. Creo que Ramón ni siquiera se dio cuenta de que faltaba, porque supongo que de quien primero habría sospechado era de mí. Quien lo robó debió de ser lo suficientemente sutil como para que tu jefe no advirtiera nada.

–¿O sea, que el expediente te llegó directamente de manos de Marcos? ¿Él lo tuvo antes que tú?

–Sí, así fue. ¿Crees que Marcos pudo manipularlo antes de entregármelo?

Mis sospechas eran evidentes, y me imagino que también resultaban lógicas para una Inés Montemayor ya madura, no tanto para la joven que estuvo enamorada del profesor.

–Es una posibilidad. Quizás hizo desaparecer alguna parte.

–¿Pero por qué razón? Marcos era el mejor amigo de Adán. Si alguien aparte de mi familia querría encontrar al culpable sería él.

No me convenía que Inés conociera mis sospechas, así que decidí mentir. Necesitaba que Inés continuara a la expectativa, incapaz de encontrar una línea de investigación que la llevara a remover todo aquello sin mí.

–Sí, claro, en eso tienes razón. Quizás Ramón tenía otra parte del informe escondido en algún lugar. Dudo que si quería ocultar algo fuera tan poco precavido como para dejarlo en el archivo del despacho. Seguramente tu caco se llevó lo que Ramón quería que se llevara, y por eso el detective no se molestó en pedirte explicaciones.

»Oye. ¿Recuerdas si viste el título del informe antes de que lo robaran para ti?

Ramón solía titular sus informes únicamente cuando los concluía, cuando ya conocía el desenlace de su investigación y podía nominarlos con mayor fortuna.

Inés hizo un esfuerzo para recordar.

–No, creo que no. Recuerdo que me extrañó cuando por fin tuve el informe en mis manos: *El Blues de Adán Montemayor*. Un título así no es lo que una se imagina para el informe de un detective, yo pensaba que el expediente llevaría solo el nombre de mi hermano y punto.

»Cuando me entrevistaba con Ramón, él llevaba la carpeta de cartón sin nada escrito en la portada. Yo me pasaba la reunión observándola, intentando atisbar su interior. ¿Por qué me lo preguntas?

–No, por nada –mentí–. A mí también me resulta extraño el título para un caso –observé mi reloj para tener una excusa para irme, cuanto más continuara allí más probable era que Inés se convirtiera en la interrogadora y yo en el interrogado–. Muchas gracias, Inés, me tengo que ir. He quedado con otra cliente.

Ella, a la que también aguardaban, desistió de alargar la entrevista y aceptó mi ignorancia como un hecho.

Por suerte Inés desconocía los otros informes de Ramón Vidal y la forma caótica en la que estaba organizado su archivo. De haberlo sabido, habría imaginado que era bastante difícil que un raterillo hallara en un corto periodo de tiempo, o incluso en una noche entera, un expediente concreto. Su sistema de clasificación estaba acorazado para unos ojos eventuales que no dispusiesen de mucho tiempo. Si a Elena, que se había sumergido con auténtica pasión en el archivo, todavía le costaba localizar a tiro hecho un

expediente determinado, la urgencia de un robo lo haría prácticamente imposible.

Así las cosas, *El Blues de Adán Montemayor* únicamente habría caído en manos de Marcos si Ramón Vidal lo hubiera dispuesto todo para que así ocurriera o si se lo hubiera dado directamente. En cualquier caso, Marcos debía conocer la hipótesis que manejaba el detective acerca del homicidio, y no la habría supuesto tan solo como nos había dicho. El profesor mentía. Yo estaba convencido de que la identidad del asesino de Adán era uno de los secretos que compartían mi jefe y el profesor.

15

Cuanto más elaborados son los engaños, las excusas o las coartadas más complicado resulta sostenerlos. La arquitectura de las falacias las hace difíciles de asir por la memoria y por lo tanto susceptibles de ser descubiertas. Si aquello que es real a menudo se resiste al olvido, puesto que se fija por el hecho de existir y no de suponerlo o imaginarlo, lo que se inventa posee una naturaleza más delicada. Pertenece al mundo de las quimeras, que carece de límites y donde sobreabundan las opciones. Una mentira tiene allí siempre otras alternativas cercanas o casi idénticas, que se distinguen de ella solo por detalles leves que son difíciles de discernir si la falacia perdura o si se encuentra tejida junto a otros engaños. Cuanto más se imagine o se mienta en un ardid, más probabilidades habrá de que se quiebre como un castillo de naipes. Solo es necesario un nimio detalle que no encaje para que haga aguas todo cuanto forma parte del mismo embeleco. No ocurre igual con lo que de hecho es cierto, que se puede tergiversar o subvertir, pero no mentir. No cuesta recordar los detalles de lo que ha ocurrido y es trascendental, todo ello no lo erosiona el olvido y permanece vívido a pesar del tiempo, y si uno no es fiel a su esencia es porque comienza a mentirlo adrede, porque interesa contemplarlo de otra manera o transmitirlo de otra forma, pero nunca porque no se recuerde a la perfección.

Por todo ello, Ramón solía instarme a que mis coartadas en el trabajo fueran lo más sencillas posibles. Las prefería escasas en artificio, escuetas y concretas, a ser posible que se pudieran enunciar en una sola frase, ya no solo sin demasiados detalles sino además incapaces de contenerlos. Eso facilitaba el trabajo cuando quien era víctima del embuste dudaba de ti y te ponía a prueba.

«¿Necesitas desconectar este sábado? Me apetece verte», fue el ardid que acabé usando para citar a Asmara el fin de semana. Se trataba de una excusa primaria y sencilla, carente de artificio, efectismo o complejidad, que no me exigiría más explicaciones que sentir una cierta inclinación por ella, cosa que era más que probable tal y como la conocí, o al menos como ella creía que lo había hecho.

"¿Sitio y hora?", me contestó la chica solo unos minutos después de que yo le enviara mi mensaje. La cité en el *Café Venecia*, en la calle Pérez Galdós del barrio de Triana, no

demasiado lejos del *Memphis Club*. Hacía ya años que convirtieron esa calle en un paseo peatonal sembrado de adoquines grises y flanqueado de viviendas de más de un siglo rehabilitadas, con balcones de madera ornamentados, paredes de cantos, techos altos y puertas y ventanas de grandes dimensiones. En el bajo de una de ellas, se encontraba el *Café Venecia*, cuyo local avanzaba hacia el interior de la casa, que poseía mucha más profundidad que fachada. Al fondo del mismo, había un piano de pared subido en una pequeña tarima, donde Sam amenizaba la velada de los comensales. Si las arañas se dedicaran al espionaje de las moscas, es probable que una de sus tácticas fuera acercar unas moscas a otras, para ver si se reconocían o de qué hablaban entre ellas.

En cuanto ocupé una mesa cercana al piano, Sam me saludó enarcando las cejas y desplegando su sonrisa de grandes dientes, al tiempo que tocaba con algo más de entusiasmo para darme la bienvenida. Los asistentes lo oían sin escucharlo. Los dedos de Sam y su música formaban parte de la decoración, como los cuadros de las paredes, las mesas de madera con superficie de mármol o los barriles de café de los altillos.

Asmara llegó puntual. Vestía una larga falda de lino, una camiseta de tiras marrón y unas sandalias de cuero que le hacían juego con las pulseras de su mano derecha. Llevaba su pelo ensortijado recogido en un moño, lo que resaltaba su delgado y esbelto cuello. Estirándolo, oteo el interior del café en mi busca y yo elevé una mano para dejarme ver.

–Lo encontré. Nunca había estado aquí –me explicó.

Las teclas del piano callaron un instante, aunque nadie lo advirtió salvo yo, quizás porque buscaba una señal que delatara que Sam ponía su atención en la chica. Nos estaba mirando, me devolvió la sonrisa y volvió a tocar aunque sin dejar de fijar su mirada en mi acompañante.

–¿Cómo lo llevas? –me levanté para besarla en uno de sus pómulos altos y brillantes.

Dejó sus gafas de sol sobre la mesa y su bolso en una tercera silla a nuestro lado. Se sentó enfrente de mí y uno de los camareros apenas ni esperó a que tomara asiento para tomarle la comanda.

–¿Los exámenes?

–Me quedan solo un par, y uno en septiembre o diciembre, porque ahora va a ser imposible que me ponga con ello. Es la asignatura que peor llevo, la tengo pendiente desde primero.

–¿Cuál es?

–Fundamentos Matemáticos en la Arquitectura. La odio, ya la he cateado dos veces y sigo sin tener claro que vaya a poder aprobarla. Pero ahora no me hagas hablar de eso, que vengo precisamente para olvidarme de los exámenes.

–De acuerdo, no te agobio. Aunque ni siquiera sé qué contarte. No esperaba que aparecieras.

–¿Por qué?

–Tal y como nos conocimos, no tenía claro que pudiéramos tener un segundo encuentro.

–Ninguno de los dos estaba en su mejor momento, ¿no? Fue una noche rara, y una extraña manera de conocernos, pero justo por eso me ha apetecido venir. ¿Cuál es tu excusa?

–Estaba ansioso por conocer qué más cosas te chafan las películas aparte de que las mujeres se tapen los senos con las sábanas después de hacer el amor.

–¿De verdad que me has llamado por eso? –jugó con una sonrisa seductora, quizás querría utilizarme para distanciarse del abandono de Iván o del estrés de los exámenes.

–Aunque parezca triste, fue una de las conversaciones más interesantes que he tenido en semanas. De verdad. ¿Qué otras cosas no soportas en las películas? –insistí.

–Bueno, hay otras cosas que me chirrían brutalmente, sobre todo en las americanas y relacionado siempre con sexo. Son unos puritanos.

–¿Por ejemplo?

–Por ejemplo, que una tía se lo monte con ropa. ¿Tú crees que eso puede pasar de verdad? ¿Con cuántas chicas te has acostado por primera vez sin quitarle la ropa?

–Seguro que con ninguna.

–Pues lo que yo digo. La curiosidad te puede cuando te acuestas con alguien, y más a los tíos, que ya no es solo curiosidad, sino una especie de instinto primitivo de marcar el territorio…

–¿Cómo los perros? –sonreí.

–Justo, es como si: necesito verle los pechos, psss –dijo simulando el sonido de la orina –; y ahora el sexo, psss. Parece que estén invadiendo a los bárbaros o descubriendo América. Y otra de las cosas que no soporto es que filmen una escena de cama con los dos siempre tapados por las sábanas. ¡Venga ya! Es imposible.

»Es algo que no pasa en el cine europeo. Si quieres mostrar algo, al menos lo haces de manera verosímil y no con tanta mojigatería. Parece que con Hollywood estemos peor que antes,

cada vez más las películas son… ¡descafeinadas! Todas son iguales. Nunca he comprendido la predilección de mi madre por los Estados Unidos. A mí me resultan unos hipócritas conservadores.

Yo no podía desaprovechar la ocasión de hablar de Lil.

–Quizás es que tu madre es bastante conservadora –comenté.

–Claro, quizás lo sea. Le tocó vivir otros tiempos, ¿no?

–A lo mejor ella sí es de las que hacen el amor vestidas y de las que se tapan con las sábanas.

–¡Ah! No lo sé. Y tampoco me pienso imaginar a mi madre en esa tesitura, pero casi prefiero pensar que sí. Lo cierto es que no es muy cariñosa con mi padre, no se tocan demasiado en público, quizás sí que sean bastante puritanos.

–Quizás por eso le gustan tanto los Estados Unidos. Aunque Nueva York tiene fama de ser una ciudad abierta, mi jefe era de allí.

–Puede que los neoyorkinos no sean tan mojigatos pero sí lo es su cine. En cualquier caso, yo no mataba por pasar los veranos en esa ciudad. Me resulta agobiante.

–Nunca he estado, pero creo que Ramón tampoco la prefería a esta isla. Puede que en un lugar tan grande termines por no ser nadie. Aquí a Ramón le resultaba más sencillo manejar a la gente, era algo mafioso.

–¿Cómo tú y tu amigo?

–No, yo de mafioso tengo poco, y Arístides tampoco lo es demasiado. Tendrías que ver a nuestros compañeros de colegio. Arístides y yo éramos de los buenos. Nos metíamos solo en los problemas reglamentarios. Él sobre todo en líos de faldas ¿No lo has vuelto a ver?

–Dijo que llamaría, pero no lo esperaba, y tampoco me apetecía. Estaba bien para pasar una noche, pero nada más. Es divertido, pero no es un tío con el que me tomaría un café.

–¿Y yo sí?

–Por lo menos tú apuntas maneras.

–¿Por qué?

–No sé, me siento tranquila contigo. ¿Sabes? Otros tíos resultan agresivos cuando empiezas a conocerlos. Hablan siempre de sí mismos: yo, yo y yo. Y parece que tengan prisa por meterte en la cama, hablan y hablan con el único objeto de conquistarte, siempre enseñando sus plumas como si fueran pavos reales.

»Es como si los indios te asediaran dentro de un fuerte en un *western*, y tú estuvieras dentro defendiéndote con un rifle y

apagando el fuego de las flechas. Contigo eso no me pasa, no me siento atacada.

Concluí que agradaba a Asmara porque era un hombre invisible, alguien irrelevante para suponer una amenaza.

–¡Mierda! Siento tener que decepcionarte, porque lo cierto es que tenía la esperanza de llevarte a la cama –me burlé.

–¿Para eso no tenías a tu amiga, la que estaba en el otro cuarto? ¿Cómo se llama?

–¡Ah! Elena. No, me temo que ya no se presta a eso.

–¿Se han peleado?

–¡No…! Es solo que Elena ya superó esa etapa.

–¿Qué etapa?

–La de acostarse conmigo para vengarse de un tío que no tiene muy claro si es su novio o no lo es.

–¡Qué complicado suena eso!

Durante los siguientes diez minutos le resumí a Asmara la relación de mi compañera con su ingeniero. Mientras, nos sirvieron las bebidas.

–… Creo que, tal como están las cosas, ahora mismo a Elena y a Pedro les haría falta toda una patrulla de detectives para averiguar, no ya si se quieren o no, sino si realmente van a ser capaces de estar juntos.

–¡Menudo enredo! Menos mal que te dejaron fuera. Mi vida es mucho más sencilla: o estoy o no estoy con alguien.

Sam nos interrumpió, a nosotros y a todos los clientes del local. Los camareros lo observaron atónitos. No era común que el pianista comenzara a cantar un blues espontáneamente, abandonando la discreción de su rincón.

Todos lo atendimos mientras lo hacía, sorprendidos por una actuación que no esperaba nadie y por la fuerza con la que el viejo músico la interpretaba. Era probable que Sam estuviera evocando una de aquellas veladas ya lejanas en el club de *Bi-bí*. Era un blues lento y triste, un largo lamento que reptaba por todo el café a rítmicos compases.

Cuando terminó, el improvisado público no dudó en aplaudir arengado por los camareros, para los cuáles Sam habría dejado de ser por primera vez un músico frustrado y pobre para hacerse visible mostrando algo del talento con el que acompañó a Lil en el *Memphis*.

Se levantó para hacer una reverencia y luego permaneció de pie mientras tomaba un trago de la copa que tenía sobre su piano. Un blues era la forma en la que la mosca que era Sam actuaba

frente a la mosca que era Asmara cuando coincidían próximas en una telaraña.

Bajó luego de su tarima y se dirigió a nuestra mesa, tomándome de ambos hombros.

–Buenas noches, detective, nunca te había visto por aquí –me saludó con más familiaridad de la que correspondía al único encuentro que habíamos mantenido.

–Habrá que venir más a menudo si te pones a cantar –le respondí con la misma confianza con la que me abordó él.

Acababa de caer en la cuenta de que quizás Sam resultara demasiado espontáneo y sincero para un primer encuentro con Asmara. Tal vez, no desaprovecharía la ocasión para darse a conocer como un ex amante de su madre, y le revelaría más de lo que yo deseaba, puede que hasta el contenido de mi investigación.

–No, no es algo que me permitan hacer a menudo. Un *blues* no es algo que se escuche demasiado en esta isla. Me imagino que usted nunca había escuchado uno en directo, señorita –le preguntó a Asmara, como si acabara de leerme la mente y quisiera calmarme. Era evidente que había reconocido a la hija de Lil.

–No, nunca –reconoció Asmara, confirmando mis sospechas de que su madre había roto completamente con su pasado. No habría cantado ya nunca para ella un blues. Ni siquiera en su casa Moisés Zerpa Cabrera le habría permitido continuar siendo Lil Johnson.

–Uno no debería morir sin escuchar uno en directo, y no precisamente de mi boca, sino de un *bluesman* de verdad. ¿No te gusta el blues?

Retiré del asiento libre el bolso de Asmara e invité a Sam a sentarse.

Asmara tardaba en contestar, me imagino que porque no quería ser descortés pero tampoco hipócrita.

–Creo que no es una música que nos resulte sencilla por la edad, y tampoco por el país –intenté ayudarla yo.

–¡Oh, vamos, amigo! El blues no tiene nada que ver con la edad ni con el país, ni siquiera pertenece al país en que nació. Seguramente sus orígenes estén más próximos aquí, a África, que a América –la islas canarias no dejaban de ser geográficamente africanas, por mucho que nos costara menos sentirnos más próximos a Europa.

–No, no es tanto por eso –intervino Asmara, a quien no debió de gustarle que yo hablara por ella, más cuando apenas la conocía–. Es más por su temática, sus letras me parecen demasiado tristes, pesimistas. Yo es que no soy muy dada a la autocompasión.

–¡Oh! Pero si eso es lo bueno del *blues*. Es la música de los espíritus caídos, de ahí viene su nombre, de los *blue devils*.

–Pues yo no aspiro a ser un espíritu caído –proclamó Asmara.

–Nadie aspira a eso, pero al final la tristeza es algo que nos pasa a todos, en mayor o menor medida, por más que queramos escapar de ella. Y el *blues* hace de ella algo hermoso, que es casi la mejor alternativa posible. Es música de esclavos, por lo menos hacía de su sufrimiento algo bello.

»Eso es lo que a mí más me gusta del blues: la capacidad que tiene de sacar algo bello de las experiencias más tristes.

–Nunca lo había visto así. Quizás podría hacer un *blues* sobre *Fundamentos Matemáticos* –sonrió la muchacha mirando hacia mí con complicidad.

Aunque Sam no sabría de qué hablaba, se atrevió a concluir:

–Sobre todo se puede cantar un blues.

–¿De qué se conocen? –nos interrogó Asmara.

Intenté imaginarme una mentira que excluyera *El blues de Adán Montemayor*, pero Sam se me adelantó.

–Mi padre conocía a su jefe. Era un entusiasta del *blues*, y no es de extrañar, porque su vida era de blues. Mi padre tenía un local: el *Memphis club*.

Sam seguía invitando a Asmara a recordar evocando el *Memphis Club*. Como yo, querría descubrir si la hija de Lil sabía realmente quién era su madre.

–¿Todavía existe ese club?

–Cerrado, sí, pero existe, y todavía se parece a cómo era hace veinte años.

–Él vive allí –añadí yo–. Duerme enfrente de la barra.

–¡Venga ya! ¡Estás de broma!

–Mi baño es el aseo del club. Eso sí, el de hombres –bromeó Sam–. El de mujeres lo uso de trastero.

–No me lo creo. ¿Dónde está ese sitio?

–No muy lejos de aquí, si quieres un día te acompaño –le propuse yo.

–¿Y es tuyo? O sea: ¿no es alquilado?

–No, lo heredé de mi padre.

–¿Cómo no lo has vendido? Debe ser un sitio extraño para vivir. A lo mejor es que te gusta pasarte la vida lamentándote, como todos esos cantantes de blues –observó, apoyándose sobre uno de sus codos y aproximándose a Sam. Su otra mano aterrizó sobre el brazo del músico. La chica tenía un lenguaje corporal diestro y efectivo, acababa de amortiguar con él una afirmación

que resultaría ofensiva en otras circunstancias.

–No podría venderlo, *Bi-bí* se revolvería en su tumba. Ese sitio fue lo más cercano que conoció a la felicidad. Sería algo así como vender a mi padre. Cuando se vio obligado a cerrar, algo de él ya empezó a morir

–¿Y por qué cerró? Me imagino que un local de blues en Las Palmas nunca viviría de ser un sitio muy frecuentado. ¿Se quedaron sin la clientela habitual?

–No, di más bien que nos quedamos sin la cantante habitual.

–¿No cantabas tú?

–No, yo solo tocaba. Era una mujer la que cantaba: Lil Johnson. Ella era la voz del *Memphis Club*, y cuando se apagó nos quedamos sin clientela. Yo no tengo alma de blues. Eso es algo con lo que se nace, y Lil sí la tenía.

–¿Qué le pasó?

Sam me miró, como pidiendo permiso para contarle la verdad. Debió de entender que no lo tenía, aunque ya no sé si porque no se lo daba yo o porque aún se lo debía a Lil.

–Murió. Nos quedamos sin ella y sin su voz.

Aquella explicación no fue suficiente para Asmara. Su intuición debió de advertirle que había algo más tras las palabras de Sam.

–¿Qué edad tenía?

–Era muy joven, probablemente más joven que tú. Uno nunca se imagina que alguien tan joven pueda morir. O, claro, no se lo imagina nunca cuando tiene tu edad. Ya a la mía sí, porque por fuerza has visto cómo se han ido al otro barrio algunos chiquillos. Para morir no hace falta sino estar vivo, y ese requisito lo cumplimos todos hasta que ya no lo cumplimos en absoluto.

–¿De qué murió? –se interesó Asmara.

Sam tardó unos segundos en formular su respuesta, más de lo que resultaba conveniente si quería no dar pistas de que mentía.

–Hasta para eso Lil Johnson tenía alma de blues–resolvió Sam por fin–. Murió de tristeza y de ambición. Esa es una mala combinación para quedarte en este mundo.

Aquella respuesta simplemente aplazaba una contestación más detallada, abría únicamente el paso a una nueva pregunta, que era evidente. Sin embargo, Sam dejó que Asmara la pronunciara, puede que para ganar tiempo o para procurar expectación:

–No sabía que uno pudiera morir de tristeza y de ambición. ¿Cómo es eso?

–Pues mira, chica, aunque cueste creerlo, ese es un cóctel que termina acabando con mucha gente. A Lil se la acabó comiendo, se

fue viniendo abajo hasta que por fin murió. Y por más que intentamos que se cuidara, resultó imposible. Se suicidó. La tristeza y la ambición acaban teniendo esos efectos.

–Por esa regla de tres, todos los cantantes de blues deberían acabar muertos –intervine yo. Me interesaban las causas por las que Lil Johnson acabó suicidándose en la persona de Elvira Santa Cruz. Tenía claro que no se debía al amor que sentía por el padre de Asmara, ninguna *blueswoman* estaba en realidad prendada de su *sugar daddy*.

–¡Ah, no! En eso te equivocas, detective. El blues es la música de los espíritus caídos y resignados. Era música de esclavos, de gente que no tenía sino tristeza y resignación. Resignación que no ambición –hizo hincapié en aquello–. También eso tiene de bueno el blues, Asmara –continuó como si estuviera adoctrinando a la chica igual que debió de educar *Bibí* a su madre–. Nos enseña que si quieres tener un poco de calma en tu vida, tienes que aprender a resignarte, porque es imposible tenerlo todo. Eso lo saben los *bluesman*. Lil no lo sabía, por eso acabó tan mal.

–Entonces ya tengo una razón más para que no me guste el blues, no creo que haya que resignarse.

–Claro –concluyó Sam–. Todavía eres demasiado joven, por dentro y por fuera. Eso es algo que se aprende con más tiempo y más tristeza, quizás entonces le des alguna oportunidad al blues.

»Ahora tengo que dejarlos, me toca seguir tocando –sonrió al tiempo que se marchaba.

–Sabe cómo terminar una actuación –observó Asmara, quejándose de que Sam no la dejara contradecirlo una vez más.

–Es lo que tienen los artistas, que saben cómo salir de escena –añadí.

Tal vez, Lil Johnson habría sido más feliz si se hubiera resignado a tiempo. ¿Era eso lo que pretendía decir el pianista? Quizás habría preferido continuar ocupando el escenario del *Memphis Club* y la cama de Ramón Vidal antes que tener que escaparse a un apartamento de *Manhattan* varios meses al año para convencerse a sí misma de que llegó adonde quería. Lil parecía haber muerto para todos los que la conocieron como la cantante del Memphis Club, para Marcos y Ramón, que no habían vuelto a saber de ella, y también para el pianista que acompañaba su talento; incluso para el empresario Moisés Zerpa, que no encontraría en Elvira Santa Cruz sino la negación de la muchacha de la que se enamoró, diametralmente distinta aquella. Elvira no mejoraba a Lil Johnson, sino que más bien la negaba y la ocultaba,

la convertía en un secreto y un misterio, probablemente porque aquella *blueswoman* no se avendría a formar parte del matrimonio con el constructor ni resultaría adecuada para este.

Ramón Vidal, en cambio, debió de amarla como un espíritu caído, en su trágica humanidad. La deseó promiscua y diáfana, sin secretos ni subterfugios, y procuró que fuera cuanto ella deseaba y no cuanto él quería o necesitaba, que fue por lo que optó el padre de Asmara.

Un mensaje nos interrumpió un cuarto de hora más tarde, cuando Sam había vuelto a hacerse invisible, convertido de nuevo solo en música ambiente. Era de Marcela Morales. "Necesito que estés en el hotel en media hora". Imaginé que su marido se dirigía hacia allí con su amante de turno.

–Trabajo –concluí tras leer el mensaje–. Tengo que irme.

–¡No me digas! ¿No me ibas a entretener un buen rato? Esto va a ser una "cita interrumptus" o algo así –se quejó mientras yo me incorporaba. No me sobraba el tiempo para llegar al hotel antes de que lo hicieran Gabriel Ortega y su amante–. ¿No puede ir tu socia?

Me apetecía continuar sentado en aquella mesa, no sé si por el secreto de Elvira Santa Cruz, por el de Marcos Quintana, por el de Ramón Vidal o solo por Asmara Zerpa.

–No, Elena salía hoy con alguien. Creo que ni siquiera está en Las Palmas –no había querido darme muchos detalles de aquella salida–. Oye. ¿Quieres comprobar si otras mujeres se tapan las tetas con las sábanas después de hacer el amor y todas esas cosas que te inquietan tanto de Hollywood? –invité a Asmara– ¿Te apuntas?

Ella aceptó sin dudarlo y, en veinte minutos, llegamos al Hotel Santa Catalina. Entré con paso decidido hasta el mostrador para solicitar la llave de la habitación en la que estaba el puesto de escucha. El recepcionista fue incapaz de evitar un gesto de incertidumbre al verme con Asmara.

–¡Vaya cara se le ha puesto a ese! –apuntó Asmara mientras esperábamos el ascensor. Era observadora, tenía ojos de gata. Yo debía extremar las precauciones si no quería que al final descubriera el ardid de mis intenciones– ¿Tengo pinta de profesional o qué?

–¿De profesional?

–Sí, de fulana. Es así como me ha mirado.

–No, mujer, se ha extrañado porque se imagina que Elena es mi pareja. Es el paripé que hacemos para que no sospechen de

nosotros. Ahora ella será una cornuda y yo un *playboy* o algo por el estilo.

En el trayecto, yo la había puesto al corriente de la historia de Marcela Morales.

–¿Lo has hecho alguna vez? –me preguntó cuando acabábamos de llegar a la habitación. Ella terminaba de cerrar la puerta y yo me abalancé a encender el pc para activar los micrófonos y las microcámaras. Encendí solo una, la que tomaba una visión general de la habitación, y mantuve la otra hibernando, en previsión de que Gabriel se retrasara más de lo que suponía Marcela. Era imposible que conociera a la perfección los movimientos de su marido.

–Que si lo has hecho alguna vez –repitió Asmara, cuando yo ya contemplaba la habitación aún vacía. Habíamos llegado a tiempo. Me había obcecado en comprobarlo y apenas ni había advertido la pregunta la primera vez.

–¿Qué si he hecho alguna vez el qué? –le pedí que concretara.

–Lo que piensa el conserje: poner unos cuernos.

No entendía el interés que podía tener en eso, sin embargo, respondí:

–No.

–¿Por qué no? –se había acercado al ordenador para contemplar la pantalla. Comprobó que aún no ocurría nada.

–¿Por qué habría de hacerlo?

–Pues porque es más que habitual, ¿no? Parece que es lo normal.

–¿Tú los has puesto?

–No, yo no.

–Entonces puede que no sea tan habitual… A saber.

–Si los pusieras se te daría bien, ¿verdad?

Tomó asiento en la cama mientras yo estaba en la silla del escritorio, con un ojo atento a la pantalla; sería capaz de vigilarla hasta dormido. Espiaba ya de forma automática, llevaba tanto tiempo dedicándome a eso que podía pasarme una mañana observando la puerta de salida de un edificio mientras me estudiaba los apuntes del último año de carrera.

–¿Por qué se me iba a dar bien?

–¿Porque trabajas en esto? Eso tiene que ayudar, sabrás en qué cosas pillan siempre a los infieles. Serías de los que siempre borran los mensajes de móviles, de los que no dejan fotos de las amantes en el disco duro ni utilizan sus nombres en los hoteles. ¿No es así como se los pilla siempre? Al menos es así como ocurre en las

películas.

–Deberías de creer menos en el cine. En las películas también los pillan cuando se meten las bragas de las amantes en los bolsillos y ponen los pantalones en la colada. ¿Alguna vez uno de los tíos con los que te has acostado se ha metido tus bragas en sus bolsillos?

Mi sonrisa acompañó aquella observación y desató en ella una carcajada contenida.

–Sí, claro –se burló–. Me ha pasado el mismo número de veces que me he tapado las tetas mientras hago el amor.

–Lo imaginaba. Te aseguro que por ver he visto de todo, pero tíos que coleccionen bragas en sus bolsillos...

–¿Entonces cómo ocurre? ¿Cómo te das cuenta de que alguien te está engañando?

–En una pareja que lleva poco tiempo unida es más difícil, pero cuando ya se conocen dos personas lo normal es que las sospechas las desate el hecho de que las cosas dejen de cuadrar.

–¿Cómo es eso?

–No sé decirte con exactitud, pero cuando alguien llegaba a la agencia sospechando de su pareja, Ramón siempre le hacía la misma pregunta: ¿Qué cosas no le cuadran de su comportamiento?

»Supongo que cuando llevas mucho con alguien acabas por presentirlo. Sabes a qué se debe su comportamiento. Todo cuadra. Si está molesto sabes que es por esto o por aquello, y si está feliz por lo otro. Lo sabes porque lo conoces, porque en el fondo apenas cambiamos.

»Pero cuando las cosas te dejan de cuadrar es porque faltan datos, porque te está escondiendo algo. Si no sabes la razón del buen o del mal humor, o de por qué va a tal o cuál sitio, si no eres capaz de deducir las causas de sus movimientos, entonces es que te está ocultando algo. Esa es la forma en la que empiezas a sospechar de alguien. Lo otro, los mensajes de móviles y las fotos en el ordenador, las encuentras adrede, porque ya sospechas, no precisamente por casualidad.

–Ves, lo que yo te digo: si quisieras engañar a alguien sabrías la forma de que no te pillaran. Tendrías que hacer que todo cuadre.

–No me imagino siendo infiel. Me he hartado tanto de ver los engaños de otros que me aburriría bastante protagonizarlos yo.

–No te entiendo.

–Cuando te hartas de descubrir a gente que engaña, te das cuenta de que todo es siempre lo mismo: las mismas razones y las mismas relaciones, los mismos engaños y las mismas idioteces.

Resulta casi patético. Se piensan que están viviendo la aventura de su vida cuando hacen lo que hace todo el mundo. No me veo metido en una historia así.

Asmara volvió a sonreír.

–He visto a muchos tíos defender las razones por las que no serían infieles, pero ninguno usó nunca la baza de la vulgaridad o el aburrimiento.

–Supongo que no conoces a muchos que se dediquen a lo mío… ¡Espera!

Alguien acababa de entrar en la habitación contigua. Encendí la otra cámara y activé los altavoces. Por lo general no sentía la tentación de escuchar a los amantes sino que grababa sus conversaciones sin oírlas. Los clientes solían darse por saciados con la evidencia de las imágenes, poco importaba lo que dijeran quienes los traicionaban, o por lo menos así ocurría a los efectos de darse por satisfechos con mi trabajo. Era probable que sí escucharan ellos las grabaciones luego, en la intimidad, para buscar las razones a todo cuanto había ocurrido, o puede que solo empujados por aquella hambre malsana de detalles con la que nos infecta el dolor.

Reduje las ventanas de las cámaras para contemplarlas simultáneamente. La segunda enfocaba solo la cama todavía vacía. Estaba colocada dentro de la lámpara de la habitación. La otra, la que mostraba una panorámica de toda la estancia, estaba escondida en una salida del aire acondicionado.

–¡Ya están ahí! –Asmara no había tardado más de un instante en situarse detrás de mí, apoyándose en mis hombros. Sus dedos eran finos y largos, aunque apenas sin uñas, probablemente porque se emplearía con frecuencia en el dibujo en su carrera.

–Ese no es Gabriel –afirmé.

El hombre que estaba junto a la puerta tenía la coronilla despoblada y el pelo escaso y canoso. Sufría un ligero sobrepeso y debía de ser al menos diez centímetros más bajo que Gabriel Ortega. Este era un hombre maduro y apuesto, obsesionado con su imagen. Se teñía el cabello abundante y escrupulosamente peinado, y vestía siempre trajes impecables, rigurosamente ordenados sobre su cuerpo: los botones de las mangas siempre abrochados y el nudo de la corbata prieto en torno al cuello. Llevaba tantos años espiándolo que era capaz de reconocerlo entre una multitud.

La mujer que acompañaba al extraño estaba aún fuera del objetivo, bajo el umbral de la puerta y apoyada sobre el marco. Su

compañero la ocultaba por completo, pues le apresaba el rostro con ambas manos y se ejercitaba en besarlo, demostrando poca cautela. La serpiente de Gabriel Ortega, en cambio, se arrastraba con premura hacia el nido de su habitación, que era donde único se sentía a salvo de miradas ajenas.

La pareja se separó por fin y entró la mujer. Pude reconocerla al instante.

–Pero esa sí es Marcela Morales –concluí al ver a mi clienta vestida con un traje negro, que la cubría por encima de las rodillas. Por debajo de ellas todavía quedaban las largas piernas de una estrella de cine madura.

–¿La mujer que te ha contratado? –me interrogó Asmara, aunque debía de ser evidente, hacía unos minutos que le había hablado de ella y repetí su nombre en varias ocasiones.

–Sí.

–¡Espera, espera! –Se inclinó sobre mis hombros para acercarse aún más a la pantalla. Su tez suave rozó la mía.– Puedes ampliar eso –solicitó indicando la ventana que enfocaba a la pareja.

Seguí sus instrucciones mientras Marcela y el extraño cruzaban de nuevo sus labios, esta vez ya con la puerta cerrada. Él llevaba sus manos con ansias a los pechos de ella sobre el vestido, como si fuera la primera vez que los tentaba. Quizás era su primer encuentro, y no se supondría ya el hombre, bastante mayor que ella y menos atractivo, capaz de llevarse al lecho a una mujer como Marcela, al menos no sin pagarla de alguna manera sino únicamente por méritos propios.

–¡Al tipo lo conozco! Lo he visto con mi padre. ¡Don Manuel Ojeda o algo así! Creo que se llama así.

–¿Quién es?

–Un tipo de un banco, un director o algo así, un pez gordo. Debe de ser de la quinta de mi padre, que pica los setenta. Ya tendría edad de estar jubilado. ¿Pero no te había contratado esa mujer para que espiaras a su marido?

Lo cierto era que Marcela no me aclaró quien sería el objeto de la investigación, yo simplemente lo di por hecho. Ahora comprendía por qué no me encontraba en el piso de las Alcaravaneras y por qué era Mar quien me advertía de cuándo hallaría a mi objetivo *infraganti*.

–Creo que esta vez Marcela pretende otra cosa.

–¡Ay! Por favor ¿Con ese hombre? Si podría ser su padre.

Probablemente la diferencia de edad que existía entre sus progenitores era similar a la que se exhibía en la habitación, sin

embargo, Asmara no parecía darse cuenta. No se habría preguntado nunca cómo acabaron juntos Elvira y Moisés.

El banquero no tardó en despojar a Marcela de su ropa, aguardando él aún vestido. Probablemente eso le concedería cierta ilusión de control. No lo embargaría si supiera que la mujer había preparado aquello minuciosamente. Su altura, su delgadez y el ejercicio regular le proporcionaban a Mar un cuerpo más que envidiable, tonificado y firme.

–Ya con eso se demuestra que nadie folla a medio vestir la primera vez, por lo menos si eres mujer. A él le dará más vergüenza, a su edad uno luce menos –comenté yo, intentando restar tensión al hecho de que Asmara espiara por primera vez a una pareja.

–¿No te sientes incómodo haciendo esto? –me preguntó, aunque era incapaz de apartar la vista de la pantalla.

La pareja ya se había aproximado a la cama y Marcela emprendía la labor de desnudar a su acompañante. Manuel ni de lejos lucía la percha de Gabriel Ortega. Se hundía en las arenas movedizas de su traje gris, que debió comprar cuando gozaba aún de una corpulencia que no le había robado la edad.

Dejé un espacio en la silla para que se acomodara Asmara, que aceptó la invitación. La curiosidad iba ganándole la partida a los miramientos.

–Ya no. Me he acostumbrado, es mi trabajo.

–Mira, parece que ellos tampoco lo hacen nunca vestidos la primera vez –me advirtió Asmara, que contemplaba el cuerpo marchito de Manuel Ojeda ocupando la cama, tumbado de espaldas y con su sexo medio erecto, esperando complacencia.

Cambié de cámara para tener una imagen más nítida. El hombre tenía el vello del pecho prácticamente cano con algún atisbo de gris que aún resistía los embates del tiempo. Marcela se acostó a su lado, medio encima de él, y comenzó a masturbarlo, tal vez buscando endurecer su pene en previsión de que el coito no fracasara. El hombre le apretaba los glúteos con la mano que descansaba bajo el cuerpo de ella.

–¿No te sientes culpable, como si estuvieras viendo algo que no debes, que no está pasando para que lo veas tú? –continuó Asmara.

–En este caso, Marcela quiere que la graben.

–Pero supongo que él no. Además, esto no será un caso normal, ¿no? No parece lógico que una mujer te contrate para la grabes a ella siéndole infiel a su marido, sino justo al contrario.

–Sí, no es lo normal. Pero ya te digo: me he acostumbrado. Al principio no era así, pero llevo años en esto –cerré la pantalla–. Ya esto está, lo dejaremos grabando. Ya suponemos lo que va a pasar.

Temía que las imágenes continuaran violentándola.

–Me lo imagino y casi me da rabia. Si alguien me filmara con Iván mientras lo hacíamos me podría dar algo.

–No, no es lo mismo –sentencié yo.

–¿Cómo que no?

–En ese caso, ni tú ni él se debían a nadie. Esto es diferente. Cuando lo haces, es porque hay siempre alguien más, un marido o una esposa a la que se le deben algo.

»Nosotros encontramos a personas que quieren desaparecer pero que deben explicaciones, descubrimos a cónyuges que engañan a sus parejas, o investigamos si algún hermano se quedó con más de la herencia de lo que debía, con algo que escondió en los últimos días de vida de su padre o de su madre, para que no lo tuviera otro. Son situaciones en las que lo que haces no es solo asunto tuyo, sino que implica a alguien más.

»No resulta cómodo ni es bonito, pero desde luego no es algo que sea estrictamente íntimo, que solo incumba a uno. Ramón solía decir que si no quieres que alguien se entere de algo, simplemente no lo hagas. Desde el momento en que lo haces, tiene derecho a saberlo a quien impliques.

»Te aseguro que nunca hemos perjudicado a un marido fiel o a alguien que esté siendo honesto y no esconda nada. Es imposible hacerlo, en esos casos simplemente no descubrimos nada. ¿Si Iván te hubiera estado engañando, no crees que tendrías derecho a saberlo?

–Sí, claro que sí, pero me sigue resultando violento.

A Asmara le explicaba únicamente lo que me convenía para no espantarla. Ramón y yo aireábamos los secretos no solo para los que tenían derecho a saber, sino también para otros cuyo derecho era más discutible o no lo tenían en absoluto. Espiamos a adolescentes a cargo de sus padres, cuando quizás estos debieran carecer de este privilegio. No del de supervisarlos o limitarlos, pero sí del de que no se les ocultara nada en absoluto, ni siquiera lo nimio o lo inofensivo, o tan solo las primeras lides amorosas de alguien. Y también investigamos, ya no a maridos y esposas infieles, o ni tan siquiera a novios comprometidos o a camino de serlos, sino a quienes se negaron a ser pareja de algunos de nuestros clientes, a algunos que nunca asumieron más relación que una amistad con ellos y que, sin embargo, se vieron invadidos por

mis ojos y los ojos de Ramón por la única razón de que quien fue rechazado deseaba saber más de una intimidad que no le competía. A menudo querían conocer las razones por las que no fueron aceptados o si ya estos tenían otras parejas.

Otros casos resultaban incluso más mezquinos, cuando no simplemente ilegales. Por nuestra culpa, más de una vez había acabado vendiendo un marido infiel una propiedad más barata de lo que debía para que el comprador no terminara por descubrirlo ante su mujer. Pero nada de ello sabría Asmara esa noche, y mucho menos que ella también estaba implicada en una investigación por mi causa, por querer saber algo que en principio no me correspondía.

–Yo creo que ya podemos averiguar si ella se tapa después de hacer el amor –observó la muchacha algo más tarde, desde la cama, donde había acabado tumbada mientras hablábamos.

–Echa un vistazo si quieres, solo tienes que levantar la pantalla –yo me encontraba en un sofá orejero cerca de la ventana, observando el parque Doramas iluminado por tenues farolas.

Se levantó y anduvo hasta el escritorio.

–Si todavía están en ello, voy a empezar a idealizar a los hombres de esa edad –comentó mientras claudicaba ante su curiosidad.

–No es probable, te lo digo por experiencia.

Lo normal sería que los encontrara a ambos tumbados y desnudos, o que no encontrara ya a ninguno. A menudo los amantes infieles obedecían a una premura que se desconoce en las relaciones lícitas. Solían ducharse y volver a sus casas para que no sospecharan sus cónyuges. Solo a veces perseveraban, cuando estaban de viaje ellos mismos o sus parejas, pero eso no ocurría casi nunca, solía haber niños y habría que ir a acostarlos y dar noticias del día, y deberían mentir más cuanto más se ausentaran, y todo ello los pondría aún más en peligro de ser descubiertos. Así que después de hacer el amor se metían en el baño y luego se iban. Se duchaban siempre como si el olor fuera la pista más probable que los descubriera. El sexo huele de una manera concreta que permanece y alerta a quien, como el cónyuge, conoce tu aroma.

Asmara elevó la pantalla. La cámara de la lámpara continuaba maximizada. En el lecho se encontraban tendidos Marcela Morales y Manuel Ojeda, el uno junto a la otra. Él se encontraba boca abajo, con los glúteos flácidos ocupando el centro de la imagen; ella estaba boca arriba, con los pechos levemente inclinados a cada lado y el sexo al descubierto entre sus piernas. La colcha y las

sábanas ocupaban el suelo a los pies de la cama; una almohada había sido exiliada a la derecha; la otra permanecía bajo la cabeza de Mar, que oteaba con los ojos abiertos la habitación, probablemente buscando la ubicación de las cámaras.

–Dos de dos –concluyó Asmara–. Ella está destapada.

–Y eso que sabe que la están grabando, como si fuera una actriz –observé.

–De hecho, parece que esté mirando a la cámara, como si supiera donde está.

–Es probable –concluí.

16

–¿Estás colgado de ella? –me preguntó Elena mientras observaba cómo Asmara se alejaba hacia la orilla en la playa de Melenara.

La marea estaba baja y en calma, y mediaban las cinco de la tarde de un jueves. Había pocos veraneantes aún. Todavía nos encontrábamos en junio y la mayor parte de la gente no había salido de vacaciones. Llenaban la costa los domingos, pero no aún entre semana, ni siquiera los más jóvenes, para los que aún no había acabado el curso. Aún se examinaban de finales y eso los recluiría en sus casas hasta la semana siguiente o quizás la otra.

La arena a esas horas era solo territorio de jubilados, de vecinos cercanos que le apuraban algún rayo de sol a la tarde y de jóvenes dejados de las manos de sus padres, que debían repetir o suspender por norma y a los que ya no les inquietaban sus notas. Todos ellos juntos apenas constituirían medio centenar de personas en una playa grande como lo era Melenara. Estaban repartidos sobre la arena, ocupando en pequeños grupos generosas parcelas de terreno y disponiendo de las grandes sombrillas de palo que uno nunca encontraba desiertas en otras circunstancias.

Algunos adultos paseaban por la orilla, mientras hundían sus pies en el agua; los jóvenes, apenas una docena, jugaban a la pelota unos metros más arriba, donde la arena todavía continuaba húmeda y les facilitaba el deporte. Mas lejos del mar había algunas parejas alargando la tarde, otros jugando a las palas, algunas familias y nosotros mismos, que habíamos llegado después de comer. Había ido Elena en el viejo *fiat* y yo con Asmara en su *audi*.

Asmara se adentró en el agua, donde no había más de una decena de bañistas. La observé hasta que se sumergió de cabeza con un envidiable arrojo, el agua aún estaría fría.

–Que si te has colgado de ella –insistió Elena–. Aunque, vamos, que no hace falta que te lo pregunte, basta ver la cara de bobo que se te pone mirándola.

–¿Qué dices? –me quejé.

Elena lucía su cuerpo pálido prácticamente desnudo sobre la toalla. Practicaba *top less*, aunque parecía un esfuerzo vano porque le costaba mucho broncearse. Lo máximo que lograba era enrojecer y quemarse. Se untaba el protector con frecuencia para

evitarlo.

–Que me parece que te has colgado de ella. Y no me extraña, ahí sí tienes donde agarrar, no como aquí –dijo observándose sus tímidos senos, que apenas sobresalían en su silueta. Si cabía estaba aún más delgada que la primera vez que hicimos el amor.

–¿Estás celosa? –yo estaba tumbado boca abajo y ella sentada, con las piernas cruzadas. Alcancé a besarle una de sus rodillas huesudas.

–¡No, bobo! –me revolvió el pelo con las dos manos, me lo había dejado crecer en grandes mechones a la espera de ordenármelo otra vez en una peluquería.– Pero conociéndote vas a acabar mal.

Últimamente frecuentaba mucho a la hija de Elvira Santa Cruz. Jugábamos a convocarnos a la espera de que el otro desistiese de aceptar, y, sin embargo, ninguno de los dos lo había hecho aún.

–Es solo trabajo –le recordé a Elena–, o curiosidad más que trabajo.

–Claro, como a ti se te da tan bien mantener el trabajo fuera de tu cama. Hagamos un repaso. Andrea era tu clienta y acabaste manteniendo una larga relación con ella. Yo era tu compañera de trabajo y acabamos acostándonos…

–De eso último no voy a tener la culpa yo solo, bonita.

–Bueno, a lo que íbamos, que no sé yo muy bien lo que pretendes con todo esto. ¿Qué quieres hacer exactamente: interrogar a Elvira Santa Cruz sobre el asesinato de Adán Montemayor durante la primera comunión del hijo que tengas con Asmara?

Le mordí la rodilla donde antes la había besado. Aquellos juegos persistían a pesar de que ya no nos acostábamos. No habíamos hablado de por qué dejamos de hacerlo, aunque yo sabía que Elena estaba otra vez en tablas con su ingeniero.

–¡Ay! –se quejó, y me golpeó en la espalda.

–No, no esperaré a la primera comunión del niño. Supongo que es algo que ocurrirá antes. Y ni siquiera creo que sea yo el que vaya a interrogar a nadie.

–¿Cómo va a ser si no?

Asmara continuaba nadando.

–Piénsalo. Por lejos que esté su madre, Asmara habla con ella un par de veces en semana. Más tarde o más temprano le contará a Lil que está viéndose con un detective. Lo normal será que su madre le pregunte acerca de mí y, poco a poco, unirá los cabos. Bastará con que Asmara le diga el nombre de la agencia o el lugar

donde está para que llegue a la conclusión de que yo era el socio de Ramón Vidal.

»Entonces, no se sentirá segura y querrá saber más. Lleva toda su vida escondiéndole a su hija quién es y temerá que a mí se me ocurra decírselo. Sabe que la vi en el velatorio de Ramón, y supondrá que no es una casualidad que yo haya acabado cerca de Asmara.

–¿Tú crees? ¿No supondrá que ha sido una simple coincidencia? A lo mejor está segura de que Ramón no te dijo nunca nada sobre ella. Tu jefe era muy reservado. Puede que no le dé ninguna importancia.

–Que sepamos, se pasó años sin ver al detective. Cualquier cosa que supiera de él podría haber cambiado. No estará segura de lo que Ramón pudo o no contarme.

»Además, quien guarda tanto tiempo un secreto y con tanto cuidado es quien más fácil puede hacer que se descubra. Estará tan obsesionada con que su hija pueda conocer su pasado que intentará asegurarse de que no existe esa posibilidad. O quizás se asegure de ello su padre. En cualquier caso, en algún momento volverán de Nueva York, o llamarán y querrán saber de mí, y entonces podré saber más. Guardo suficientes secretos de ellos como para que me lo compensen contándome algo de lo pasó con Adán o con Ramón.

–Me parece enrevesado, pero tú sabrás.

Elena desconocía que yo había preparado para esa tarde un encuentro que podría inquietar aún más a Elvira si llegaba a sus oídos. Eso a buen seguro la traería de vuelta o provocaría al menos una llamada de teléfono a la agencia. Esperaba que Moisés Zerpa o su mujer no utilizaran métodos más agresivos para averiguar quién rondaba a su hija y con qué motivos.

–Tú déjalo en mis manos.

–Aún así ¿De verdad que no te sientes atraído por ella?

Guardé silencio.

–El que calla otorga –concluyó ella, que tenía prisa en llegar a esa conclusión.

–No, no es eso. Es solo que no sé qué contestarte. ¿Me atrae? Sí, pero mucha gente me atrae. Estoy colgado de ella. Supongo que no. Siento curiosidad y eso engancha, pero ya no sé si por ella o por lo que tiene que ver su madre con la historia de Ramón.

–Menudo lío, ¿no? ¿No te da miedo perderla si al final se entera de todo y resulta que te has colgado? Si averigua cómo conseguiste conocerla no querrá saber nada más de ti. A lo mejor

deberías dejar de hurgar en lo de Ramón si Asmara realmente te interesa.

–¡Vaya! Nunca me imaginé que me dirías que dejara de escarbar en esto.

–Es que a lo mejor ahora te juegas algo importante. ¿No me dirás que no has pensado en eso?

–¿En qué, en que esto puede terminar como el rosario de la Aurora o en que puedo enamorarme de Asmara? Me preocupa bastante lo primero, y, en cuanto a lo segundo, solo me supone un problema si no logro sacármela de la cabeza, como en el blues de Lil Johnson.

–Solo que ella no tiene pinta de *evil woman*, ¿verdad? Parece buena gente.

–Sí, pero Asmara no parece una buena idea. Es demasiado complicado tal como están las cosas.

–¿Por lo de Ramón y Lil?

–Sí, y porque de por sí estas cosas ya son complicadas. Es como lo de Andrea. A veces me da la impresión de que primero nos enamoramos de cómo es alguien y luego acabamos por querer cambiarlo.

»Fíjate en Moisés Zerpa con Lil. Se enamoró de una cantante de blues joven y libre, y, cuando por fin consigue estar con ella, no se dedica a otra cosa que a cambiarla. Por lo que sabemos, Elvira no tiene nada que ver con Lil, parece que ni fueran la misma persona.

–Sin embargo, parece que la relación funciona, ¿no? Siguen juntos después de tantos años.

–Yo no estoy tan seguro. Parece un matrimonio de conveniencia. Lil necesitaba medrar y Moisés la deseaba a ella, o a quien era ella cuando cantaba en el Memphis Club. Pero no sé si les ha salido rentable el trato. Lil dejó de ser Lil Johnson, y está por ver que Moisés consiguiera en realidad lo que quería, porque la mujer con la que está casado nada tiene que ver con aquella de la que se enamoró.

»Es como tu ingeniero. ¿Tú crees que si de repente comenzara cuidarte como debe, o volviera a la isla por ti, seguiría siendo Pedro? Él es uno de esos tíos que orbitan en torno a su ombligo. No sería él si cambiara sus planes por ti. Estará contigo solo mientras le encajes en ellos.

–Es la vez que más claro me has dicho lo que opinas de lo mío con Pedro –dijo Elena sin molestarse–. Y lo peor es que estoy de acuerdo.

–Y, sin embargo, continúas siendo incapaz de despegarte de él.

Ella se ordenó el cabello corto con los dedos y desplegó una de aquellas sonrisas que evidenciaban que deseaba jugar. Era la que lucía antes de meterse en mi dormitorio en la buhardilla.

–No sé. Probando, probando, creo que he conocido a alguien.

Supuse que debía de ser el chico con el que había cenado la noche que Asmara y yo filmamos a Mar con el banquero.

–¿Alguien con el que tener algo serio?

–No lo sé, aún nos estamos tanteando. Ni siquiera le he dicho nada a Pedro, aunque se supone que no tendría que decirle nada. Además, todavía ando viendo al nuevo en plan amigos.

–¿Y?

–Me gusta. Es lo que dices tú, que poco a poco voy sintiendo curiosidad por él. Pero también parece que lo esté examinando, puede que porque ahora soy la señora Hudson y se me haya pegado algo de trabajar con detectives.

»No quiero solo que me llame el sentimiento, ¿sabes?, sino también que haya expectativas, que los dos queramos cosas parecidas. Creo que he aprendido la lección. Me lo tengo que pensar mucho antes de abandonarme otra vez con alguien, porque cuando empiezo algo serio ya no sé dejarlo.

–¡Vaya! Parece que al final las personas sí somos capaces de aprender de nuestros errores. Me alegro por ti.

–Todavía no te alegres mucho, porque hasta el momento lo único que me está causando tanta expectación es un problema de insomnio. Por primera empiezo a imaginarme algo diferente a Pedro y temo llevarme un batacazo. Es horroroso, no me sentía así desde que lo conocí a él.

–¡Eh! –me quejé al sentir gotas frías sobre mi faz y pecho. Ya Asmara había vuelto y sacudía sus manos para mojarme a modo de juego.

–Está buenísima –comentó mientras continuaba de pie cuan larga era a mi lado.

Se elevaba con sus piernas largas y hermosas tapándome un sol que ya amenazaba con caer definitivamente. Elena le alcanzó una toalla.

Se habían conocido en persona ese día. Elena ya no soportaba permanecer a la expectativa en la investigación. Nuestras averiguaciones se encontraban en punto muerto hasta que volvieran Elvira Santa Cruz o Moisés de su estancia americana. Nada podía contarnos Asmara sobre el *Memphis Club* y los ochenta, cuando ella ni siquiera había nacido. Era solo una puerta a ese

tiempo, un acceso a su madre o a su padre. Si lográbamos abrirla, quizás sí tendríamos algunas respuestas.

–¡Mensaje de móvil! –nos advirtió Asmara metiendo su mano en el bolso de la playa y alcanzándome mi aparato.

–Mar –concluí después de leer el mensaje–. Hay que estar en el hotel dentro de media hora.

–¡Otra vez! –se quejó Elena–. Se ha desquiciado del todo.

Yo la observé con cara de circunstancias y ella se levantó de su toalla y se vistió.

–Ya voy yo –asumió.

–¿No te importa? Si no, me ocupo yo –me ofrecí, aunque tenía otros planes para la tarde, unos que ni siquiera había compartido con Elena.

–Tú tranquilo, que tengo ganas de un poco de porno de Marcela Morales. Me llevo el *fiat*.

Me tiró del pelo y me besó en la frente antes de marcharse.

–Ya nos contamos luego. Asmara, ha sido un placer –se despidió.

Luego partió con premura. Sería complicado que llegara al hotel Santa Catalina antes de que nuestra clienta hubiera comenzado a enroscarse en la cama con alguno de los amantes que le habíamos conocido en las últimas semanas. El banquero Manuel Ojeda no fue sino el primero de toda una serie de hombres que Mar desvestía el hotel.

–¿Todavía sigue igual? –quiso confirmar Asmara, a la que había manteniendo al tanto del trabajo en el hotel.

–Ya lo ves –respondí escueto.

–¿Y qué pretende con eso? ¿Tomarse la revancha de lo de su marido?

–Puede ser, aunque no estoy seguro.

–No sería mejor que lo dejara y ya está. Parece que no tendría demasiados problemas para encontrar a otro hombre. ¿Qué gana devolviendo el daño? ¿De qué le sirve?

–No sé si sirve de algo, pero te aseguro que si hay un sentimiento que no se debe menospreciar es el resentimiento. Puede que la venganza no tenga muy buena prensa, pero sí que tiene algo de terapéutica, ¿no? ¿O no fue por eso por lo que te acostaste con Arístides?

Ella sonrió.

–No lo sé, creo que simplemente necesitaba que alguien me mimara un poco después de sentirme despechada. Lo de la revancha pega más con lo que había entre Elena y tú.

–Eso seguro, por eso te digo que no hay que tomárselo a broma.

–Entonces es ella, ¿no? ¿Elena era la chica que estaba en tu dormitorio la noche que nos conocimos?

–Claro. Ya te lo había dicho.

–Tienen muy buen rollo ustedes dos. Da gusto verlos –comentó–. ¿Se conocen desde hace mucho?

–Unos años.

No le comenté que era la mejor amiga de mi ex pareja.

–¿Y lo de ustedes se ha quedado en nada? Parece que todavía hay algo.

–Mucho cariño, pero nada más.Nunca hubo nada más que eso. Fue un apaño para un mal momento mutuo. O eso creo.

–¿Y hace tiempo que no tienen nada?

–¿Qué no nos acostamos?

–Sí, eso.

–Semanas.

–¿Qué pasó? ¿Se mosquearon?

–No, simplemente dejamos de hacerlo. Aunque ya no sé si tuvo que ver con un viaje que hizo a Londres para volver a acostarse con Pedro, o si más bien tiene relación con un tío al que está rondando. Sea como fuera, parece que ya no le hago falta en ese sentido.

–¿Y tú no necesitas a nadie o es que eres uno de esos detectives duros, como Jack Nicholson en *Chinatown?*

–Hasta ese necesitaba a alguien, si no recuero mal –le dije–. Hace ya mucho que vi esa película.

Algo más tarde, poco antes de abandonar la playa, Asmara se quedó mirando un edificio que invadía el lecho de la arena, una construcción pretérita que partía la playa en dos.

–Tu cabeza de arquitecta estará cagándose en quien lo construyó, ¿no? –intenté adivinar.

–¡Qué coño! Si lo hiciera me estaría cagando en mi padre. El terreno era suyo, ¿sabes?

–Tú habrías hecho algo menos agresivo con el entorno, ¿no? –comenzaba a conocerla.

–Yo simplemente no hubiera hecho nada ahí. Y lo que hay alrededor sí que lo hubiera integrado en el paisaje. La mayor parte son armatostes que masacran la vista.

»Hay que respetar el entorno. Pero mi padre no es así, mi padre es así –dijo colocándose las dos palmas de las manos en paralelo a los ojos, simulando las orejeras de los burros–. Él quiere algo y no

piensa en nada. Le da lo mismo lo que toque con tal de conseguirlo. Mira que cosa más horrible hizo ahí.

–Es la primera vez que te veo criticarlo.

–Sí, no suelo cargar contra él. Lo admiro por muchas cosas, sobre todo por su determinación, pero puede que esa misma determinación sea lo que no le permita tener demasiadas contemplaciones con otras cosas. Si quiere algo, mueve cielo y tierra para conseguirlo, sin miramientos.

–Eso no tiene que ser malo.

–No, pero hay en ello un punto de intolerancia hacia las ideas de los demás. Y no solo le ocurre así con cosas como esa–dijo señalando el edificio–, sino también con las personas.

–No parece que hayas salido a él en eso.

–No, lo mío es más bien buscar la armonía, intentar comprender lo que hay antes de afectarlo. Sería lo primero que haría antes de construir algo aquí, por ejemplo. Soy más cuidadosa en eso, me aterroriza hacer daño. Ya bastante mal va todo como para que una ande metiendo la pata sin ton ni son. Y lo mismo me pasa con las personas, las estudio mucho antes de hacer nada.

–¿Eso es lo que haces? ¿Me estudias a mí desde que nos conocimos? –le pregunté.

–No sé por qué lo preguntas. Debería resultar evidente para un detective privado.

–Yo más bien soy un teleco venido a menos. Lo de detective ha sido un accidente. ¿Me estás estudiando? –insistí.

–Lo cierto es que sí. Me despiertas curiosidad.

Toda atracción comienza inspirando interés, ese es el camino hacia el fruto prohibido.

–Tengo un trabajo muy rocambolesco, soy consciente de que eso resulta peculiar.

Yo sería un hombre completamente invisible si no fuera un detective privado. Si trabajara como técnico de telefonía, montando redes de ordenadores o de dependiente en una tienda de informática nunca habría conocido a Andrea y por extensión tampoco a Elena, y jamás habría espiado a Asmara. Bien visto, estaba convencido de que sería menos querido y deseado si mi vecino no me hubiera reclutado para su agencia.

Mi trabajo, en cierto modo, era como los vendajes de Griffin, que tenían la cualidad de convertir a un hombre invisible en el personaje más siniestro y llamativo de la posada. No obstante, Asmara parecía convencida de que le interesaba algo más de mí que los vendajes que me proporcionó el detective Ramón Vidal.

–No, no es eso, o no solo eso. Me extraña la facilidad con la que te dejas entrar. Fue lo que me gustó aquella noche.

–Desde luego no creo que tenga más habilidad que Arístides en eso. A la vista está –me quejé yo. No tenía su atractivo ni su eficacia para convencer a una mujer de que sería la mejor compañía posible durante una madrugada.

–No, no es lo mismo. Lo de Arístides es más típico. Es como casi todos los tíos que te entran en una noche, que no paran de hacerse publicidad de sí mismos y que siempre saben a lo que van.

»Contigo fue diferente. No tenía claro a qué jugabas, porque lo más probable es que no juegues a nada. Cuando dices que me invitas tomar un café, es solo eso y nada más; y cuando es a la playa, a eso vas. Es como si abrieras la puerta a la gente para que entre en tu vida sin ninguna expectativa, solo ofreciendo compañía.

»Hoy, al conocer a Elena, he ratificado esa impresión. Se siente a gusto contigo, se fía de ti. Creo que por eso es por lo que estaba en tu cuarto esa noche, porque fue a caer en el único sitio donde presentía que no le iban a hacer daño, sobre todo teniendo en cuenta su historia con el tal Pedro.

–O sea, que sientes curiosidad por mí porque te resulto inofensivo. Es una cualidad de débiles.

Aquel era uno de los rasgos de los espías que tramaban el hundimiento de naciones sin levantar sospechas.

–No, no se trata de eso. No es que no puedas hacer daño, sino que más bien no eres de los que causan dolor si pueden evitarlo. En eso eres un poco como yo.

–Varios recién divorciados pondrían varias objeciones a esa hipótesis tuya –me costaba admitir aquel veredicto de inocencia, sobre todo teniendo en cuenta que la estaba utilizando.

–Por eso siento tanta curiosidad, porque creo que no te pega eso y, sin embargo, lo haces. Es como si no me terminaras de cuadrar del todo, me resultas complicado. ¿De verdad te gusta tu trabajo?

–Ese es un debate que en mi barrio ni se tolera, Asmara. Un trabajo es un trabajo, y reza a Dios para que no te falte. Lo cierto es que no me he parado a pensar mucho en eso, pero creo que no podría decirte que me disguste ser detective, y desde luego que no me siento culpable cada vez que le paso a alguien unas fotos que descubren algo. Al fin y al cabo, para eso me han contratado, y creo que se merecen saber la verdad.

–No sé, yo creo que necesitaría trabajar en algo más

constructivo. Me deprimiría mucho pasarme la vida acabando con algo, ¿no?

–Eso sí es cierto. Soy como esas grúas con bolas de acero que se dedican a demoler edificios. Igual deberíamos cambiar la placa por *Agencia de Demoliciones* o algo así.

»Pero, bueno, al fin y al cabo nosotros no somos los que manejamos la bola de acero, sino solo los que le sacamos la foto al operario que la maneja. Documentamos más que destruimos. Además, a veces hay que tirar algo para poder hacerlo mejor, ¿no crees? Como ese edificio de tu padre de ahí –dije indicando el monstruo de cemento que cercenaba la playa.

–¿Era esto lo que querías ser de mayor: detective? ¿Era lo que tenías planeado para ti?

–No, claro que no, pero supongo que son pocos los que llegan donde quieren. Yo prefería el mundo de las telecomunicaciones.

–¿Los jueguitos de ordenador y los cables? Me parece que eso tampoco te paga.

–Yo tenía una idea más romántica que eso. A mí lo que me maravillaba era lo de facilitar el tránsito de la información, generando herramientas que permitieran que alguien de aquí hablara con alguien de Hawái como si lo hiciera en persona. O que alguien pueda colgar en un blog sus ideas sobre algo y que lo puedan leer un minuto después en Alaska. Eso me encantaba, hacía el mundo más pequeño, más cercano, sin apenas escondrijos. Todo lo que se sabía podía estar al instante en cualquier parte, y cualquiera podría leerlo libremente.

»Me pasé toda mi adolescencia enamorado de internet y del movimiento de software libre. Era una idea mágica establecer tantas redes entre tanta gente. Aquello todavía estaba en pañales cuando yo quería estudiar ingeniería.

–¿Y luego? ¿No te atreviste a seguir luchando por eso?

–Luego me fui desencantando. Por desgracia, Asmara, una cosa son las herramientas y otras las personas. Puedes poner a su disposición los medios que quieras, que las personas siguen siendo las mismas. Por eso creo que el mundo no cambia demasiado.

»Todo se subvirtió. Primero las grandes compañías se enriquecieron con todos aquellos proyectos, y luego nosotros utilizamos todos los medios que teníamos a mano para continuar igual.

»Uno podía mandar un e-mail a medio mundo de distancia en un segundo, y resulta que la gente se empeñó en usarlos para mandar basura y más basura, inventando el Spam. Y luego están

los chats, donde nadie es nadie ni quien desea ser, donde más que mostrarte te mientes.

»En el fondo, todo ha cambiado y todo permanece igual. Hay quien utiliza la red para hacer maravillas y quien la utiliza para abusar de menores. Ramón Vidal tenía razón en eso. Decía que la gente no cambiaba, que uno no debía poner sus esperanzas en ello. Supongo que por eso no me importó demasiado acabar trabajando en la agencia, amén de que tampoco reparten trabajos de teleco en medio de la calle.

–Me aterroriza eso, ¿sabes? –se estaba poniendo la camiseta, comenzaba a hacer frío.

–¿El qué?

Se quitó el top debajo de la camiseta y se cubrió las piernas con la toalla para hacer lo mismo con las bragas del bañador antes de responder.

–Que las cosas terminen torciéndose tanto. Ya sé que la vida no es lo que una desea, pero una cosa es que se tuerza un poco y otra que no se parezca en nada a lo que habías querido.

»Si estudio arquitectura es porque me gustaría hacer algo artístico, pero tengo miedo de acabar firmando planos de edificios para mi padre, todos iguales. Y parece que esté destinada a eso, porque, como dices tú, las oportunidades no te las regalan.

Se colocó la falda debajo de la toalla. Yo me levanté y comencé a cambiarme, supuse que ya no le apetecía continuar en la playa.

–Aunque suene a tópico: la vida no es nunca como uno desea.

Y de eso podría dar cuenta su madre, que aspiraba a ser una reconocida cantante de blues y acabó varada en una existencia doméstica y trivial, alejada de los escenarios. Puede que en el *Memphis Club,* Lil Johnson fuera un espíritu caído, pero allí al menos tenía alma. Dudaba que la tuviera ahora junto a Moisés Zerpa. También podría ratificar aquel tópico Marcos Quintana, que no alcanzó cuantas expectativas se pusieron en él. No había pasado de ser un profesor de clases particulares que vivía eternamente en un hospedaje.

Puede que, con todo, fuera Ramón Vidal quien de todos ellos habría tenido una existencia más cercana a sus propósitos, pues deseó ser detective privado desde que leyó por primera vez a Sir Conan Doyle y aún deambulaba por su barrio de Nueva York. Quizás, simplemente, tuvo la precaución de no esperar demasiado de su existencia, de no anhelar aquello que se alejaba del alcance de su mano, aunque para ello tuviera que pasarse la vida metido en un *fiat* rellenando el álbum de las infidelidades de la ciudad de

Las Palmas.

–¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué te paras? –me preguntaría Asmara apenas un cuarto de hora más tarde, cuando ya habíamos abandonado la playa y yo había insistido en dar un paseo por la avenida antes de regresar a la capital.

Nos encontrábamos enfrente de la *Casa Morales*. Desde allí se podía ver el patio trasero, donde entrevistamos a Marcos Quintana. Varios huéspedes ocupaban las mesas mientras terminaba de caer la tarde, la mayoría leyendo el periódico o algún libro. Pude distinguir a Marcos en uno los asientos más cercanos a la cristalera que daba paso al salón.

–Espera un poco –le dije a Asmara mientras me volvía a observar la marea para ganar tiempo.

Llevaba toda la tarde masticando la idea de arrepentirme de aquello, sobre todo después de la conversación que tuve con Elena. Mi intención aquel día era continuar acercando moscas en mi telaraña. A buen seguro, si ponía a Asmara en contacto con Marcos Quintana y Elvira se enteraba, acabaría perdiendo la paciencia y se interesaría por conocer las causas de cuantos movimientos llevaba haciendo en relación a su hija. No obstante, cuanto más prosperaba en mis propósitos, más peligro corría de que todo fuera descubierto por Asmara. Puede que Elvira tomara la iniciativa en algún momento e informara a su hija de su pasado antes de que lo hiciera yo. Eso atenuaría el desastre del descubrimiento para Lil. O, en el peor de los casos, podría ser el propio Marcos quien evidenciara mis intenciones y no sería ya yo un lugar seguro para la estudiante, un santuario o un enigma, que parecía que era lo que la atraía de mí.

Las mismas razones que me acercaron a la muchacha podrían distanciarme definitivamente de ella. Eso no resultaba un problema cuando Asmara aún no era ni Asmara, cuando no conocía su nombre ni la había frecuentado tanto, ni tampoco cuando mi curiosidad no se cebaba en ella sino en su madre. Todo ello, sin embargo, había cambiado. Yo comenzaba a quedar tan preso en su telaraña como ella lo estaba en la mía, y lo peor era que no quería arriesgarme a cortar los hilos, a escapar de la órbita de su influencia perdiendo la ocasión de poder descifrarla ya a ella y no tanto a su madre, ni tampoco a Ramón Vidal, que al fin y al cabo ya había muerto, ni mucho menos a Marcos Quintana, que nunca debió importarme y al que tampoco habría conocido si no fuera por aquella casualidad de la Clínica de San Roque.

Mi interés estaba secuestrado por dos anhelos, el de Asmara y

el del blues de Adán Montemayor, y me costaba discriminar cuál elegiría en caso de tener que renunciar a uno.

–¿Estás bien? –insistió la muchacha.

–Sí, claro –le contesté, intentando hallar el valor para dar el siguiente paso. Supuse que Ramón lo habría hecho, que no habría aguantado dejar la investigación a medias.

Asmara era una pieza delicada en aquel gambito, no tenía responsabilidad alguna de saber y tampoco escondía nada. No ocurría lo mismo con Marcos y Elvira, que guardaban sus secretos, cualesquiera que fueran. Todo ello me lo repetía una y otra vez para convencerme de que podría continuar moviendo a la muchacha en aquel tablero sin que se enterara de nada, pues todos parecían interesados en continuar guardando aquellos secretos enterrados hacía ya tanto.

–Vamos, Asmara, te voy a presentar a un profesor que igual te puede ayudar con tus Fundamentos Matemáticos. Tiene fama de ser uno de los mejores –le dije, dándome cuenta de que Ramón Vidal había acabado por convertirme en todo un detective, incapaz de renunciar a descubrir todo aquello que apenas comenzaba a sospechar. Ya no podía evitarlo.

17

Yo desmontaría las cámaras del hotel Santa Catalina una semana más tarde de lo que previó mi clienta. Marcela alargó ese tiempo el alquiler de las habitaciones. La mayoría de sus conquistas parecían hombres ocupados, presos de sus agendas. Era probable que alguno de ellos tuviera un cambio de última hora en sus planes y eso retrasara su encuentro con Mar. O quizás le costó a ella más de lo que tenía previsto convencerlo de que la acompañara al hotel para hacerle el amor delante de una cámara espía. Puede que él presintiera el ardid o sospechara, o que estuviera a punto de arrepentirse de estar con ella, o que necesitara reflexionar durante más tiempo antes de tomar esa decisión.

Sea como fuere, fueron tres y no dos las semanas que Elena y yo vivimos pendientes de Mar. Vivíamos con una bomba en el bolsillo, atentos a sus mensajes para ir a cumplir nuestro trabajo, que estaba por ver que no fuera más la labor de un voyeur que la de un detective. Al fin y al cabo, nada descubríamos ni nada investigábamos con respecto a las relaciones de Mar, únicamente las documentábamos.

Mar no repitió nunca con el mismo hombre. Era como si los llevara al hotel solo para para levantar acta de que yació con ellos. Con muchos, parecía ya haber tenido relaciones antes. De todos, solo reconocimos a dos. Uno era el banquero de Asmara y el segundo era Miguel Ortiz, el mejor amigo de Gabriel Ortega. A él lo había llevado al hotel la noche anterior y debió de ser el que más se le resistió.

Gabriel y Miguel se conocían desde la facultad. Aquella parecía la primera noche que se acostaba con Mar. Ambos se desprendieron de la ropa con cuidado y demasiada expectación, con una delicadeza que escasearía si tuvieran más confianza. Se pararon con frecuencia al principio, estableciendo intervalos de diálogos entre la danza del tacto. Parecían las últimas reservas de Miguel antes de culminar su traición. Mar, en cambio, se mostraba titubeante como mero artificio. Quería aparentar cierta inseguridad para no robarle a Miguel Ortiz la iniciativa y el empuje.

Él era un galán de papel cuché, un soltero eterno que había descubierto que con canas y experiencia podría triunfar donde no

lo hizo siendo un muchacho. Gustaba de amantes jóvenes y casuales. No calentaba su cama lo suficiente como para que aquellas lo descubrieran ya marchito y patético.

Marcela lo habría utilizado sin que él lo advirtiera. Lo habría atado y dominado como a un títere alimentándole la ilusión de que cada movimiento le pertenecía a él y no a ella. Le dedicó la madrugada entera, que era más de lo que había hecho con ninguno de sus amantes. Yo repasé la grabación completa ya esa misma mañana, después de dormirme en varias ocasiones la noche anterior. La noche estuvo plagada de periodos de sueño, sexo y conversación. Miguel demostraba una capacidad envidiable para la lujuria, entrado en años como estaba y ahíto de tantas mujeres como yo le vi rondar, ya no espiándolo a él sino solo a su mejor amigo. No quería imaginarme cuántas más le habría conocido si le dedicáramos un expediente.

Al hombre le habría costado más de lo que Mar preveía traicionar a su mejor amigo. Habría aceptado jugar con ella a las confidencias e incluso verla en secreto, y hasta era probable que su tacto hubiera invadido ya el de ella más de lo aceptable, pero no habría transgredido una barrera tan explícita y determinante como desnudarla y poseerla. Habría sopesado mucho aquel paso. No obstante, Mar acabó por convencerlo de que ganaba más de lo que perdía si optaba por ella. Se mostraría como una apuesta segura, alguien con la que sobraban los subterfugios de pretensiones y disimulos. Le habría prometido amarlo como había amado durante tantos años a Gabriel Ortega. Esa sería una oferta que Miguel no pudo rechazar.

O, quizás, Marcela lo convenció justo con los argumentos contrarios. No persuadiéndolo de que aquello era relevante y único sino todo lo contrario: irrelevante y casual. Le haría creer que esa noche apenas llegaría a existir fuera de sus memorias. No se lo contaría ninguno de los dos a Gabriel ni a nadie.

–No sé qué logras con esto –escupí al vacío de la habitación mientras terminaba de reproducir el último vídeo en la pantalla del portátil. El sexo oral les había ocupado los últimos minutos de la noche y los primeros de la mañana.

En ese momento, alguien tocó a la puerta. Supuse que era Elena, que vendría a ayudarme a recoger. Me equivoqué.

–¡Hola! ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí?

Era Asmara.

–¿Puedo pasar?

–Sí, claro.

–No te molesto, ¿no? –quiso asegurarse.

–No, qué va. ¿Sucede algo?

–No, solo me apetecía verte. Llamé a la agencia y me dijo Elena que estabas por aquí. Como ya estaba en carretera, se me ocurrió venir a saludarte, a ver si nos entreteníamos un poco.

–Espera que termine con esto y hacemos algo.

Comencé a meter en las maletas la ropa de los armarios, indistintamente de que fuera mía o de Elena. Asmara se avino a ayudar sin que le dijera nada.

–¿De dónde vienes?

–De clase con Marcos –pronunció mientras tomaba las prendas de Elena, quizás por curiosidad o por más familiaridad con ellas, igual le costaría menos doblarlas–. Esa podría haber sido una buena excusa para venir a verte.

Sentí un escalofrío, como si por alguna razón ya se hubiera detonado aquella bomba de tiempo que encendí cuando los presenté. Marcos había tenido margen de sobra para deducir de quién era hija, y yo suponía que no tardaría en hacer algún movimiento al respecto, aunque solo fuera para saber más. Sin embargo, su impasibilidad no hacía nada más que inquietarme. No había llamado ni hizo por encontrarse conmigo para interrogarme, a pesar de que era imposible que considerara aquello solo una casualidad.

–¿Por qué una excusa? –pregunté.

–Porque bien que podría haberte dicho que venía a darte las gracias por ponerme en contacto con Marcos. Es el mejor profesor de Matemáticas que haya tenido. Por fin comienzo a ver la luz con esa dichosa asignatura.

Me tranquilicé, o quizás solo volvía a mi estado de espera, que no era tanto de calma como de expectación. Continuaba convencido de que al final algo rompería el delicado equilibrio de mi telaraña. Había ya demasiadas personas implicadas, y muchas de ellas conectadas sin necesidad de mí, como para que todo estuviera bajo control.

–Me alegro de que sea tan bueno. Sabía que era listo, pero eso no siempre implica que sea buen profesor. Pero, claro, lleva toda la vida viviendo de eso. Malo no será si no se está muriendo de hambre.

–¿Y tú crees que no lo esté? Vive en un hostal. La verdad, Juan, es que es la primera persona que conozco que vive así. ¿Cómo lo conociste?

Medí mi respuesta por si ella tenía alguna de Marcos con la que

contrastarla.

–Lo conocí en la clínica cuando mi jefe estaba en las últimas, pero no sé si él se acordará de eso. Me da que ese día ni siquiera se fijó en mí. Luego le tuve que consultar algo para un caso, no recuerdo ni el qué. Creo que Ramón sí lo conocía muy bien. Me da que fueron íntimos hace años.

–¿Cómo terminó viviendo así? Parece un tío formado. Dudo que haya mucha gente por ahí capaz de dar Fundamentos Matemáticos de la Arquitectura sin ni siquiera un libro de texto a mano. Es impresionante, ni siquiera me pregunta qué quiere que veamos el próximo día para prepararselo. Llego, le muestro mis apuntes y ya es capaz de ponerse a enseñármelo.

–Era una especie de niño prodigio. Estudió dos carreras, pero no sé cómo acabó de esta manera. ¿No se lo has preguntado?

–Sí, claro. Después de la primera clase le pregunté que qué coño hacía allí, que debería estar mejor dando clase en una universidad o algo por el estilo, que era mucho mejor que mi profesor…

–¿Y? ¿Qué te dijo?

–Que prefería aquello, que era más sencillo, más claro…

–¿Solo eso?

–Sí, solo eso. Es extraño, verdad: que alguien viva así pudiendo hacerlo de otro modo.

–Me imagino que la hija de un constructor es incapaz de imaginarse que alguien no quiera tener una casa –bromeé.

–No es solo eso, no solo que viva en una pensión, sino que trabaje así, dando clases a pibes de instituto, y que parezca que no tiene otra ocupación ni otro interés que ese. Ya he tenido unas cuantas clases con él y nada indica que tenga nada más en su vida.

–¿Tú qué crees que le ha pasado?

Habíamos terminado de hacer las maletas, únicamente quedaba por recoger el portátil. Yo ya había desmontado por completo los equipos de la habitación contigua. Asmara se encontraba enfrente de la ventana, oteando el parque cuando ya anochecía.

–No lo sé, pero ha debido de ser algo terrible. No creo que nadie sueñe con una vida así.

–Puede que le sucediera una desgracia, quizás perdió a alguien importante, a un hijo o a su mujer. O puede que a ambos, me imagino que eso te puede arrojar dentro de un agujero del que es difícil salir –especulé, aunque pensaba, más bien, que el estado de Marcos tenía que ver con el abandono de Lil Johnson o con la muerte de su mejor amigo.

–Algo así te destroza, pero hay mucha gente a la que le pasa. Me imagino que te marca para siempre, pero la gente no suele caer en semejante estado de dejadez por eso. Los hay, incluso, que rehacen su vida…

–No todo el mundo es igual. Hay personas más duras que otras. Puede que el carácter de Marcos sea muy débil.

Era difícil de sostener aquello teniendo en cuenta que nació en Casablanca y terminó dos carreras en Madrid. Fue capaz de soportar ser el niño becado en un colegio de pudientes y ser un pobre en un mundo de ricos.

–Puede que tengas razón, a lo mejor llega un momento en el que realmente las circunstancias te venzan, aunque ni siquiera te des cuenta. Hay gente que va por el mundo como si ya estuviera derrotada. ¿Cómo se llega a eso? Me cuesta imaginármelo.

–Pues no es difícil. Debe ser una cuestión de tiempo y derrotas. Al cabo, si vivimos lo suficiente y nos vencen bastantes veces, se te terminan quitando las ganas de levantar la cabeza. Y lo peor de todo es que derrotas y tiempo son cosas que terminan por sobrar.

–Me aterroriza eso: acabar dándome por vencida. Y lo peor es que parece lo más normal del mundo. Hay mucha gente que no está conforme con su vida, que querría algo más –reconoció Asmara–. Mira a Marcela, por ejemplo. ¿La grabaste anoche?

Se sentó enfrente del portátil y abrió la pantalla con familiaridad. Aún se reproducía el encuentro de la noche anterior.

–Sí.

El vídeo mostraba al abogado besándole los senos, excitado sobre ella, a cuatro patas y con el sexo erecto suspendido como por arte de magia presagiando la inmediata penetración.

–Oye. ¿Es un fulano nuevo o ha repetido con alguno? –me preguntó.

–Uno nuevo. Todavía no ha repetido con nadie. Yo creo que ha acabado por desquiciarse.

–¿Por qué lo hace?

–¿Por tomarse la revancha de su marido? Es lo único que se me ocurre.

–¿Y para eso le hace falta grabarlo? No tiene sentido, podría ir acostándose con quien quisiera sin necesidad de montar este espectáculo.

–Tal vez la excite, a lo mejor se pone con eso después de llevar años viendo a su marido en situaciones semejantes.

–¡No! –se rió, como si mis conjeturas fueran absurdas.

–¿Entonces, qué se te ocurre?

–No sé… ¿Puedo curiosear un poco? –me solicitó mientras señalaba el ordenador.

–Sí, claro.

–¿Están aquí todas las grabaciones que han hecho estas semanas?

–Las tienes en la carpeta que está abierta.

Después de aquello, Asmara se sumergió en las horas de vídeo que habíamos acumulado en las últimas semanas. Era curiosa por naturaleza, como Elena. Ramón Vidal habría encontrado un aprendiz más diestro que yo en cualquiera de ellas.

Yo la observaba desde la cama, aunque me costaba más fijarme en la pantalla que en ella misma. Me distraía observándole la nunca recta y fina, suave y tentadora. Invitaba a besarla. Descendía desnuda desde la base del cabello recogido en un moño y enraizaba en unos trapecios subrayados por aquel tono entre bronce y dorado de su piel.

–Esta mujer hace de todo en una cama –concluyó Asmara al cabo de media hora picoteando en los diferentes vídeos–. ¿Será ninfómana?

–¿Una mujer que lleva más de un década casada con un hombre que la engaña y al que aburre? Lo dudo.

–Pues de verdad que no entiendo su comportamiento.

–Eso es porque supones que es racional. Ni ella misma tendrá claro por qué lo está haciendo –le expliqué.

–No, parece que lo ha planeado todo. Tú mismo lo has dicho: la forma en la que alquiló la habitación, la manera en la que te contrató para que hicieras las grabaciones. Todo obedece a una estrategia. Solo hay que ponerse en su lugar, imaginar cómo piensa.

»Es lo que hago cuando quiero comprender la obra de un artista, ¿sabes? Imagino cómo pensaba, intento ver el mundo desde sus valores y no desde los míos, y entonces comienzo a comprenderlo. ¿Cómo se le llama a eso, a meterse en la piel del otro?

–Empatía –concluí.

–Eso, se trata solo de empatía. Oye, Juan, ¿tienes aquí las fotos que le has sacado a su marido todos estos años?

–No, están en el despacho. ¿Por qué?

–Me gustaría verlas, querría tener más información.

–Espera, hay una manera. Puedo tener acceso remoto al ordenador de Ramón desde aquí… –le expliqué.

Manipulé el portátil durante unos minutos y entré en el disco

duro del despacho. Navegué entre las carpetas hasta llegar a la que contenía todo el material gráfico de Gabriel Ortega.

–Aquí lo tienes. ¿Qué buscas?

–No sé, saber más. Siempre es más fácil imaginarte cómo piensa alguien cuanto más sabes sobre él. ¿No te parece que conoces a la perfección a esos autores de los que has leído todos los libros? Es algo así.

Volví a la cama mientras ella continuaba continuaba curioseando. Comenzaba a hacerse tarde, pero Asmara no tenía intención de marcharse. Acababa de abrir un programa de gestión de imágenes con el que intentaba organizar el material del caso. A mí todo aquello me parecía un callejón sin salida, por lo que acabé durmiéndome.

Horas más tarde, Asmara me despertó. Llevaba mis auriculares colgando de los hombros.

–Creo que tengo algo. ¡Despierta! –me dijo desde la silla, de donde no parecía haberse movido en todo ese tiempo.

–¿Qué?

–Creo que he dado con algo. ¡Levántate!

–¿Qué hora es?

–Tarde. Te quedaste dormido. Se nota que soy una chica aburrida.

–Solo cuando pasas de mí por completo.

–Cuando me concentro en algo no me entero del resto del mundo. Se me han pasado las horas como si nada. Había mucho que ver sobre Gabriel Ortega.

–¿Y qué has descubierto?

Ya me había colocado a su lado. Me frotaba los ojos mientras intentaba centrar mi atención en la pantalla. Continuaba abierto el gestor de imágenes. Las fotografías estaban dispuestas en dos columnas y, a primera vista, pude distinguir que a la izquierda estaban las instantáneas que correspondían al expediente de Gabriel Ortega, mientras que a la derecha había imágenes extraídas de los vídeos de Mar. Asmara había realizado capturas de las grabaciones.

–Mira. ¿A ver qué notas?

–Déjame echar un vistazo.

Todas eran escenas de sexo. Repasé primero las de Gabriel y luego las de Asmara. Había muchas imágenes, de modo que tuve que ir bajando con el cursor para observarlas todas.

–Déjame sentarme. Estoy molido –le supliqué.

Ella me cedió el asiento y yo lo tomé.

–Ven aquí, si quieres –le dije luego ofreciéndole un muslo para que se sentara. Ella lo aceptó y posó en él su cuerpo liviano como el de los pájaros, que tienen los huesos huecos y toda su anatomía predispuesta para retar a la gravedad.

–¿No lo notas? –quiso saber.

Y en realidad yo poco podía notar porque era aún víctima del ensueño y de la sensación de tenerla tan próxima, como si su gravedad actuara con más fuerza ahora que estábamos tan juntos, y ya no pudiera solo no despegar mi cuerpo del suyo sino tampoco mis pensamientos, del mismo modo que Ramón Vidal no debió olvidarse ya nunca de su madre, a la que rememoraba escuchando con tanta frecuencia su único *single*.

–Estoy medio dormido. De verdad que no soy tan tonto, pero échame una mano. ¿Qué has descubierto?

–Mira –dijo empezando a mover su dedo índice de izquierda a derecha en la pantalla–: misionero, misionero –en una de las fotografías aparecía Gabriel practicando esa postura y en la otra Marcela–; a cuatro patas, a cuatro patas –continuó–; oral, oral; griego, griego; con cuero, con cuero; a eso ni sé cómo se le llama –sonrió con ternura–; y suma y sigue hasta el infinito y más allá –sentenció mientras movía la imagen con el cursor y con un dedo acusador continuaba con su movimiento pendular de izquierda a derecha.

Efectivamente, todo de lo que gozó Gabriel Ortega en una cama durante años, Marcela se lo había concedido a sus amantes en el periodo de tres semanas. No existía ni una excepción a aquella regla, cuantos placeres habría solicitado Gabriel a otras mujeres la suya habría sido capaz de concedérselos.

–Los dos prueban de todo un poco, ¿no crees? –afirmé incrédulo–. Quizás es que a los dos les gusta lo mismo, al fin y al cabo llevan mucho tiempo siendo pareja.

–No, hay algo más. Hay cosas que parece que Marcela solo las hiciera para dar a entender a su marido que las hubiera hecho con él. Creo que esto es una demostración de algo. Es como si quisiera decirle a Gabriel que no habría tenido que buscar fuera nada, que todo lo podría haber tenido con ella.

–Eso suena un poco a atracción fatal.

–Pero no es solo eso. Mira ahora esto.

Amplió una ventana que tenía en la barra de herramientas para mostrar a la derecha los rostros de las amantes de Gabriel y a la izquierda los de Mar.

–No me digas que coinciden en número –adelanté–. No me lo

puedo creer.

–No. Marcela ha estado con tres amantes más que su marido. Pero mira la comparativa.

Yo observé y pensé en alto. En aquella ventana se correspondía el número de hombres con el de mujeres, parecía que Asmara había extraído de aquella lista a los tres con los que Marcela superaba a su marido.

–Parecen del mismo tipo –pensé en alto–. Son todos más jóvenes que ellos –me refería al matrimonio– y físicamente bastante atractivos –ese era el perfil de mujeres que le conocíamos al abogado.

–Es como si le estuviera diciendo que ella vale lo mismo que él, que puede lograr lo mismo. Solo hay tres hombres que no encajan en ese patrón.

–¿Quiénes? Ahí los muestras a pares.

–He separado a los tres que menos se parecen a los demás. Tiene que haber una razón para que sean diferentes, pero todavía no sé cuál es. Mira, los tengo aquí.

Una vez más picó en la barra de tareas y se mostraron sus rostros. Lo único que tenían en común era su discordancia con el resto. Dos de ellos superaban con mucho la edad de Mar; el tercero la compartía. Reconocí al banquero y a Miguel Ortiz, pero no conocía al otro, que rondaría los sesenta y tantos.

–¿Esos son los que no cuadran? ¿Por qué? ¿Solo por la edad?

Los otros eran notablemente más jóvenes que dos de aquellos, pero no que Miguel Ortiz. Habría alguna razón para que este se incluyera en el grupo.

–No solo por eso, sino porque parece que con ellos no siga un guión predeterminado. Con el resto de sus amantes mimetiza las actuaciones de su marido con otras mujeres, como si las hubiera aprendido de memoria. Nunca se sale del guión. Si Gabriel practicó con menganita sexo oral y penetración, ella con fulanito hace lo mismo y nada más. Eso se cumple siempre con los pares que te mostré antes.

Con estos tres no sigue una norma. Parece que se permita el lujo de improvisar. Además, con ellos es con quienes permaneció más tiempo y con quienes habló más. Parece una relación menos casual que la del resto. A algunos de los otros parece que se los ligara directamente en un bar, los hay que ni conocen su nombre.

–Es imposible que te haya dado tiempo a escuchar todo ese material –le rebatí.

–No, claro que no, solo he ido picoteando aquí y allá, pero no

hace falta mucho más para hacerse una idea. Estos tres son diferentes.

–Uno es Manuel Ojeda, el amigo de tu padre.

–Sí, ya lo sé. Ese está casado.

–El otro es Miguel Ortiz, es el mejor amigo de Gabriel Ortega.

–¿De su marido?

–Sí –ratifiqué.

–¿Ves? Sabía que era importante. Ese era el nombre que me quedaba por saber. En los fragmentos que he escuchado no logré averiguarlo, no lo mentaba en ningún momento.

–Lo conozco de cuando investigaba a Gabriel, Miguel suele rondarlo. Dices que has averiguado quién es el tercero, el otro viejo. ¿Quién es?

–Francisco Plaza, es juez en Las Palmas.

–¿Cómo has averiguado todo eso mientras yo dormía? –me sorprendí.

–Primero escuché un rato el vídeo, hasta que pesqué el nombre. Luego me puse a tirar de google y di con un par de pistas. Desde que vi que una posibilidad era un juez, estaba prácticamente segura de que sería él. Al fin y al cabo, Marcela es secretaria judicial. Me puse a buscar fotos en la prensa y las encontré. El caballero en cuestión es ese: Francisco Plaza, un respetable juez que lleva mucho tiempo casado.

–¡Menuda pieza, un juez! –me sorprendí.

–Pero eso es todo lo que sé. Supongo que hay una razón para que estos tres no encajen con el resto, pero no se me ocurre cuál puede ser. Creo que esto ya me supera –se quejó. Me había despertado por ver si a mi se me ocurría algo.

–¡Joder! Ya has averiguado más de lo que podría haberlo hecho cualquiera que se me ocurra –quizás no que el detective Ramón, pero él ya no se encontraba–. ¡Menudo avance! Para saber más hace falta tiempo y que Marcela dé un nuevo paso.

–Yo te digo que tiene que haber alguna razón para que se acostara con estos tres, me da que los va a utilizar para algo…– concluyó

Yo me quedé en silencio, incapaz de seguirla en sus averiguaciones. Estas me importaban mucho menos que su gravedad, que ya tan cerca, con su cuerpo pegado al mío, resultaba inevitable. Carecía de su curiosidad, de la de Ramón y de la Elena. Las cosas solo me inquietaban en la medida en la que me afectaban. Me afectaba –quizás– pero no hasta el punto de interpelarme o coaccionarme. No me obligaban a la acción, a

investigar o a intuir, a preocuparme o a suponer, si realmente no me sentía amenazado por ellas o inmiscuido.

Me importaban poco en esas circunstancias los devaneos de Marcela Morales, sobre todo con Asmara cerca y con los secretos de Ramón y Marcos mordiéndome la curiosidad, y además con las consecuencias que todo ello podría tener sobre mí. Eso sí me afectaba.

–¿Qué pasa? –me sonrió al ver que ya no le servía de interlocutor para sus pesquisas.

–Pasa que uno se podría enamorar de tu cabeza, Asmara.

Ella desplegó su sonrisa con la boca que le había robado a su madre, quizás eran los mismos labios de los que se prendó Ramón. Aunque puede que él se prendara únicamente de su voz cuando cantaba y no de las palabras que contenía, que además se pronunciaban en un idioma que no era el materno y, por lo tanto, deficiente. A mí, en cambio, me enredaban las palabras de la hija, que parecían tejerse con seda y envolverme, esta vez ella a mí, en su telaraña, y ya no solo a ella en la mía, más áspera y forzada.

–¿Solo de mi cabeza? –se quejó con coquetería, mientras giraba sobre mi muslo para colocarse lateralmente, ya no con la pantalla del ordenador como eje de su atención, sino con mi rostro. Ahora importaba yo y no ya aquello. Yo ejercía también la fuerza de mi gravedad sobre ella. Eso era evidente, fue ella y no yo quien se movió en mi busca.

–Bueno, de tu cabeza y de mucho más.

–¿Cómo por ejemplo?

–Como por ejemplo… –le miré los senos con la grosería que lucíamos los chavales de La Vega de San José. Cierta golfería siempre nos sirvió para conquistar a las niñas bien cuando salíamos de noche –… como por ejemplo de tus labios –pronuncié corrigiendo la mirada y buscando sus labios con los míos.

Eran un fruto carnoso y sensual, idéntico al que habría besado Ramón Vidal, el pianista Sam y Marcos Quintaba, y a saber cuántos otros intentando saciarlos. Enmarqué su rostro en mis manos para apresarlo, quizás temiendo que Asmara sufriera del mismo mal de Lil Johnson, que la hizo alejarse de cuantos la amaron hasta que ya por fin dejó de ser ella para convertirse en la complaciente Elvira Santa Cruz.

Una mano de Asmara se posó en mi nuca ejerciendo presión contra ella para atraerme aún más contra sus labios.

–Sí, uno podría enamorarse de tu cabeza y de tus labios –concluí tras haberlos probado.

–¿Solo de eso? –preguntó insatisfecha o ambiciosa, o puede que únicamente juguetona. Sabría que difícilmente nadie que la probara en un dormitorio se conformaría solo con eso. Conocería ya hacia dónde tendería mi voluntad y mi deseo, aquello resultaba más que evidente. O tal vez sí lo sabría Lil Johnson y no tanto Asmara, que quizás había usado menos su atractivo. Le habría hecho menos falta, y hasta es probable que aún cuando lo hiciera fuera tan solo de forma casual, sin la premeditación que yo le imaginaba a la cantante.

–De momento eso, pero estoy dispuesto a seguir investigando. Ya sabes que soy detective.

–A cada uno lo suyo –observó con neutralidad.

–Para este trabajo me hace falta una cama –concluí al tiempo que la levantaba en brazos y ella se reía. Le apagué la risa con los labios, o más bien la ahogué con ellos. Estos continuaron temblando entre los míos mientras la dejaba caer en el colchón y me abandonaba yo a la gravedad sobre ella, cubriéndola y apresándola entre mis extremidades. Mis brazos le rodeaban el tronco y mis piernas, arrodillado, capturaban su cintura estrecha.

Me quité la camiseta mientras ella me acariciaba el pecho. Luego, le busqué el cuello largo con la boca, recorriéndolo.

–De tu cuello también puede enamorarse uno.

–Esto va mejorando –sentenció ella.

Le quité el vestido, tomándolo de la falda con los pulgares abiertos, mientras mis palmas trazaban el primer sendero por su piel inexplorada para sacárselo por la cabeza. Era imposible no aprovechar la ocasión para palparla. Ella quedó ya solo en ropa interior, y yo sin camisa, pero aún con los pantalones puestos.

Con el dorso de la mano –otra vez el tacto buscaba levantar actas– le recorrí la base del cuello y el teclado de costillas que coronaba el esternón. Le rodeé primero una de las tiras del sujetador y luego la otra, y me dispuse a hacerlo descender para contemplarle los senos.

–Shss –me detuvo ella con una sonrisa, aún debían de quedarle ganas de jugar.

Me agarró mis manos con las suyas y tuve que mantenerme de rodillas. Su sonrisa apareció traviesa mientras me impedía continuar.

–Quita, quita, quiero comprobar si también me puedo enamorar de tus tetas –dije intentando volver a apresar el sostén.

–Espera, es un momento crucial –afirmó ella.

–¿Unas tetas, vida? Seguro que serán magníficas, pero no

cruciales. Ya se enseñan en todas partes.

–Si esto fuera una película americana sería un momento crucial, ya sabes.

–Eso sí es cierto.

–Podrías bajarme el sujetador hasta aquí –dijo soltando mis manos y bajándose ella misma una de las tiras. Mostró parte de la curva de su pecho, pero no el pezón.

–¿Y entonces? –pregunté.

–Entonces habría un fundido en negro, ya lo sabes. Nunca mejor dicho, por lo de negro.

–Y por lo de fundido –jugué yo también–. Entonces hasta aquí –dije haciendo descender la segunda tira hasta la altura de la primera– … ¿Y luego…?

–Fundido en negro.

–Justo –corroboré –: fundido en negro…

18

Pasadas algo más de dos semanas me desperté por primera vez en casa de Asmara. Hasta ese momento, únicamente habíamos dormido juntos en mi piso.

Abrí lentamente los ojos y me encontré con los grandes de Asmara observándome. Ella dormía a la derecha y yo a la izquierda. Asmara tenía la cabeza apoyada en su mano y la sábana presa bajo la axila, cubriéndole el torso como en la escena de la película de la que se quejó la noche en que nos conocimos. Luego, la sábana descendía hasta mi cintura, dejando a la vista mi pecho y no ya mi sexo. Ella debía estar esperando a que me despertara.

–No me lo puedo creer, payasa –sonreí–. ¿No tienes otra cosa que hacer acabada de despertar que organizar escenas de cine?

–No, ya he terminado los exámenes. Casi soy libre. Solo me queda *Fundamentos Matemáticos*, pero eso será en septiembre. Puedo tomarme un respiro.

–¿No se te ocurre nada mejor que hacer en la cama de tus padres?

Acabamos allí porque la de Asmara era de un solo cuerpo.

–Creo que ya he hecho en la cama de mis padres lo peor que podría hacer. Supongo que no les importará demasiado que me ponga a jugar con sus selectas sábanas –Asmara solía burlarse de lo pretenciosa que era su madre

–No creo que hayas hecho aquí nada que no hicieran ellos antes –me burlé.

Me golpeó en el pecho sin dejar de retener la sábana con la axila, parecía no estar dispuesta a dejar que la observara desnuda. Le gustaba sostener sus juegos, eso le concedía una complicidad que a ella la hacía sentir segura.

–Mis padres no hacen casi nada de lo que hacemos tú y yo, guapo. Ellos son de otra época.

–A buen seguro todo lo que hacemos tú y yo viene de otra época. La mayor parte ya estaba documentada en Grecia y Roma, si no antes, yo no soy precisamente de letras –le dije.

–¡Calla, que me se me revuelven las tripas! –se quejó al tiempo que me besaba en los labios para hacerme cambiar de tema.

Al hacerlo, mi vista se posó en un lienzo de la pared. Era un dibujo a carboncillo de una mujer desnuda tumbada boca abajo. Parecía una negra o una mulata, con los rasgos semejantes a los de

Asmara, aunque no idénticos. Era mayor que ella, pero atractiva. Supuse que era Elvira. Aparecía con los brazos rodeándole la cabeza y el rostro calmo, como si acabara de despertarse o aún no lo hubiera hecho del todo: los ojos grandes cerrados, la boca levemente entreabierta, ajena a todo durmiendo desnuda, con las sábanas a la altura de la cintura. Tenía la espalda descubierta, no los glúteos. Encarnaba más sensualidad que sexualidad, un erotismo más comprensible en un cuadro que en una escena de sexo de película.

–¿Es tu madre?– le pregunté.

–Sí. Es muy guapa, ¿verdad?

–Si tienen algo así colgado en su dormitorio, a buen seguro que habrán hecho en la cama lo mismo que tú y que yo, y probablemente hasta algo más.

–No empieces otra vez. Si eso está ahí es porque lo pinté yo. Mira allí, en la esquina, mi firma –indicó con el dedo–. Estaba en el instituto cuando lo pinté, por aquella época quería hacer Bellas Artes.

–Pintabas bien.

–Mis profes decían que era buena, se me da bien el dibujo. Las mejores notas las tengo en eso en Arquitectura.

–Pero al final optaste por Arquitectura y no por Bellas Artes.

–Y menos mal, mi padre tenía razón cuando me decía y me repetía que tendría más salida con la Arquitectura. Los pintores se mueren de hambre…

–Además, teniendo en cuenta que tu padre es constructor, la cosa estaba clara.

–Sí, eso también –pronunció sin demasiado entusiasmo– … Tengo hambre. ¿Te apetece desayunar? –dijo buscando cambiar de tema.

–Estaría bien.

–Voy a hacerte el desayuno. Hoy eres un invitado en la mansión de los Zerpa –anunció, e inmediatamente se sentó en la cama arrastrando las sábanas aún asidas a su torso. Al hacerlo, me dejó a mi completamente descubierto.

–¡Vaya, vas a seguir con el juego de las sábanas! –concluí– No te pega demasiado, tú eres más de película europea, de las que andan desnudas por toda la casa.

Al sentarse me dio la espalda, esta sí estaba descubierta hasta la altura de los glúteos.

–No me conformo con eso, pequeño, yo aspiro a Hollywood –afirmó mientras recogía las sábanas y se envolvía con ellas antes

de abandonar la habitación arrastrándolas por el suelo.

La alcoba de los padres de Asmara se encontraba recogida, a la espera de su regreso. Sobre la cómoda había solo dos fotos. Una era de boda, en la que contrastaba el traje blanco de Elvira con su piel. Se mostraba radiante y a la vez triste, como debían serlo las cantantes de blues. Enarbolaba una sonrisa discreta que no mostraba sus dientes. No parecía, en absoluto, una mueca de felicidad.

Costaba centrarse en el constructor cuando se observaba la imagen. Por ese entonces, Elvira aún conservaba su presencia en todo su esplendor, lo que hacía difícil visualizar al hombrecillo que había a su lado, ya empezando a marchitarse y mucho menos atractivo que ella. Era la imagen de Elvira Santa Cruz más cercana a su existencia como Lil Johnson que había contemplado. Si bien había aprendido a imaginarla a esa edad deduciéndola en el cuerpo de Asmara, a buen seguro su madre gozó de mayor atractivo que ella, que no sé si de belleza. La mujer que vi en el velatorio ya había perdido gran parte, y probablemente no solo por la edad, sino también por su vida anodina, mucho más encasillada en un estereotipo que si hubiera continuado cantando blues en el *Memphis*. Ni su elegancia ni su selecta vestimenta podían competir con aquel cierto embrujo, misterio, energía o simplemente atractivo que mostraba en su foto de bodas, aún cuando se hallase cohibida o insegura. Debió ser aún más evidente esa cualidad en otras circunstancias, a buen seguro cuando empezó a acostarse con Ramón y todavía soñaba con cantar en pequeños y mágicos locales de Nueva York.

La otra imagen de la cómoda mostraba a Asmara cuando era adolescente. Sola en primer plano, con el mar de fondo y en bikini, con una sonrisa amplia y despreocupada, más ingenua de lo que debió serlo nunca su madre, y con el pelo recogido en un moño.

Había visto otras fotografías de la niña en el salón, sobre la mesa y en los muebles, pero ninguna otra de Elvira, como si no resultase elegante mostrarse en los espacios comunes que pudieran invadir los invitados. No había tampoco instantáneas de la familia en las paredes, sino solo cuadros, todos originales y muchos majestuosos. Tanta ostentación resultaría inevitable cuando los dos miembros de una pareja procedían de orígenes humildes.

La noche anterior, poco después de entrar en la casa, sostuve una foto de Asmara cuando apenas niña, sentada sobre una cama. Tenía sus ojos muy abiertos y estudiaba a quien obtenía la fotografiaba con inquietante curiosidad, como si ya entonces se

presagiara su inteligencia afilada.

–Deja eso y cuéntame qué ha pasado –me apremió ella quitándome el marco de las manos.

Quería saber si las novedades que le traía serían pago suficiente por profanar la casa familiar.

–¡Ya lo sé! ¡Ya sé qué pintan el juez, el banquero y Miguel Ortiz en el plan de Marcela, ya sé por qué se acostó también con ellos!

Fue entonces cuando le relaté la visita que recibí esa tarde en la agencia, cuando Elena ya no se encontraba allí. El visitante llegó sin previo aviso, sin llamar o concertar una cita, que era lo que solían hacer quienes por primera vez requerían nuestros servicios.

La puerta estaba abierta y yo me encontraba en el despacho, organizando unas fotografías que debía entregarle al día siguiente a un cliente. Hacía más de una semana que no veía a Marcela Morales y ya había dado su expediente por cerrado. Supuse que nunca más me ocuparía con un trabajo tras las grabaciones que realizamos en el hotel Santa Catalina.

La vi en persona solo una vez más después de que la grabáramos acostándose con Miguel Ortiz. Desembarcó en el despacho con una lista de instrucciones muy específicas de lo que debía hacer con todo el material que conseguimos para ella a lo largo de los años. Yo las seguí al pie de la letra, e incluso tuve que contratar a un antiguo compañero de carrera, a todo un hacker, para poder llevarlo todo a cabo.

Ese día se llevó del despacho solo una copia de las grabaciones que correspondían a los tres hombres que Asmara había discriminado en su investigación: el banquero, el juez y el mejor amigo de Gabriel Ortega. Mar me solicitó, como si de un favor personal se tratara, que me deshiciera del resto del material de esos individuos.

Tras ello, me llamaría para darme unas últimas instrucciones de lo que debía hacer con el material que elaboramos con las fotografías. Todo ello lo grabé dentro de una pequeña memoria flash que mandé por mensajería al despacho de su marido. Mar no se encontraba ya en la isla cuando realizó esa llamada, la hacía desde un prefijo de la península, aunque yo desconocía las causas de su ausencia. Imaginé que por fin habría roto con Gabriel Ortega y habría puesto distancia de por medio.

Supuse que no volvería a saber nada más de su caso, hasta que apareció por el despacho Gabriel Ortega.

El abogado entró en la antesala y tocó a la puerta de cristal mientras yo me quedaba estupefacto contemplándolo. Era la primera vez que me veía él a mí. Antes estuve siempre oculto dentro del *fiat*, detrás de un periódico o en otro lugar mientras nuestras cámaras grababan sus escarceos.

Parecía haber envejecido de repente. No se había afeitado en un par de días y su traje, que normalmente le sentaba como un guante, estaba sin planchar y no encontraba su habitual asidero predilecto en su cuerpo. Los faldones de la camisa le volaban un poco y llevaba la chaqueta desabrochada. Tenía sendas bolsas bajo los ojos, que desvelaban su falta de sueño cuando no una crisis nerviosa en toda regla.

Gabriel hizo un gesto con la mano solicitando pasar. Se mostraba nervioso. Temí que hubiera descubierto que fuimos los cómplices de Mar y quisiera vengarse o solicitarnos unas explicaciones que no le debíamos.

–¿Es usted Ramón Vidal?

–No, él falleció. Yo soy ahora quien lleva esto. Me llamo Juan Hernández –le expliqué–. ¿En qué puedo ayudarle?

–Me han dicho que quizás usted podría prestarme un servicio en un asunto muy feo en el que ando metido.

No podía ser una coincidencia que hubiera acabado allí.

–¿Quién nos ha recomendado? –Debió de ser Marcela, pero aquello no tenía sentido tras todo lo ocurrido.

–Un amigo mío, dice que ustedes se dedican al tipo de cosas que necesito ahora. Mi amigo se llama Miguel Ortiz.

Supuse que una vez Miguel se acostó con Marcela, quedó completamente a su servicio. Ella amenazaría con mostrarle a Gabriel Ortega el vídeo del hotel si no hacía cuanto le pedía.

–¿Qué es exactamente lo que necesita?

Gabriel guardó un instante de silencio mientras intentaba decidir cómo narrarme su caso. Las ramificaciones de todo aquello se extendían tanto en el tiempo que no sabía qué cosas necesitaba saber para que pudiera hacer mi trabajo y cuáles no.

–Si le digo la verdad, no sé por dónde empezar –desfalleció mientras su columna cedía contra el respaldo de la silla.

–Dígame cuándo empezó el problema.

–Hace cosa de una semana.

–¿Qué fue exactamente lo que ocurrió ese día?

Aquella era la crónica de unos hechos que yo imaginé cuando Marcela me dio sus instrucciones para montar el contenido de la memoria flash y enviársela a Gabriel Ortega.

–Me encontraba trabajando. Soy abogado, ¿sabe? Eso es lo peor de todo, que soy un tipo listo. Me lo tenía que haber visto venir.

–¿El qué? ¿Qué fue lo que pasó esa mañana?

Se secó el sudor de la frente con un pañuelo de papel.

–Esa mañana llegó un mensajero a las oficinas preguntando por mí. Llevaba un paquete que venía de parte de mi mujer. Me extrañó mucho, porque habíamos salido juntos de casa esa mañana. ¿Qué sentido tenía mandarme nada por mensajería?

»Dentro del paquete había solo un *pendrive*. Nada más, ni una nota ni un mensaje. Así que hice lo que haría cualquiera.

–Conectarlo al ordenador.

–Sí, claro. Contenía una presentación con mi nombre. La puse en marcha. Y…–guardó silencio. No sabría cómo explicar lo que venía a continuación.

–¿Y?

–Bueno, verá: yo no he sido nunca el marido más fiel del mundo... Necesitaba que lo supiera para que lo entendiera. Lo que vi en el ordenador fue macabro. Allí había imágenes de mí con muchas mujeres. Estaban fotografiadas... desnudas conmigo. Mi mujer está enferma. Debía de saber que la engañaba desde hacía mucho pero nunca me dijo nada. Allí había fotos de mujeres con las que estuve hace mucho. Es como si Mar lo hubiera planeado todo durante años, como los psicópatas de las películas… Ha hecho un trabajo de hormigas.

–¿En qué sentido?

–Bueno, verá, a cada imagen mía con una mujer, le seguía una suya con un hombre. Si mi amante era joven y atractiva también lo era el hombre que aparecía con ella, y no solo eso, sino que lo que yo hacía con la chica, ella lo repetía con el hombre, como si me estuviera diciendo que ella era capaz de hacer lo mismo. ¡Es de locos!

–Menudo mal trago, ¿no?

–Pero es que eso no fue lo peor, eso ni siquiera es la punta del iceberg. La llamé a casa en seguida, pero no cogía el teléfono. Iba a salir para allí, cuando me empezó a entrar correo electrónico. Me llamó la atención porque los “asuntos” de los e-mails eran bastante llamativos. En una un amigo decía “¡Vaya fiera!” y en el otro ponía algo así como “¡Qué demonios me has mandado!”.

»Los abrí y, al parecer, acababan de enviarles desde mi correo imágenes mías con mis amantes. Fui a los elementos enviados y descubrí que la memoria flash tenía un virus, o yo que sé qué

coño, que envió una copia de un archivo a todos mis contactos.

»Eran las mismas fotos que acababa de ver, solo que las mías y no las de Marcela. Volví a abrir el *pendrive* y ya no había nada dentro. De hecho, contraté al día siguiente a un informático para ver si podía recuperar algo de allí, pero tampoco hubo manera.

Al parecer el trabajo de mi hacker con el *pendrive* valía lo que costó. Fue capaz de dar forma a todas las indicaciones de Mar.

–¿Y ha logrado hablar con su mujer? ¿Qué intención tenía haciendo todo eso? No parece la manera más sencilla de vengarse de usted –concluí.

Gabriel volvió a secarse la frente.

–No, eso no es todo. No he podido hablar con ella, cuando llegué a casa no la encontré. Solo había en la mesa del salón una carpeta envuelta con un lazo de regalo encima.

–¿Qué había en ella? ¿Más fotografías?

–No, la instancia de una demanda de divorcio. Y también me dejó los términos de un acuerdo para que le echara un vistazo. Quiere que me quede solo con el piso de las Alcaravaneras. Solo con eso, nada más. Entonces ya me temí para qué era todo eso, para dejarme en la ruina. Su intención es sacar a la luz ante el juez del caso todo ese rosario de fotos, me imagino que con la intención de que se ponga de su parte. Pues bueno, en cuanto descubrí eso, hice lo primero que haría cualquiera en esa situación…

–Comprobar las cuentas del banco –adiviné.

–Efectivamente. Y no había nada allí, estaban vacías, pero no solo eso, sino que también había vendido las acciones que teníamos y retirado los fondos de inversiones, aunque nada de eso podría haberlo hecho sin mí. Hacía falta la firma de los dos.

–Entonces, ¿cómo pudo?

–No lo sé. Fui a hablar con el director de la sucursal, pero parece que está todo correcto. Hasta él mismo afirma que me recordaba yendo a hacer todos esos cambios. No sé cómo lo haría Marcela, igual consiguió a alguien que se pareciera a mí o algo. Ni idea, esa mujer es una auténtica desquiciada.

–¿Cómo se llama el director del banco?

–Manuel Ortega o algo así. ¿Pero por qué necesita saberlo?

Era uno de los amantes del trío secreto que Marcela no incluyó en la memoria flash

–Por nada –mentí–, es solo para el expediente de su caso, por si tuviera que investigar algo. ¿Y qué es lo que quiere que haga yo exactamente?

–Esas imágenes que vi en mi ordenador, donde ella estaba con otros, necesitaría que las encontrara. Eso podría demostrar que todo esto estaba planeado, y que yo no soy el único malo de la película.

»Y, quizás, también podría averiguar dónde está mi dinero y cómo consiguió hacerse con él. Cualquiera de esas cosas podría ayudarme, o incluso si ahora está con alguien y pudiera obtener imágenes. Eso también estaría bien. Mi amigo dice que si alguien es capaz de averiguar algo de eso son ustedes. Estoy desesperado, todo por lo que he trabajado a lo largo de mi vida está a punto de irse por el retrete.

Yo ya me imaginaba, y lo confirmaría más tarde, que el juez encargado de resolver la demanda de divorcio no sería otro que Francisco Plaza. Junto conmigo, un detective que no movería un dedo para encontrar nada que la inculpara aunque hiciera el ademán de intentarlo, el trío de Mar se convertía en un póker de ases secretos que le garantizarían una victoria definitiva en su divorcio.

–Lo que usted me pide es bastante caro, pero creo que algo podríamos hacer.

–Tendré el dinero, pero necesito que lo intenté –aseguró Gabriel, que terminó de meterse sin darse cuenta en las fauces del lobo.

Todo aquel relato lo escucharía Asmara esa misma noche como la única espectadora de un filme de género negro en el salón de su casa, y lo volvería a recordar a la mañana siguiente, mientras desayunábamos.

–Esa mujer es increíble, ¿verdad? –comentó mientras yo fregaba los platos del desayuno.

Ella estaba sentada a la mesa, leyendo algunas noticias de prensa en un ordenador portátil.

–Debe llevar años tramándolo todo. Nunca había visto nada igual.

–¿Y al final qué vas a hacer tú?

–¿Cómo que qué voy a hacer?

–¿Que qué vas a hacer con lo de Gabriel Ortega? ¿Cuál es tu plan?

–Mi plan es facturarle de una forma increíblemente cara una investigación que no pienso llevar a cabo. No se me ocurre otra cosa. Creo que esto lo planeó también: el hecho de que Miguel Ortiz me recomendara a mí para solucionarle el problema. Quizás solo por eso lo sedujo, querría asegurarse de que su marido se

encontraría del todo en un callejón sin salida.

–Pero no tienes necesariamente que hacerlo, ¿no? Podrías mantenerte al margen, al fin y al cabo no le debes nada a Marcela.

–Creo que esto sí se lo debo. Después de todo lo que ha montado Marcela, el que yo la apoye es lo único decente que puede sacar en claro. El éxito de su plan se basa esencialmente en su capacidad para coaccionar a esos tres hombres: el juez, el banquero y Ortiz. Sin embargo, quiere que yo colabore con ella, no porque la tema, sino por lealtad. Eso debe ser importante para ella, sobre todo después de tanto tiempo sintiéndose traicionada.

–No lo había visto así... Me gusta eso de ti.

–¿El qué?

–Que en el fondo siempre albergas esperanzas. Vas de duro y de escéptico, pero apenas rascas un poco en la superficie una se da cuenta de que todavía eres capaz de creer en ciertas cosas. Eso ayuda, no se ve demasiado a menudo. Por lo menos yo no lo veo.

Yo ya había terminado de lavar los platos. Me sequé las manos con un paño y me las froté para calentarlas antes colocarlas sobre sus hombros descubiertos.

–¿Y qué es lo que estás acostumbrada a ver? Yo siempre he imaginado que la gente bien se cría entre algodones, contemplando la cara más hermosa de la vida.

Ella cubrió mis manos con las suyas, o solo lo intento, las mías eran más grandes y gruesas, y aunque ella tenía los dedos largos no podían sobrepasar los míos.

Asmara se mordió el labio inferior, que era un indicio inequívoco de que estaba reflexionando sobre lo que le dije. Procuraba averiguar cuánto había de cierto en mis comentarios.

–De niña sí, y si eres media tonta del culo hasta es probable que te pases toda la vida pensando que el mundo es de color de rosa.

–Pero ese no es tu caso –le concedí.

–No. Creo que a poco que tengas dos dedos de frente, crecer en un ambiente así, más que hacerte ver el mundo de color de rosa, lo que hace es que lo concibas como algo bastante gris.

–¿Y eso?

–Probablemente se deba a que en ese ambiente terminas coincidiendo con gente de éxito. Y mucha gente no llega ahí siendo precisamente honesto. Mi padre me ha contado cosas que no te puedes ni imaginar. La gente puede llegar a ser muy vil.

–¿Y tu padre? ¿Juega también a eso?

Asmara se levantó sin soltar mis manos, mientras se dirigía al

salón.

–¿Papá? Él nunca habla de eso, pero es Moisés Zerpa Cabrera, me imagino que no ha llegado adonde está siendo un viejito caritativo.

»Me cuesta verlo así, porque conmigo ha sido el mejor padre que se pueda imaginar, pero ha tenido que ser un buen cabrón para escalar hasta donde está. Debe de ser uno de esos hombres que cogen lo que quieren sin preguntas y ni miramientos.

–¿Cómo por ejemplo?

Asmara se sentó en el sofá, mientras que yo continué de pie, observando con detenimiento el mobiliario. Había una colección de discos compactos en un mueble sobre el televisor.

–No sé, me imagino que cualquier cosa.

–¿Como por ejemplo tu madre?

–¿Por qué la pones a ella como ejemplo de eso?

–En la foto de bodas de su dormitorio parece mucho más joven que él, y también más atractiva. Parece un ejemplo más del tópico de mujer joven que se casa con un hombre adulto y adinerado. ¿Es el caso de tus padres?

–No sabría decirte si mi madre quiere a mi padre. Quizás sí, pero desde luego no lo expresa muy abiertamente. Lo hace tan poco que apenas ni se intuye.

»Puede que tengas razón y mi madre buscara fortuna cuando se casó con él, o que simplemente su dinero también formaba parte de su atractivo. No sé, a lo mejor sí estuvieron enamorados antes y ya no lo estén ahora, o puede que no lo hayan estado nunca.

–¿Cómo es su relación? ¿Hay complicidad, pasan tiempo juntos, se echarían de menos si no lo estuvieran?

–Creo que mi padre la quiere más que ella a él, pero es que a papá se le da mejor lo de querer. Mamá es más bien un espíritu libre. A veces es solo un gran “yo”.

–Una estrella de cine o algo así.

–Sí, ese papel le pega. Mi padre se preocupa más de ella que al revés. Lo de Nueva York es cosa de ella, porque mi padre prefiere estar aquí, cerca de sus negocios y de mí.

–Quizás no se fía de ella. Es más atractiva que él y también más joven.

–¿Mi madre con otro hombre? No, eso es imposible. No me la imagino con nadie. Por no imaginármela, ni me la imagino con mi padre. Siempre me ha dicho que si lo dejara se quedaría sola, que a la larga se está mejor así.

»A veces creo que piensa que mi padre la ha frenado, que

podría haber sido una mujer diferente si no se hubiera metido debajo de sus alas. Ella no es precisamente una defensora de las relaciones de pareja.

–Entonces no te animaría demasiado en ese plan tuyo de casarte con Iván. Pero me dijiste que tu familia lo veía bien.

–Eso mi padre. Mi madre apenas dijo nada. No se opuso, pero me dio la impresión de que no estaba de acuerdo. Ella lo que me dice siempre es que me centre en mi carrera. Supongo que porque tampoco tiene demasiada experiencia en eso. No se puede decir que ella se haya centrado en nada más que en ser la esposa de mi padre. Mamá no da demasiados consejos, papá es más de los de sentar cátedra, quizás porque se sabe un triunfador.

–¿Se meten mucho en lo que haces con tu vida?

–Cada vez menos. Supongo que por fin me empiezan a ver como una adulta...Aunque no sé... Ayer pasó algo que me hizo sentirme otra vez como si tuviera quince años.

–¿Qué?

–Hablé con mi madre y, ni sé cómo, saliste tú en la conversación. Y digo que no sé cómo porque no suelo yo ponerla al tanto de a quién meto en mi cama, por lo menos no al principio. Creo que me preguntó por Iván, por si sabía algo de él, y yo le dije que yo ya estaba en otra cosa, con alguien… –calló un instante como intentando recomponer la conversación.

–¿Y? ¿Qué te dijo? No te quedes en trance –la espoleé.

–No… Estaba intentando averiguar por qué se lo dije. ¿No te ocurre a veces que dices algo y luego te preguntas por qué lo hiciste? No sé si fue porque ya comienzas a ser algo importante o solo para que mi madre no siguiera sintiendo compasión por mí. Odio que nadie haga eso, no me gusta sentirme como una víctima. Bueno, sea como fuese, acabé contándole que andaba medio tonteando y medio en serio con un tío que había conocido.

–Y a ella, claro, le picó la curiosidad.

–Por supuesto. Y entonces empezó a preguntarme.

–¿Sobre qué?

–Lo primero que preguntan mis padres cuando les hablo de un tío es en qué trabaja o qué hace. Parece que eso les importe más que cualquier otra cosa.

Llevaba un rato largo escudriñando la colección de discos compactos de la familia Zerpa. Abundaba la ópera y había bastante pop, pero nada de blues o jazz, como si Elvira Santa Cruz no hubiera heredado los gustos de Lil Johnson.

–Seguro que se asombró de que estuvieras con un sucedáneo de

detective privado.

Una sonrisa de culpabilidad le cruzó el rostro.

–Lo cierto es que primero le dije que eras ingeniero técnico en Telecomunicaciones… Pensé que eso le preocuparía menos. A mí lo de detective privado me sigue sonando a Jack Nicholson en *Chinatown*. No sé si mi madre se fiaría demasiado de que estuviera saliendo con un Jake Gittes. Pero, claro, como se me da fatal lo de ocultar nada, lo siguiente que hizo ella fue preguntarme si estabas trabajando. Querría saber si eras un vago.

–¿Y ahí sí que comenzó el problema?

–Efectivamente, le dije que eras detective privado y ahí sí que empezó el interrogatorio en toda regla. Quería saber para qué agencia trabajabas, como si eso fuera algo importante, como si conociera a bote pronto todas las de Las Palmas y fueran unas mejores que otras.

»Le dije que en la de Ramón Vidal, que era tu jefe y que ya había fallecido. Le dije que ahora el negocio era tuyo. En mi mente me quedabas más majo de empresario, con maletín y traje a medida.

–¡Qué pronto quieres cambiarme! –me quejé– ¿Y qué, a tu madre le pinté mejor de empresario?

–Pues, mira, me da que no, que quieres que te diga. Dice que va a venir a verme antes de mi cumpleaños, y eso es que está preocupada.

–Debo de ser preocupante.

–A lo mejor tienes reputación de cazafortunas y no me has dicho nada. Tal vez los padres ricos repartan entre ellos octavillas con tu cara y el lema “peligroso para sus hijas”. Lo cierto es que la tendremos por aquí en breve.

–¿Dijo que venía por mí?

–No, pero se nota a la legua. Por estas fechas, si vienen mis padres es solo para mi cumpleaños, y solo durante un fin de semana. Eso si no consiguen que me mueva yo. Mi madre tiene fijación con Nueva York, no quiere perderse ni un minuto allí. Incluso, hasta algún que otro año han salvado el compromiso con una videoconferencia y punto.

»Pero ahora no solo no me ha insistido en que vaya yo a Nueva York, sino que viene ella y lo hace dos semanas antes. Quiere verte la cara, me da que le preocupa que haya ido a caer donde no debo estando dolida todavía por lo de Iván.

Al final, había logrado mi objetivo: había preocupado a Elvira Santa Cruz. Alguien que había tramado tanto a lo largo de su vida

no creería en las casualidades. Sin embargo, ahora que ya todo estaba hecho temía las consecuencias de la reacción en cadena que se acababa de poner en marcha. Ahora ya no solo sospechaba yo o lo hacía Elena, sino que también Elvira Santa Cruz albergaría sus dudas y tendría preguntas que necesitaban respuestas, más aún si la comprometíamos no solo a ella sino también a su hija. Ya no éramos Elena y yo el único motor de aquel movimiento, y ni siquiera teníamos todavía el absoluto control de él. Uno lo pierde de los misterios cuando otros ya saben o sospechan, y quizás eso me alejaría irrevocablemente de Asmara, si al final Elvira averiguaba para ella, o prefería informarla de todo o de todo cuanto sabía temiendo que yo lo hiciera antes.

Ese día Asmara comió con algunas compañeras mientras yo iba a la costa de Telde. Ella había adelantado una batería de ejercicios que le marcó su profesor y acordó llevárselos ese día a fin de que pudiera corregirlos antes de la siguiente clase. Sin embargo, tuvo la mañana más ocupada de lo previsto por mi culpa y me ofrecí a hacérselos llegar al profesor. Asmara también le había hablado a su madre de él, así que supuse que Elvira lo llamaría. Marcos también guardaba secretos y quizás Lil los conocía. Eso los haría cómplices, o al menos afines en el peligro, y probablemente los impulsaría a colaborar.

Había vuelto a ver a Marcos en varias ocasiones desde que le presenté a Asmara, pero nunca sin ella. Me había imaginado que el profesor acabaría por interrogarme acerca de las razones por las que llevé a la hija de Lil hasta su puerta, pero el hombre continuaba permaneciendo al margen de todo aquello, lo que no dejaba de ratificar que ocultaba algo. Lo natural en un caso como aquel era la curiosidad.

Esa tarde yo me di por vencido en aquel juego de callarnos.

Marcos me invitó a un té en la terraza de la pensión al tomar los apuntes. Trajo dos tazas y nos observamos en silencio, yo desarmado de excusas para interrogarlo y él a la espera de que yo tomara la iniciativa.

–Supongo que te habrás dado cuenta de que Asmara es la hija de Lil –le dije–. Se parecen mucho.

–Sí, claro que me di cuenta. La habría reconocido aunque no fuera tú quién la trajera.

–¿Nunca la habías visto antes? Esto es una isla –parecía improbable que no hubieran coincidido en las más de dos décadas de vida que contaba Asmara.

–Alguna vez, cuando era niña, pero no desde hacía años. ¿Por

qué la trajiste?

–¡Ah, eso! Ella necesitaba un profesor de Matemáticas y tú tenías fama de ser bueno. Parece que no me equivoqué, está muy contenta con las clases.

–¿Y cómo la conociste?

–Eso es evidente, ¿no? Fue investigando la muerte de Adán. Intenté seguir todas las pistas, y eso me llevó hasta Lil… O hasta Elvira, quiero decir. Y luego allí estaba Asmara, en su casa, porque su madre está en Nueva York.

–Me imagino que intentaste ver qué podías sonsacarle sin contarle nada y, al final, terminaste con ella.

–Eso en parte es cierto y en parte no. Intenté sonsacarle sin contarle nada, eso es cierto, pero no acabé con ella por eso…

–Ya, ya… Fuiste a por lana…

–Más o menos. Lo mismo que le pasó a Ramón. Parece que los detectives tengamos alguna especie de maldición con las "johnson".

–La chica es impresionante. Guapa y lista.

–¿Cómo su madre?

–No, como su madre no. Lil era guapa y astuta, pero no tan lista. Asmara la cabeza debe de haberla sacado de su padre. La astucia implica ser un malpensado. Lil te habría calado desde el primer momento, Asmara ni intuye lo que te traes entre manos.

–Ahora quizás lo averigüe. Su madre acaba de saber que anda con un detective de la agencia de Ramón Vidal. Supongo que Elvira temerá que le descubra a su hija su pasado. Parece que no sabe nada.

–Por supuesto que no, Lil estará preocupada.

–No sé por qué, su pasado tampoco es nada de lo que deba avergonzarse. Era una cantante de blues, no una prostituta.

–Muchos te dirían que en el caso de Lil no había muchas diferencias. De todos modos hay más razones para guardar secretos que la vergüenza, Elvira tendrá las suyas.

–¿Tú las conoces?

–No, ni siquiera las deduzco. En el fondo, ella y yo nunca llegamos a comprendernos. Tal vez porque ella era cabeza y yo corazón, y esas son dos cosas que no casan bien.

Me sorprendió que el profesor se definiera como "corazón", no parecía propio de un niño prodigio. No era impulsivo ni irreflexivo, que son dos de las cualidades que más se asocian con el corazón.

–¿Cuánto hace que no hablas con ella?

–Años. Se acababa de casar con Moisés y estaba intentando quedarse embarazada de Asmara. Luego ya te digo que la vi alguna vez siendo la niña pequeña, pero ni siquiera intercambiamos palabra, Moisés estaba delante.

El viento arrastraba el olor a salitre hasta nuestra mesa y nos inundaba los pulmones. No había nadie más en el patio de la pensión, el tiempo invitaba más bien a acercarse hasta la playa.

–Supuse que te habría llamado cuando se enteró de que rondaba a su hija. Si no lo ha hecho ya, quizás lo haga en breve.

–No lo creo. Lil y yo no acabamos bien. Y ahora mismo no le debo nada. Dudo que crea que pueda sacar algo de mí, así que ni lo intentará. Para ella todo tiene un fin. Existimos para ella en tanto en cuanto puede obtener algo de nosotros, y ya sabe que de mí no puede sacar nada, ni siquiera información sobre ti. Ten cuidado con ella.

–La pintas como un un monstruo.

–No, tampoco es eso. Lil es lo que es, tampoco tuvo posibilidad de ser diferente. Siempre que alguien la quiso, la quería para algo, así que no aprendió otra forma de amar. Todo el mundo la utilizó hasta que fue lo bastante astuta para empezar a utilizar a todo el mundo. Ya te lo digo, ella es solo cabeza. Tiene la capacidad de hacerte feliz, pero siempre a cambio de algo.

La sombra de Lil se cernía sobre su hija, a menudo me preguntaba si Asmara no padecía del mismo mal que su madre. Temía no ser para ella algo diferente de lo que Ramón fue para la cantante: solo un instrumento que la haría sobrellevar la decepción de Iván.

–A veces temo que Asmara se parezca a su madre –le confesé.

Él sonrió al tiempo que las arrugas de los ojos llenaban el rostro de experiencia.

–Eso te preocupa, ¿verdad? Y con razón, visto lo visto y habiendo escuchado lo que has oído. No le des demasiadas vueltas a eso, la tristeza a menudo nos hace pintar el pasado peor de lo que fue. Probablemente Lil no sea tan terrible como la imagino yo ya.

»Y aunque así fuera, tu chica tiene poco que ver con su madre. Ni de lejos ha vivido lo que vivió de ella, sino más bien todo lo contrario. Creo que ha salido a su padre, en lo inteligente y en lo de buen corazón.

–Cuesta imaginarse a Moisés Zerpa como un hombre de buen corazón, sobre todo si obligó a su mujer a que fuera otra, que es lo que parece haber pasado.

–Si, sí que cuesta. Parece imposible, ¿verdad? Pero Asmara no es su madre, y eso es lo que te tiene que importar.

–Bueno, ahora lo que me importa es su madre. No sé qué hará si averigua que me acerqué a Asmara buscando información acerca de la muerte de Adán.

–Tampoco debes preocuparte demasiado de eso. Lil solo querrá que Asmara no se entere de su pasado. No dirá nada si le guardas el secreto. Y tú no querrás sino que Asmara no se entere de que te acercaste a ella investigando el homicidio de Adán. Así que tú guardarás sus secretos y ella los tuyos.

–Ojalá sea así.

–Seguro que será así. Conozco a Lil –concluyó Marcos.

19

Elvira Santa Cruz volvería de Nueva York haciendo escala en el aeropuerto de Barajas. Allí, tomaría un vuelo de *Spanair* a primera hora de la tarde que la llevaría hasta Canarias. Viajaba sin su marido y sin avisar a Asmara del día exacto de su regreso. Me enteré de su itinerario poco después de que la mujer comprara el pasaje. Lo hizo transcurridos dos días desde que se enteró de que su hija tenía una relación con un detective de la agencia de Ramón Vidal. Yo había puesto sobre esa pista a nuestros contactos en las compañías aéreas.

La tarde de su llegada la aguardé en la agencia, a solas, convencido de que acudiría a mi encuentro en cuanto aterrizara. Me hizo esperar dos horas. Me levanté en cuanto entró en la oficina y abrí la puerta de la vidriera para dejarle paso. Sobre uno de los muebles todavía se encontraba el tocadiscos de Ramón con su *single* dentro.

–Me imaginé que vendrías –le dije.

–Juan, ¿no? –quiso verificar, o puede que ni eso, era seguro que sabía quien era.

–Nos conocimos en el velatorio de Ramón. Usted era la mujer misteriosa sin apellidos. La gente no se suele presentar solo con un nombre escueto en esas circunstancias, y tampoco suele hacerlo sin dar noticia de su verdadera relación con el fallecido. Los viejos alumnos no van a los entierros de sus profesores después de llevar una vida sin verlos.

Ella sonrió abriendo los labios, exhibiendo unos dientes blancos más grandes que los de su hija, más evidentes, más raciales quizás. Abrió del todo los ojos y supo expresar dulzura. Todavía era atractiva, aún sabía resultar accesible y cercana, de confianza, lo habría practicado toda una vida. No dejaba de recordar las palabras de Marcos Quintana, que me advertían de que Lil era solo cabeza. Costaba creerlo a primera vista.

–Me recuerdas a él –dijo tomando asiento–. Creo que eso es justo lo que habría dicho Ramón si estuviera aquí. Pasaban mucho tiempo juntos, ¿no? ¿Eras su único socio?

–Su empleado más bien, pero sí, pasamos mucho tiempo. Tengo entendido que tú también lo conocías bien, ¿no?

–¿Te habló de mí? –me extrañó que la mujer quisiera hablar más de Ramón Vidal que de su hija Asmara, o de lo que yo

pudiera haberle contado. Parecía que hablaba no tanto con Elvira Santa Cruz como con la cantante.

–¿De ti? ¿De Elvira Santa Cruz o de Lil Johnson? No tengo claro a quién te refieres cuando hablas de ti.

–De cualquiera de las dos, que al fin y al cabo son la misma. ¿Te habló Ramón alguna vez de mí? –insistió.

Lil Johnson ya era consciente de que había averiguado bastante acerca de ella. De otro modo no conocería su antigua identidad. Pero no parecía tan interesada en conocer los pormenores de mis pesquisas como en descubrir si era Ramón quién me lo había comunicado, quien todavía la tenía presente a pesar de los años.

–No, nunca te nombró, ni de una manera ni de la otra.

Aquello pareció decepcionarla.

–Es normal, la vida siempre continúa. Eso es lo único cierto: que la vida sigue.

Al menos hasta que ya no continúa en absoluto, hasta que por fin fallecen todos los que guardan los secretos y ya estos dejan de existir, y por lo tanto desaparecen también los hechos que encierran, como si no hubieran ocurrido. Tal vez en realidad no sucedieran si nadie los recuerda, no existe ya memoria y por lo tanto tampoco posibilidad alguna de historia.

Me acerqué al tocadiscos y puse la aguja sobre el vinilo, de forma que su voz comenzó a sonar, o no esa exactamente sino la que tuvo años antes –el tiempo también envejece las voces, todo lo cambia, aunque sea levemente, de forma casi imperceptible–.

–Nunca me habló de ti, pero sí que te recordaba. Escuchaba esto a menudo.

Ella sonrió con nostalgia.

–Así suenan los sueños, ¿sabes?... Ramón sabía guardar los secretos. Eso me gustaba de él. Era uno de esos hombres buenos no tanto por lo que dicen sino por lo que callan. ¿Tú de qué clase eres? ¿De los que hablan o de los que callan? ¿Te pareces a él también a eso?

Acababa convertirse de nuevo en Elvira Santa Cruz, como si su propia voz la hubiera exiliado del pasado, como si la expulsara y denostara aquello en que se había convertido. Ahora quería concluir si guardaría yo su secreto ante su hija. Deseaba saber eso antes de preocuparse de si lo que yo sentía por Asmara era algo auténtico o solo una excusa para acercarme a un testigo de mi investigación.

–No lo tengo demasiado claro aún. Te mentiría si te dijera lo contrario.

–Hay que tener valor para callar, ¿sabes? Se suele pensar que hacerlo es de cobardes, pero no es cierto. Eso lo sabía Ramón, te lo habría dicho él mismo.

–¿Fue por eso por lo que Lil Johnson dejó de cantar? ¿Fue un acto de valentía?

Otra sonrisa concesiva que declaraba que aquello ya no importaba, que era pasado e irremediable, y por lo tanto ni siquiera merecía la pena recordarlo o comunicarlo. Elvira no miraba atrás.

–No, eso fue desesperación o esperanza. Puede que algo de ambas, ¿sabes?, porque la una implica la otra, van de la mano: solo desespera quien todavía alberga algo de esperanza. Quien no la tiene, vive relativamente en paz.

–¿Esperanza de qué? ¿De ganar dinero? ¿De fortuna?

–No, no tanto, o puede que algo sí, pero no del todo. Todo es siempre demasiado complicado, y por eso ni siquiera merece la penar volver sobre lo hecho. Yo lo que quería era tener una nueva vida, una diferente.

–Y tanto, ni siquiera te quedó el nombre, ni siquiera he visto en tu casa discos de blues. Nadie diría que eres la misma persona.

–Esa era la idea, ser alguien diferente, porque pensaba que quien era no podría ser feliz. Pero no se puede empezar de nuevo. Es algo que dice todo el mundo: eso de empezar una nueva vida. Se dice mucho y a la ligera, como si fuera posible solo por el hecho de que se repita, pero nunca es posible. Solo se tiene una vida, y por más que te esfuerces no puedes empezar otra.

–Cualquiera lo diría viéndote.

–¿Lo dices porque desaparecí del Memphis Club o porque ya ni escucho blues? –había acabado su single ya, quedaba todo el escenario del sonido para nuestras voces, pesadas y graves, llenas de palabras demasiado importantes.

–Por las dos cosas, y por el hecho de que todo lo guardes en secreto. Asmara no sabe nada de tu pasado, es como si no lo tuvieras, o como si tuvieras otro en su lugar. Ni siquiera dejas demasiadas pistas de él. ¿Tanto te avergüenzas?

–¿Vergüenza? No, qué va, no siento vergüenza de nada. Es solo que no me gusta mirar atrás. En eso Ramón y yo no nos parecíamos, él se pasaba la vida pensando en cómo serían las cosas si fueran de otra manera. Yo me volvería loca, las cosas son como son y es lo que hay. De nada sirve intentar adivinar cómo habría sido todo si fuera diferente.

–Una cosa en no pararse a recordar y otra es ocultar el pasado

premeditadamente. No es lo mismo, ya te digo que no encontré ni un disco de blues en tu casa… me resultó de lo más extraño, como si realmente fueras otra persona. Es imposible que hayas perdido la afición que tenías a ese género, resulta macabro.

Ella suspiró ante mi empecinamiento en continuar hablando de aquello. No le estaría resultando tan fácil como pensaba resolver mis dudas, yo insistía en ellas con la esperanza de que al final no encontrara una explicación más efectiva que la propia verdad.

–Lo de no mirar nunca atrás cuesta, ¿sabes? No, quizás no lo sepas, seguramente todavía no has vivido lo suficiente.

»En ocasiones no se mira atrás porque angustia hacerlo, y se evita de todas las formas posibles, porque no quieres enfrentarte a la idea de que las cosas podrían haber sido de otra manera, quizás más afortunada. Por eso intentas quitar de en medio todo lo que te recuerde a esa época, aunque solo sea para no cuestionarte que al final algunos de los sueños que abandonaste se podrían haber hecho realidad.

»No sigo escuchando blues porque me aterroriza ver que triunfa alguien que no tiene mucho más talento del que tenía yo y que también nació en el lugar y en el momento equivocado, pero que al final de todo logró hacerse un hueco .

Cruzó los brazos como si esa fuera su última concesión. La obligué a volver la vista y verbalizar algo que puede que nunca hubiera dicho.

–¿Por qué te preocupo tanto? –me preguntó –¿Por qué te preocupa todo esto? No lo entiendo, tú apenas serías un niño cuando Ramón y yo estuvimos juntos. ¿Por qué has acabado rondando a Asmara? ¿Qué es lo que quieres?

–No te preocupes –intenté calmarla–, no es nada personal. Es solo trabajo, Inés Montemayor nos contrató tras la muerte de Ramón para revisar el caso de su hermano. Ella temía que Ramón estuviera escondiendo algo.

–¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

–Intentamos hablar con todas las personas que estuvieron relacionadas con Adán por esa época. Lo de encontrarme con Asmara fue accidental, luego empezamos a pasar tiempo juntos, y ya me pareció mal contarle que a quien buscaba era a su madre. Temí que eso la hiciera desconfiar de mí. Quizás fue una tontería.

–Pues sí que has acabado sabiendo cosas de aquellos tiempos, las que tienen que ver con Adán y las que no.

–Recojo toda la información posible, nunca sabe uno qué se relaciona con qué, sobre todo después de tantos años.

Serví dos vasos de agua y puse uno enfrente de ella. Lo tomó y bebió un sorbo.

–Lo cierto es que me has asustado, chico, me has hecho recorrer medio mundo preguntándome qué demonios se te estaba pasando por la cabeza y qué pretendías hacer. ¿No habría sido más sencillo que le pidieras mi teléfono a Asmara y que me llamaras a Nueva York?

–Todo se lió demasiado y supuse que ni siquiera querrías hablar conmigo. No cabe esperar mucha sinceridad de alguien que primero se llamaba Lil Johnson y luego Elvira Santa Cruz.

Sabía que me arriesgaba a ganarme su animadversión siendo tan duro con ella, pero necesitaba una excusa creíble que explicara por qué no me comuniqué directamente con ella.

–En eso tienes razón. ¿Pero qué demonios querías preguntarme para haber montado todo este lío?

–No, no te equivoques, lo de Asmara conmigo ha pasado a convertirse en otra cosa que nada tiene que ver con el trabajo –intenté hacerle comprender.

Ella sonrió como si acabara de puntualizar algo que era evidente.

–Eso ya lo sé. Ya me imaginaba yo sola que hay mejores razones para meterse en una cama con Asmara que interrogar a su madre. Pero, bueno, a estas alturas, dime qué querías saber.

–He repasado varias veces el expediente de Ramón sobre el caso y he intentando reconstruir cómo fueron las cosas por esa época. Cuando Adán murió, tú tenías una relación sentimental con Marcos, y luego estuviste con Ramón, pero hay cosas que no entiendo.

Abrí el cajón del despacho y saqué *El blues de Adán Montemayor*. Elena y yo lo habíamos repasado decenas de veces. Hice algunas anotaciones a lápiz en los márgenes indicando los detalles que me suscitaban dudas.

–¿Por ejemplo?

–Por ejemplo… –le mostré el expediente indicándole un fragmento–. No comprendo esto.

Se aproximó a observarlo y se colocó unas gafas. Extraje las páginas para que ella las sostuviera con comodidad. Se trataba del capítulo que reflejaba la conversación en la pensión. Lil enrojeció a leer cómo se la describía desnuda y a punto de volver a hacer el amor con el detective. Era imposible que solo fuera cabeza, parecía afectada por las palabras de Ramón Vidal.

–Esto… ¿Lo escribió Ramón? ¿Es el expediente del caso de

Adán? Pero habla de mí, de nosotros. ¿Qué tiene que ver?

–¿No lo habías leído nunca? ¿No sabías nada de este informe?

–No. Ni siquiera me imaginaba que me había incluido. Ahora me explico cómo has averiguado tanto de esa época.

Continuó leyendo antes y después de lo que le señalé. Le permití que lo hiciera mientras ella asimilaba que aquel documento existía y que la devolvía al pasado del que tanto se esforzó en huir.

–No entiendo por qué habla de mí –concluyó–. Yo no sabía nada de la muerte de Adán, nada que no supiera el resto, y continúo sin saberlo.

–A veces sabemos más de lo que creemos, aunque no nos demos cuenta. No creo que Ramón contara eso por nada. Su manera de elaborar los informes puede resultar extravagante, pero nunca es gratuita, si incluyó ese episodio contigo es porque debió de proporcionarle alguna pista importante.

–No sé. ¿Qué puede haber aquí que fuera una pista? –se preguntó Lil.

–Lo he leído decenas de veces y hay dos cosas que no entiendo –tomé el expediente y le mostré el primero de aquellos dos fragmentos –. Mira esto –le dije, mostrándole la anotación.

El texto rezaba:

«–Tal vez deberías buscarte a un joven guapo, rico y que te ame como mereces. O puede que solo tengas que esperar a que Marcos se haga un hombre importante… parece que el chico promete. Tal vez deberías casarte con él.

–Marcos no me quiere, aunque puede que ni él lo sepa. No me folla como un tío que me quiera. Tú sí me quieres, que pena que no seas rico; guapo lo eres.»

–¿Qué te extraña de aquí? –parecía que Elvira también deseaba saber, se sentía aún tentada a cerrar el episodio de Adán Montemayor.

–No entiendo por qué dijiste que Marcos no te quería. ¿A qué te referías?

–Hubo siempre algo extraño en Marcos, como si ocultara algo, aunque no sabría decirte bien el qué.

Guardó silencio un instante, como si anduviera recuperando sus recuerdos para ejemplificar su opinión.

–No sé cómo contarte esto sin parecer presuntuosa, la verdad... –me advirtió.

–Bueno, cuéntamelo pareciendo presuntuosa si no te queda otro remedio. No me importa.

–Suena fatal en mi cabeza pero ahí va –sonrió. Su rostro delicado mostraba una vulnerabilidad que nunca le imaginé mientras otros me hablaban de ella–. No sé cómo explicártelo, pero a mí los hombres siempre se me dieron bien… Supongo que eso ya lo sabes.

–Sí…

–Pues verás, cuando estoy con alguien, siempre sé si me quiere o no me quiere, si me desea y qué estaría dispuesto a hacer por mí. Yo era como era y eso me importaba mucho: lo que un hombre fuera capaz de hacer por mí… Suena fatal, pero era así. Sin embargo, con Marcos no sentía nada de eso, ni deseo ni amor, y sabía que lo que haría por mí no sería mucho más que darme clases de inglés… No digo que fuera un mal hombre, porque no lo era. Pero que no me quería, eso seguro, y tampoco me deseaba, de eso también estoy segura.

–Sigo sin entenderlo. ¿Por qué estaba contigo entonces?

–Nunca lo supe. Fue algo que no comprendí, aunque a mí no me importaba no comprender algo si me convenía tal y como estaba. Era Ramón el que se obsesionaba con comprenderlo todo.

–¿Y ni siquiera te dio nunca una pista de por qué estaba contigo si no te quería? Algo se te pasaría por la cabeza, es imposible que no opinaras algo al respecto.

–Lo único que logré pensar sobre eso me parece ahora una tontería, la verdad.

–¿Qué era?–la apremié.

–Una tontería. Verás, cuando conocí a Marcos y a Adán, Adán…

–Se colgó de ti, ¿no? –completé.

–Justo. Se enamoró, y creo que Marcos se empezó a interesar por mí solo porque su amigo se había enamorado. Pero eso es una tontería, ¿no crees? Al fin y al cabo era su amigo.

»Todo resultó muy raro con Marcos. Cuando nos conocimos, yo diría que le caía bien pero desde luego no estaba enamorado. Luego, cuando Adán comenzó a intentar conquistarme, era como si Marcos estuviera celoso. Me llevaba la contraria y creo que hasta se empeñaba en despreciarme. Y luego, de repente, hubo otro cambio, y parecía que bebía los vientos por mí. Pero solo lo parecía, aunque de eso tarde en darme cuenta. No estaba acostumbrada a que los hombres no me desearan.

»Llegué a pensar que era una especie de revancha que se traía Marcos con Adán. Al fin y al cabo, Adán lo tenía todo en la vida y Marcos prácticamente nada, solo su cabeza. Quizás la manera que

tenía de vengarse de esas circunstancias era quitarle a Adán lo que él quería. ¿Tiene eso sentido?

–No parece la mejor razón para estar con alguien. No, no tiene mucho sentido –concluí pensándolo mejor.

–Ya te lo decía yo. ¿Esto es lo otro por lo que me querías preguntar? –había localizado la otra marca que hice en el expediente.

«–¿Y qué podría querer un joven rico de mí? ¿Qué podría desear que no tuviera más fácilmente solo con un par de regalos? Solo uno de un millón se casaría con la cantante puta del Memphis Club y yo ya perdí esa oportunidad. Solo me quedan los sugar daddy y los detectives privados.»

–Dijiste que habías perdido una oportunidad entre un millón, la de casarte con un joven rico. ¿A quién te referías? No pudo ser Moisés Zerpa, porque no era joven. Y la otra opción que se me ocurrió fue el propio Adán Montemayor, pero eso tampoco tiene demasiado sentido, a no ser que estuvieras exagerando. Que un tío se quedara colgado de ti en un bar no significa que te fuera a querer en matrimonio.

–Ni me acuerdo de haber dicho eso, pero seguro que si Ramón lo escribió es cierto. Me referiría a Adán, claro, ¿a quién si no? –pronunció como si fuera evidente.

–Entonces exagerabas –concluí.

–¿Por qué? No te entiendo.

–Bueno, por lo que yo sé, cuando Marcos comenzó a acostarse contigo, Adán se retiró del escenario, al fin y al cabo Marcos era su mejor amigo. Yo no aseguraría que eso fuera estar a punto de casarte con él.

–¿Quién te ha dicho que Adán dejó de interesarse por mí?

–Sam me dijo que Adán se retiró cuando comenzaste con Marcos, y este mantiene lo mismo. Me dijo que Adán estaba acostumbrado a perder contra él, que tampoco le supuso ningún trauma.

–¿Marcos te dijo eso? No lo entiendo. Todavía Sam pudo no darse cuenta, pero Marcos lo sabía, claro que lo sabía.

–¿El qué? ¿De qué hablas?

–Fue así al principio. Cuando Marcos y yo empezamos a estar juntos, Adán se hizo a un lado, pero solo durante un tiempo. Luego, al cabo de los meses, no sé… él o yo, o quizás los dos al mismo tiempo, nos dimos cuenta de que había algo entre nosotros, algo que era difícil negar. Adán era alguien muy especial.

–Pero comentabas algo de casarte con un joven rico.

Exagerabas, ¿no? ¿Hablaron Adán y tú de eso?

–Esa era la idea, o esa comenzaba a ser justo cuando Adán murió. Era alguien excepcional, no le importaba quién fuera yo. O, mejor dicho, le importaba para bien. Me quería justo cómo era.

»Así me quería también tu jefe. Encontrar alguien así no es sencillo, Juan. La gente normalmente quiere unas partes de ti y acepta otras muchas que no le convencen, pero luego comienza a querer cambiar las que no le agradan. E, incluso, a veces solo quieren tu cáscara y quieren cambiar lo de adentro, como si eso fuera fácil. O te quieren solo para determinadas cosas y en algunos momentos, para que seas su amante pero no su mujer, o para las noches malas y no para las buenas. Pero Adán no era así, él estaba dispuesto a estar conmigo le costase lo que le costase.

–¿Aunque fuera su amistad con Marcos?

–Ni Adán ni yo creíamos que eso fuera a llegar a tanto. Marcos no me quería, eso seguro, y no lo sabía solo yo, sino también Adán. Él estaba seguro, por eso empezamos a vernos a sus espaldas. Jamás se habría metido en medio si Marcos me hubiera querido de verdad. Pero no era así. Lo nuestro no acabaría con lo que había entre él y Adán.

–¿Pero Marcos se enteró o no?

–Se lo dije yo cuando ya tenía decido hacer público lo mío con Adán, cuando ya lo quería a él en exclusiva.

–¿Y?

–Se cabreó, claro, pero se le habría pasado. Habría terminado alegrándose por nosotros, nos quería a los dos. Estoy segura. Luego, sucedió lo de Adán y todo cambió.

–¿Se lo dijiste mucho antes de la muerte de Adán?

–Sabía que lo ibas a preguntar. Fue esa misma tarde, una no se olvida de algo así. Se recuerda a la perfección, como si te lo grabaran a fuego en la memoria. Marcos y yo estuvimos juntos en la pensión esa tarde, dando clases de inglés, y se lo conté todo. Todo lo que había ocurrido y nuestros planes. Adán quería que dejara de ser un secreto, odiaba los secretos.

–Pero si se lo contaste el mismo día que murió Adán... ¿Nunca pensaste que Marcos…?

No me dejó completar la pregunta, como si solo pronunciarlo fuera una equivocación evidente. Sonrió como si yo fuera un niño que estuviera errando en una apreciación más que palmaria.

–¿…Que Marcos podía haber tenido algo que ver con la muerte de Adán? No, eso es imposible. Lo sabrías si los hubieras conocido a ambos como yo los conocía. Fue pura casualidad, nada más. Así

son las cosas a veces, hay coincidencias enormes, pero no razones. Eres como Ramón, que siempre andaba buscando las causas de todo, pero a veces no las hay, solo es mala suerte. A veces la vida no tiene razones ni lógica, gente maravillosa acaba endemoniadamente mal y gente horrible no recibe jamás ningún castigo. Es solo cuestión de suerte.

»Fue lo que hubo con Adán: mala suerte. Fueron las cartas que le tocaron. Pero eso no tiene nada que ver con Marcos. Él nunca le habría hecho daño a Adán, yo no le importaba lo suficiente. Antes me habría abierto a mí la cabeza que tocarle un pelo a su mejor amigo. Además, piensa en ello, más adelante no demostró sentir ninguna fijación por mí.

–Pero continuaron juntos cuando murió Adán, ¿no? Como si nada hubiera sucedido. De hecho, la gente ni llegó a enterarse de lo tuyo con Adán.

–¿Qué sentido tenía que se enteraran de eso a esas alturas? Ya Adán no estaba. Y si seguimos juntos no fue porque no hubiera sucedido nada, sino precisamente porque pasó lo que pasó. Los dos nos rompimos con esa tragedia, y continuar juntos nos alivió a ambos. Nos apoyamos de alguna manera. Éramos dos de las personas que más querían a Adán.

–Cualquiera podría decir que continuó contigo por no levantar sospechas.

–No. ¿Quién iba a sospechar si nadie sabía nada? Además, ya te digo que es imposible, Marcos no me quería lo suficiente como para enfrentarse a Adán por mí, y mucho menos para vengarse de esa manera.

»Mira, luego cuando apareció Ramón y acabé con él, Marcos ni movió un dedo. Creo que simplemente se quito un peso de encima. No me dejó sola porque temía que no superara lo de Adán, y porque sabía lo que yo significaba para él, pero no por nada más, no porque me amara.

–No alcanzo a comprender a Marcos. ¿Qué pensaba Ramón de él? ¿Te acuerdas? ¿Te sugirió alguna vez que tuviera algo que ver con la muerte de Adán?

–Bueno, al principio, como tú, pero creo que fue una idea que desechó rápido. Solía decir que había algo en Marcos que no cuadraba. Esas eran justo sus palabras, pero según él aquello no tenía por qué tener que ver con la muerte de Adán.

»Marcos es difícil de comprender, me imagino que por lo listo y por lo introvertido que es. Yo soy incapaz de imaginarme qué se le puede pasar por la cabeza a un hombre así. Cualquiera con su

potencial habría acabado siendo alguien importante, sin embargo, no llegó a nada.

Tanto Lil como Marcos habían confesado ser incapaces de comprender al otro y, sin embargo, fueron pareja. ¿Qué los atraía? Uno podía intuir que Lil estuviera con Marcos por interés, porque le suponía un recurso para mejorar su inglés y prosperar como vocalista de blues. ¿Pero qué hallaba Marcos en Lil Johnson? ¿Qué le ofrecía aquella mujer aparte de ser solo el objeto del deseo de Adán Montemayor? Eso sería lo que Ramón no conseguía explicarse.

–Todo lo que averiguo sobre aquella noche no hace sino llevarme a callejones sin salida –me quejé–. Parece que no se puede saber mucho más de la muerte de Adán.

–Es que no hay nada más que averiguar. Solo un nombre, una cara, la de quien lo mató por accidente. ¿Pero de qué sirve? Solo fueron mala suerte, Juan, ya eso no ayuda a nadie. Probablemente se tratara de un muerto de hambre que ya ni esté en este mundo o ni siquiera recuerde esa noche de lo drogado que estaba.

–Sí, será eso –ya poco más podría obtener de Lil Johnson, no al menos sin comprometer mi coartada, sin evidenciar que me había acercado a su mundo no tanto para averiguar los secretos de la noche en que murió Adán como los que tenían que ver con Ramón Vidal.

Ella sería la mujer a la que Marcos querría advertir de algo la noche en que habló con el detective. Ella era la mujer con mayúsculas del detective, la banda sonora de su vida, el lugar al que siempre volvía su memoria y en el que se regodeó los últimos instantes de su existencia. Si Marcos debía descubrirle algún secreto de Ramón a alguien, esa mujer tendría que ser Lil Johnson, no había en el fondo otra en su vida.

Nos quedamos en silencio, uno frente a la otra, ella observando el expediente ya sin leerlo, como si solo su visión pudiera contarle algo más, o quizás porque tan solo con tenerlo presente ya le recordaba al detective. Yo la observaba, inmóvil, sin saber qué sentido tenía que permaneciera todavía allí.

–¿Ya se te acabaron las preguntas? –quiso saber.

–Creo que sí. ¿Tienes tú alguna para mí? Me imagino que no viniste a verme para satisfacer mis dudas, sino más bien para lo contrario, para que fuera yo quien despejara las tuyas.

–¿Le vas a contar a Asmara algo acerca de Lil Johnson? Te agradecería que no lo hicieras.

–¿Por qué? No creo que sea nada de lo que avergonzarse.

–Cada uno tienes sus fantasmas, Juan, y conoce la mejor manera de encerrarlos en el armario, ¿no crees?

–Tranquila, te guardaré el secreto. Supongo que Ramón te lo habría guardado. A cambio espero que tú me guardes el mío con respecto a tu hija. No me gustaría que se enterara de que la usé para encontrarte. Cuando lo hice, aún no la conocía. Creo que ahora no lo habría hecho.

–Entonces no la hubieras conocido. Resulta curioso como algo malo puede traer algo bueno. El mundo no tiene sentido ni razones, ya te lo decía yo.

–Tal vez sea cierto.

–No te preocupes por eso. No le diré nada, y no solo por ti, sino porque me imagino que no podría levantar esa liebre sin que al final Asmara se acabara enterando de quien era Lil Johnson. No es fácil esconderle nada a esa chica cuando se empeña en saberlo. Ten cuidado con ella, no serán muchas las cosas que le puedas ocultar.

–Tampoco es esa mi intención –le confesé.

Dos horas más tarde, continuaba en la agencia. Tras hablar con Lil, creía haber descubierto quien fue el autor del homicidio de Adán. Elvira había arrojado sobre la mesa las últimas piezas de un puzzle de hacía más de dos décadas y por fin todo cuadraba. Releía el informe y analizaba de nuevo los datos buscando algún fallo en mi teoría, un mísero naipe tembloroso que hiciera caer por entero aquel castillo de elucubraciones. Si lo encontraba, mis suposiciones no serían ciertas, sino tan solo las conjeturas de un detective con pocas pruebas y demasiada imaginación. En cambio, si no hallaba ese punto débil, era más que probable que fuera la verdad.

–Me tienes abandonada –me dijo Elena.

Estaba delante de mí. Había entrado sin que me diera cuenta, absorto como estaba en mis pensamientos.

–Buenas noches, señora Hudson.

–Doctor Watson. ¿Trabajando hasta tarde?

–Bobeando más bien. ¿Qué haces tú por aquí?

Estaba decidido a no contarle mi teoría, no cargarla la responsabilidad de conocer la identidad del culpable. Si yo dudaba aún sobre qué hacer, era probable que Elena no lo hiciera. Ella informaría a Inés Montemayor de todo a pesar de que no hubiera pruebas suficientes que demostraran mis conclusiones.

–Venía a buscarte. ¿Podemos ir a tomar algo o has quedado con Asmara?

–Vamos –dije levantándome y cerrando el expediente.

Fuimos a una de las terrazas de la Plaza Hurtado de Mendoza, situada entre el antiguo hotel Monopol y la Biblioteca Insular.

–Últimamente tengo la cabeza en otra parte –confesó Elena mientras jugaba con un posavasos, haciéndolo girar. Acababa de contarme que se le olvidó pagar el seguro del *fiat*–. Estoy durmiendo fatal.

–¿Y eso?

–¿Te ha dado alguna vez miedo tener esperanza? –Elena tenía la costumbre de contestar las preguntas con más interrogantes, su curiosidad solía estar tan hambrienta que ni siquiera era capaz de satisfacer la de otros antes saciarse.

–¿Cómo que miedo a tener esperanza? ¿De qué hablas?

–Como te lo explico. Es como si… O sea, creo que pasa a veces. Imagínate que llevas mucho tiempo haciéndote ilusiones con algo, pero descubres de repente que no es posible, que no hay manera de lograrlo. Entonces, aunque te cuesta mucho, te resignas y asumes que eso no va a pasar. Sin embargo, luego, cuando por fin ya estás tranquila, no feliz pero al menos tranquila, te pasa algo que de nuevo te devuelve la esperanza.

»¿No te daría miedo entonces volver a hacerte ilusiones? Porque al fin y al cabo puede que solo se trate de eso, de ilusiones que te llevarán al mismo callejón sin salida, y ya sabes todo lo que vas a sufrir otra vez si al final tienes que volver a hacerte a la idea de resignarte.

–Bueno, si son esperanzas es porque hay posibilidades de conseguir lo que quieres. No entiendo en qué sentido puedes temerlas.

–Imagínate que tienes una enfermedad mortal, como la de Ramón, por ejemplo. Cuando te pasa, te rompes por dentro, pero luego te hablan de este o aquel tratamiento, y ves algo de luz al final de túnel. Sin embargo, según te van dando radioterapia o quimioterapia o lo que sea, vas sufriendo un suplicio, y de repente por fin reconoces que no hay nada que hacer. Y es duro, es una putada, pero me imagino que llega un momento en que lo asumes, en que te resignas, porque al final a todo se resigna una si no le queda más remedio.

»Pues, ahora, imagínate que cuando por fin lo has asumido viene alguien y te habla de otro tratamiento experimental. Te dicen que cuadras en el perfil de pacientes y que quizás haya alguna oportunidad… Creo que a mí me daría miedo albergar esperanzas otra vez. No sé si sería capaz de ponerme otra vez en

manos de un médico sin saber si todo acabará bien, porque si no es así, si no acaba bien, vas a tener que resignarte otra vez, y lo cierto es que es doloroso renunciar a los sueños. ¿No crees que es normal tener miedo a albergar esperanzas en esos casos? Quizás ni merece la pena ponerte otra vez en tratamiento para llegar al mismo punto ahora que por fin has asumido que te vas al otro barrio.

–Podrías someterte al tratamiento igualmente, aunque sin albergar esperanzas, estando convencida de que de todos modos vas a morir, ¿no?

–No –negó tajantemente, moviendo la cabeza de un lado a otro–. No puedes dejar que te traten y no tener esperanza. Eso es imposible. Por muy frío y muy racional que seas, al final las tendrías, y el palo volvería a ser horroroso si otra vez te dicen que de todos modos te vas a morir. A veces pienso que yo sería de esas personas que rechazan un nuevo tratamiento.

Le rodeé los pómulos con mis manos y le acaricié las sienes. Mis codos se posaban sobre la mesa, estaba sentado frente a ella.

–¿Y si me dices lo que te pasa y te dejas de dar rodeos?

Ella desplegó una sonrisa concesiva.

–He conocido a alguien que me gusta. Me podría plantear algo serio con él –pronunció Elena por fin–. Aunque haya vuelto con Pedro, seguimos en las mismas, en lo de que él está haciendo su vida y no quiere ser un lastre para la mía. Así que Andrea ha estado erre que erre con que me ponga a la tarea de conocer gente por si suena la flauta, sobre todo antes de que aparezca otra Susan o algo así.

»Pues eso, que de tanto probar con este y con aquel, que si un café aquí, un cine allá y un teatro dios sabe dónde, pues al final he acabado viéndome con un tío que llama mucho la atención.

Sabía que Elena llevaba semanas saliendo con otros hombres. Sin embargo, me sorprendió que alguien fuera capaz de disputársela a Pedro. Él sabía de qué hilos tirar para mantenerla a su lado.

–¿Qué es llamarte la atención? ¿Te gusta y te atrae, solo te gusta, solo te lo pasas bien con él…?

–Me imagino con él, me imagino bien a su lado –sonrió cálida.

–¿Y ahora mismo, en qué punto estás con él?

–Justo en el punto en el que me muero de miedo y no sé qué hacer. Me cuesta horrores dormir, porque me pasó la noche pensando en el tipo.

–¿Quién es?

–Se llama Adrián y es periodista. Es amigo de Abraham.

–Bueno. ¿Y a qué le tienes miedo?

–A lo que te decía antes, a albergar esperanzas para nada. De tanto probar con otros, ya estaba haciéndome a la idea de que no cuadraba sino con Pedro. Ahora lo que me da miedo es animarme y luego llevarme un palo si nada funciona. A ver si por arriesgarme con eso, voy a acabar perdiendo lo de Pedro.

–Bueno, lo de Pedro viene siendo más o menos una locura desde que te conozco. Además, se supone que son libres de probar con otros, él ya lo hizo con Susan y tú conmigo.

–Contigo fue diferente, porque parecía que había cortado definitivamente con él. Además, dudo que se sintiera amenazado. Ahora supongo que sí le sentaría mal, porque es otra cosa, creo que siento algo diferente por Adrián, algo importante.

–No entiendo por qué le das tantas vueltas. Primero, a Pedro no le debes nada. Segundo, está a un país o dos de distancia, y mirándose tanto el ombligo que ni se enterará de nada que tú no le cuentes. Y para colmo ni siquiera estás en la obligación de contarle nada, pues ni son pareja ni nada.

»Lo otro es lo que tú dices, que te dé miedo que al final lo de Adrián se quede en nada, pero me temo que no vas a tener muchas más garantías de que funcione. ¿Te has acostado con él ya?

–No, no, qué va. Es obvio que nos gustamos, pero nadie ha dado el primer paso. Me imagino que porque le he hablado de Pedro y el pobre no tiene muy claro a qué atenerse.

–O sea, que para colmo has sido sincera. Eres demasiado buena, así te va… Pero por honesta que seas, no se va a solucionar solo Elena. Tienes que tomar una decisión.

–Pero quiero estar segura de ella.

–No puedes. No estás descubriendo algo que haya ocurrido, no es un caso de la agencia. Es simplemente algo que no ha pasado, que depende de lo que tú hagas para que pase y de lo que haga él. Eso no se puede adivinar, simplemente porque todavía ni ha sido. Estás buscando algo que te aclare para poder decidirte, pero es al revés: solo cuando te decidas podrán aclararse las cosas.

–¡Qué horror! –se quejó.

–¡Oh, venga ya! ¿No te irás a quedar con la duda de si podrías enganchar bien con ese tío? Te va a poder la curiosidad, es tu punto débil.

–Ahora es diferente, ahora me juego mucho más.

–¿Qué, el ingeniero? No le digas nada, no se lo debes.

–Yo no soy así. Tendría que decirle que voy a intentarlo con

alguien. Pero si lo hago, me da que me va a convencer para que no lo haga.

–No será capaz después de tanto tiempo yendo de por libre contigo.

–Sí, sí que lo hará –y, en el fondo, también yo lo sabía–. Cada vez que he intentado cortar el contacto, a ver si así puedo escapar de él, coge un avión y se planta aquí, y me engatusa y me convence para que todo continué igual, o sea, como a él le conviene.

»Así es él, quiere todos los privilegios y ninguna responsabilidad. Y lo peor es que no puedo escapar de eso, por más que lo sepa. A mí me puede el sentimiento, y no sé cómo coño convencer a Pedro para que desista, porque parece que no atienda a razones, que todo cuanto pueda decirle ni siquiera lo esté pronunciando en el mismo idioma.

–Pues no le digas nada. Ya te lo he dicho, no se lo debes.

–Lo sé. Pero me lo debo a mí. No quiero ser cómo toda esa gente a la que espiamos, que se pasa la vida escondiendo cosas, como si se avergonzaran de ellos mismos.

»No me gustan los secretos, no quiero perderme a mí misma mintiendo. El peligro de eso es acabar como la madre de Asmara, que de tanto que mintió acabó siendo otra persona.

–No sé, Elena –me di por vencido–. Algo tendrás que hacer si realmente quieres que algo cambie…

Yo dudaba de que uno pudiera prescindir de los secretos. Existen demasiados como para obviarlos y perduran desde siempre. Deben ser muchas las cosas que se ocultan indefinidamente, que se callan hasta que por fin ya nadie puede decirlas, y si se hace ese esfuerzo –contar es lo natural, uno tiende a ello– debe ser porque es necesario, o al menos lo es para quién oculta más que para quienes desean saber.

Ramón Vidal había callado durante toda su vida un secreto necesario para Marcos Quintana, y el profesor también silenciaría uno para el detective. Yo ya creía saber cuál era el de Marcos, pero aún ni siquiera atisbaba el de Ramón.

"*–Pero es que es la verdad. Debería saberse* –había dicho Marcos.

–Resulta gracioso que precisamente tú vengas a defender la transparencia de la verdad… –se quejó Ramón Vidal–. *Ya deberías saber que la verdad a veces no soluciona nada, en ocasiones solo complica las cosas, solo echa vidas a perder. Olvídate de todo. Una verdad que se olvida deja de existir.*

–¿Y eso lo dice alguien que ha dedicado su vida a descubrir lo que

ocultan los demás? Lo que resulta gracioso, Ramón, es que hayas dedicado tanto tiempo a descubrir la verdad únicamente para guardártela para ti, ¿no crees?

–Teacher, you should not complain about that –pronunció Ramón. (De eso, precisamente, no deberías quejarte tú, profesor).

Se intuía de todo eso que los dos guardaban secretos del otro, y que esos echarían a perder alguna vida. Desde luego lo haría el que yo creía haber descubierto si llegaba a saberse. Causaría cuando menos amargura y cuando no rencores y odio, y puede que estos consecuencias, quizás una venganza y hasta otra muerte. Cuesta imaginar lo que alguien es capaz de hacer cuando ya conoce, cuando ya algo se ha hecho realidad y por lo tanto es grave y exige o provoca alguna reacción.

A eso se referiría Ramón cuando afirmaba que en ocasiones los secretos echan vidas a perder si se pronuncian. Si Elena le confesaba a Pedro sus intenciones, aquel podría apretar los hilos de su telaraña para inmovilizarla. Quizás le pondría una fecha hipotética a su vuelta para que ella lo esperara sin hacer movimiento alguno, no sé si tanto el tiempo suficiente para que regresara el ingeniero o tan solo para que se malograra la relación de ella con el periodista, de forma que se hallaría otra vez en las mismas circunstancias. Pedro regresaría solo por él y por nadie más.

No sabía a qué vidas afectaría el secreto que Marcos le guardaba a Ramón. Pero parecía que el profesor no convenía con el detective en que saberlo hiciera más mal que bien, ya que llegó a la clínica dispuesto a contar si Ramón se lo permitía.

Sea como fuere, los secretos parecían necesarios. Eso lo sabía Ramón Vidal, que se pasó su vida descubriéndolos solo para callar muchos, para ocultarlos en su fichero de contactos y coaccionar a sus confidentes, o ni siquiera para eso, sino únicamente para darse la satisfacción de conocerlos y callarse, de erigirse en juez de lo que debe o no debe ocultarse, como al parecer había hecho, tras vivir averiguando tantos y salvaguardando otros hasta el mismo día de su muerte.

Yo, en cambio, cada vez estaba más convencido de no querer saber. Ni siquiera deseaba confirmar mis sospechas –o tal vez mis certezas– sobre la muerte de Adán. De nada serviría después de tanto tiempo. Descubrir a su asesino no llevaría ya calma a ninguna conciencia.

Decidí mejor callar e ignorar, como debió elegirlo también Ramón años antes, cuando se deshizo de buena parte de las

páginas del *Blues de Adán Montemayor,* dejando en el informe solamente unas migajas que no imaginó nunca que me llevarían a mí, muchos años después, a encontrar la solución de aquel enigma. Esa habría sido una misión imposible si no hubiera existido tanta gente dispuesta a hablar con gratuidad, a pesar de los años e, incluso, a pesar de sus propios secretos, como lo hizo Lil Johnson esa misma tarde.

Así las cosas, llamé a Inés Montemayor unos días más tarde y le informé de que abandonábamos el caso, pues resultaba imposible saber nada nuevo. Devolví el expediente al archivo, sin darle ni siquiera la oportunidad de recuperarlo. Tampoco le dije nada de ello a Elena. Ella no aceptaría la responsabilidad de guardar el secreto, no sería capaz de hacerlo si ni siquiera podía ocultarle su deseo por Adrián a su ingeniero.

Mientras guardaba el informe no dejaba de pensar en cuánto tiene la vida de casual, si es que no lo es enteramente. Fue aquel legajo lo que me hizo acercarme a la vera de Asmara, y puede que ni siquiera aquel estrictamente hablando, sino otro que hablaba de Narciso y Laura, y solo de Marcos de manera accidental, o ni tan solo este sino la conversación que compartieron el detective y Marcos en la clínica, puede que sin que me advirtiera el profesor al principio –al fin y al cabo yo era un hombre invisible– o ni tan solo el detective, tan sedado para el dolor. Quizás, si alguno de los dos me hubiera vislumbrado desde el inicio, me habría hecho salir y no tendría yo misterio ni casualidad que me pusiera tras los pasos de Lil Johnson, ni me habría preguntado entonces quién era la cantante de todos aquellos discos que ocupaban la caja fuerte de Ramón.

Al fin y al cabo, todo era casualidad y accidente en buena medida, y por ello nada tenía sentido, mucho menos que yo acusara a alguien de un crimen muchos años después de que este sucediera, cuando ya todo había continuado sin que se supiera nada, y probablemente cuando ya únicamente haría más mal que bien. En ocasiones la verdad no tiene sino esa cualidad, la de dañar más que sanar, la de aprisionar más que conceder libertad. Por eso deben ser necesarios los secretos. Son un bálsamo para los desatinos, para todo aquello que no debió ocurrir pero pasó. De ahí que tanto se calle y se exilie de lo cierto con objeto de reconducir la existencia a la cordura, de que no se dañe innecesariamente a quienes están mejor ignorando la gravedad de lo ocurrido.

20

En el Café Venecia, al amparo de la música de Sam, extraje de la mochila un sobre con dinero. Acababa de cobrarlo de manos de Gabriel Ortega por un trabajo que nunca hice y que consistía en proporcionarle pruebas de la conspiración con la que su mujer amenazaba con arruinarlo. Era el segundo cliente al que había estafado desde que me hice cargo de la agencia, aunque quizás más grave aún era el caso de Inés Montemayor. Averigüé la identidad de quien causó la muerte de su hermano solo para callármela.

Trabajé mucho para el caso de Inés y nada para el de Gabriel Ortega, sin embargo, no le había cobrado nada a aquella y sí bastante al segundo, que no dudó en pagarlo, ya resignado y vencido como estaba. Gabriel no exigió resguardos ni pruebas que justificaran el importe, pero en general a los detectives no se les suelen pedir. El nuestro no es un trabajo que se demuestre fácilmente, a menudo no se encuentran pruebas de nada y, sin embargo, se buscan en exceso. En otras ocasiones, por el contrario, pronto se tiene suerte y se factura mucho más trabajo del que se ha hecho. Quien recurría a la agencia solía estar lo bastante desesperado como para no discutir los precios.

Gabriel Ortega nunca imaginaría que lo que realmente pagó fueron dos consultas a mis contactos del aeropuerto y un matón profesional que cortaba sushi en un restaurante japonés situado en un callejón que desembocaba en el Paseo de Las Canteras. Nada de ello, por supuesto, tenía que ver con su mujer.

Sara Montes y Beatriz Monzón eran los contactos de la agencia en el aeropuerto de Gran Canaria. A ambas las puse sobre la pista del regreso de Elvira Santa Cruz, y aún cuando todavía no les había pagado aquel trabajo, volví a requerir sus servicios, una vez más por razones personales. En esta ocasión les encomendé espiar al ingeniero Pedro. Temí que volviera para apretar a Elena en sus redes después de conocer lo de Adrián.

Todo aquello fue un asunto secreto al más puro estilo de Ramón Vidal. Nadie supo nada, ni siquiera Elena. Yo no tenía la inocencia tan virgen como ella ni la honestidad tan intacta. Ni se lo contaba todo ni aspiraba a hacerlo, ni a ella ni a nadie.

Sara Montes no tardó en informarme de un viaje de Pedro a las islas. Como Elena no me contó nada, supuse que él viajaría en

secreto, haciendo uso de aquel efectismo tan dramático que le proporcionaba plantarse delante de la chica sin dar aviso alguno, tal vez con algún regalo en la mano o con un fin de semana reservado en la habitación de un hotel donde volvería a envolverla en sus redes. Luego, Elena se lo contaría a Adrián y eso lo apartaría de ella, y de ese modo la araña Pedro volvería a reforzar su presa, dejando a su mosca cada vez más vacía de esperanza, o simplemente llena de temores a volver a albergarlas, como ya lo estaba mi compañera. Pedro sabía coser el hastío de Elena a lentas y discretas puntadas, ahora un trazo de alegría y luego otro de desaliento, y así parsimoniosamente la encerraba en la agonía de un deseo del que no le permitía escapar.

El *Café Venecia* era un pasillo ancho en un viejo edificio que carecía de ventanas. La única luz natural que lo llenaba entraba por los dos grandes portones por los que se accedía. El Gordo acabó prácticamente con la mitad de ella cuando cruzó la puerta. Los camareros y los clientes más cercanos a la barra no pudieron evitar mirar a mi compañero de colegio.

El Gordo resultaba aterrador. No era solo su aspecto lo que lo hacía temible, sino cada uno de sus movimientos y aquella mirada inexpugnable que se encontraba tras las trincheras de dos ojos minúsculos. Medía cerca de dos metros y era tremendamente robusto. Su cuerpo ni siquiera obedecía al canon de un culturista –dudo que el gordo hubiera cogido nunca unas mancuernas–. Eso hasta lo habría hecho parecer civilizado: uno de esos mastodontes que luego se depilan y pasan horas delante del espejo. El Gordo no era así, su corpulencia era primitiva y tosca, sin matices pero evidente, lo que le proporcionaba una apariencia salvaje.

En el colegio lo expulsaban con frecuencia y, en clase, los docentes no dejaban de mirarlo, como si sin supervisión fuera aún más peligroso. De pequeño, fue introvertido y brusco, y ya de adolescente se convirtió en alguien decididamente violento. Golpeaba sin ton ni son, respondiendo a una lógica que nos estaba vetada a cuantos lo conocíamos. En primero de Bachillerato la tomó con Arístides, y acabó por romperle una costilla en un recreo, cuando lo vio besando a Herminia Canteras, que nos hipnotizaba a todos con el mostrador de su escote palmario. Arístides nunca volvió a acercarse a ella, temiendo que el gigante la deseara. Se equivocaba.

Me levanté para saludar al Gordo con un abrazo. Oscar era un hombre de matices. Había que estar atento a los detalles: llevaba en una de sus manos una antología de haikus de Matsuo Bashō.

–No apareces en meses y ahora nos vemos dos veces en pocos días –me reprochó mientras se sentaba. Solía afearme los distanciamientos–. Cualquiera diría que solo me quieres para trabajar.

–No es eso. Es que me lío.

Lo había visitado el día que me enteré del viaje de Pedro. Aparte de mí, las únicas personas que se enteraron del viaje del ingeniero poco tenían que ver con él: una fue mi contacto en el aeropuerto y la otra el cocinero. Ninguno de ellos lo conocía.

Solo medió un día entre el aviso de Sara Montes y la llegada de Pedro. Este compraría el billete a última hora o le costaría a Sara más que de costumbre rastrearlo en las compañías de bajo coste que volaban de Londres a las Palmas. Los contactos en el aeropuerto no eran baratos, estos tenían a su vez que extorsionar a compañeros y conocidos que también exigían cobrar por el trabajo extra. En cualquier caso, la escasez de tiempo me hizo actuar con premura y sin demasiados miramientos. Visité al Gordo esa misma noche en el Restaurante Ueno.

Ueno es un distrito de Taitō, un barrio de Tokio. Al dueño del local, Yu, se le ocurrió que aquel sería un buen nombre para su restaurante por su proximidad en castellano a “bueno”. El resultado de su idea era que la mayoría de los clientes que entraban allí adoctrinaban a los camareros y al dueño sobre que “bueno” se escribía con “b”, y estos tenían que explicar una y otra vez el origen del topónimo. Yu acabó por hartarse de su ocurrencia, y si no cambiaba el nombre era solo por ahorrarse papeleo y tiempo.

Me saludó en cuanto entré, aunque el local estaba prácticamente lleno. Era un japonés de unos treinta y tantos años que llegó al Puerto de la Luz en un pesquero hacía más de quince. Se trataba un hombre menudo, de apenas metro sesenta, que se convertía en alguien insignificante al lado de su cocinero.

–¿Quieres mesa? –me preguntó para colarme mientras me agarraba por la cintura a modo de saludo.

Los camareros se movían frenéticos atendiendo a los clientes. Era uno de los mejores japoneses de la isla.

–No, venía a ver a Óscar.

–Pasa a la cocina –me dijo.

Allí estaba El Gordo, acompañado de dos pinches y al mando de toda la cocina. Poca gente sabía que el cocinero del exitoso restaurante era un matón de La Vega de San José, budista y de filosofía Zen, que había sido el terror de sus compañeros y

profesores durante los años que cursó estudios.

En la cocina reinaba un ritmo inverso al del salón. El Gordo le imprimía al lugar una calma queda, con movimientos armoniosos, mientras iba de un lado para otro preparando los platos, dando instrucciones a sus pinches y cortando aquí y allá con un juego de cuchillos que llevaba en el cinturón, alrededor de un delantal blanco lleno de manchas. Nadie sabía cómo conseguía El Gordo organizar las comandas con aquella parsimonia, pero lo cierto es que lo hacía, y Yu debía de tragarse toda su ansiedad para no ponerse a pegar gritos cada vez que entraba en el territorio de su cocinero.

–Oh, Juan, dichosos los ojos –me saludó–. Pero es mal momento, esto está a reventar. Tenías que haber llamado.

No hubo entonces saludo afectuoso ni abrazo, que solía ser lo común, supongo que por no mancharme. Sin embargo, me pidió que me acercara y me concedió el antebrazo limpio para que se lo apretara como sucedáneo de la mano.

–Lo siento, me ha surgido un imprevisto. He venido porque te necesitaba para un trabajo. Tiene que ser mañana por la noche.

–¡Joder, amigo! –se quejó– Eso es poco tiempo para dejar esto organizado, me vas a llevar al divorcio. Yu se puede cagar en todo.

En cierta forma, El Gordo fue mi primer caso como detective privado, aún cuando todavía ni trabajaba para Ramón Vidal y era apenas un adolescente. Hubo algo que no cuadró nunca en Óscar y nadie era capaz de verlo. Resultaba difícil, yo tardé años en imaginármelo, hasta que El Gordo le rompió una costilla a Arístides, cuando se apretaba contra los pechos de Herminia Canteras para besarla.

Si El Gordo fuera un expediente de Ramón Vidal, probablemente lo habría titulado “La ira del gigante” o algo así. Era justo eso lo que no tenía sentido en nuestro amigo, una violencia que a menudo se desataba sin razón aparente. Yo lo observé años enteros mientras apaleaba gratuitamente a nuestros compañeros. Cuando Arístides ya había recibido un par de golpes y todos reuníamos valor para separar al Gordo de él, yo ya sabía cuál era la razón que lo llevaba a golpear a muchachos como mi amigo.

Busqué a Óscar aquella misma tarde para contrastar mi descubrimiento, a sabiendas de que me estaba jugando la vida. El Gordo estaba sentado en unas escaleras que ascendían desde La Vega al paseo de San José, que era donde iba a lamerse las heridas del cinturón de su padrastro cada vez que lo expulsaban del

instituto. “Tú estás enamorado de Arístides” dije, imaginando que acabaría en el mismo hospital al que llevaron a su víctima esa mañana. No obstante, El Gordo solo comenzó a llorar, como no lo había hecho nunca, y desde entonces me convertí en el único confidente de su homosexualidad en un barrio y en un tiempo donde era muy difícil asumirla.

Durante años fui el único que le guardó aquel secreto, probablemente yo porque era un hombre invisible e inofensivo, y que yo supiera algo era como que no lo supiera nadie. De otra forma, creo que el Gordo me habría matado, como mismo estuvo a punto de matar a mucha gente por bastante menos. Solo Yu lo llenaría de calma, cuando lo conoció en clases de yoga, convertido el pequeño japonés en un ovillo de sonrisa tímida. A aquellas alturas, El Gordo se había convertido al budismo –o a una suerte de budismo bastante personal– y buscaba en sus creencias una paz que únicamente encontró en Yu.

–No puedo, mañana es imposible –concluyó Óscar terminando de sopesar el trabajo que le acababa de ofrecer.

–Se trata de un favor personal, amigo –hice énfasis en el vocativo–. Y tiene que ser mañana por la noche.

Miró a Yu, que rondaba por la cocina en busca de algunos platos.

–Yu, cielo, mañana, o consigues un cocinero o cerramos por duelo o algo así –le comunicó a su pareja mientras este corría con una bandeja de sushi en cada mano.

El pequeño japonés me miró con ira sabiendo que al día siguiente perdería dinero.

–¿Ya me ha perdonado Yu? –le pregunté al Gordo poco después de que se sentara enfrente de mí una semana más tarde, en su noche libre del Ueno.– Puso cara de querer matarme con un golpe de Kun Fu o algo así.

–Al final no fue para tanto, conseguimos a un cocinero de otro japonés que pudo cubrirme. Uno tiene que tener amigos hasta en el infierno.

–La mayor parte de los nuestros acabará ahí –bromeé yo, quienes habíamos salido del barrio compartíamos cierta ironía sobre nuestros orígenes.

–Yu se calienta lo mismo que se enfría. Dios lo dotó de la furia de un tigre y del cuerpo de una mariposa. Eso no da para ser colérico a largo plazo, es un hombre de prontos.

–Sé que no le gusta que hagas esos trabajos.

–El pobre teme que me metan en la cárcel o algo. Yo ya le he dicho que ya habría acabado allí si tú no hubieras estado para tener alguien a quien contarle lo mío cuando era un criajo. Habría acabado matando a Arístides o a algún otro de una paliza. Tú eras el único con el que podía ser yo mismo, con el que podía desahogarme.

–Bueno, Yu dirá que por eso tampoco me debes la vida, ¿no?

–En cualquier caso, sabes que me gusta hacerlo: solo actúo y el dinero siempre ayuda. Con él compraré un biombo japonés al que le he echado el ojo en *e-bay*.

–Cuéntame cómo fue. ¿Salió todo bien? –estaba convencido de que El Gordo había hecho su trabajo a la perfección, ya que no supe nada de la llegada de Pedro por medio de Elena.

Con el paso de los años, El Gordo se convirtió en el dispositivo de seguridad de la Agencia de Detectives de Ramón Vidal para mujeres maltratadas. Ramón vio en mi amigo el talento de un buen matón a sueldo, que se encargaba de amenazar a los maltratadores cuando, en ocasiones, llegaba a la agencia alguna mujer solicitando ese servicio.

La primera clienta de Óscar llegó a la agencia buscando descubrir las infidelidades con las que se saciaba su marido cuando a ella la dejaba en la cama llena de moretones y con los dientes rotos. Ramón se encargó no solo de fotografiar al fulano acostándose con una prostituta, sino que con ayuda de El Gordo lo obligó a comer con pajita durante semanas, y de ahí en adelante ya nunca el tipo se volvió a acercar a su esposa.

Lo del Gordo y el miedo era un talento innato. Cuando aquel hombretón te decía que te iba matar, era imposible que tú escrutaras una intención diferente en sus ojos pequeños, que parecían anunciar que ya había acometido esa tarea un centenar de veces antes. Además, cuando se trataba de hombres que pegaban a sus mujeres, el Gordo se empleaba a fondo y ni siquiera tenía que actuar en exceso. Veía en cada uno de ellos al infame de su padrastro, que no solo le marcaba a él el cuerpo con el cinto cuando lo expulsaban del instituto, sino que se lo hacía a su madre con frecuencia y bajo cualquier pretexto.

–El tío llegó en el vuelo que dijiste, aunque se retrasó el avión. Me vino bien el tiempo para leer –Óscar llenaba sus narraciones de detalles innecesarios, quizás anhelaba los tiempos en los que yo lo confesaba en las escaleras del Paseo de San José–. Llevaba lo tuyo y un cuchillo largo bajo una chaqueta.

Lo que yo le había dado era una fotografía del ingeniero Pedro

y un pasaje de vuelta a Londres a su nombre en un avión que salía solo unas horas después de su llegada.

–Allí lo esperé hasta que llegó su vuelo –continuó–. Aguardé una oportunidad desde que lo vi y, ¡zas!, el tipo se mete en el baño. Bloqueé la puerta con un carrito de la limpieza y me puse a la tarea.

–¿Lo golpeaste?

–No, no, me dijiste que no lo hiciera. Saqué el cuchillo y le hice un dibujito en la camisa con él. Es la táctica del zorro. Eso siempre los asusta.

»Le dije lo típico, que no me mirara a la cara, que no me volviera a mirar a la cara, y que escuchara bien, que le iba la vida en ello. Y entonces ya le dije que se alejara de la chica, que lo dejara estar, que se pusiera a kilómetros de distancia y que "chitón" sobre todo aquello.

»Le di el pasaje y una chaqueta que llevé para que se tapara los rotos de la camisa, y le dije cogiera rumbo a Londres de nuevo, que allí iba a estar mejor, y que esto no era solo el primer aviso sino que iba a ser el único.

–¿Él dijo algo?

–Ya sabes, llanto, llanto, súplica, súplica, y poco más, nada comprensible. Y no se meó encima porque le di tiempo para hacerlo antes de cerrar el baño y ponerme yo a lo a mío, que ya tengo costumbre.

–¡Joder, sí que estás en todo!

–Fue hacia las puertas de embarque y yo me quedé un par de horas deambulando por si lo veía salir, pero me imagino que no. Seguro que con eso ha tenido, te lo digo yo. Conozco a esos tipos y su caras, y este se quiere demasiado como para darle si quiera muchas vueltas a eso.

–¡Coño, Óscar, muchas gracias!

–¿La chica es importante para ti? Me dijiste que era un favor personal.

–Sí, sí es importante. Es una buena amiga que me da que no va a salir nunca del lío en el que anda metida si no se le echa una mano. Supongo que no era asunto mío, ni siquiera sería lo que ella querría, pero creo que es lo mejor.

Aquel sería el secreto que separaría para siempre al ingeniero Pedro de Elena. No había sido ni limpio, ni justo, ni adecuado, pero no todo lo es por fuerza, y para eso están los secretos, para maquillar lo inadecuado pero necesario, para intentar equilibrar a veces lo terrible.

–Cóbrate lo que consideres de ahí –le dije al Gordo lanzándole sobre la mesa el sobre de Gabriel Ortega. El dinero que quedara después de aquello tal vez compensaría en algo lo que me costó el pasaje de avión.

–¿Me cobro también lo último que me encargó Ramón?

Caí en la cuenta de que Arístides me había hablado en una ocasión de aquel último trabajo que hizo El Gordo para Ramón. Mi compañero de piso comía gratis en el japonés con frecuencia, era la manera en la que Óscar continuaba disculpándose por aquella costilla. Sin embargo, no vi a Óscar en el velatorio de Ramón ni tuve oportunidad de cerrar cuentas con él más tarde.

–Sí, claro. ¿De qué se trató? –quise saber, o quizás lo pregunté solo por costumbre, o porque creería que al ser yo ahora el dueño de la agencia me competía conocerlo.

–Nada, lo de siempre, un chaval al que tuve que enseñarle unas fotografías para asustarlo.

–Bueno, pues cóbratelo también de ahí. Espero que dé con eso.

Sabía que El Gordo no me engañaría con el dinero. De todas formas, cuesta mucho fijar los importes de según qué cosas, no hay ninguna guía de tarifas para matones.

Óscar extrajo unos billetes y me devolvió el sobre.

–Yo pago los cafés –invitó El Gordo a modo de consuelo por la desilusión que debieron reflejar mis ojos al ver cómo desaparecía tanto dinero en un momento.

–Eso estaría bien.

–Por cierto, toma las fotos –dijo sacando varias imágenes del libro de haikus–. Ramón siempre insistía en que las devolviera para incluirlas en el expediente.

Me pasó las instantáneas.

–¿Tantas? Solo te di una de Pedro.

–Están también las de Ramón. No me dio tiempo a devolvérselas. Supuse que las querrías.

Las observé instintivamente y me quedé estupefacto. El Gordo se dio cuenta.

–¿Qué ocurre? Es como si hubieras visto un fantasma.

–Este chico –dije indicando el único rostro que coincidía en las imágenes que Ramón le había dado al Gordo–. ¿Qué tenías que hacer exactamente?

–Lo típico: apabullarlo un poco, enseñarle esas fotografías y decirle que se alejara lo máximo posible de una chica. Supuse que le pegaba o algo.

–¿La chica se llamaba Asmara? ¿Te acuerdas de eso?

El Gordo me quitó las fotografías de las manos y buscó algo en el reverso. Al instante me devolvió una indicando una inscripción a lápiz de Ramón Vidal. Rezaba: «Asmara».

–Sí, Ramón me apuntó el nombre. ¿Qué pasa? ¿Te suena el fulano?

–Es Iván –le contesté, aunque no le di tiempo a que me hiciera otra pregunta antes de formular yo una– ¿Cómo te encargó Ramón el trabajo? ¿Fue a verte al restaurante?

Yo ya había visto la cara de Iván alguna vez, le pedí a Asmara que me la mostrara. Me pudo la curiosidad por conocer el rostro de quien estuvo a punto de casarse con ella y renunció en el último instante sin una explicación razonable.

–No, qué va. Ya estaba ingresado por ese entonces. Me llamó y me hizo ir a la clínica, allí me lo encargó. Luego lo llamé por teléfono y le dije que ya estaba hecho, pero no me dio tiempo de cobrarlo. Fue la época en la que Yu tuvo que irse a Japón para la operación de su madre y me quedé solo con el restaurante. Me faltaron manos para todo, fue por eso que tampoco pude ir a la incineración. ¿Quién es el tipo? ¿De qué lo conoces?

–Es el ex novio de una chica que conozco. Ella no se explicaba por qué la había dejado…

–Pues ya no tiene mucho misterio, se meó encima después de que yo hablara con él durante un ratito. Dudo que le quedaran ganas de continuar con ella.

Las fotografías mostraban a Iván besándose con otra chica primero dentro de un coche y luego en el jardín de un *bungalow*, quizás en Lanzarote, donde Ramón pasó unos días, supuestamente de vacaciones, antes de que el cáncer lo relegara a una cama.

Me levanté de improviso. Necesitaba ir a la agencia a comprobar algo.

–Óscar, te tengo que dejar. Me acaba de surgir algo importante. Nos vemos en otro momento –me despedí mientras abandonaba el café Venecia.

21

Al fin y al cabo, casi todo se descubre fortuitamente, o sea, por casualidad. Incluso, aquello que se averigua se conoce a menudo de esa forma, si no la solución a los enigmas sí los enigmas en sí mismos, que ya forman parte del conocimiento. Al menos son interrogantes y exigen un esclarecimiento. Las preguntas contienen una valiosa información que en buena parte adelantan su propia respuesta.

Yo supe de los secretos de Marcos Quintana y Ramón Vidal de manera accidental, únicamente porque Andrea me dejó esa misma noche y opté por ir a ver al detective y permanecer allí más de lo normal o de lo conveniente. Existieron decenas de alternativas que no me habrían llevado a los pies de la cama del detective esa madrugada. Podría haber elegido Andrea abandonarme otro día y esa velada me habría seducido ella o la incitaría yo para acostarnos juntos. Entonces, no me habría apetecido, ya acostado y desnudo, ir a ver a Ramón. O, tal vez, habría pasado antes por casa de mi madre esa noche y está me habría entretenido lo suficiente como para no coincidir con Marcos. O puede, incluso, que de haber llegado Arístides a casa a tiempo, se las hubiera arreglado para emborracharme tras enterarse de que Andrea me había dejado.

Todo ello y muchas más cosas pudieron alejarme de la Clínica de San Roque ese día, y en ese caso no me habría encontrado meses después sentado en la playa de Melenara, con una carpeta de cartón bajo las posaderas, y sabedor de dos secretos que, al final, de alguna forma, hubiera preferido no descubrir, aunque solo fuera porque ahora me afectaban en exceso y me impelían a tomar una decisión.

La fotografía de Iván en las manos del Gordo había sido la pieza del puzzle que vinculaba por fin todo el montaje, y cuando la contemplé ya me fue imposible negarme a saber. Era absurdo: cuando solo resta una pieza para acabar un rompecabezas, la reconoces apenas la ves, aunque no la estuvieras buscando, quizás solo cuando por casualidad te tropiezas con ella tras mover un sillón para limpiar. Eso fue justo lo que me sucedió cuando El Gordo me devolvió las fotos, y entonces ya era demasiado tarde.

Fue como si acabara de añadir una última ficha a un montaje de piezas de dominó y la hiciera caer al instante, desatando una

reacción en cadena que hizo que todo cuadrara por fin, haciéndolo veraz y por lo tanto casi real. Todo era tan condenadamente lógico y evidente como lo era siempre para Sherlock Holmes en sus casos. Era como si Ramón me estuviera susurrando desde el recóndito descanso de sus cenizas: "Elemental, mi querido Watson".

No salí del despacho de Ramón en toda la madrugada, y cada nuevo indicio que encontré allí no hacía sino verificar mi teoría. Únicamente un hombre podría ratificarla, y yo sabía por Asmara que salía a correr temprano por la playa de Melenara antes de desayunar en La Casa Morales.

Había vislumbrado a Marcos Quintana desde el paseo de la avenida, haciendo *footing* por la orilla. Llevaba unos pantalones cortos para no mojarse la ropa y luego un ancho pulóver que lo defendía de la humedad de las primeras horas de la mañana.

Decidí esperar. Si yo estaba en lo cierto, los secretos de Marcos y Ramón Vidal llevaban silenciados más de dos décadas, así que podrían aguardar a que el profesor terminara de hacer deporte. Aguardaba en la arena seca, en medio del trayecto que debería recorrer Marcos para volver al hostal. Allí esperaba sentado sobre una carpeta de cartón de la agencia cuando sonó mi móvil.

–Elena –pronuncié al leer el aviso de la llamada entrante en la pantalla del celular.

Se estaría incorporando al trabajo.

–Buenos días, guapa. Supongo que me llamas para matarme.

–¿Qué ha pasado? ¿Pasó un huracán por aquí? Esto está hecho un desastre.

–Lo siento, anoche estuve comprobando unos datos que me hacían falta para un caso viejo y luego no me quedó tiempo ni ganas de recogerlo –mentí.

Lo cierto fue que salí como alma que llevaba el diablo poco antes del amanecer. Asmara tenía clase con Marcos Quintana y quería llegar antes que ella.

–¡Joder! Parece que estuvieras buscando las pruebas del escándalo *Watergate* o al responsable del asesinato de Kenneddy. Has dejado esto manga por hombro. Es para matarte.

–Déjalo, decláralo zona catastrófica y vete a dar una vuelta o algo, que ya lo recojo yo más tarde.

–¡Bah! No te preocupes, ya me ocupo yo, pero me apetecía lo de echarte la bronca. Al fin y al cabo soy la señora Hudson.

–No sé qué haría yo sin ti, señora Hudson.

–Oye, dile a tu chica que a ver si tomamos algo esta noche, y así conocen por fin a mi periodista.

–¿Cómo va eso? ¿Bien?

–Joder, Juan, parece que a veces las cosas se arreglen solas, ¿sabes? Va muy bien, muy a gusto, pero ya lo verás esta noche.

–De acuerdo, se lo comento a Asmara y lo intento.

–Pues te dejo, que ya te puedes imaginar que tengo trabajo de sobra. Este archivo de Ramón va a acabar con nosotros –dijo despidiéndose.

Marcos Quintana tenía una estructura ósea escueta, de espalda estrecha y poco musculada. Costaba imaginarse cuántos secretos cargaba el profesor sobre sus hombros, siempre callado, siempre al margen de todo. Sin embargo, como el gigante Atlás, Marcos Quintana portaba el peso del mundo. Al menos el del mundo de Lil Johnson, Ramón Vidal, Moisés Zerpa y Asmara, y puede que en menor medida también el de Inés y sus padres, y decididamente y con absoluta gravedad cargaba con el peso del mundo que nunca llegó a ser de Adán Montemayor. Sobre sus hombros descansaba la responsabilidad de mucho de lo que les aconteció a todos ellos, y aún salvaguardaba información suficiente como para que la vida de algunos de ellos cambiara irremediablemente si él se decidía hablar y comunicaba.

Su conversación con Ramón Vidal debió de ser el último intento del profesor para aflojar parte de su carga. Pidió permiso para contar a quien único podía dárselo, y aún así no le fue concedido.

Marcos por fin acabó de trotar sobre la arena y me vió de camino al hostal. Se había cambiado el pulóver con otro que dejó sobre la arena, y remontaba la playa tomándose una botella de agua.

–¿Juan, qué haces por aquí tan temprano? ¿Has traído a Asmara? –dijo mirando su reloj de pulsera y temiendo haberse retrasado.

–No, he venido solo. Ella llega dentro de un rato. Todavía es temprano. Quería hablar contigo, hay cosas que necesito que me verifiques.

–¿Todavía continúas con el caso de Adán?

–En parte. ¿Recuerdas la noche que nos conocimos en la clínica?

–Sí, claro que lo recuerdo. ¿Qué ocurre?

Se sentó a mi lado, quizás no podía continuar sosteniendo el peso del mundo ahora que yo me adentraba en el asunto que lo llevó a visitar al detective en su lecho de muerte.

–Esa noche fuiste a pedirle permiso a Ramón para contarle algo

a una mujer, y él no te lo dio. Incluso juraría que te amenazó veladamente con descubrir un secreto tuyo si tú ignorabas su voluntad.

»Lo único que saqué en claro ese día es que tú guardabas un secreto de Ramón que no debía conocer mucha más gente, y que él guardaba uno tuyo.

–Ya te lo conté –intentó excusarse Marcos–. Aquella noche me refería a mis sospechas de que la muerte de Adán tuvo que ver con una venganza de alguien contra su padre. Quería contárselo a Inés

–No, no fue eso exactamente lo que me dijiste. Tú y yo nunca hemos hablado de aquella noche. Y aunque así fuera, lo que acabas de decir no encajaría. Primero, según tú –e hice hincapié en que aquello era solo su versión del asunto–, ustedes dos nunca compartieron sus teorías acerca de la muerte de Adán, nunca las pusieron en común, pero eso no puede ser cierto. Y segundo, ¿qué tiene que ver Ramón con Inés Montemayor? ¿Por qué deberías pedirle permiso a él para contarle tu teoría sobre la muerte de su hermano? Nada de eso tiene sentido.

–¿Entonces qué tendría sentido para ti?

–No, antes te voy a contar otra cosa que no tiene sentido. No lo tiene el expediente de Adán. Está mermado, como si le faltaran partes, y luego el final está escrito como un apaño para cerrar la investigación. Y aún tiene menos sentido que ese expediente fuera a caer en manos de Inés Montemayor.

»Ella me contó que no se fiaba del detective y que se puso en contacto contigo para que contrataras a alguien que lo robara. A poco que uno conozca como tenía Ramón ordenada su oficina, sabe que es imposible que un expediente saliera de allí sin que él lo permitiera. Así que Ramón te lo debió de dar adrede, sobre todo habida cuenta de que las últimas páginas están de su puño y letra. Me imagino que las escribió con premura para que Inés dejara de buscar al hombre que causó la muerte de su hermano.

»Aparte de eso, ustedes quitaron del expediente todo aquello que demostraba que Ramón encontró al hombre mató a Adán.

–¿Y qué razón podíamos tener Ramón o yo para ocultar la identidad del hombre mató a Adán?

Marcos era lo suficientemente inteligente como para saber que, a aquellas alturas, ya era imposible que me ocultara la verdad. Ahora, más bien, encarnaba el papel del profesor que se deleita al ver cómo opera el pensamiento de un alumno aventajado.

–Las razones por las que tú ocultabas ese expediente y la identidad del asesino de Adán las tengo bastante claras. En cuanto

a Ramón, me cuesta más comprenderlo, no sé por qué escondió eso. Seguramente lo hizo por compasión.

Guardé un instante de silencio para ver si Marcos quería intervenir, pero el profesor parecía haberse dado por vencido.

–La causa por la que tú tenías que deshacerte de ese expediente es que fuiste tú el que golpeó a Adán Montemayor aquella noche. Estoy convencido de que no intentaste matarlo, y Ramón también pensaría lo mismo. Pero lo cierto es aquella noche te enzarzaste en una pelea con Adán y las cosas pasaron a mayores. Le diste un mal golpe, se dio con la cabeza contra el bordillo, se partió el cuello y allí quedó tu mejor amigo.

Marcos oteaba el mar sin dar muestra alguna de que me estuviera escuchando, sin ratificar o negar cuanto yo decía. Solo me devolvía silencio y abría con él la puerta que me permitía seguir hablando.

–Hasta anoche –continué–, pensé que habías perdido los nervios al enterarte de que Lil Johnson te dejaba por Adán. Supuse que no aguantabas que al final aquel muchacho pudiente te hubiera ganado en algo.

»Ni siquiera creía que quisieras a Lil. Supuse que empezaste con ella solo por quitársela a Adán, por continuar sintiéndote mejor que él. No te importó demasiado que se fuera con Ramón, te dolió solo en el caso de Adán. Te habías pasado la vida observando cómo alguien que estaba mucho menos capacitado que tú caía siempre de pie mientras que tú todo te lo ganabas por méritos propios.

»Pero no fue eso, ¿no? ¿Sabes? A Ramón y a ti se les olvidó quitar algunas páginas del expediente para que no quedara ninguna pista en él. Mi jefe no supondría que alguien sería capaz de interpretar el episodio del dormitorio de Lil como otra cosa que no fuera la excentricidad de un detective medio loco de Nueva York.

»Por desgracia yo lo conocía bien, y no había nada gratuito en Ramón, no dejaba nada al azar. Si narraba aquella escena de cama con Lil era porque allí descubrió algo importante. En realidad contenía dos pistas. Primero, Lil hacía alusión a su vínculo con Adán, y eso levantaría las sospechas de Ramón. Y segundo, y más sutil, ella contaba que tú no la querías. Ese era el hilo de la madeja que llevaría al detective a desenredar todo el asunto, ¿verdad?

–Algo así –confesó por fin Marcos.

–Ramón necesitaba razones para todo. El mundo para él era lógica, y me imagino que, como yo mismo, no le encontraba

demasiado sentido al hecho de que estuvieras con Lil sin quererla. Eso parece demasiado mezquino para alguien como tú, pero no parecía haber otra razón.

–Y, sin embargo, la había, ¿no?

–Sí, claro. Tú dijiste que Lil era todo cabeza y tú todo corazón. He recordado esa frase cientos de veces, la he masticado hasta la saciedad a sabiendas de que nada de lo que dices es gratuito.

»En el fondo siempre procuras ser honesto, ¿sabes?, solo que te fías tanto de tu inteligencia que no piensas que los demás, con tiempo y perseverancia, podamos llegar a algunas conclusiones que te incriminen.

–¿Y no has pensando que en el fondo quiero que lleguen a esas conclusiones, que tal vez en mis adentros pugno por que alguien se entere?

Quizás Atlás quería repartir el peso de su mundo en otros hombros, como lo hizo primero en los Ramón.

–Tal vez… Por lo que sé, cuando conociste a Lil te caía bien, luego, cuando Adán se enamoró de ella, primero la criticabas y luego la conquistaste. Es una conducta extraña, y me imagino, sin embargo, que no es la primera vez que la tenías.

»Algo te vinculaba a Adán. Tuviste la oportunidad de quedarte en Madrid. Lo preferías, pero volviste a la isla con él. Es curioso, es cierto que eres todo corazón. Alguien con tanta cabeza al final siempre siguió los designios de sus sentimientos. Solo eso lo explica todo.

»No pudiste resistir que Adán y Lil acabarán juntos, pero no porque Adán te hubiera ganado, ni siquiera por que Lil estuviera con Adán, sino por que él estuviera con Lil. Eso lo explica todo.

»Te pasaste la vida escondiéndote y enamorado de él, ¿no? Por eso nunca te interesó Inés, y por eso tampoco te preocupaste de ser el centro de atención. Situarte allí era situarte en una posición comprometida, ponerte en el punto de mira de todos los que podrían descubrir ese secreto. Por aquella época, y sobre todo en una isla pequeña, ser homosexual resultaba, cuando menos, comprometedor.

»Por eso adorabas Madrid, donde llevabas mejor tu condición, en medio de La Movida. Tú te movías allí mientras que Adán pernoctaba en excéntricos locales de *blues*. ¿Adán lo llegó a saber? Me imagino que no. Supongo que te daría miedo alejarlo. Vivirías una doble vida. Por el día eras el niño prodigio que estudiaba dos carreras y por la noche te perdías en círculos en los que difícilmente te conocería nadie.

–Te equivocas, llegó a saberlo –me corrigió Marcos–. Justo esa noche, la noche en que murió. Fue la noche en la que Lil me dijo que definitivamente se quedaba con Adán. Iban a vivir juntos y a casarse, y no lo pude soportar.

–Sin embargo, no sería la primera mujer que estuviera con Adán… ¿Por qué te importó tanto esta vez?

–Lil no sería alguien más con quien Adán acabaría por pasar página. Él le proporcionaría la seguridad suficiente para que a ella le conviniese. No lo dejaría escapar.

–Como al final le pasó con Moisés Zerpa, ¿no? ¿Era eso todo lo que buscaba Lil? ¿Seguridad?

–Era lo que necesitaba, pero sería diferente con Adán. Creo que Moisés amaba el premio o el capricho de Lil, saber que podría tener todo lo que quería. Adán la amaba a ella. Lil nunca se habría convertido en Elvira Santa Cruz al lado de él. Habría continuado cantando blues en el *Memphis Club* y Adán la habría defendido a capa y espada ante cualquiera. Era de esos hombres nobles. Se podía permitir el lujo de serlo.

»Siempre he supuesto que, con el tiempo, Adán lograría que Lil volviera a ser capaz de tomar decisiones con el corazón. Ella no se fiaba de sus sentimientos, era calculadora, pero lo era por algo. Todos los que la quisieron desde que apenas era una niña la quisieron para utilizarla para algo. Tal vez ni siquiera conocía otra forma de amar. Con Adán la habría aprendido. Él la quería sin pretensiones de usarla. No sé Elvira Santa Cruz, pero Lil era excepcional, eso lo supo ver Ramón Vidal y también Adán. Había mucho más debajo de la piel de aquella serpiente que parecía utilizar a todo el mundo, solo había que darse tiempo con ella para que todo saliera a la superficie. Calma y cariño, eso era todo cuanto hacía falta.

–Pero no tuvo nunca esa oportunidad.

–Yo se la robé… y lo peor de todo es que todo esto lo sabía ya esa noche. No se puede decir que lo pensara más tarde o que actuara sin pensar, sino que más bien lo hice a pesar de haber reflexionado, o descartando lo que había sopesado, y eso tratándose de alguien como yo es casi un delito en sí mismo.

»Lil no volvería a tener otra oportunidad igual. Ramón no le garantizaba escapar de la mediocridad, no podía prometerle más de lo que Lil ya tenía, por mucho que se empeñara en producirle aquel disco. Moisés Zerpa Cabrera le prometió el cielo, pero no a Lil sino a Elvira, y ella decidió ser otra porque al final parecía mejor que ser ella misma. La única oportunidad de que Lil

Johnson fuera feliz fue Adán, y yo se la arrebaté.

–¿Cómo ocurrió exactamente?

–Como te decía, fue la noche en la que Lil por fin se decidió por Adán. Yo me imaginaba que se acostaban juntos, sobre todo por Adán. Ese chico no sabía mentir. Sin embargo, no me preocupaba demasiado, sabía que él la querría entera, y pensaba que Lil no estaba en condición de ofrecerle eso a nadie, por lo menos durante demasiado tiempo.

»Y, por otra parte, también suponía que los Montemayor nunca aceptarían que su primogénito acabara con una puta de mala reputación del *Memphis Club*. Solo eso sería Lil para ellos y nada más. Suponía que a Adán le faltaría valor para enfrentarse a ellos.

"Sin embargo, al final mi amigo parecía dispuesto a encarar todo eso por Lil. Ni siquiera sé qué fue lo que me hizo más daño: si que él me mintiera por primera vez en su vida, si los celos de imaginarlo con Lil, o el hecho de que al final un niño bien como Adán Montemayor tuviera el valor para enfrentarse a la sociedad que a mí me faltaba. Se suponía que yo era el duro y no él.

»Sea como fuera, salí a su encuentro esa noche para descargarme con él y echarle en cara que me hubiera traicionado. Ni siquiera sé qué buscaba, quizás que me prefiriera a mí, que no arriesgara nuestra amistad por una mujer. Tal vez así podría sentirme más importante que ella. O quizás solo aprovechaba la oportunidad para desatar una frustración que llevaba años conteniendo, porque Adán no solo no me quería sino que ni siquiera era capaz de ver cómo era yo, a pesar de que nos conocíamos desde niños.

–¿Y no fuiste para contarle la verdad?

–Lo cierto es que no, pero al final se lo conté. Es drástico, ¿sabes? Puedo comprender prácticamente lo que se me antoje según lo leo, y soy capaz de solucionar problemas que a otros les resultan imposibles. Probablemente soy la persona más inteligente que vayas a conocer en tu vida y sin embargo, al fin y al cabo, nada de eso me ha servido para nada. Nada de eso ha sido capaz de frenar o dominar mis sentimientos.

»Debí quedarme en Madrid. Habría sido lo lógico, allí hubiera sido más feliz. Y, sin embargo, regresé a la isla por Adán, a sabiendas de que lo nuestro era imposible. Él ni me intuía ni me quería, era un absurdo, pero yo me conformaba con tenerlo al lado, con sentirme importante siendo su mejor amigo y robarle cuanto tiempo pudiera. Y a pesar de saber todo eso, nunca le hice caso a mi cabeza, que habría sido lo mejor. Es como una broma

divina: te doy una cabeza a la que no puedes seguir.

–¿Qué hizo Adán cuando se enteró?

La majestuosidad del mar nos mecía mientras hablábamos. Unos pocos bañistas paseaban por la arena. Todavía era temprano para tomar al sol, serían vecinos que aprovechaban la mañana y las vacaciones para hacer algo de ejercicio. Mientras ellos deambulaban, Marcos continuaba apoyando parte del peso de su mundo en mis hombros.

–Primero intenté echarle en cara que me hubiera traicionado con Lil, pero Adán no se amedrentó con eso. Todo lo contrario, me recriminó todo lo que me tenía guardado.

»Se quejó de que yo la conquistara a sabiendas de que a él le gustaba. Me recordó que a mí no me importó Lil hasta que él se prendó de ella. Dijo que sabía que yo no la quería, y que Lil también lo sabía, que se lo había repetido una y otra vez antes de que empezaran a engañarme. Me reprochó que él se habría puesto a mil millas de distancia si llegara a imaginarse que en realidad la quería, pero que yo no había sido capaz. Estaba convencido de que quien lo había traicionado era yo, al alejar a Lil de él no porque la quisiera sino por celos. Ni siquiera era la primera vez que lo hacía, se quejó de que yo parecía siempre dispuesto a sabotearlo. Eso no era ser un buen amigo.

»Entonces fue cuando se lo conté. Le dije que lo que no era ser un buen amigo era pasarse la vida junto a alguien sin ni siquiera llegar a conocerlo, y le hice saber que todo aquel tiempo había estado colgado de él y que ni siquiera se enteró.

–Y entonces…

–Entonces subió aún más la temperatura. Adán perdió los nervios. Te podría decir que por descubrir que yo era maricón, pero no creo que se debiera tanto a eso como a sentirse traicionado. Él me lo contaba todo, mientras que yo le oculté eso, y para colmo fue eso lo que complicó las cosas con Lil. La amaba, sufrió mucho al ver que me la llevaba yo solo porque a ella y a mí nos convenía esa relación.

»Se cabreó mucho. Yo también, porque en el fondo esperaba sentirme al menos comprendido. Así que la ira nos pudo a ambos y él me empujo. Me lo he repetido millones de veces: él me empujo primero. Es como si fuera el tablón al que te aferras para salvar la vida en un naufragio. Él me empujó primero y luego intercambiamos unos golpes. Fueron de los pocos que Adán dio en su vida, yo tenía mucha más experiencia y él tuvo mucha peor suerte. No sabía recibirlos, lo golpeé con fuerza y cayó contra

aquel jodido bordillo.

»Ni siquiera recuerdo si tardó en morir o lo hizo de inmediato, eso lo he borrado, supongo que por el trauma. Juraría que fue instantáneo o igual es solo lo que necesito creer. No había nadie por allí. Tuve miedo y le quité la cartera para que pareciera que se había tratado de un atraco. Luego salí corriendo.

»Creí que alguien nos habría oído, o que alguien nos habría visto, y me imaginé que al final darían conmigo, pero no fue así. La gente no prestaba demasiada atención a las broncas de borrachos, y aquello es lo que debieron imaginarse que era. Después, cuando apareció el cadáver sin la cartera, todo el mundo pensó que se trataba de un robo.

–Pero entonces fue un accidente. No entiendo mucho de leyes, pero si lo hubieras contado no habría sido tan grave, ¿no? Cuando ya pudiste pararte a pensar, podrías haberlo confesado. Al fin y al cabo, se vieron en una pelea y lo que hubo fue mala suerte.

–No quería hacer más daño, ¿sabes? Fue lo único que tuve claro después de aquello. No quería que nadie más sufriera por mí.

»Es horroroso. Uno tiende a pensar que en la vida siempre existen nuevas oportunidades, que nunca hay un antes y un después de algo, que la vida no puede cambiar de forma tan radical. Pero no es así. Todo cambió esa noche. Y no solo mi vida, sino también la de Lil Johnson y la de la familia de Adán. Yo fui el responsable del dolor de todos ellos, por más que me repitiera que fue un accidente. Eso lo fue el golpe y la acera, pero no todo lo anterior y yo lo sabía. No lo fue mi empeño irracional por continuar junto a Adán ni mis injustificables celos por imaginarlo feliz con Lil. Todo ello lo pude evitar en todo momento. Pude quedarme en Madrid y alejarme de Adán, y dejarlo al menos ser feliz. Pero no lo hice. De eso sí era culpable, aunque para juzgar eso no hay más magistrados que uno mismo ni más condenas que las que somos capaces de infligirnos nosotros mismos.

»Si la muerte de su hermano fue devastadora para Inés Montemayor, lo sería aún más saber que murió a manos del hombre que ella amaba, y justo por la misma razón por la que yo no podía corresponderle. Igual de demoledor resultaría también para sus padres.

»Decidí callar y cuidar de Lil, de la mujer que amaba Adán, al menos hasta que apareció Ramón Vidal y comenzó a revolverlo todo.

–Él lo averiguó también, ¿no?

–Sí, claro.

–Y mira que hiciste todo lo posible para que no lo lograra. Supongo que a eso venía lo de aquel encuentro con Laura, la maestra. ¿Te acuerdas de eso?

–¡También sabes eso! Increíble –se sorprendió el profesor, cuya memoria parecía ser infalible–. Ramón supo elegir a su ayudante.

–Lo encontró Elena en un expediente. Fue nuestra primera pista de aquella época. Y lo cierto es que me confundió hasta el final. Encontramos a Laura y nos contó que se habían acostado.

–En mi defensa tengo que decir que ella se me echó encima –sonrió el profesor, tal vez recordando el absurdo de verse en una situación como esa.

–Pero a ti te vino de perlas. Esperabas que esa información llegara de algún modo a Ramón, o al menos que la supusiera. De esa manera continuaría sin pasársele por la cabeza tu homosexualidad y el móvil de tu desencuentro con Adán.

–No era la primera vez que me acostaba con una mujer para disimular, más de una vez lo hice solo para quitárselas de encima a Adán. Sin embargo, eso no logró confundir a Ramón demasiado tiempo.

»Tampoco lo hizo mi empeño de aparentar resentimiento después de que me robara a Lil. Al final nada lo engañó. De hecho, mi intento de ocultar mi condición fue lo que lo terminó por ponerlo sobre la pista de todo. No me dirás que la vida no es irónica

–¿Qué había en la parte del expediente de la que se deshicieron?

–Lo que a Ramón no le cuadró de aquella conversación con Lil: que yo estuviera con ella sin amarla.

»Luego, cuando Lil me dejó definitivamente por él, lo que no se explicaba era mi resentimiento. ¿Por qué lo aparentaba si en realidad no la amaba, y por qué estaba con ella antes de eso? ¿Qué ganaba con ello, qué pretendía ocultar? Tu jefe no podía pasar sin conocer las razones, le importaban más estas que los propios hechos. Desde entonces, siguió esa línea de investigación. La parte del expediente que hicimos desaparecer antes de entregárselo a Inés estaba llena de pruebas de mi homosexualidad. Ramón no consiguió dar con nadie que viera la pelea, así que se centró en el móvil.

»Viajó a Madrid en varias ocasiones y contactó con los camareros de algunos bares de ambiente que me conocían. Les hablé de Adán en alguna que otra borrachera. También me sacó fotos con un chapero al que solía frecuentar aquí… Nada de eso

demostraba mi culpabilidad, pero sí que me proporcionaba un móvil sólido, todo ello unido al hecho de que también averiguó que Lil me iba a dejar por Adán. Ella lo mantuvo en secreto mucho tiempo hasta que él logró sonsacárselo. La cantante era muy discreta, sabía guardar bien sus cartas para jugarlas en el momento adecuado. No era fácil que se fiara de nadie.

»Ramón era un gran detective. Yo no lo habría imaginado cuando lo conocí, pero revolvió aquel asunto hasta que dio con la verdad. Tenía olfato para ella, y una gran capacidad para conocer a la gente. Eso lo hacía condenadamente eficaz. Puede que no fuera capaz de obtener pruebas de los hechos, pero acertaba siempre con los motivos de las personas, y eso acababa por llevarlo a la verdad.

–Y, sin embargo, no le dijo nada a Inés ¿También temía dañarla?

–Ramón quería saber la verdad a toda costa. No había nada que le preocupara más, pero eso no implica que pensara que esta debiera salir siempre a la luz. Era un hombre complejo. Le gustaba poder decidir sobre ella, como si fuera una especie de juez. En el fondo era un hombre soberbio, decidía por muchos si éstos debían saber o no.

»En mi caso, decidió que era mejor que aquello no se supiera, y no encontró mejor manera que facilitarle a Inés el informe para acabar con las sospechas de la chica de que él había encontrado algo.

»En cuanto a por qué no se lo dijo, creo que temía más por mí que por Inés o los demás. Creo que, al fin y al cabo, la justicia no habría sido demasiado dura conmigo, pero Ramón albergaba más dudas acerca del padre de Adán.

»No te mentí cuando te dije que Montemayor no había hecho fortuna de la manera más honesta del mundo. Es cierto que Ramón se planteó la posibilidad de que la muerte de Adán fuera una represalia contra su padre. Tu jefe estaba convencido de que si se llegaba a saber que era yo el causante del homicidio, Montemayor no se conformaría con el dictamen de la justicia, mucho menos aún si salía a la luz mi condición, que era lo más probable. Poco le importaría entonces que me conociera desde niño y que me hubiera deseado como pareja de Inés, por no decir que a la larga todo eso acabaría por jugar en mi contra, acrecentando el sentimiento de traición.

»Era la primera vez que tu jefe investigaba algo tan grave, y creo que temió tener que cargar con las consecuencias de su

descubrimiento. Podía costarme la vida. Su hallazgo parecía no hacerle bien a nadie, así que era mejor callar.

–Lo que no entiendo ahora es por qué acabaste escondiéndote aquí, dando clases particulares y malviviendo cuando podías haber hecho otra cosa. Al fin y al cabo, no parece que corras peligro. Aunque todo se supiera a estas alturas estaría por ver lo que ocurriría, dudo de que ni siquiera haya pruebas, y todo fue tan fortuito que de repente se queda en nada.

–No, no estoy aquí por miedo, o por lo menos no por miedo a las consecuencias de aquello. Dudo que vayan a ser peores que las que ya he sufrido.

»Ya te he dicho que mi vida cambió esa noche. Todo perdió sentido después de eso, y si a alguien temí a partir de entonces fue a mí mismo, a lo que fui capaz de hacer por ambicionar algo que desde un principio sabía imposible.

»He preferido vivir al margen. Creo que aún hay cierta dignidad en eso de darse por vencido, de abandonar el campo de batalla y retirarte a la tranquilidad, por lo menos cuando sabes que puedes llegar a hacer más mal que bien.

»Acabé con la vida de la persona que más quise, y no solo eso, sino que antes se lo puse difícil para que fuera feliz. He destruido vidas y visto como otros también las destruyen por ambición. Decidí no seguir jugando. No quería acabar como Montemayor, ocupando una cima a base de pisotear a otros, ni quería acabar como Lil, preocupándome solo de mi pellejo. Y tampoco me quedaban muchas más opciones aparte de eso, o por lo menos no me quedaban ganas. Así que terminé por venirme a la Casa de Pepa y aquí he estado relativamente tranquilo. Siempre hay alguien con quien hablar y alguien a quien darle clases, y eso es más que suficiente. Pude intuir lo que era tenerlo todo, ser uno de esos hombres importantes, y no era para mí, ni siquiera era suficiente. Parece que nada lo sea nunca, que siempre estemos condenados a la insatisfacción. Y también me faltó el valor para ser quien era de verdad, así que al fin y al cabo no se me ocurrieron muchas más alternativas. Por desgracia en la vida no hay todas las que se anhelan, menos aún ha tenido Lil, ni por supuesto Adán, que acabó por no tener ninguna por mi culpa.

Me parecía absurdo que renunciara a su vida solo por un desliz, por una casualidad y un mal golpe. No me resultaba veraz y sin embargo era real. La realidad no entiende de otro requisito que no sea el solo hecho de que las cosas sucedan, y la vida de Marcos había ocurrido sin lugar a dudas.

–Pero no siempre estás al margen, ¿no? Cuando visitaste a Ramón querías contarle algo a una mujer, algo que tenía que ver con él. Eso no es precisamente estar al margen.

–Fue una tontería, o quizás una forma de intentar devolverle el favor a Ramón, por mantenerme a salvo tanto tiempo. Tal vez solo buscaba hacer algún bien a cambio de tanto mal. Pero fue solo algo irracional, probablemente Ramón tenía razón y era mejor seguir manteniendo las cosas en secreto. Me deje guiar otra vez por el corazón. Ramón sí que tenía cabeza, el corazón lo tenía solo para Lil. Para ella sí que no entendía de razones.

–¿Qué secreto le guardabas?

Marcos me sonrió, tal vez por primera vez desde que me vio esa mañana albergó la esperanza de que aún me quedara algo por descubrir. Se equivocaba, solo le daba la oportunidad de contarlo antes de que mi perspectiva contaminara la suya al narrarle mis conclusiones.

–Si tenía algún sentido contarlo, Juan, habría sido cuando Ramón aún estaba vivo. Ahora ya no hay razón alguna para ello. Confía en mí, no necesitas saberlo.

Y cierto era que no lo necesitaba, y hasta habría sido mejor que no lo averiguara, que no me alcanzara la responsabilidad de saber y no se me cargara a mí también con el peso del mundo de Lil, Asmara y Moisés Zerpa, que ahora portaba ya sobre mis hombros.

–Tienes razón, sería mejor que no lo supiera, y sin embargo lo sé. Y de verdad, Marcos, que me enteré cuando ya no quería averiguarlo. Puedes creerme.

–Por desgracia ocurre así a menudo, que uno se entera cuando ni siquiera lo desea.

Entonces le narré al profesor mi encuentro con El Gordo, y cómo aquel me entregó la fotografía de Iván, el último trabajo que le encomendó Ramón Vidal.

–Me sorprendió la fotografía –continué–. Primero pensé que Elvira contrató a Ramón para que averiguara los asuntos sucios del muchacho que pretendía a Asmara, al fin y al cabo, aquello parecía ir para boda. Pero Elvira llevaba años sin ver a Ramón, de hecho, fue al velatorio solo para confirmar que el detective había muerto. Habría sabido que estaba enfermo si lo hubiera visto un poco antes, ya se encontraba muy deteriorado.

»Así que la investigación de Iván no podía tener nada que ver con Elvira, Ramón la estaba llevando a cabo por su cuenta. Entonces fue cuando se me ocurrió que la mujer a la que te referiste en la clínica no tenía por qué ser ni Inés ni Lil, sino

Asmara. Era una locura, pero tenía que verificarlo. Así que me marché a la agencia y abrí la caja fuerte de Ramón.

»Busqué en el fichero en el que Ramón organizaba sus contactos y no encontré el nombre de Asmara… Era normal, supongo que Ramón se desharía durante años de todo el material que tuviera que ver con ella. Hasta las fotografías de Iván poniéndole los cuernos habrían desaparecido si Ramón no hubiera muerto antes y El Gordo no fuera tan meticuloso.

»Pero tenía que haber algún cabo suelto. Ramón era listo, pero no infalible. Su sistema de archivos era lo suficiente caótico como que existiera algún desliz que me sirviera de pista. Me pasé horas buscándolo, y al final lo encontré. Entre los contactos de Ramón Vidal se encontraba el del Eusebio Beltrán. Es el ginecólogo de Asmara y también el de su madre.

»Busqué el informe y encontré lo que Ramón reunió contra él. El doctor practicó abortos antes de que estos se legalizaran en el ochenta y cinco. Ramón se enteró de ello por Lil Johnson, me imagino que mucho antes de que se empeñara en borrar todo rastro de ella salvo sus discos. Él iba repartiendo la información en sus informes allá donde cuadrara, era prácticamente imposible que hubiera logrado librarse de toda la que tenía que ver con ella. Además, nunca pensaría que nadie acabaría sabiendo tanto de Lil Johnson como para que el ginecólogo se convirtiera en una pista. Cometió el mismo error que cuando dejó el episodio de alcoba con Lil en el expediente de Adán, al final la gente lista siempre peca de soberbia.

Marcos asintió con la cabeza.

–Al parecer, una de las mujeres a las que el doctor le practicó un aborto fue Lil –continué.

–Cuando murió Adán, ella estaba embarazada de él.

–¡Cómo!

–Supuse que lo sabías –reconoció Marcos.

–No, sabía que había abortado, pero no de quién era el niño ni en qué época sucedió eso. No había referencias a eso en el expediente ¿Estás seguro de que era de Adán? Tú también te acostabas con ella cuando lo hacía él.

–Más bien poco, y siempre tomando precauciones, Lil se encargaba de eso. Sabía de quién le convenía quedarse preñada y de quién no. Supongo que pensó que un niño le garantizaría su entrada en el mundo de Adán. A él le costaría echarse atrás si se sentía responsable de una criatura. Además, aquello aceleraría todo el proceso con la familia Montemayor. Puestos a tener que

vivir el escándalo de que su hijo se vinculara a una cantante de blues, lo mejor sería no tener que enfrentar además lo de un nieto bastardo o una boda donde el embarazo fuera evidente.

»Yo no lo sabía la noche que murió Adán, pero él sí, aunque no me dijo nada. No estaba con Lil por eso, aunque supongo que ella nunca lo creyó. Se casaría con ella porque la amaba. Lil no tenía necesidad de presionarlo con nada, pero ella no lo sabía. Con frecuencia medimos al resto de la gente con nuestros propios valores. Lil no era de confianza, por lo que ella misma suponía que nadie lo era.

–¿Y cómo te enteraste tú de lo del embarazo?

–Me lo dijo Lil después de la muerte de Adán. Quería abortar. Ahora que le faltaba el padre, el niño se había convertido en un inconveniente.

»Me ofrecí a hacerme cargo del crío y de ella, pero Lil no quería eso. Ambicionaba más. No iba a llegar a ser una estrella del blues con un niño a cuestas, así que quiso interrumpir el embarazo. Iba a ir a un carnicero, pero yo comencé a moverme para encontrar a alguien de confianza. Tantos años en Los Salesianos me garantizaron algún contacto. Hice algunas preguntas y di con Eusebio Beltrán. Los padres de mis compañeros de clase sabían cómo limpiar los excesos de sus hijas. Así fue como Lil se puso en contacto con Eusebio.

–Debió contárselo a Ramón y él lo incorporó a su archivo. No sería la única vez que Lil se valdría de Eusebio para algo. Seguro que si le hago una visita con el material que Ramón recolectó sobre él, me verificaría mis sospechas, pero preferí venir directamente a ti.

–¿Qué sospechas?

–Si Lil necesitó de los servicios de un abortista, no tendría demasiados problemas en quedarse embarazada. Eso fue lo que pensé.

»Sin embargo, Asmara me contó que a su madre le costó mucho concebirla, y que aún cuando le dio a luz a ella tuvo algún problema en el parto que le impidió volver a tener hijos.

»Hasta me lo habría creído si no fuera porque su ginecólogo era Beltrán. Con alguien como Lil no existen las casualidades. Si fue a ese médico que tanto sabía de ella sería por algo. Moisés Zerpa quería ser padre, y la maternidad sería la forma que tendría Lil de asegurarse una posición a su lado. Ni siquiera se fiaría de estar casada con él.

–Por aquella época la gente como Moisés tenía varias maneras

de deshacerse de una esposa. Si tenías suficiente dinero, conseguías con facilidad una nulidad matrimonial, y aún si te ponías más drástico o había mayores problemas, siempre podías recurrir a métodos más radicales.

–Eso lo sabría Lil, así que le convenía tener un hijo. Además, visto lo que me has contado sobre su embarazo con Adán, ni siquiera sería la primera vez que recurría a algo así.

»Con un hijo de Moisés se sentiría segura. Además, él quería uno. Sin embargo, se pusieron a intentarlo y tardaron bastante. El problema no podía ser Lil, ya se había quedado embarazada poco antes de comenzar a intentarlo con Moisés. El problema debía ser el constructor. Era bastante mayor que ella, fumador y bebedor. Hoy hasta resulta lógico, pero no por ese entonces, y desde luego no le convendría a Lil poner la virilidad de su marido en entredicho.

»Ella supondría que Moisés no era fértil e hizo lo que siempre hacía, lo necesario para conseguir sus objetivos. Recurrió a Ramón Vidal para quedarse embarazada.

–Únicamente confiaba en él. La amaba y haría lo que fuera por ella, aunque solo fuera por volver a tenerla en su cama o por hacerla feliz de alguna manera. Ramón nunca supo decirle que no a Lil, estuvo a punto de arruinarse con aquel asunto del disco…

–Y luego, después del parto, hablarían con Eusebio Beltrán para que le contara a Moisés Zerpa una patraña que la librara a ella de tener que quedarse preñada otra vez y a su marido de conocer la verdad sobre su problema de fertilidad.

»Así que la mujer de la hablabas aquella noche no era Inés ni Lil, sino Asmara, y el secreto que querías desvelar era que su padre estaba moribundo en una clínica. Si quería conocerlo vivo, ya no le quedaban más oportunidades de hacerlo.

»Por eso antes has dicho que si tenía algún sentido revelarlo era cuando Ramón estaba vivo, y también por eso me has dicho alguna vez que Asmara es tan lista como su padre. No te referías a Moisés Zerpa, tú apenas ni lo conoces, sino a Ramón Vidal. A quien se parece Asmara es a él.

–Cierto, es tan lista como él, y también tiene el mismo corazón. Curioso, ¿verdad?, que a pesar de no conocerlo tenga tanto de él.

–¿Y tú cómo te enteraste de esto? ¿Cómo lo supiste?

–No lo supe sino que lo deduje, prácticamente del mismo modo que tú. Me llegaron rumores de todo. *Bi-bí y Sam* aún sabían algo de Lil, todavía se pasaba por el *Memphis* de vez en cuando para escuchar el piano cuando Moisés desaparecía de escena por

asuntos de negocio. A veces iba cuando el local estaba cerrado y cantaba para nadie o solo para Bi-bí.

»A ellos les iba contando la versión oficial de su vida: que quería ser madre y estaban teniendo problemas. Me imaginé que la causa era Moisés, sabía por su ginecólogo que Lil estaba en perfectas condiciones después del aborto. Se lo pregunté al médico una y otra vez. ¡Joder! Era el abortista de las niñas bien de la ciudad, era una eminencia. Tenía que haberla dejado en perfecto estado, así que el problema sería Moisés.

»Como dices tú, conocía a Lil y sabía lo que intentaría, hay pocas cosas que detengan a una mujer como ella. Es esclava de su propia ambición, siempre lo fue, y quizás esa haya sido siempre su pérdida.

»Necesitaba alguien que la preñara y que supiera guardar un secreto, y además que no la chantajeara más tarde, que le fuera fiel pese a todo. No le valía cualquiera. En realidad, solo había un hombre de su confianza, uno que lo hubiera hecho todo por ella.

–Ramón Vidal.

–Efectivamente. El detective era la lealtad personificada, y también le profesaba una devoción que iba más allá de cualquier lógica. Me aseguré de mi teoría por mera soberbia, y Ramón no lo negó. Estaba convencido de que yo no diría nada, aunque no sé si porque creía que yo le debía algo a Lil o por miedo a que me delatara él. Tal vez no se debiera ni a una cosa ni a la otra, puede que tu jefe simplemente supiera que yo no iba a hacer nada.

–Nada hasta el día en que te enteraste de que Ramón estaba a punto de morir.

–Siempre pensé que, al final, algo así acabaría por saberse, que en algún momento Moisés se cansaría de Lil o Lil de Moisés y reventaría el asunto de Asmara. O puede que llegara un momento en el que fuera Ramón el que hiciera algún movimiento para volver con Lil.

»Yo pensaba que el detective nunca descartó la idea de regresar con ella. A lo mejor por eso la había dejado preñada. Así tendría parte del trabajo hecho cuando Lil descubriera que lo que le daba Moisés tampoco la satisfacía. Pensaba que Ramón simplemente aguardaba a que las circunstancias fueran propicias para volver a su lado. Me temo que no amó a otra mujer después de ella, y lo cierto es que, cuando lo visité en la clínica y vi aquel disco de Lil, prácticamente lo ratifiqué.

»Si fui allí, fue porque pensé que si Ramón estaba muriéndose quizás Asmara tenía derecho a conocer a su verdadero padre y la

verdad. Y también pensé que Ramón se merecía que su hija supiera que él había querido tanto a Lil que le dio todo cuanto pudo.

»Pero Ramón se negó, y a mí me faltaba autoridad para imponerme a esas alturas. Probablemente Ramón tenía razón, quizás Lil ya era solo en un recuerdo recurrente para él y solo haría más mal que bien que Asmara descubriera a esas alturas que la causa de su origen no fue sino el engaño de una madre que no la quiso sino como un medio para garantizarse el futuro.

»Si Asmara se enteraba de eso, era seguro que se enemistaría con su madre, y creo que Ramón tampoco quería quitarle eso a Lil. Pensaba que Asmara le importaba poco, que Lil era su prioridad, o al menos eso creí hasta que tú has venido aquí con esas fotografías. No sabía que espiaba a su hija, me imaginé que no tenía ninguna relación con ella.

–Yo estoy convencido de que sí la tenía, con ella y con Lil. Creo que las espió a las dos toda la vida, y que durante todo ese tiempo se deshizo de las pruebas que lo demostrarían. Solo quedaron estas fotografías por accidente, porque se murió sin poder deshacerse de ellas o porque ni se acordó tal como estaba al final, drogado por los calmantes.

»Ramón se pasaba la vida rondando por la ciudad, escrutando las vidas ajenas. Entre investigación e investigación siempre tendría tiempo de echarle un vistazo a la vida de Elvira y Asmara.Debía de aguardar a que algo fallara en sus vidas para entrar en escena. Sin embargo, creo que no encontró ninguna una excusa para hacerlo. Moisés Zerpa habrá sido un buen padre para Asmara y un buen marido para Elvira. Probablemente no haya sido un buen hombre en otras muchas cosas, pero sí con sus dos mujeres. Asmara lo adora, más que a su madre, aunque esas son cosas que no se dicen. Ramón no querría quitarle eso, no querría dejarla sin ese padre.

»Se mantuvo al margen, como tú, pero no por miedo, sino porque empeoraría sus vidas si al final era lo suficientemente egoísta como para pensar más en él que en ellas.

Las debió querer a distancia, sin presencia alguna. A Asmara le quitó de encima a Iván porque concluyó que la haría infeliz; el chico ya engañaba. Al detective no le tembló el pulso al hacerlo, no sería la primera vez que intervendría. A saber en cuántas cosas más se inmiscuyó sin que ya fuera posible averiguarlo. Me lo imaginaba espiando a la niña en el colegio y pagándole al conserje por una fotocopia de su boletín de calificaciones, y hasta habría

llegado a amenazar de muerte al profesor de Fundamentos Matemáticos si todavía estuviera vivo y a Asmara le continuara resultando imposible esa asignatura. Ramón habría hecho todo eso o hubiera estado dispuesto a hacerlo si fuera necesario. Ni siquiera me costaba imaginarlo porque yo no era muy diferente a él. Obré con Elena de la misma forma que él lo hizo con Asmara. Me deshice del ingeniero Pedro para protegerla, y poco me importó la voluntad de Elena a ese respecto. La engañé sin miramientos.

–Era listo tu amigo, y también era todo corazón. ¿Quién lo habría dicho de un hombre tan apegado a la lógica? Al final, de todos nosotros, fue quien mejor supo querer a Lil y a su hija. Las quiso tanto como para estar presente sin mostrarse, sin pedir nada para sí, alimentándose solo de cuidarlas o de aguardar para salvarlas si les hacía falta.

Al fin y al cabo, sería Ramón Vidal y no yo el auténtico hombre invisible.

Marcos elevó la cabeza hacia el cielo y sonrió como si le reconociera al detective una victoria póstuma. Ramón le ganó la partida. Había demostrado que era más listo que el niño prodigio de Los Salesianos, no había nadie mejor que él para tramar un ardid y salirse con la suya. Lo había engañado, nos engañó a todos en realidad, a todos los que lo conocíamos y lo imaginábamos como un hombre frío, calculador, apegado a la lógica e imparcial. Aquel flemático Sherlock Holmes fue al fin y al cabo quien más estuvo preso de sus sentimientos, quien quiso con más determinación que cualquiera y más permeable fue al influjo de sus emociones.

Yo había acabado por averiguar todo aquello sobre lo que me interrogué la noche en que conocí a Marcos Quintana. Logré descubrir los secretos mejor guardados de dos hombres expertos en el subterfugio. Y lo peor de todo era que ahora me encontraba en una situación mucho más comprometida que al principio, cuando todo tenía poco que ver conmigo o quizás nada –cuesta saber exactamente la competencia de uno en los asuntos de sus allegados–. Ahora, la hija de Ramón era la mujer que yo quería, y sabía algo que podría cambiarle la vida.

Uno se imagina siempre honesto con aquellos a quienes ama. Incluso, se concibe como una señal de amor el hecho de no guardar secretos para estos. Parece que deban saber tanto como uno, y no solo lo que es, o sea lo que ya ha sido Historia o tan solo memoria, sino también el contenido de lo que acontece en las palabras que tan solo se pronuncian por dentro. Lo que se piensa o

se siente, y se verbaliza solo para uno mismo. Se tiende a contar como si fuera lo ideal, como si quedarnos vacíos de secretos sea un acto supremo de amor, porque en el fondo quien nos ronda y nos ama desea siempre saber, le muerde esa hambre. La curiosidad no tiene medida ni freno.

Ahora, yo sentía la tentación contar para Asmara, quizás impelido por esos prejuicios. Así me descargaría del peso de saber a solas, de portar su mundo sobre mis hombros como el gigante Atlás, impedido para ser totalmente palmario para ella, sin nada que ocultar, y por tanto sin posibilidad alguna de que ella me lo reprochara si en algún momento descubría cuanto yo callaba. Probablemente la perdería si al final lo averiguaba, y con más seguridad cuanto más lo hubiera mantenido encubierto, pues el tiempo obra gravedad en aquello que se oculta. Quería contarlo pero quizás no era lo mejor. Y lo peor de todo es que la solución al dilema no era algo que pudiera averiguar. No se trataba de un hecho consumado, sino de algo que sucedería tan solo a expensas de mi determinación. Apenas era previsible lo que podría suceder, pues pertenecía aún al territorio tan solo de lo imaginado, de las quimeras, al que la mera realidad no le debía ningún miramiento. Con frecuencia las cosas ocurren de manera contraria a cómo se imaginan, la realidad es caprichosa y ni siquiera entiende demasiado de lógica. Cuanto es lo es únicamente porque sucede, ni siquiera porque sea razonable.

–¿Y qué hago yo ahora? No sé si puedo saber algo así sobre Asmara y callármelo. Se supone que es la mujer que quiero, no creo que deba escondérselo.

Marcos me rodeó con un brazo en una actitud paternal, tal vez sintiendo empatía por el peso que yo llevaba sobre mis hombros. Él sabía lo que era portar un secreto que podía cambiar la vida de otros, conocía el peso de llevarlo a cuestas y era consciente de que eso podía inmovilizar a cualquiera. Tal vez ese era el castigo de salvaguardar secretos: pecar de falta de honestidad con aquellos a los que se amaba.

–Me temo que no puedo ayudarte en eso –reconoció–. Supongo que ni siquiera hay una opción correcta. Tienes la opción de contarlo o la de callártelo, y ninguna es buena. No tienes la de olvidar o, aún mejor, la de no haber sabido, que sería la perfecta.

–La vida a veces resulta irónica, ¿verdad? Lo que me acabó llevando junto a Asmara, lo que me hizo conocerla, quizás es lo que acabe por separarme de ella.

–La vida tiene mucho sentido del humor, eso seguro. Siempre

lo he dicho. A mí me dio una cabeza de órdago solo para que luego siguiera siempre el dictamen de mis sentimientos.

»No te puedo decir qué hacer. Lo que sí te puedo decir es que seas cuidadoso a la hora de tomar una decisión. Hay secretos que no se pueden contar por quitártelos de encima y sentirte libre. Todo es mucho más delicado de lo que a uno le parece. En ocasiones, las cosas se estropean indefectiblemente y no hay más oportunidades de que salgan bien. La vida es algo grave, no siempre vuelve a encontrar su cauce después de que se pierda una oportunidad.

»No es algo que a la gente le apetezca oír, pero a menudo es así. A veces ocurren sucesos que dan al traste con todo, hay hechos que marcan un antes y un después. De ellos uno no se recupera. Se dice que la vida siempre sigue, pero a veces solo se limita a eso, a seguir de cualquier manera. Las decisiones no pueden tomarse a la ligera. Me imagino que si yo hubiera tomado otras, Lil habría sido feliz con Adán, e Inés habría tenido otra vida. Y si Lil hubiera elegido de otra manera, aún después de todo lo ocurrido, quizás Ramón Vidal no se habría pasado la vida desaparecido para las personas que amaba.

»No existe la felicidad para todos, puede que ni siquiera exista para nadie, pero al menos se puede aspirar a un cierto equilibrio entre la alegría y la resignación para continuar viviendo. Puede que no vayas a poder tomar una decisión sobre esto lo solucione todo, pero quizás sí logres decidir algo que te permita vivir con más alegría que remordimiento. De la resignación no te vas a librar, la vida implica un cierto grado de ella. Solo que hay que intentar que sea aceptable.

–Que me lo cuente Lil, ¿no?, que terminó renunciando a su sueño de cantar por se la mujer de un rico…

–No sé si eligió lo mejor, pero en cualquier caso fue por lo que optó, y ha sido de capaz de vivir con eso.

–O igual ha tenido que convertirse en otra persona para poder seguir viviendo –se había convertido en una mujer que ya ni siquiera escuchaba blues para que esa música no convocara sus deseos pretéritos, una vida que quizás anheló más que la que tenía junto a Moisés Zerpa.

–En cualquier caso, esa fue su decisión, o la que pudo tomar de las alternativas que le quedaban tras la muerte de Adán. No se tienen siempre todas las opciones que uno desea, a menudo las ideales no se encuentran entre ellas. Si no, decidir sería bien sencillo. Ahora te toca a ti, pero piénsalo bien.

–No parece que una relación que empiece con tantos engaños sea una buena opción, ¿no crees?

Buscaba ayuda, un consejo que me librara de elegir por mí mismo. Quería alguien que me ayudara a soportar el peso de mi decisión si sus consecuencias eran luego fatales.

–No sé qué decirte, y creo que ya poco más vamos a poder seguir hablando. Por ahí viene tu chica para su clase. Piénsatelo con calma.

Cerré la carpeta con las fotografías de Iván y la volví a utilizar de asiento. Lo hice lentamente y con naturalidad, para que no sospechara Asmara, que se extrañaría de mi presencia allí a esas horas.

–Hola, guapa –la saludé antes de darle tiempo a que ella hiciera lo propio. Seguramente su saludo habría sido la pregunta que disparó al instante.

–¿Qué haces tú por aquí?

–Estaba investigando algo y vine a ver a Marcos. Tenía que hacerle una consulta –no había mentido ni tampoco fui sincero, existe una estrecha línea entre la verdad y la falacia sobre la que uno puede ejercer de equilibrista.

–Me temo que tendremos que empezar un poco más tarde hoy, Asmara. Voy a ducharme y nos vemos en un rato –dijo Marcos levantándose para saludar a la chica y dispuesto a marcharse.

–No hay problema, no tengo prisa –le concedió su alumna, que lo adoraba como a un oráculo desde que este empezó a desentrañarle los secretos de la asignatura que se le resistía.

–Los dejo, entonces –dijo Marcos recibiendo un "hasta luego" de Asmara y dándose la vuelta para tomar rumbo hacia la Casa Morales.

Marcos se volvió un instante después.

–Oye, Asmara, cuéntale a tu chico por qué estudiaste Arquitectura y no Bellas Artes, creo que le vendría bien saberlo –pronunció el profesor, y sonrió como si acabara de ganar en algo o se le acabara de ocurrir una idea brillante.

–¿Qué?

–Tú cuéntaselo, es la primera tarea que te pongo esta mañana –ordenó con la autoridad de un maestro veterano.

Asmara llevaba una camisola que le llegaba sobre las rodillas cogida con un grueso cinto. Estaba descansada y radiante. Tuvo mejor noche que yo, no cargaba sobre sus hombros con el peso de ningún mundo. La ignorancia la hacía libre y quizás yo estaba a punto de robarle aquello que Ramón Vidal se empeñó tanto en

proteger.

–¿A qué ha venido eso? –quiso saber mientras se apoyaba en mi costado. Le resultaba ya sencillo arribar allí, el tiempo imprime pronto esas costumbres en los amantes.

–Ni idea, cosas de Marcos. Yo tenía entendido que no habías hecho Bellas Artes porque tu padre te convenció de que Arquitectura tenía más salida.

Estaba visto que la relación que Asmara mantenía con Marcos cada vez sobrepasaba más los límites de las clases de Fundamentos Matemáticos. Tal vez el profesor tenía pocos entretenimientos mejores que escrutar la intimidad de quienes le rondaban. Debía de dársele bien, resultaría fácil confesarse con un hombre que carecía de intereses, que nunca utilizaría nada de lo que dijeses para conseguir nada, porque al fin y al cabo él ya estaba el margen, sin albergar ambición alguna.

–No –me corrigió Asmara–. Te dije que mi padre intentó que no estudiara Bellas Artes sino Arquitectura por eso. Pero no fue eso lo que me decidió. Aunque no lo parezca sé pensar por mí misma, ¿sabes?

–Claro que lo sé, no me cabe la menor duda –le concedí, porque era cierto. Su personalidad era patente y apabullante, se me ocurrían pocas personas menos capaces de plegarse a los deseos de otros. Era una de las cosas que me gustaban de ella–. ¿Entonces, por qué no estudiaste Bellas Artes y sí Arquitectura?

Se había inclinado sobre mis rodillas dejando su mochila al lado. Quedaba delante de mí su nuca fina y brillante, que pincé con los dedos índice y pulgar a modo de caricia. Luego le acaricié la espalda con la mano.

–Fue por algo que le conté a Marcos. Es una tontería, pero bueno, fueron mis razones, cada uno tiene las suyas.

–¿Y cuáles eran?

–Bueno, yo creo que muchos artistas tienen un punto de vivir fuera de la realidad. Pueden imaginarse lo que sea sin atender a nada. Siempre están aspirando a hacer algo diferente, algo que lo cambie todo y que sea significativo.

»Ese punto, claro, lo tienen bastantes escritores, que se ponen a imaginar e imaginan lo que sea. Y lo tienen también muchos pintores. Si quieres, te puedes imaginar unos relojes blandos y pintarlos, o puedes imaginarte algo que ni es real y ni siquiera verosímil, y ya estás montado en el surrealismo; y hasta los hay que exponen un váter en un museo y ya es una obra de arte. Y lo mismo pasa con muchos escultores.

»Todos ellos pueden hacer cualquier cosa imaginable o inimaginable –estaba por ver que ese concepto pudiera existir como tal, pero no dije nada. Hacer algo inimaginable debe ser por fuerza una paradoja–. Para ellos es como si no hubiera barreras. Con los arquitectos no es así, no puedes hacer cualquier cosa.

»Yo me puedo imaginar, no sé, un edificio estrambótico, lleno de curvas y que atente directamente contra la ley de la gravedad, pero eso no es posible, directamente no es el trabajo de un arquitecto.

»Un arquitecto no está fuera del mundo, no puede hacer algo inimaginable, ni siquiera puede hacer a menudo algo imaginable, porque no solo estás sujeto a la técnica, sino también a la economía, a un presupuesto y demás. Un arquitecto únicamente puede aspirar a hacerlo lo mejor posible en cualquier proyecto, y eso es algo mucho más limitado que lo que hacen otros artistas.

»A mí de Bellas Artes me inquietaba eso: no tener límites, poder imaginarme y hacer cualquier cosa, porque creo que al final se pierde un poco el tino de esa manera. En el fondo acabas haciendo algo que no es real del todo. No sé, es como si las cosas que una imagina y las que son reales obedezcan a diferentes naturalezas. Y por maravilloso que sea algo que solo se imagina, lo que es titánico, lo que es grandioso, es aquello que se circunscribe en la realidad, ya que en el fondo es lo que tiene sustancia y existencia.

»Me gustaba más Arquitectura que Bellas Artes por eso, porque al fin y al cabo haces algo real, que se pliega a una serie de leyes físicas. Por eso son tan importantes las Matemáticas y la Física en mi carrera. Eso te obliga a aspirar solamente a lo mejor dentro de lo posible.

»A mí eso me tranquiliza, ¿sabes?, porque creo que con la vida pasa algo parecido. Una no puede aspirar a tener la mejor vida inimaginable, ni siquiera la mejor que una sea capaz de soñar, sino tan solo la mejor vida posible, con sus limitaciones y sus inconvenientes, porque al final tienes que plegarte a lo que es real.

»Creo que es por eso por lo que tantos artistas acaban medios locos e irremediablemente insatisfechos. Están tan acostumbrados a imaginarse cualquier cosa, a tener tanto poder sobre sus creaciones, que al final su propia vida los frustra. No acaban de acostumbrarse a que la realidad no se doblegue a su voluntad, como sí lo hace su arte. No pasa eso con los arquitectos. Ellos saben que la técnica tiene limitaciones, que hay cosas que son imposibles y otras simplemente inalcanzables, y tienen que lograr

resignarse a ellas para hacerlo lo mejor posible.

»Es una tontería, ¿verdad? Seguramente las razones de mi padre suenan mejores que las mías para estudiar Bellas Artes.

Guardé silencio unos segundos. Ya sabía por qué Marcos se empeñó en que Asmara me contara aquello. Yo ya no podía tomar la mejor decisión imaginable, sino tan solo la mejor posible. No podía deshacerme del conocimiento ni de la realidad. Era imposible dar marcha atrás y volver a aquel instante en la clínica en la que todo empezó, o regresar de nuevo al café Venecia para ignorar las fotografías que me devolvió El Gordo. Nada de ello podría hacerlo, como tampoco pudo Marcos revivir a su amigo ya muerto, o Lil Johnson no querer como había aprendido a hacerlo –siempre buscando alguna utilidad en ello–, puesto que todo eso era real e irrevocable, y no entendía de más razones que su propia existencia. Y sobre aquello había que decidir y obrar, que fue lo que hizo Ramón Vidal, a pesar de que cuanto hizo no fue lo mejor para él, pero sí lo mejor posible para Elvira Santa Cruz y para su hija, por mucho que para ello tuviera que ocultarse y quedar al margen, y aguardar ya el resto de su vida a convertirse en una opción mejor que la vida de ambas junto a Moisés Zerpa Cabrera.

Ahora yo debía hacer también lo propio, elegir tan solo dentro de lo posible y resignarme a convivir con las consecuencias de ello, porque –como decía Asmara– el producto de eso era real, y la realidad tiene mayor sustancia que todo cuanto se imagina, por muy bello que sea aquello. Quizás, porque en el fondo lo real sea lo único que existe, lo único que no se puede sustituir, olvidar o ignorar a placer, pues sobre ello nuestra voluntad no obra de forma absoluta, y por tanto nos excede y nos envuelve, haciéndonos habitar en un mundo que nos sobrepasa.

Los secretos son necesarios en ese contexto que nos excede. Tal vez sean el único ardid que nos queda no ya para no sepamos nosotros sino para que no averigüen quienes aún desconocen y a los que enterarse de algo los expulsaría del paraíso. Son el único cincel que en algo moldea cuanto ha ocurrido, negándolo al menos y dejando que las cosas sean para otros tales como lo imaginaron ellos mismos u otros por ellos. Si yo callaba, Asmara continuaría siendo la hija de Moisés Zerpa Cabrera, tal como lo quisieron para ella Lil y Ramón, y sería esa su verdad, o por lo menos parte de su memoria, y hasta se convertiría en su historia si continuábamos callando todos los que lo sabíamos hasta el momento en que no pudiéramos decir ya nada, hasta que ya fuera irrevocable esa única versión de la realidad y nadie pudiera rebatirla ni corregirla.

Sería Moisés el padre Asmara y ya nunca el detective cuando por fin falleciéramos Marcos Quintana, Elvira Santa Cruz y también yo, probablemente por ese orden, aunque eso nunca es seguro. Entonces ya nadie guardaría el secreto ni sabría nada, y por lo tanto habría desaparecido ese trozo de verdad y la memoria se convertiría en Historia, pues se haría objetiva y la misma para todos los que sobre ella pudieran opinar.

No pasaría nada de eso, en cambio, si yo hablaba por aspirar a ser honesto siempre con Asmara, si tendía a no guardarle nunca un secreto ni a saber jamás más que ella.

–¿Qué ocurre? ¿Resulta tan tonto lo que te he dicho que te has quedado sin palabras? –me preguntó Asmara volviéndose sobre sí misma y encontrándose con mi rostro distraído–. ¿Qué pasa? ¿En qué andas pensando?

–Perdona, pensaba en lo que has dicho. No me parece ninguna tontería. ¿Sabes que uno podría enamorarse de tu cabeza? Yo ya lo estoy –la besé en los labios, gruesos y sabrosos como fruta madura.

–¿Solo de mi cabeza? –pronunció ella con una sonrisa, volviendo a aquella escena repetida de nuestra relación.

–De tu cabeza y de muchas más cosas que te explico ya luego en casa, con calma y algo menos de sueño. No he dormido demasiado bien.

–¿Sabes? Una también podría enamorarse de ti, detective.

–¿Y eso por qué? ¿Qué es lo que te gusta de mí?

–Eres uno de esos tíos que a mí me enganchan. Da la impresión de que siempre se puede encontrar algo más en ti, de que a poco que una escarbe se pueden seguir hallando tesoros.

–No te termino de entender.

–Odio a los tíos como tu amigo Arístides. No es que me caigan mal, es que no los soporto como parejas. La mayor parte de la gente es así. A poco que conoces a esos tíos ya sabes de qué van, ya son evidentes. Es como si no escondieran nada, como si ya no tuvieras nada que descubrir de ellos.

»Contigo no pasa eso. Resulta emocionante seguirte conociendo, es como si siempre llevaras algo por dentro, como si lo escondieras. Por eso me quedé colgada de ti cuando nos conocimos. No eras fácil de suponer, no sabía exactamente qué querías aquella noche. Me gusta tener que descifrarte. Creo que no aguantaría estar con alguien y saber de antemano siempre todo lo que piensa. Es como estar con un clon de una misma. Tú me abres las perspectivas. Parece que no se te acabe nunca la mirada, que siempre te lo estés planteando todo de nuevo, desde ese silencio

tuyo que prácticamente te hace invisible a los demás. Pasas desapercibido.

»Cuando estamos con otros, no eres nunca el que más habla ni el centro de atención, pero allí estás tú, escuchando y pensando, con esa cabeza tuya de detective privado, poniendo esa cara que tenías hace un minuto de estar masticando algo. Entonces yo me quedo deseando estar a solas contigo, para sonsacarte y adivinarte eso que tanto te ocupa mientras otros lucen sus plumas de pavo real. Me gusta descubrir eso.

Aunque era probable que Asmara jamás fuera consciente de ello, en aquello salía a su padre.

–Siempre he tendido a pensar que una pareja desea justo lo contrario. O sea, que se lo cuentes todo.

–No, eso es de lo más aburrido. Así se explica que tantos se harten de tanta gente tan a menudo. Ya no es solo que se sea un libro abierto para el otro, sino casi un libro consabido. Esos libros no enganchan, ¿sabes?, como tampoco lo hacen esas películas donde siempre te lo esperas todo porque son todas iguales…

–Las películas de sábanas que cubren la parte más interesante del desnudo, ¿no?

–Sí, justo esas. Yo por lo menos no las aguanto. Prefiero lo que es capaz de contarme algo nuevo. Prefiero los libros cerrados, que ya de abrirlos me encargo yo. Hacen falta misterios, ¿no crees?, poder seguir descubriendo cosas en el otro para seguir manteniendo un mínimo de interés. Eso creo yo.

–Cualquiera diría que eso es una invitación para que te engañe.

–No, guapo. Como me engañes te mato, no me refiero a eso. Pero desde luego que tampoco necesito saberlo todo, todo lo que piensas y lo que sientes, como dices tú, o todo lo que imaginas. ¡Qué coño, ni que fuéramos la misma persona!

“Seme fiel, eso sí. Y no me utilices, creo que eso tampoco lo llevaría bien. Pero creo que tenemos que continuar pensando por nosotros mismos. Hay decisiones que hay que tomar sin contar con nadie y también secretos que no se tienen por qué contar. Si no, acaba uno viviendo solo en función de otro, pendiente de su aprobación. Resulta horroroso perderse a uno mismo de esa manera por alguien, contándolo siempre todo, dando cuentas de todo y pidiendo permiso para todo, es como si claudicaras de ser auténtico. Desde luego que yo no voy a dejar de ser yo misma ni por ti no por nadie.

No podría decir lo mismo Lil Johnson. Tal vez de algún modo logró transmitirle esa lección a su hija, para que ella se guardara

de no perderse como se perdió la cantante de blues por Moisés Zerpa Cabrera. Quizás quedaba todavía algo de la voz de Lil en Asmara, un último eco de su voluntad.

–A buen seguro soy capaz de hacer eso –reconocí–. Todavía me sobran misterios para ti, y más que irán apareciendo.

–Por mí ideal, guapo, me encantan los misterios.

–Seguro que lo llevas en la sangre –aquello era una pista de parte de mi soberbia. Tendría que acostumbrarme a callar, a ser cuidadoso y no exponerme de ninguna manera, ni siquiera de una forma tan sutil como lo hicieron Ramón o Marcos.

–Vamos, Watson –Asmara había escuchado a Elena llamarme así decenas de veces–. Tengo que ir a clase.

–A partir de ahora puedes llamarme Holmes, creo que ya me he ganado el ascenso. Watson será ahora Elena.

Ya estábamos los dos de pie. Yo llevaba la carpeta en el brazo más lejano a ella. Era capaz de ser cuidadoso, como aquellos espías dormidos, prácticamente invisibles, a los que no se descubría nunca. Esos agentes cambiaban el rumbo de las guerras. Hay que tener valor para callar y aguardar, para aguantar el peso del mundo sobre tus hombros mientras tú sabes y otros no, mientras los proteges con tu silencio al tiempo que quedas expuesto a ser descubierto y represaliado por ello. Tienen más valor los espías que los soldados, albergan la valentía de los que perseveran, de los que ocultan gran parte de sí mismos por salvaguardar a otros.

–¿Y yo quién soy ahora si Watson es Elena? ¿Puedo ser la señora Hudson?

–No, tú eres Irene Adler –Ramón Vidal me dio a leer el episodio de "Escándalo de Bohemia" como si se tratara de una joya entre las aventuras del detective Sherlock Holmes.

–¿Quién es esa?

–La mujer de la que se enamoró Holmes, la única que fue capaz de engañarlo y vencerlo. Uno podría enamorarse de su cabeza –puntualicé.

–Pensaba que Holmes era un británico frío y calculador, sin sentimientos.

–Holmes tenía sus secretos, y su corazón, como todos –concluí.

Y la dejé unos instantes después en el patio de la Casa Morales dispuesta a recibir clases de Marcos Quintana. Me acerqué luego a un quiosco de la zona y compré un mechero.

El *fiat* estaba en un aparcamiento de tierra. Me paré a su lado y tomé la carpeta que contenía las fotografías de Iván. Fue la única

pista que dejó Ramón de su paternidad. Al fin y al cabo, había sido el detective y no yo el auténtico hombre invisible para Asmara, uno al que nunca vio ni intuyó. Fue su fórmula mucho más efectiva que la de Griffin.

Prendí fuego a la carpeta. No la tiré ni la rompí en pedazos, se me ocurrían algunas casualidades que podrían hacer aquellos métodos ineficaces. No lo sería el fuego, que todo lo consume y no deja rastro alguno más que cenizas en el viento. No podría ya nadie encontrar las fotografías en un contenedor y preguntarse por su origen allí, ni tampoco recomponer los pedazos, quizás llevado por una curiosidad absurda pero no inimaginable. Existían esas posibilidades aunque recónditas y ridículas, pero no imposibles, solo hace falta que algo sea para que se convierta en realidad, y entonces ya poco importa que lo sucedido resultara ridículo o una locura, sería verdad de cualquier manera. Era imposible, en cambio, que nadie supiese nada a partir de las cenizas. Tal vez esa fuera la razón por la que Ramón Vidal prefirió siempre el papel a los bytes; había decenas de manera de recuperar la información de un disco duro. El detective sabría que a veces había que quemar algún expediente, como habría hecho Marcela con el suyo y Ramón con mucho de aquello que investigó para saber de su hija y de lo que no quedaba constancia alguna.

Mientras ardían los últimos resabios de lo que fue la auténtica existencia de mi jefe, yo imaginé el título que le pondría el detective al expediente. No era difícil suponerlo, al fin y al cabo, el relato no era sino la triste canción del alma caída que fue Ramón Vidal, un hombre que se borró a sí mismo para procurar la felicidad de las mujeres que amaba. Aquel era *El Blues del Hombre Invisible*. No lo podría haber llamado de otro modo.

Fin